

**EN BUSCA DEL ALMA NACIONAL.
CIUDADES CAPITALES Y TIEMPOS CONMEMORATIVOS:**
Bogotá, Quito y Lima, 1909 – 1924

LEOPOLDO PRIETO PÁEZ

Tesis presentada como requisito para optar al título de:
Doctor en Arte y Arquitectura

Director de Tesis
Luis Carlos Colón Llamas

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA – FACULTAD DE ARTES

BOGOTÁ, 2022

EN BUSCA DEL ALMA NACIONAL.
CIUDADES CAPITALES Y TIEMPOS CONMEMORATIVOS:
Bogotá, Quito y Lima, 1909 – 1924

LEOPOLDO PRIETO PÁEZ

Director de Tesis
Luis Carlos Colón Llamas (PhD)

Jurados de Tesis

Constanza Castro Benavides (PhD)
Ernesto Capello (PhD)
Germán Mejía Pavony (PhD)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA – FACULTAD DE ARTES

BOGOTÁ, 2022

A Aleida, Mile, Diana y Vale

Resumen

Desde el inicio de la vida republicana las ciudades capitales han tenido un papel relevante en la construcción de la vida política, cultural y económica de las naciones de las que hacían parte. A pesar de esa importancia, aún son pocas las investigaciones que dan cuenta del proceso a través del cual estos espacios urbanos consiguieron construir y mantener una relevancia frente a otros territorios nacionales que intentaron reivindicar para sí el lugar de centro político la nación. Esta investigación busca entender la manera como se fue construyendo la primacía de la ciudad capital que aún hoy es un hecho relevante especialmente en Latinoamérica. Para tal efecto, se abordan dos grandes escenarios; el primero de ellos buscó entender cómo a través de la cultura y, especialmente, de científicos e intelectuales se diseñó un discurso que justificaba el papel de ese territorio urbano específico como sumun de la nación. Por otro lado, se explica cómo junto a intelectuales y políticos, los urbanistas, ingenieros y arquitectos diseñaron espacios, formularon narrativas y construyeron edificaciones que dieran cuenta de esa pretensión de ser el eje del alma nacional. El estudio se centra en tres capitales latinoamericanas Bogotá, Quito y Lima y las dinámicas ocurridas entre 1909 y 1924, fecha de celebración de los centenarios de la independencia de los tres países.

Palabras claves: ciudades capitales – centenario de la independencia – Bogotá – Quito – Lima – historia de la arquitectura – historia del urbanismo – historia cultural urbana

In Search of the National Soul. Capital Cities and Commemorative Times: Bogotá, Quito and Lima, 1909 – 1924

Abstract

Since the beginning of the republican life, the capital cities in Latin America have had an important role in the construction of the political, cultural and economic life of their nations. Despite this importance, there are still few investigations that account for the process through which these urban spaces have had more important and relevant than other national territories that tried to claim for themselves the place of the nation's political center. The aim of this dissertation is understand how the primacy of the capital city was built? Why these cities are so relevant even today? For this purpose, two large scenarios are addressed; The first of them sought to understand how, through culture and, especially, scientists and intellectuals, a discourse was designed that justified the role of that specific urban territory as the highest point of the nation. On the other hand, it explains how, urban planners, engineers, and architects designed spaces, formulated narratives, and built buildings that gave an account of this claim to be the axis of the national soul. The study focuses on three Latin American capitals, Bogotá, Quito and Lima, and the dynamics that occurred between 1909 and 1924, the date of the celebration of the centenaries of the independence in these three countries.

Key words: capital cities – centenary of national independence – Bogotá – Quito – Lima – Architecture History – City Planning History – Urban Culture History

“¡Qué cara nos ha costado esta mierda de independencia!”

Gabriel García Márquez
El general en su laberinto

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	11
Agradecimientos	26
CAPÍTULO I. HACIENDO DE LA CIUDAD UN MUNDO	31
Parte 1 Indicios	
- Concordia y agresión	31
- Mapas y planos. Certezas e inseguridades	35
Parte 2 Tras-escena conceptual	
- Las invariantes del espacio simbólico	44
- Del monte sagrado a la ciudad capital	49
CAPÍTULO II. EL EJE DEL MUNDO EN TRES PAÍSES ANDINOS	61
- Geografía de la ignominia y jerarquías del territorio	64
- Una narrativa para la ciudad capital	83
- Notas de cierre	104
CAPÍTULO III. HISTORIA DE TRES CIUDADES. URBANISMO DE PODER, CRECIMIENTO Y NEGOCIO URBANO	106
- El Escenario de una historia	110
- Entre altruistas y negociantes. Urbanización y crecimiento urbano	117
- Con los ojos en el futuro. Normas, códigos e ideales urbanísticos	134
- Una ciudad para el poder	142
- Notas de cierre	160
CAPÍTULO IV. LAS CAPITALES ERAN UNA FIESTA. BOGOTÁ, QUITO Y LIMA EN LOS TIEMPOS DEL CENTENARIO	161
- Conmemoraciones, festejos y espacio urbano	161
- La elección del lugar	162
- Las exposiciones	185
- Los centenarios se acaban	210
- Notas de cierre	237
CAPÍTULO V. DISCURSOS AFICIONADOS DE GENTE PROFESIONAL. CONVERSACIONES E INTERCAMBIOS ENTRE INGENIEROS, ARQUITECTOS Y URBANISTAS	240
- Complejos y reduccionismos	240
- Ni sumisos ni indiferentes. El juego de posibilidades entre locales y extranjeros	244
- Redes internacionales de incidencia local	258
- Estilos nacionales y anhelos de originalidad	271
- Enseñar arquitectura en épocas de patriotismos	284
- Respetables e interesados. Apuntes sobre la vida pública de los arquitectos	303
- Notas de cierre	311

EPÍLOGO. UN NUEVO CIUDADANO PARA UNA NUEVA CIUDAD	314
- Lo efímero y lo duradero. Las ciudades capitales y el proyecto cultural de nación	329

BIBLIOGRAFÍA	334
---------------------	-----

ÍNDICE DE IMÁGENES Y PLANOS

Mapa político departamental del Perú en 1919	37
Plano de la República de Colombia 1912	38
Carta Geográfica del Ecuador 1922	38
Plano panorámico de Lima de 1924	38
Plano de Bogotá de 1890	42
Mapa de Quito de 1903	43
Indio serrano 1865	69
<i>Tejedores y vendedores de sombreros de jipijapa. Varias poblaciones de Santande</i>	73
<i>Venta de Aguardiente en el Pueblo de Lloró</i>	74
Carta Geográfica del Ecuador 1886	82
Plano de desarrollo urbano de Lima hasta 1920	115
Plano de la Ciudad de Quito – 1922	116
Plano de Bogotá 1923	116
Plano de la urbanización del fundo Surquillo. 1918	119
Plano Topográfico e la Ciudad de Lima. 1872	120
Anuncio Primer Garden City 1922	124
Anuncio compañí urbanizadora Avenida de la Magdalena 1924	125
Anuncio Ciudadela de los Campos Elíseos 1919	125
Anuncio Proyecto Ciudadela América 1919	129
Caricatura Don Jorge, el embellecedor de la ciudad 1919	139
Plano Quito Actual y del Porvenir 1912	146
Plano de Lima Por Ricardo Tizón i Bueno, 1908 (Detalle)	146
Plano Bogotá Futuro, 1923 (Detalle del trazado de la zona norte de la ciudad)	147
Plano Panorámico de Lima en homenaje al Primer Centenario de la Batalla de Ayacucho (Detalle)	149
Plaza 2 de Mayo 1924	150

Intervención realizada sobre el Plano de Lima elaborado por Santiago M. Basurco 1904	152
Plano de Lima Por Ricardo Tizón i Bueno, 1908 (Detalle de la proyección de la Av. 28 de mayo)	154
Plano y esquema de la proyección de la Avenida 28 de Julio, 1906	155
Dibujo de la perspectiva que tendría la proyectada Avenida 28 de Julio	156
Plano Bogotá Futuro (Detalle), 1925	157
Proyecto Avenida central. Karl Brunner, 1933	158
Esquema de la avenida Nuñez, 1921	159
Estación del tren Lima-Callao antes de ser demolida, s.f.	177
Terreno destinado a la Plaza San Martín en el centro de la Avenida Nicolás de Piérola, 1916	178
Perspectiva para la construcción de la Plaza San Martín, 1916	179
Anuncio de la Avenida Leguía, 1924	182
Caricatura en homenaje al señor Antonio Smeraldi, 1921	190
Imagen Gran edificio para el centenario, 1921	191
Caricatura Palacio de la Exposición, 1921	191
Vistas del Palacio de la Exposición de Quito, 1909	193
Pabellón Italiano Quito, 1909	193
Pabellón de España en Quito, 1909	194
Pabellón Chileno en Quito, 1909	194
El Pabellón Japonés en la Exposición – Quito 1920	198
Quiosco Japonés en Bogotá, 1911	198
Escultura precolombina en el Parque de la Independencia, ca. 1912	198
La hermosa fachada iluminada del Cine Mundial Lima 1922	205
Caricatura: la propiedad es un robo, 1910	206
Edificio exposición de Artes e industrias Quito, 1922	213
Pabellón de la sección artes e industrias Quito, 1922	214
Plano espacios urbanos en la conmemoración de la batalla de Pichincha	215
Caricatura ayer y hoy, 1919	220
Aspectos de la procesión cívica Bogotá, 1919	223
Plano espacios urbanos en la conmemoración del centenario de la Batalla de Boyacá en Bogotá 1919	225
Hotel Bolívar. Estado de los trabajos a principios de agosto, 1924	227
Caricatura Hotel Bolívar, 1924	229

La Transformación de la Plaza 2 de Mayo, 1925	231
Plano espacios urbanos en la conmemoración de la Batalla de Ayacucho	233
Caricatura. Un limeño en París, 1920	246
Caricatura Falta de Agua 1923	249
Proyecto para el Palacio Nacional de Cali de Rafael Borrero y Francisco Ospina 1926	255
Sección fotográfica de arquitectura en América Latina 1922	262
Casa del Señor Falconi con motivos arqueológicos 1913	276
Salón Ayacucho Palacio Nacional, 1924	277
Arco del centenario construido por el Concejo del Rimac, 1921	278
Casa para el señor Alberto Samper, 1924	281
Casa para quinta por Julio Carrizosa, 1922	283
Edificio para el Sr. Enrique Gangotena, 1920	291
El premio a la compañía de seguros Porvenir, 1915	293
Proyecto de edificio en construcción en la esquina de la calle 25 con carrera. 7ª, 1923	294
Proyecto del arquitecto Robert M. Farrington,, 1918	294
Proyecto nuevo edificio en construcción de “El Comercio”, 1921	294
La Circasiana. Quinta de D. Manuel Jijón Larrea, 1909	295
Curiosa residencia. Arquitectura con motivos chinos del señor Francisco R.K. León, 1928	295
Residencias en Chapinero. Olga, propiedad de don Roberto Cuéllar, 1928	295
Compañía de Crédito Agrícola e Industrial, 1922	296
Compañía de Prestamos y Construcciones, 1922	297
Caricatura Enrique Mogrovejo, 1922	307
Pasaje Royal – Quito, 1922	308
Fernando y Augusto Wise posando frente al Hotel Bolívar, 1925	309
Publicidad Vehículos, 1921	322

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1 Número de habitantes en Bogotá, Quito y Lima entre 1830 y 1922	112
Tabla 2. Densidad poblacional de Bogotá, Quito y Lima entre 1907 y 1923	113
Tabla 3. Actividades programadas Centenario Batalla de Pichincha por espacio	214

INTRODUCCIÓN

“Continuará, qué duda cabe.
Eso es lo bueno del pasado: que suele continuar”

Juan Esteban Constaín

El presidente Leguía se encontraba esa tarde en el hipódromo cuando uno de sus secretarios le dio la noticia, el palacio presidencial -la vieja casa de Pizarro- se encontraba en llamas. Era el domingo 4 de julio de 1921 y las malas nuevas no podían haber llegado en un momento más inoportuno, apenas tres semanas antes del inicio de los festejos para conmemorar el centenario de la independencia del Perú. En cuestión de días los buques con los miembros de las legaciones extranjeras atracarían en el puerto del Callao y la capital peruana se encontraba toda ella lista para festejar cien años de vida independiente.

Los daños del palacio no eran menores, habían quedado reducidos a cenizas el Despacho presidencial, el Salón Rojo, el Salón Dorado, el Salón de la Galería de Mariscales, la Sala de recibo del presidente, la Secretaría de la presidencia y otro par de estancias más, todo fue devorado por las llamas. Hubo manifestaciones de indignación cuando corrió un rumor sobre la supuesta intervención de manos criminales en la generación del fuego, pero la hipótesis nunca se comprobó. Cuando el presidente llegó a la Plaza de Armas la ciudadanía reunida allí lo vitoreó. Un impertinente, pero ponderado funcionario, sugirió que se considerara postergar las celebraciones que se avecinaban, pero la desaprobación a esta iniciativa fue unánime. El propio jefe de estado ordenó seguir adelante con los preparativos y continuar de acuerdo con el cronograma establecido.

En realidad, de seguro pensó Leguía, no habría razones para cancelar, la mayor parte de las obras y los eventos no se harían en el Palacio presidencial, de hecho, el grueso de las actividades planeadas se haría en una ciudad nueva, una que se construía para renovar

los escenarios que ahora conmemoraban la república. El Palacio de Pizarro era eso, un edificio importante pero antiguo, un legado de los viejos tiempos imperiales, ya habría tiempo para recuperarlo. En cambio, la Plaza San Martín, el ovalo de Bolognesi, la Plaza 2 de Mayo, el parque universitario, en fin, el circuito de espacios públicos diseñados para esa república independiente (la Patria Nueva le llamó el presidente) era la declaración incontrovertible de un futuro que se avizoraba grandioso. En esa nueva ciudad habían invertido todo el presupuesto y toda la energía, se necesitaría algo mucho más funesto que la impertinencia de unas llamas para malograr los planes de conmemoración que habían comenzado con años de anticipación.

Esa obstinación de los gobernantes peruanos tuvo el mismo tono en Colombia y Ecuador. Allí también hubo un esfuerzo enorme por dotar a Quito y Bogotá con nuevos escenarios que renovarían la estructura del poder, allí también había una fe inmensa en el papel de las capitales como ejes de la nación, también en esas ciudades había cierta urgencia en aprovechar las conmemoraciones del centenario para ratificar esa confianza en la ciudad capital. Como en Lima, también en Quito y Bogotá, las fechas elegidas para las celebraciones nacionales eran en realidad fiestas capitalinas.

La resolución con la que se llevaron a cabo esas conmemoraciones quizá permite entender el interés con que ha sido tratado este tema por la historiografía latinoamericana. No es fácil encontrar un caso en el que estas fiestas cívicas no hayan sido objeto de un cuidadoso escrutinio por parte de los investigadores en cada uno de los países latinoamericanos; Quito, Bogotá y Lima evidentemente no son excepción. En estas ciudades y sus respectivos países, la bibliografía al respecto es voluminosa y los enfoques diversos. Están, por ejemplo, aquellos que concentran su interés en describir los acontecimientos mismos de la conmemoración, esas investigaciones por lo general enumeran las actividades y las inauguraciones, reseñan discursos e identifican protagonistas¹; en otros casos los académicos se han interesado en discutir la producción

¹ UN buen ejemplo de ese tipo de investigaciones son los trabajos de: Vásquez, María. El Palacio de la Exposición Nacional de 1909. Quito, Fondo de Salvamento Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2009; Orrego, José Luis. Y llegó el centenario. Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía. Lima, Titanium Editores, 2014; Colón, Luis. La ciudad de luz. Bogotá y la exposición agrícola e

arquitectónica y monumental, edificios, estatuas, bustos, vías y plazas que suscitaron interés y alimentaron la imaginación de los habitantes de aquellas ciudades en un siglo que recién empanzaba²; algunos estudios han buscado discutir los efectos sociales, la manera en que algunos grupos se integraron o no a las jornadas conmemorativas³, unos pocos han hecho reflexiones en clave comparativa y aún menos se han arriesgado en entender el significado de estas celebraciones⁴.

Esta disertación no pretende ofrecer una mirada detallada sobre los días de las conmemoraciones, ni los pormenores de lo ocurrido durante esas fechas, varios de los estudios citados lo han hecho y en algunos casos lo han hecho bastante bien. En realidad, se recurre a los centenarios porque a partir de ellos, de los esfuerzos e impases para poder llegar a una conmemoración del talante de la que hubo, de las expectativas de sus impulsores, de la majestuosidad de sus espacios, de los discursos que los soportaron, de lo legado a las siguientes generaciones se busca entender cómo se fue construyendo y consolidando la autoridad de una ciudad específica designada como capital nacional. Pues el discurso que legitimó el papel de las ciudades capitales como “centros” simbólicos de la nación fue una tarea ardua que implicó pugnas, en ocasiones violentas, y requirió

industrial de 1910. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá – Instituto Distrital de Cultura y Turismo – Museo de Bogotá, 2005.

² Al respecto se pueden mencionar los siguientes trabajos: Vanegas, Carolina. Disputas monumentales. Escultura y política en el Centenario de la Independencia (Bogotá, 1910). Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2019; Escovar, Alberto; Mariño, Margarita & Peña, César. Atlas Histórico de Bogotá 1538 – 1910. Editorial Planeta - Corporación La Candelaria, Bogotá 2004; Hamann, Johanna. Leguía, el Centenario y sus monumentos. Lima: 1919 – 1930. Lima, Editorial PUCP, 2015; Carcelen, Ximena; Compte, Florencio & Del Pino, Inés. Ecuador en el Centenario de la Independencia. En: Apuntes. Revista de estudios sobre patrimonio cultural. Vol. 19, No. 2, 2006; Bermúdez, José & Escovar, Alberto. Bogotá o la ciudad de la luz en tiempos del Centenario: las transformaciones urbanas y los augurios del progreso. En: Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural, Vol. 19, Núm. 2, 2006, pp. 184 – 199; Martucelli, Elio. - Lima: capital de la patria nueva. El doble centenario de la independencia del Perú. En: Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural, Vol. 19, Núm. 2, 2006, pp. 256 – 273.

³ Pereira, Alexander. Cachacos y guaches: la plebe en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Vol. 38, Núm. 1, 2011, pp. 79 – 108

⁴ Dos ejemplos emblemáticos son: Bustos, Guillermo. El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870 – 1950. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar – Fondo de Cultura Económica, 2017; Colón, Luis. Representar la nación en el espacio urbano: Bogotá y los festejos del centenario de la Independencia. En: Gutman, Margarita & Molinos, Rita (editoras). Construir centenarios latinoamericanos en la era de la globalización. Ediciones Infinito, OLA, The New School University. Buenos Aires, 2012.

esfuerzos económicos, imposiciones políticas, pero especialmente, un delicado y sofisticado constructo cultural.

El punto de partida de esta pesquisa asume que el despliegue de entusiasmo, tenacidad y obstinación del que se hizo alarde en esas fiestas cívicas no surgió de la nada, estaba sustentado en un marco simbólico, un mecanismo elaborado de dominación que pretendió convertir la capitalidad urbana en el logro más alto de la comunidad política. Los centenarios entendieron las ciudades como artefactos culturales y muchas de las apuestas, esperanzas e ideologías que impulsaron la celebración no sólo buscaron implantar un nuevo modo de ser urbano, sino que también aprovecharon para promover una reflexión intelectual sobre la ciudad y la arquitectura, una discusión que se extendió por varios años y que permitió recalcar la legitimidad de la dominación ejercida desde ese punto específico de la geografía nacional.

Abordar las preguntas de investigación y trabajar esta hipótesis implicó, en todo caso, confrontar enfoques y análisis historiográficos que han gozado de una enorme popularidad, pero muchos de ellos convenientemente han invisibilizado elementos fundamentales que problematizan explicaciones que han abusado de una simplificación excesiva. El argumento que más veces se esgrime es el que resume el arquitecto Jimmy Guzmán en relación con Lima; allí en decenas de investigaciones se ha interpretado lo ocurrido en esta ciudad a comienzos del siglo XX utilizando los siguientes argumentos:

(...) esta primera Lima [la de finales del siglo XIX y comienzos del XX] seguía siendo un **barrio-ciudad**, que había conseguido elaborar un montaje escenográfico, antes que una ciudad moderna real. Es claro que ni las obras daban para **igualarse a la capital francesa**, ni las condiciones de vida de los trabajadores y el acoso de las precarias condiciones de higiene, **podían hacer imaginar una urbe plenamente moderna**⁵.

⁵ Guzmán, Jimmy. Génesis de la metrópoli moderna en la ciudad latinoamericana – años 50. Entre la idea de un proyecto modernos y los procesos de modernización. Los casos de Lima, Caracas y Bogotá. Tesis para optar al título de Magister en Urbanismo – Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Artes, Bogotá D.C., 2011, p. 203 (La negrilla es mía) Un argumento similar se puede encontrar para Bogotá en muchos textos, un ejemplo emblemático es Saldarriaga, Alberto. Bogotá Siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana. Bogotá, Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2006. En el caso de Quito quizá uno de los textos más conocidos que soporta una hipótesis de este estilo es: Kingman, Eduardo. La ciudad y los otros: Quito 1860 – 1940. Higienismo, ornato y policía. Quito, FLACSO – FONSA – Universitat Rovira i Virgili, 2008.

Desde mi punto de vista ni Lima, ni Bogotá o Quito se pueden entender como barrios-ciudad, ni como “aldeas” o pueblos grandes (calificativos también usados para referirse a la ciudad de inicios de siglo). A pesar de que cada vez se publican más estudios que dan cuenta de los complejos y dinámicos procesos sociales, económicos, políticos y culturales que ocurrían en estas tres ciudades durante este periodo, aún se insiste en utilizar la dicotomía “atrasado – moderno” para explicar los procesos que ocurrían en ellas durante estos años, ese modelo no es útil para entender el empeño puesto en la construcción de una capital, ni para explicar el modelo ciertamente sofisticado al que recurrieron.

La historiadora Marixa Lasso hace una exposición brillante de la manera como se fue construyendo esta idea según la cual “América Latina era un territorio rezagado que se la pasaba intentando ponerse al día con la modernidad política de Europa y Estados Unidos” y ella misma define en pocas palabras un programa de investigación que aún está por hacerse: “aún no entendemos cómo una región que fue el laboratorio de la democracia se transformó en un territorio que solo copiaba las innovaciones políticas de otros pueblos. Los historiadores de América Latina apenas han comenzado a hacerse la pregunta” Y remata diciendo “aunque todavía no tenemos una visión clara de cómo ocurrió, lo que sí queda claro es que la idea de América Latina como una región de oligarcas imitadores y campesinos tradicionales es una caricatura que oscurece su compleja historia”⁶. Esa postura de la historiadora panameña es una cuestión que apenas está ocupando la atención de historiadores de la arquitectura y la ciudad de la región latinoamericana.

Por otra parte, la influencia de la capital francesa, el supuesto anhelo de querer parecerse a ella quizá merezca algún cuestionamiento. No porque París no fuera importante para las élites de comienzos de siglo, en efecto lo era. Ni porque no hubiese algunos anhelos de parecerse a ella, los había; pero para el grupo que promovía y lideraba los cambios a comienzos de siglo era claro que la copia no era una opción, no porque no la anhelaran

⁶ Lasso, Marixa. *Historias perdidas del Canal de Panamá. La historia del Canal de Panamá contada por los panameños*. Bogotá, Editorial Planeta, 2021, p. 23

sino porque era materialmente imposible llevarla a cabo e intelectualmente chocaba con los debates del día a día. Ellos no eran tan ingenuos, ni tan pacientes, como para esperar que una suerte de milagro ocurriera y las cosas se transformaran por generación espontánea. Ingenuidad y paciencia tampoco había en los profesionales que acompañaban el cambio material; arquitectos, ingenieros, urbanistas y artistas, muchos de los cuales no sólo no tenían a París como su único referente (en ocasiones ni siquiera lo tenían como un referente) y tampoco eran ajenos a los desafíos que debían enfrentar en medio de un ambiente creciente de patriotismo que demandaba escenarios, espacios y manifestaciones materiales que dieran cuenta de la pretendida grandeza de esa nación que se celebraba.

Más lejos aún se encuentra esta investigación de esa posición según la cual ni las obras ni las condiciones de vida podían hacer imaginar a élites e intelectuales el vivir en una “urbe plenamente moderna”. Con más frecuencia de lo que hasta ahora hemos querido ver, los miembros de la élite presentían, o al menos así lo manifestaban, que vivían en una ciudad que estaba a tono con otras grandes metrópolis del mundo, la experiencia cosmopolita para ellos era real, posiblemente menos intensa que en ciertas urbes europeas o norteamericanas, pero en cualquier caso no tan lejana y ciertamente no la consideraban inalcanzable. Quizá han sido los historiadores quiénes han juzgado de manera más severa ese proyecto elitista de inicios de siglo, unas veces calificándolos de megalómano, otras veces condenándolos por pobre y ridículo, lo cierto es que hay muchos indicios en las fuentes que permitirían sugerir que esa posición que hasta ahora ha visto a los promotores de la ciudad de comienzos del siglo XX con cierta condescendencia merece ser cuestionada. Ese reto es asumido en este trabajo.

Miradas Cruzadas y el advenimiento del evento

Comenta el arquitecto e historiador argentino Adrián Gorelik que el insigne libro sobre las ciudades del continente, *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, se convirtió en un clásico por dos razones fundamentales: en primer lugar, por el talento excepcional de José Luis Romero para la escritura narrativa y ensayística. Y, en segundo término, por el

momento en el que fue escrito; en los años setenta Romero construyó unas categorías - dice Gorelik- “que le permiten armar una visión panorámica ambiciosa” en que los periodos y las ciudades a partir de esas categorías tenían coherencia. Esto fue posible gracias a que entonces se conocía muy poco de las ciudades que él estudió “lo que hacía que no tuviera que confrontar y tratar de dar cuenta de situaciones y problemas que no estuvieran bajo las categorías creadas”⁷. En la actualidad esa entrada metodológica no sería posible, hoy se conoce mucho sobre las ciudades latinoamericanas, pues en las últimas dos décadas del siglo XX y las dos primeras del siglo XXI hemos sido testigos de una explosión enorme en investigación sobre historia urbana latinoamericana, la mayor parte concentradas en monografías, que han permitido llevar el conocimiento a un nivel tal que es difícil simplificar argumentos y proponer explicaciones de tipo general como lo hizo Romero.

Pero esto no implica que la posibilidad de hacer trabajos de amplio alcance regionales, continentales o globales esté acabada. El propio Gorelik menciona que existe un campo fértil para la historia latinoamericana de las ciudades que aún está por ser construido, desde su punto de vista es necesario volver la mirada sobre la región, pero aprovechando el avance, es decir, el conocimiento profundo de los casos específicos; propone entonces trabajar sobre:

(...) las historias regionales de los contactos específicos que había entre ciudades, ya no de una comparación teórica y abstracta en que el investigador pone a las ciudades una grilla de variables e intenta ver cómo funciona en cada una, sino de una historia que busca desentrañar cómo nuestras ciudades tuvieron momentos y episodios de enorme contacto en el que se miraron unas a otras, en el que viajaban figuras de unas a otras y se reflexionaba sobre ellas⁸.

La invitación era entonces a entender los cruces culturales, los contactos, los diálogos, las transferencias e interrelaciones que afirma el arquitecto argentino “no están reveladas, ni historiadas, ni construidas como objeto de interés”. Esta investigación entra bajo la órbita

⁷ “La historia es una disciplina muy afortunada nos ponemos mejor a medida que envejecemos”. Conversatorio realizado en el marco del encuentro Historia Urbana 2014 – Asuntos de historia urbana de la ciudad latinoamericana. En: Revista Ciudad Paz-ando, Bogotá, Vol. 7, Núm. 2, 2014, p. 221

⁸ “La historia es una disciplina muy afortunada” ..., p. 221

de ese desafío, porque como tantos otros han argumentado, investigar escenarios urbanos que escapan a la restricción de casos específicos obliga a buscar opciones metodológicas y estrategias de investigación que obliga “que los investigadores no se conformen con la narración puramente descriptiva y, de este modo, aseguran que los estudios históricos posean también rigor analítico”⁹.

Ese rigor viene secundado por el señalamiento que hacen los historiadores Kenny y Madgin quienes advierten que “comprender lo que es una ciudad implica no solo dar cuenta de sus diversas manifestaciones, sino que requiere ser pensada en términos de ciudades en plural, en relación con otras, tanto comparativa como transnacionalmente. Las ciudades son producto de procesos de colisión”¹⁰. Esto implica -afirman ellos mismos- que unas ciudades que son al mismo tiempo fruto de un “imaginario urbano” local y de flujos que van más allá de las fronteras nacionales cuestiona a los investigadores y les desafía a encontrar nuevos caminos para tender puentes entre las diversas escalas en que las herramientas analíticas permitan dar cuenta de las ciudades y su entorno “inmediato y distante, de los contactos del día a día con las tensiones que los animan, así como el papel de los flujos mucho más amplios de tipo regional, nacional o internacional en que está inmersa”¹¹.

Desde el inicio mismo esta investigación se encuadró en ese desafío, a veces desde un punto de vista de historia comparada e historia cultural, en otras ocasiones mucho más cerca de la historia transnacional y de la historia intelectual, pero siempre con el telón de fondo de la historia urbana. Esta diversidad de enfoques es en realidad una reivindicación de lo que el historiador Renán Silva llamó “la defensa del pluralismo teórico”, sustentada en una desconfianza enorme en la “Gran Teoría” o en enfoques unívocos y en la insistencia “por fuerza de necesidad, en que no resulta aconsejable separar las dimensiones empíricas y teóricas de los problemas analizados por las ciencias de la

⁹ Conrad, Sebastian. *Historia Global. Una nueva visión para el mundo actual*. Barcelona, Editorial Planeta, 2017, p. 41

¹⁰ Kenny, Nicolas & Madgin, Rebecca. ‘Every Time I Describe a City’: Urban History as Comparative and Transnational Practice. En: Kenny, Nicolas & Madgin, Rebecca (Editors) *Beyond Cities Borders. Comparative and Transnational Approaches to Urban History*. Farnham, Ashgate, 2015, p. 4

¹¹ Kenny, Nicolas & Madgin, Rebecca. ‘Every Time I Describe a City’..., p. 6

sociedad”¹². La mayor oportunidad de *realización* de la historia, afirma Silva, es en la investigación porque es en ella donde enfrentan retos y dificultades, pero en particular porque es en ella donde se responde al clamor de un diálogo interdisciplinar de manera permanente sin subordinaciones a priori.

En consonancia con este punto de vista, este trabajo debió apostar por nuevas formas de acercamiento a los entornos urbanos, romper la inflexibilidad de ciertas clasificaciones, ajustar marcos metodológicos y recurrir a diversas fuentes. Se construyó, por ejemplo, un modelo que entendió las ciudades capitales objeto de estudio como un punto de confluencia de tres fuerzas simultáneas. Una primera determinada por corrientes globales, que hace referencia a ideas, intercambios, intentos de imposición, adaptaciones, respuestas e influencias mutuas con el mundo industrializado de lo que ahora se denomina el norte global. Un segundo nivel, que tiene que ver con los acercamientos en la región latinoamericana, con los países del continente y sus procesos comunes, las ideas y aspectos que les implicaba mutuamente por la cercanía, los retos, las luchas, las ideas unificadoras y los choques disgregadores. Y finalmente, un plano local que hace referencia a los asuntos domésticos, los enfrentamientos territoriales al interior de la misma nación, las disputas simbólicas, los intentos de imposición. Como ya se dijo, todo ello era simultáneo y por eso a lo largo de este texto reiteradamente se hará referencia a estos tres planos y la manera compleja como se interrelacionan entre ellos¹³.

¹² Silva, Renán. Cuestiones disputadas. Ensayos sobre Marx, Freud, Foucault, Bourdieu y Bloch. Bogotá, Editorial Universidad de los Andes, 2016, p. XI

¹³ Ese problema de las ciudades es típico de la relación con lo nacional, no puedo dejar de pensar en una paradoja similar que identificó Benedict Anderson con respecto a los estados Nacionales, que se mueve en dos planos contradictorios definidos por “la universalidad formal de la nacionalidad (todos deben tener una) frente a su particularidad de manifestación concreta”. Anderson, Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2007.



	Acciones Locales
Preocupaciones Regionales	
Corrientes globales	

Elegir Bogotá, Quito y Lima como las ciudades que harían parte de esta investigación fue un proceso reflexivo, aunque las razones iniciales que sustentaron esa elección paulatinamente se fueron difuminando. Inicialmente se consideró centrar el interés en las ciudades capitales que hacían parte de los cinco países andinos (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia), estos territorios compartían algunos elementos simbólicos, habida cuenta del papel de Simón Bolívar en el panteón de los héroes nacionales . Además, estos países enfrentaron complejos retos en la construcción de los Estados Nacionales durante el siglo XIX, las capitales de esos Estados parecían haber experimentado procesos de desarrollo urbanístico al mismo tiempo, con características y resultados muy similares. Estas ciudades capitales, además, no suelen entrar en la órbita de los estudios comparados Latinoamericanos, los cuales comúnmente se centran en Brasil, México, Argentina y más recientemente Chile. Analizar casos que parecen menos emblemáticos, pensé en ese momento -y lo afirmo ahora- permitía encontrar esguinces al modelo, contradicciones más pronunciadas e intervenciones que requerían mucha imaginación.

El trabajo de revisión inicial de las investigaciones publicadas me llevó a la decisión de no incluir las ciudades de Caracas y de La Paz. En el caso de capital boliviana consideré que la ausencia del “monopolio legítimo de la violencia simbólica” -una acepción que aclararé más adelante- creaba una disonancia muy grande con el enfoque y el interés personal

que impulsaba el proyecto presentado al doctorado¹⁴, el cual partía del interés por indagar y entender la fascinación por el enorme poder acumulado de unas ciudades específicas, investidas como capitales y que habían hecho alarde de ese poder en las conmemoraciones de los centenarios. En el caso de Caracas, la ausencia de un espacio específico construido para concentrar allí las actividades que conmemoraban el centenario me generó dudas sobre la construcción de un espacio de poder, lo que al final determinaron que la excluyera del análisis. En esa primera fase del trabajo aún suponía que la investigación se concentraría en la relevancia que suponía tuvieron esos nuevos escenarios urbanos como parte de un sistema ritual. Ahora mismo, luego de batallar con el enfoque y finalizada la escritura, esas dos razones son injustificadas a la luz del análisis que aquí se presenta.

La razón fundamental es que el proyecto cambió, aunque las inquietudes, preguntas y objetivos iniciales no lo hicieran, o no radicalmente. Cambió porque la manera como se abordaba el evento central, la conmemoración de los centenarios, debió replantearse. A medida que las fuentes eran contrastadas con marcos analíticos era evidente que analizar la construcción de un artefacto simbólico, como la ciudad capital, no era posible a partir de un único evento (o dos) y esa certeza obligó a considerar nuevas formas de tratarlo. La discusión no es completamente novedosa, pero teniendo en cuenta el papel que ha tenido el estudio de las mentalidades, los movimientos sociales, la vida cotidiana y lo subalterno en las últimas décadas, el *evento* aún carga con un halo de desprestigio porque parece vincularse con una forma de hacer historia ya obsoleta, un viejo vicio del siglo XIX que parecía superado.

Pero los eventos fascinan porque parecen revelar en un instante las fuerzas que durante mucho tiempo los fueron urdiendo. Más a menudo, el evento ha sido visto como el

¹⁴ La preocupación por el tema surgió a propósito de la lectura de: Azcui, Mabel. “La guerra entre Sucre y La Paz enciende Bolivia”. En: El País, Madrid, julio 29 de 2007, edición digital. (Recuperado de: <https://bit.ly/3R11VCu>); “La guerra entre Sucre y La Paz” En: La Prensa, Ciudad de Panamá, julio 29 de 2007 (Recuperado de: <https://bit.ly/3ACW14W>); “La ‘guerra’ entre Sucre y La Paz por ser la capital definitiva” En: El Clarín, Buenos Aires, julio 28 de 2007 (Recuperado de: <https://bit.ly/3wmw2wg>) Curiosamente los trabajos académicos sobre este tema son escasos o al menos, en este caso, difíciles de hallar a través de internet.

momento que explica un fenómeno, el factor que esclarece los procesos subsiguientes, así fue tratado durante mucho tiempo y por esa candidez fue relegado. Pero la fascinación por el evento continuó y lo retomó la historia, no era fácil escapar a su seducción, aunque las miradas contemporáneas han decidido darle un vuelco, retornar a él de un modo más reflexivo, con menos ingenuidad, un punto que el historiador Françoise Dosse resume en los siguientes términos: “de regreso como indicio o huella significativa el acontecimiento es tomado doblemente, como así lo invita su etimología: como resultado y como comienzo, como desenlace y como apertura de posibilidad”¹⁵. Una perspectiva que comparte con Burke quien valora el trabajo de aquellos historiadores “que se enfocan en eventos particulares no por el evento en sí mismo, sino por lo que ellos revelan acerca de la cultura en dónde ocurren”¹⁶. Este punto de partida, aparentemente simple, es el eje que posibilita construir un análisis de las características del que aquí se presenta.

Este mismo enfoque ahora permite entender que las razones argüidas para separar a Caracas y La Paz no son sólidas desde este punto de vista, esa certeza fue surgiendo a medida que avanzaba la investigación y fue totalmente evidente cuando estuvo terminada. Al final fue indiscutible que los procesos políticos y culturales que afectaron las ciudades no dependían de un día de conmemoración o de una única oportunidad para darle forma a los espacios urbanos que celebrarían lo nacional desde la capital, para comprender el poder simbólico de un territorio había que pensar en el largo plazo y entenderle como un proceso de avances y retrocesos, de logros y fracasos, la ausencia de espacios urbanos dedicados a representar una estructura de poder no significaba que no estuvieran siendo planeados y prefigurados. Claro está, es más fácil determinar eso cuando ya se ha escrito una tesis, cuando se ha discutido muchos posibles enfoques y se mira en retrospectiva, esa es quizá la tragedia del investigador doctoral: lo que merecía un mejor análisis es mucho más claro cuando el trabajo está terminado.

¹⁵ Dosse, Françoise. El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix. En: Historia y grafía. No. 41, México D.F., julio – diciembre, 2013, p. 20

¹⁶ Burke, Peter. History of events and the revival of narrative. En: Burke, Peter (Editor) New perspectives on historical writing. Cambridge, UK, Polity Press, 1991, p. 234

En relación con la discusión sobre el evento es pertinente mencionar un par de aspectos adicionales. Como afirma Dosse, “el acontecimiento se ha vuelto recientemente una entrada privilegiada en el universo social, de vuelta, no a partir de arquetipos reducidos, sino de singularidades que pueden tener vocación de volverse enseñanzas de alcance generalizado”¹⁷. Esto le da un nuevo sentido a la revaloración del evento, porque lo saca de la sobre atención del evento en sí mismo y lo ubica en clave relacional. En palabras del propio historiador francés:

La nueva atención a la huella que dejaron el acontecimiento y sus mutaciones sucesivas es absolutamente fundamental y permite evitar el falso dilema empobrecido y reductivo de tener que elegir entre *evenmencialidad* supuestamente corta y una larga duración pensada como estructural. En esta perspectiva, el acontecimiento no es un simple dato que sería suficiente recopilar para testimoniar la realidad, sino un constructo que reenvía el conjunto del universo social como matriz de la constitución simbólica de sentido¹⁸.

Leer la conmemoración con esta lente implicó salir del estrecho margen periódico definido por las fechas en que ocurrieron los festejos (1909 a 1924) y poner el énfasis en las vicisitudes que enfrentaron estas sociedades para poder festejar con la tranquilidad y la seguridad con la que lo hicieron y al mismo tiempo entender las huellas que dejó, pues, pasados los afanes e incertidumbres que traía consigo la organización de las festividades cívicas ellas mismas “retornaban sin detener la interpretación de su presencia espectral con los acontecimientos ulteriores, provocando configuraciones cada vez más inéditas”¹⁹. Por eso, varios años después de los acontecimientos aún se encontraba referencia constante a sus apuestas, a sus discursos y a sus nostalgias, por eso su influjo lo permeaba todo, lo afectaba todo, incluso el urbanismo y la arquitectura, o bueno, especialmente el urbanismo y la arquitectura, por la esperanza que había en esas disciplinas, porque como afirmara Bernard Tschumi: “la arquitectura como detonador de acontecimientos tiene la capacidad de alterar a la sociedad y a sus estructuras”²⁰. Para

¹⁷ Dosse, Françoise. El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix..., p. 26

¹⁸ Dosse, Françoise. El acontecimiento histórico entre esfinge y Fénix..., p. 27

¹⁹ Dosse, Françoise. El acontecimiento histórico entre esfinge y Fénix..., p. 20

²⁰ Lozoya, Johana. Ciudades Sitiadas. Cien años a través de una metáfora arquitectónica. Centenarios Tusquets Editores, México D.F., 2010, p. 27

quienes promovieron estos proyectos esa era una verdad incuestionable y fomentarla era una tarea ineludible.

Además de este sesgo, que atiende fundamentalmente procesos urbanos con un especial interés en discusiones sobre arquitectura y urbanismo, habría que mencionar adicionalmente que esta tesis analiza fundamentalmente un proyecto que está específicamente vinculado a un grupo social: la élite. Para efectos prácticos lo entenderemos como: “individuos, familias o redes que tienen la capacidad de dictaminar, reproducir, disputar y transformar los principios de dominación en una sociedad”²¹. Los proyectos fomentados por la élite no siempre se llevan a cabo y la mayor parte de las veces ni siquiera salen como lo planearon. Adicionalmente, es claro que los grupos subalternos tienen agencia, por lo tanto, no asumen de manera obediente y disciplinada las directrices del grupo que posee una mayor cuota de poder, con frecuencia desafiaban las reglas impuestas y en ocasiones con verdadero éxito. Pero la coherencia, dimensión y alcance del proyecto en el que se embarcaron estos hombres que ostentaban el poder, junto con la atención que recibió el conocimiento “científico” sobre el espacio y el territorio urbano en ese proyecto que tenían en mente y decidieron echar a andar -un interés personal- determinaron la predilección por las acciones de ese grupo en particular.

Esas apuestas, discusiones e intereses se encuentran expuestas en este documento a partir de una estructura de cinco capítulos y un epílogo. El primer capítulo se presenta en dos partes, en la primera se abordarán algunos elementos indiciarios (en el sentido que Ginzburg da a esta expresión) que exponen al lector la manera como nació la idea de esta investigación a partir del análisis de mapas y planos, de qué forma fueron surgiendo las preguntas de investigación y qué motivo la búsqueda de respuestas. En la segunda parte de este mismo capítulo, se analiza conceptualmente la noción de “ciudad capital”, esto se hace con el fin de determinar su alcance en términos analíticos y de ese modo establecer

²¹ Pearce, Jenny & Velasco, Juan. Élités, poder y principios de dominación en Colombia (1991 – 2022). Orígenes, perfiles y recuento histórico. Instituto colombo-alemán para la paz, Latin America and Caribbean Centre, 2022. (Documento digital recuperado de: <https://bit.ly/3pCXguz>)

un punto de partida para la comprensión de lo ocurrido en Colombia, Ecuador y Quito (y en sus capitales) en el primer siglo de su vida republicana.

En el capítulo dos se analiza la manera como se fue configurando el discurso de lo capitalino años antes de que se pensara siquiera en la organización de las fiestas cívicas. La intención es demostrar el modo en que se va construyendo un discurso que justifica la preminencia simbólica de la capital, para tal efecto, se examina la manera como los promotores del proyecto nacional recurrieron a dos estrategias, el uso del conocimiento geográfico y el estudio científico del pasado representado en tres elementos (la lengua, la arquitectura y la condición de sede imperial). Si bien es cierto que la preminencia de las capitales se consiguió gracias a una mezcla de factores que incluye poder político, crecimiento económico e infraestructura, es aún más cierto que la legitimidad solo podía ser alcanzada gracias a estrategias de dominación simbólica. De eso se da cuenta en esta sección.

El capítulo tres ofrece un panorama de Bogotá, Quito y Lima desde un punto de vista de su desarrollo físico y el estado en que se encuentran estas ciudades a comienzos del siglo XX. El interés fundamental es evidenciar que estas capitales lejos de ser “pueblos grandes” eran parte de un mundo dinámico en el que las estructuras coloniales estaban muy transformadas, al menos si se le mide por el crecimiento, las formas de urbanización (de la mano del inversionista privado), los intentos de control o planificación y, fundamentalmente, por la maduración de ciertas ideas sobre la adecuación de sus entornos urbanos para escenificar la grandeza de la nación.

En el cuarto capítulo se abordan la conmemoración de los centenarios de la independencia y sus significados en clave de consolidación de un espacio simbólico urbano con pretensiones de relevancia nacional. Para tal efecto, se abordan tres temas considerados fundamentales: la elección del lugar para la construcción del espacio conmemorativo, el papel de las exposiciones universales o industriales y, finalmente, el contraste de actividades e inversión entre los dos centenarios celebrados por estas fechas, el del grito de independencia y el que celebraba la independencia definitiva.

En el acápite cinco, a partir de las discusiones y trabajos de arquitectos, ingenieros y urbanistas, se busca demostrar cómo los debates motivados por los centenarios permearon el discurso y las agendas de un par de disciplinas en formación, la arquitectura y el urbanismo. La hipótesis que guía esa sección es que hasta ahora la historiografía se ha concentrado en exceso en el modelo analítico de centro – periferia, en el que unos producen y otros copian. Ese marco de interpretación no ha permitido tener en cuenta las discusiones y afugias que nacían como propias y que intentaron ser solventadas con alternativas inéditas promovidas por los profesionales de estas disciplinas quienes habitaban esas urbes. Estos debates no aparecieron con los centenarios, pero gracias a ellos tomaron un vigor y relevancia insospechada.

En el epílogo se hacen algunas consideraciones sobre el tipo de ciudadano que se imaginaban quienes impulsaban ese proyecto de ciudad capital. Actitudes, modos de comportamiento, formas de vestir y modos de estar que se suponía iban a alcanzar los habitantes de la ciudad gracias a los vientos de renovación que traía consigo la aparición de nuevos escenarios urbanos. A modo de cierre, en este mismo apartado, se realizan consideraciones finales sobre la investigación completa y las posibles preguntas para nuevos análisis.

Agradecimientos

Esta investigación no hubiera podido realizarse sin el soporte de varias instituciones y el apoyo de muchas personas. Tuve la fortuna de contar con el apoyo de beca de Colciencias (ahora Minciencias) de formación de alto nivel para doctorados nacionales lanzada en el año 2014. Las condiciones y objetivos de esa convocatoria me permitieron dedicar el tiempo y energía suficiente para llevar a cabo el proyecto. Junto a ese apoyo debo manifestar mi más profundo reconocimiento a los profesores del Doctorado en Arte y Arquitectura quienes acompañaron todo el proceso, las constantes y enriquecedoras discusiones con la profesora Silvia Arango, el profesor Jorge Ramírez y el profesor Luis Carlos Colón contribuyeron de manera decidida a que el enfoque, las

preguntas y el análisis de la investigación superara paulatinamente la ingenuidad inicial y entrara en la esfera de un trabajo con pretensiones académicas.

No tengo suficientes palabras de agradecimiento para el profesor Wiley Ludeña Urquiza y su enorme generosidad en las dos estancias que realicé en Lima durante los años 2017 y 2018. Gracias a él y a sus estudiantes de los seminarios de historia de la arquitectura en la Pontificia Universidad Católica del Perú y la Universidad Nacional de Ingeniería pude entender mejor la historia peruana en un periodo del que no era, ni soy especialista. Las conversaciones con los profesores Juan José Arrué y Gabriel Ramón-Jofré fueron de enorme valor para entender mejor ciertos aspectos del pasado urbano de la capital peruana. Con Iván Millones compartimos el interés en el final del siglo XIX peruano y ecuatoriano, la visión de historia comparada y la inquietud sobre los proyectos conservadores de ese periodo. Alejandra Muñoz y Alicia Fernández me ayudaron a conocer la Lima del pasado caminándola hoy.

El personal de la Biblioteca Municipal, del Instituto Riva Agüero, de la biblioteca y el archivo de la Pontificia Universidad Católica del Perú, de la biblioteca de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Ingeniería y de la hemeroteca y la sala de investigadores de la Biblioteca Nacional del Perú fueron pacientes y me ofrecieron su valiosa ayuda durante mis constantes visitas a sus salas, sin esa ayuda esta investigación simplemente no hubiera sido posible.

Tengo una enorme gratitud con Inés del Pino por su invaluable ayuda a mi llegada y estancia en Quito. Su conocimiento profundo de la historia de la ciudad, su disposición para caminar por ella y contarme su pasado es un regalo enorme del que espero haber sido digno. Debo también mucho al profesor Ernesto Capello quien me señaló buenos y pertinentes rumbos a medida que descubría esa incógnita que era para mí la capital ecuatoriana. También, gracias a su gestión, conseguí acceder a ciertos archivos que de otra manera hubiera sido imposible. Aún recuerdo la amabilidad espontánea y el desinterés de María Antonieta Vásquez en compartir su conocimiento a ella mi reconocimiento profundo. Alexandra Kennedy, colega del doctorado, le agradezco su

generosidad intelectual en nuestras largas conversaciones sobre Quito y el Ecuador entre una y otra clase.

Es preciso agradecer sinceramente a los y las trabajadoras de Archivo y Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, del Archivo Metropolitano de Historia de Quito y del Fondo Durini en el Museo de la Ciudad. Pocas veces he dado con empleados tan amables como los de la Biblioteca del Ministerio de Cultura (Antigua Biblioteca del Banco Central del Ecuador) y la ayuda desinteresada y esplendida de los funcionarios y directivos de la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Polit, quienes no solo me brindaron ayuda sino también me ofrecieron material digital que traje conmigo a Colombia cuando ya se había agotado el tiempo y el presupuesto para seguir en el Ecuador.

Al entorno intelectual de la Universidad Libre de Berlín y las discusiones con los estudiantes del Instituto de Estudios Latinoamericanos le debo varias ideas y mejoras a la estructura de este documento y la afinación del enfoque. El profesor Stefan Rinke me ofreció amablemente la participación en el Coloquio de Historiadores y el Coloquio Interdisciplinario en el Instituto, el diálogo con los estudiantes de esos espacios fue muy provechoso y me permitió ajustar diversos componentes del trabajo. Quizá las conversaciones fundamentales las tuve con Raquel Rojas, aunque irónicamente, la mayoría de las veces no específicamente sobre la temática de este trabajo. Pude intercambiar varios puntos de vista con los estudiantes de la maestría en *Global History* especialmente con Peder Østebø a él mi gratitud y admiración. El personal del Instituto Iberoamericano de Berlín fue muy paciente y sus instalaciones fueron un refugio para comenzar a delinear los primeros trazos del documento que hoy se presenta.

Fueron también provechosos los intercambios con algunos de los y las académicas que hacen parte de la Red Colombiana de Historia Urbana, en especial debo agradecer a Eulalia Hernández y el profesor Germán Mejía. Aparte de la beca de Minciencias esta investigación, en particular el enfoque comparado, no hubiera sido posible sin la ayuda financieras que ofreció la facultad de artes de la Universidad Nacional de Colombia, debo

agradecer allí el apoyo y ayuda de Laura Felacio y Diego Romero en el acompañamiento y guía, desde la coordinación del programa doctoral, por esa intrincada maraña administrativa en la que se convirtió la universidad.

Los empleados de la Sala de Investigadores de la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá me ofrecieron un espacio en el que pude dedicar largas horas a la búsqueda y lectura del material de sus distintos fondos y repositorios bibliográficos. Los archivos y espacios de “la Luis Ángel” se convirtieron durante este tiempo, y en realidad lo han sido durante los últimos 30 años, en mi segundo hogar. Así mismo, agradezco a los empleados del Archivo de Bogotá, el Archivo Central Histórico de la Universidad Nacional de Colombia y la Biblioteca Nacional de Colombia. Quizá una de las mayores ayudas en ese periplo por fondos documentales, legajos y expedientes la obtuve de Amanda Correa en el Archivo General de la Nación, aspectos que considero fundamentales en esta tesis se los debo en buena medida a su conocimiento minucioso de ese espacio indispensable para la memoria de Colombia.

Mi admiración, respeto y aprecio al profesor Luis Carlos Colón, director de esta investigación y maestro en tantas oportunidades en las que nos hemos encontrado reflexionando e indagando sobre la historia de Bogotá. Gracias a su apoyo, ánimo y ayuda para sortear tantos obstáculos y a su generosidad en la transmisión de conocimiento sobre la historia urbana he podido iniciar, escribir y terminar este trabajo.

En este punto pareciera que tengo una deuda impagable con mis amigos de tertulias: Bryan, Chucho, Diego y Sebastián, sin esas conversaciones qué difícil hubiera sido avanzar; Merly Guanumen escuchó una y otra vez mis angustias y siempre parecía tener la respuesta para atemperarlas; a John Farfán lo conocí un día en el archivo y luego se ha vuelto un colega imprescindible para entender la historia de esta ciudad. María Teresa Cifuentes leyó una a una cada página de esta tesis, hizo comentarios puntuales y sugerencias de cambios de redacción y ortografía. Ella dice que ese trabajo no es nada, pero yo sé que es todo.

Desde que la conozco, es decir desde siempre, Aleida Páez -mi mamá- tuvo una fe inmensa en los caminos del conocimiento, no sé si esta tesis era el tipo de resultado que tenía en mente como producto de ese credo, pero no tengo duda que ella es la principal responsable de que haya un doctor más en Colombia. Mile, Diana, Vale y John fueron el refugio de siempre ante el desafío de esta investigación y de la vida. A Jeffy, por las vicisitudes y las ilusiones, por lo andado y por lo que falta, por su valentía y obstinación que tomé prestada un día y la aproveché para terminar esta investigación.

Capítulo I

HACIENDO DE LA CIUDAD UN MUNDO

*“Urbem fecisti quod prius orbis erat” **

Rutilio Namaciano

Parte 1. INDICIOS

Concordia y agresión

Festejos, alegrías y felicitaciones mutuas no fue lo único que trajo la ola de celebraciones del centenario de la independencia realizadas en varias naciones latinoamericanas entre 1909 y 1924. Fueron, también, años de resquemores y discordias que hicieron aflorar fracturas en relación con la condición misma de los estados-nacionales y ciertamente en uno de los aspectos más determinantes: la constitución territorial.

En efecto, en 1910 una controversia que implicó a Colombia, Ecuador y Perú evidenció los problemas aún palpables derivados de los borrosos límites entre Estados e hizo temer a unos y otros, en los tres países, en la posibilidad de nuevas pérdidas de territorio. En la mente de las élites peruanas estaban aún las zonas del sur cuyo dominio habían perdido en la guerra con Chile (1879 – 1884), en Colombia los políticos liberales y conservadores se lamentaban por la pérdida de Panamá (1903) junto con la posibilidad de control de un canal interoceánico; y en Ecuador la incertidumbre sobre el dominio efectivo de los territorios en el oriente, mantenía en zozobra a los gobernantes de turno que presentían que malas noticias se avecinaban.

La controversia más álgida de estos años surgió a propósito de una versión en la prensa ecuatoriana que advertía sobre la posibilidad de un fallo adverso en relación con el diferendo que tenían con el Perú. La disputa se remontaba a los tiempos mismos de la independencia, en 1822 “Bernardo Monteagudo, Ministro peruano de Guerra y Marina, y Joaquín Mosquera, Embajador colombiano ante Perú, hicieron un llamado para lograr una

* “Has transformado en ciudad lo que previamente era un mundo”

demarcación precisa de límites en una fecha posterior no especificada”²², no obstante, el volátil ambiente político en las naciones recién nacidas obligó a postergar la discusión, pero en 1829, una nueva guerra entre la Gran Colombia y Perú apuró a los gobernantes en la firma del Tratado de Guayaquil (1829) “que estableció que las fronteras entre ambos países se demarcarían según los límites coloniales entre los virreinos. Poco después, el Protocolo Piedemonte-Mosquera (1830), fijó la frontera entre el Perú y la Gran Colombia en el curso del Amazonas, más allá de la desembocadura del Chinchipe”²³, pero, para infortunio de los firmantes, la disolución de la Gran Colombia desbarató los acuerdos y este nunca fue ratificado.

La discusión sobre la demarcación de las fronteras fue un asunto no resuelto a lo largo del siglo XIX, manifestándose en tentativas de guerra interestatales y en apuestas de negociaciones entre comisiones. La discordia en el litigio se intensificaba a propósito de intentos de autorización de explotación del territorio a potencias extranjeras que andaban en búsqueda afanosa de recursos naturales para alimentar la voracidad del crecimiento industrial decimonónico.

A comienzos de 1887, por ejemplo, “Ecuador intentó de nuevo cancelar deudas internacionales otorgando concesiones de tierra del oriente en un área reclamada por el Perú. Como resultado, Ecuador y Perú iniciaron conversaciones que los llevaron, en agosto de 1887, al acuerdo de someter su disputa territorial al rey de España”²⁴. Por su lado los dos gobiernos continuaron con negociaciones paralelas cuyos resultados, en caso de acuerdos, se presentarían al gobierno español. Como lo reseña Bruce St. John, en 1894 estas negociaciones se complicaron pues el gobierno de Colombia manifestó su desacuerdo con el tratado García-Herrera redactado en 1890 entre Ecuador y Perú, este tratado fue modificado por el Congreso peruano, pero Ecuador no aceptó las modificaciones y adicionalmente se opuso a la inclusión de Colombia en la discusión de

²² Ronald Bruce St. John. Las relaciones Ecuador y Perú. Una perspectiva histórica. En: Adrián Bonilla (Editor) *Ecuador – Perú Horizontes de la negociación y el conflicto*. Quito, Flacso Ecuador, p. 91

²³ Esvernit Cobes, Natàlia *La incipiente provincia. Incorporación del Oriente ecuatoriano al Estado nacional (1830-1895)*. Barcelona, 2005, TDX-Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona. URL: <http://www.tesisenred.net/handle/10803/704>

²⁴ Ronald Bruce St. John. Las relaciones Ecuador y Perú. Una perspectiva histórica..., p. 92

las fronteras, por tanto las negociaciones continuaron de forma directa y apostando a la resolución del rey español.

Pero en 1910, pocos meses después de la conmemoración del centenario de la independencia en el Ecuador y apenas semanas antes de la inauguración de las festividades por el mismo motivo en Colombia, los términos del laudo español se filtraron, las legaciones diplomáticas peruanas en Quito y Guayaquil fueron agredidas “el 3 y 4 de abril el escudo peruano fue arrastrado por las calles, hubo el intento de capturar el vapor Huallaga y se efectuó el impune saqueo de algunas propiedades peruanas”²⁵. Ante los ultrajes, el gobierno peruano se puso en pie de guerra y se produjeron represalias en Lima y Callao allí “el escudo de la legación ecuatoriana fue también arrancado y hubo quemazón del archivo del consulado y ataques a bienes ecuatorianos”²⁶. En el Ecuador, el presidente Eloy Alfaro sentenció “Tumbes – Marañón o la guerra, y obtuvo el respaldo masivo de la opinión pública, desplazándose personalmente a la frontera a dirigir las operaciones militares”²⁷.

Los intereses colombianos por su parte levantaban suspicacias. Para ambos países el diferendo sobre las zonas selváticas al oriente del Ecuador y al norte del Perú era un asunto que sólo incumbía a este par de naciones. Según se afirmaba en un editorial de un medio peruano “no encontramos que nuestra diferencia de límites con Colombia esté de ninguna manera ligada a nuestra querrela con el Ecuador, y este pensamiento con el que somos consecuentes, fue el mismo del Ecuador cuando pactó con el Perú la Convención arbitral de 1887”²⁸. Para el gobierno peruano parecía de suma importancia mantener al gobierno colombiano alejado del litigio con el Ecuador, de hecho, la zona en disputa entre Colombia y Perú había sido un asunto abordado por ambos países en 1904, año en el que se declaró “someter el litigio al arbitraje de Pio IX. Finalmente, el 6 de Junio de 1906

²⁵ Basadre, Jorge. Historia de la república del Perú. 1822 1933 Editorial Universitaria, Lima, 1970. Tomo XII, p. 97

²⁶ Basadre, Jorge. Historia de la república del Perú. 1822 1933 Editorial Universitaria, Lima, 1970. Tomo XII, p. 97

²⁷ Natàlia Esvernit Cobes. *La incipiente provincia. Incorporación del Oriente ecuatoriano...*, p. 21

²⁸ Editorial de Jueves a Jueves. En: Variedades. Revista Semanal Ilustrada. Lima, Febrero 18 de 1911, p. 192.

se estableció el *modus vivendi* por el cual ambos estados se comprometieron a no intervenir en la zona hasta la resolución del arbitraje”²⁹

Cuando se presentían acercamientos entre algunas de las partes en disputa, se activaba el fervor nacionalista, y la prensa actuaba como altavoz de las preocupaciones, habida cuenta de un posible complot urdido contra los intereses patrios particulares. En la prensa peruana, por ejemplo, se advertía sobre el posible interés en Ecuador de hacer una alianza militar con Colombia para ir en pos de territorios que el articulista consideraba peruanos. Se lamentaba el periodista ante esta posibilidad pues “cada incursión de tropas colombianas en el territorio ecuatoriano, ya fuera con el carácter de enemigos, ya en de aliados, ha sido para el Ecuador más terrible que una plaga o una peste”, más adelante el escritor sustentaba su posición:

Sabido es el sistema criollo y económico de hacer la guerra que tienen los colombianos (...). De aliado o de enemigo, el ejercito colombiano, una vez que sale de su país sabe que ya su gobierno no vuelve a preocuparse de su suerte, la que queda confiada a los generales conductores; y la ley de vida para ese ejercito es la muy primitiva de que “cada gato se agarre con sus uñas”. ¡pobres campos, pobres fortunas privadas, pobres ciudades por donde pase una turba armada de esos vándalos del Cauca!³⁰

Las tensiones fueron creciendo tan rápidamente, que apenas un año después de la amenaza de guerra entre Perú y Ecuador, se desató un enfrentamiento entre Colombia y Perú. Aquellos hechos, conocidos como el incidente de la Pedrera, desembocaron en acciones bélicas efectivas entre cuadros militares de uno y otro país, un enfrentamiento que inclinó la victoria hacia el Perú. Allí se celebraba el triunfo porque las fuerzas militares habían tenido “la oportunidad de probar sus méritos contra otras valientes y aguerridas y porque el resultado será una lección para nuestros enemigos de siempre “y de verdad”, que han estado tejiendo una leyenda de nuestra falta de condiciones militares”³¹ el comandante Oscar Benavidez fue promovido a la condición de héroe nacional y esta

²⁹ García, Pilar. En el corazón de las tinieblas... Del Putumayo, 1890 – 1930. Fronteras, caucho, mano de obra indígena y misiones católicas en la nacionalización de la Amazonía. En: Revista de Indias, 2001, vol. LXI, no. 223, p. 298

³⁰ Editorial de Jueves a Jueves. En: Variedades. Revista Semanal Ilustrada. Lima, febrero 18 de 1911, p. 191

³¹ Los Sucesos del Caquetá. En: Variedades, Revista Semanal Ilustrada. Lima, agosto 12 de 1911, Lima, p. 975 - 976

victoria se convertía en un incentivo para persuadir a los enemigos de “verdad” (Chile) de llevar a cabo una nueva agresión contra el país.

En Colombia por su parte la noticia de la derrota llegó tarde, justo después de que se habían negociado algunas condiciones para tratar el asunto por vía diplomática³², allí la prensa (y en realidad fue una versión que se instauró en la historia oficial) reconoció al General Gamboa como un héroe, pues según se informaba había enfrentado el ataque de “cuatro lanchas artilladas y 500 hombres” durante tres días con apenas setenta soldados “el primer día pelearon once, el segundo 23 y el tercero 43”³³. En cualquier caso, al final la derrota fue evidente y al aura de pesimismo experimentado en todo el país se le sumó el miedo real de nuevas pérdidas de territorio, una noticia demoledora cuando ni siquiera una década había transcurrido desde la separación de Panamá.

Mapas y Planos. Certezas e Inseguridades

A comienzos del siglo XX las naciones latinoamericanas se debatían entre la vanidad de haber trasegado un siglo como naciones independientes y la inseguridad de constatar que aún el efectivo ejercicio de poder estatal sobre el territorio era difuso, particularmente en extensas zonas de frontera con otros países. Estas incertidumbres de las élites, que valga decir eran ciertamente compartida por gran parte de los habitantes del país, permearon otros ámbitos como el científico y el cultural, particularmente la cartografía.

Son ya clásicos los postulados de Harley en relación con la agenda oculta de los mapas, en especial los mapas nacionales, éstos han sido objeto de escrutinio y análisis cuidadoso porque “en el mismo momento en el que los mapas son transformados por las técnicas matemáticas, también estaban siendo apropiados como un arma intelectual de sistema del Estado”³⁴, entre otras cosas porque los mapas eran símbolo del control del territorio.

³² Las Guerras con el Perú, Credencial Historia. No. 191, noviembre de 2005. Consultada en: <https://bit.ly/2AQzOBp>

³³ Película de la semana. En: El Gráfico. Semanario Ilustrado. Bogotá, agosto 12 de 1911, s.p.

³⁴ Harley, J. B., La Nueva Naturaleza de los mapas. Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 119

Los líderes de los países latinoamericanos sabían de ese poder del conocimiento cartográfico, y tan pronto como hubo la posibilidad emprendieron grandes esfuerzos por construir cartas geográficas, enviar misiones y hacer corografías de los territorios que controlaban, pero también de aquellos que deseaban controlar.

Si bien los mapas nacionales son un elemento determinante del ejercicio del poder estatal, también es cierto que esta abstracción territorial “ayuda a crear un efecto de Estado como un aparato lógico mientras que a la vez esconde su precariedad”³⁵. Esta fragilidad puede ser rastreada, como reconoce Harley, a través del análisis de las reglas de la “producción cultural de los mapas” y de la deconstrucción del texto cartográfico³⁶. Gracias a esta opción metodológica podemos intentar un ejercicio de contrastación entre los mapas nacionales y los planos de las ciudades capitales urbanas durante el periodo de la celebración de los Centenarios e ir sugiriendo algunas hipótesis con respecto al argumento central de esta sección.

³⁵ Sevilla Pérez, Ana María. El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva espacial. Flacso- Ecuador, Quito, 2013, p. 20

³⁶ Harley, J. B., La Nueva Naturaleza de los mapas. Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 193



El mapa político departamental del Perú de 1919³⁷, el mapa de la república de Colombia de 1912³⁸ y la carta geográfica de la república del Ecuador de 1922³⁹ son un buen punto de inicio para poder entender el conflicto entre los tipos de espacios nacionales que se disputan en los mapas y cómo éstos van revelando disimuladamente temores muy vívidos en el proceso de construcción de los Estados Nacionales a comienzos del siglo XX.

Como menciona Sevilla para el caso ecuatoriano, analíticamente podrían identificarse tres tipos de espacios nacionales:

(...) el **espacio nacional de derecho** definido por el tratado de los límites internacionales (...), el **espacio nacional reivindicado**, que equivale a las aspiraciones territoriales de acuerdo a una interpretación del territorio originario de la jurisdicción colonial de la Audiencia de Quito y; en tercer lugar, el **espacio nacional efectivo** en el cual se registra la presencia efectiva del Estado y se encuentra verdaderamente integrado⁴⁰.

Los geógrafos y cartógrafos en este periodo actuaban como voceros de ese espacio nacional reivindicado, por esa razón las tres naciones en sus mapas oficiales reclaman el control gráfico sobre la amazonia y demandan para sí una extensa porción territorial sobre la que tenían poco conocimiento, una débil comunicación y un precario o nulo control estatal efectivo. Visto desde el presente resulta revelador cómo los mapas, considerados entonces documentos científicos, eran también textos de anhelos, cuyo pragmatismo quedaba resumida en la sentencia del geógrafo Theodor Wolf en relación con los linderos del Ecuador: “los pongo como el gobierno ecuatoriano lo desea”⁴¹.

³⁷ Mapa político departamental del Perú en 1919. Tomado de: El Perú en el Primer Centenario de su Independencia – Peru in the first Centenary of Independence. Edición española a inglesa. Societé de Publicité Sud-Americane Monte Domec & Cie Ltd. Buenos Aires, 1921, s.p.

³⁸ Plano de la República de Colombia 1912 tomado de: Library of Congress - shorturl.at/nsyNZ (Consultado: octubre de 2018)

³⁹ Carta Geográfica del Ecuador 1922, tomado de: Biblioteca Nacional del Ecuador – Fondo ecuatoriano Republicano. shorturl.at/oVX12 (Consultado: octubre de 2018)

⁴⁰ Sevilla Pérez, Ana María. El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva..., p. 92

⁴¹ Citado en: Sevilla Pérez, Ana María. El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva..., p. 97

Resulta sugestivo cómo, en el caso de los mapas de Colombia y Perú, la mención explícita de que esos territorios son objeto de disputa desaparece de estos mapas oficiales, a pesar de que en versiones previas de las cartas geográficas se reconocía expresamente esta condición de zonas no incorporadas⁴². Más dicente aún es que en los tres mapas se incluyan espacios territoriales menos inhóspitos que la amazonia pero que ya en ese momento estaban bajo control de otros Estados, era el caso de Tumbes en el mapa ecuatoriano, el joven y soberano estado panameño que ya había sido reconocido por Estados Unidos, y aparecía todavía como parte del territorio colombiano, y Tarapacá que aparecía en el mapa del Perú a pesar de que estaba de manera efectiva controlado por Chile.

Pero una característica de estos mapas es aún más inquietante, si bien era una cartografía publicada con motivo de la celebración del centenario de la Independencia, todos ellos son documentos muy sobrios, poco ataviados de los símbolos de festividad y esperanza en el porvenir con los que solían estar acompañados este tipo de documentos, particularmente durante estas festividades. La búsqueda de la respetabilidad y la remarcada necesidad de presentarlos como productos científicos y racionales, sucedáneos de una supuesta realidad incontrovertible, parecía imponer ciertas restricciones; en la ausencia de adornos se revela la vacilación⁴³.

Un profundo contraste se revela al comparárseles con la producción de planos de ciudades capitales realizados en las tres primeras décadas del siglo XX. El número generoso de levantamiento de planos parecía indicar que los gobernantes locales y la autoridad nacional tenían un marcado interés por representar planimetricamente el lugar desde el cual se gobernaba. Así, por ejemplo, entre 1903 y 1922 en Quito se realizaron

⁴² Ver Carta Geográfica de Colombia. Según el ordenamiento territorial decretado por Rafael Reyes (1906) Dibujo de Francisco Javier Vergara y Velasco. Allí aparece en el Caquetá Territorio del Cauca la mención de territorios en litigio. El mapa El Perú en 1913 trazado por la sociedad geográfica de Lima y mandado a publicar y distribuir gratuitamente en el XXV aniversario de esta institución señala específicamente los territorios que están en litigio con el Ecuador y con Colombia, en ambos casos la información es omitida en los mapas publicados con motivo del Centenario a pesar de que las fronteras aún son asunto de controversia y no se ha firmado ningún tratado.

⁴³ Según el psicoanálisis la enunciación permanente de un deseo manifiesta más la ausencia, que concreción o la realización de este. Estos mapas son la revelación de la carencia, del deseo que no se cumple.

nueve planos, es decir igual número que los producidos para todo el siglo XIX⁴⁴, en Bogotá en el mismo periodo se trazaron quince planos⁴⁵ de la ciudad, incluyendo dos de planeación, mientras que en la centuria anterior se realizaron trece y en Lima se realizaron seis, si incluimos el del año 1927, en contraste con la producción decimonónica en el que se llevaron a cabo sólo cuatro⁴⁶.

Pero el interés además se remarcaba en otros elementos, varios de los planos que se realizaron contrastaban fuertemente con la sobriedad y los rasgos formales, racionales y científicas de los mapas nacionales. Es el caso del mapa de Quito de 1903 realizado por Henry Grant Higley, el plano panorámico de Lima de 1924 dibujado por Julio E. Berrocal y el plano de Bogotá de 1890 arreglado por Manuel María Paz sobre uno levantado por Agustín Codazzi en 1852 o el del almacén día en 1910.

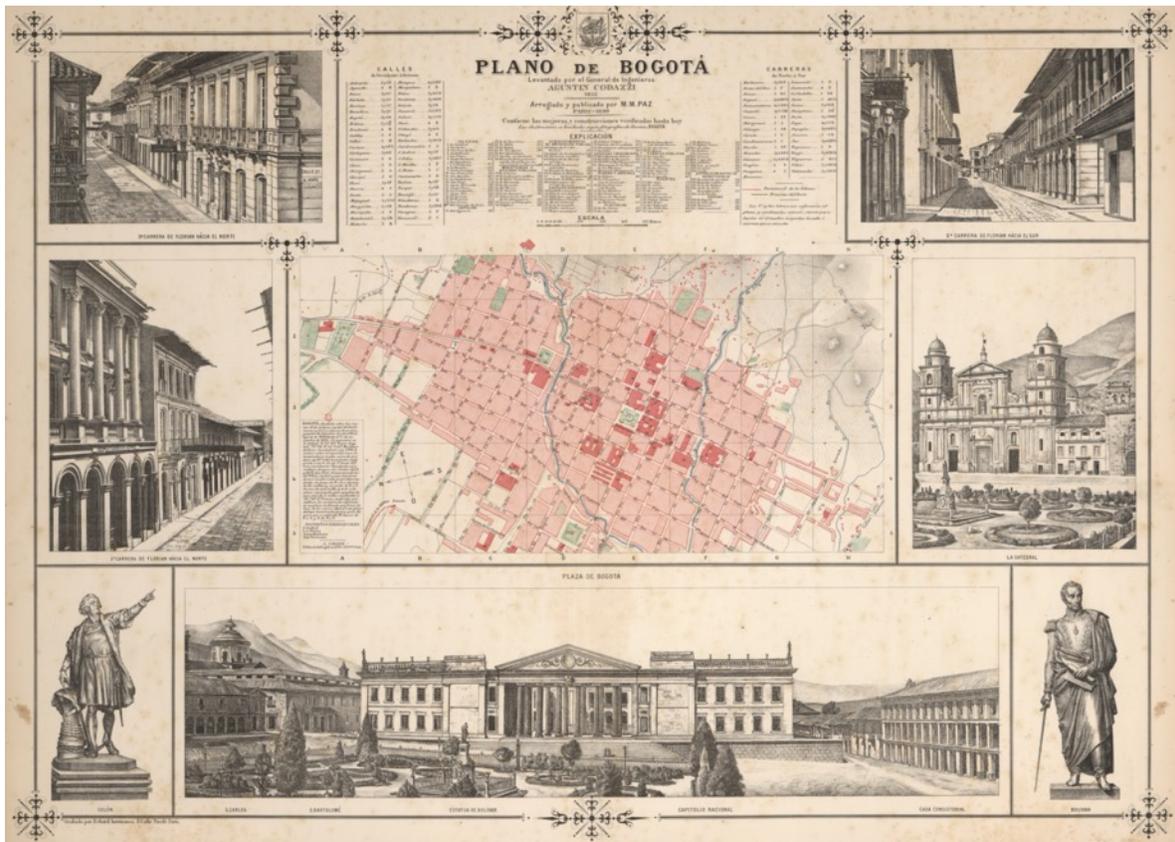
En el caso de Quito y Lima, habría que decir que son proyecciones ortogonales desde una perspectiva a vista de pájaro, son evidentemente planos que celebran, no sólo porque incluyen en sus márgenes fotos alusivas a próceres de la independencia o gobernantes, sino también porque hacen referencia a espacios urbanos u obras que han sido recién terminadas (como los monumentos a San Martín y Manco Capac en Lima o la obra del tren Guayaquil-Quito). La técnica de representación empleada realza ciertos espacios públicos y es posible ver la magnificencia de varios de los edificios en sus fachadas y de los monumentos de la ciudad. En Bogotá la aparición de este tipo de planos ocurrió incluso antes, como el de Carlos Clavijo de 1894 o el publicado por Manuel María Paz en 1890.

⁴⁴ Ortiz, Alfonso, Abram, Matthias & Segovia, José. Damero, Quito, editorial FONSA, 2007.

⁴⁵ Cuellar, Marcela & Mejía, Germán. Atlas histórico de Bogotá. Cartografía 1791 – 2007. Bogotá, Planeta – Alcaldía Mayor de Bogotá, 2007. Así mismo se consultó información del proyecto Cartografías de Bogotá – Universidad Nacional de Colombia. Ver: <http://cartografia.bogotaendocumentos.com>.

⁴⁶ Véase: Planos de Lima. Selección, introducción y notas Juan Gunther Doering. Municipalidad de Lima Metropolitana, 1983.





En estos planos de las ciudades capitales ya no se percibe el tipo de inseguridades que se presentan en los planos nacionales, hay por supuesto miedos, como el miedo a la pobreza y a la manera de representarla, pero en este caso es evidente el orgullo. La intención de expresar gráficamente lo que se ha conseguido es mucho más marcado, los hitos urbanos representados, como afirma Capello para el caso de Quito, “revela a la vez una ciudad tradicional y moderna, un faro de progreso maduro para la inversión extranjera”⁴⁷, las firmas comerciales, los bancos, los tranvías, los trenes, las plazas públicas y los palacios gubernamentales están allí no sólo representados, sino que se realzan, se muestra en fotos o grabados, ya no es solo un mapa escueto, es un documento que transmite un cierto motivo de orgullo, útil para promover negocios y que abre una perspectiva de futuro.

⁴⁷ Capello, Ernesto. *City at the center of the world. Space, History and Modernity in Quito*. Pittsburg, PE., University of Pittsburg Press, 2011, p. 40

En concordancia con el argumento de Capello, estos planos además “evocan un cierto cosmopolitismo”, tienen anuncios de mercancías, como en el caso del de Quito, hacen énfasis en los ejes comerciales de la ciudad, como por ejemplo la calle Florián en Bogotá en el plano de Paz y también se insiste en la presencia de los bancos por encima de cualquier otro tipo de servicio prestado en la urbe, como en el caso de Lima. Adicionalmente, en todas las ciudades hubo la realización de al menos un plano de la capital que fue publicado con motivo de la celebración nacional.

La diferencia analizada hasta ahora entre una y otra forma de representar el territorio nos lleva entonces a formular ciertas preguntas ¿Por qué este interés en el espacio urbano capitalino? ¿De qué era síntoma el orgullo y la seguridad tan marcada en la representación del espacio capitalino en contraste con la representación que había en los mapas del Estado – Nacional? ¿Por qué concentrar las celebraciones nacionales en los espacios urbanos? ¿Por qué una celebración tan urbana y tan centralista si desde los tempranos días de la independencia había conciencia de un territorio amplio? Como hemos sugerido aquí, la conmemoración demandaba seguridad y certezas, quizá era una condición que no cumplían a carta cabal los territorios que representaban los mapas nacionales. Pero ¿por qué la opción fue construir el discurso celebratorio a partir de la capital? ¿Qué había en ella? ¿Qué representaba ella y qué intereses la promovían como el lugar “natural” de la nación? ¿Cómo se construyó y cómo se puede interpretar esta relevancia de la ciudad capital? En lo que queda de este capítulo y en el próximo se intentará ofrecer respuestas a estas preguntas.

PARTE 2. TRAS-ESCENA CONCEPTUAL

Las invariantes del espacio simbólico

El espacio habitado por los seres humanos tiene invariablemente un carácter simbólico. Cualquier lugar con asentamientos humanos de manera permanente, incluido el espacio urbano, no se entiende sin ese elemento estructural. Esta característica es relevante para el análisis del territorio en general y del urbano en particular porque “el primer germen de la ciudad está en el lugar ritual de reunión, que sirve como meta del peregrinaje” en

ese espacio se concentra “aparte de todas las ventajas naturales que puede tener, ciertos poderes espirituales o sobrenaturales, poderes de potencia más elevada y de mayor duración, de un significado cósmico más basto, que los procesos corrientes de la vida”⁴⁸. Un sucinto examen a ciertas características de la idea de ciudad en el pasado remoto puede ofrecernos un punto de partida interesante para poder abordar el análisis de la condición simbólica de las capitales de los estados nacionales.

Existen al menos cuatro elementos consustanciales a ese lugar que Lewis Mumford llamó el espacio ritual de reunión y que precede, casi que como requisito, a la implantación de un espacio urbano. El primer y más elemental rasgo es la necesidad de instaurar un punto de inicio; este aspecto primordial implica romper la homogeneidad del territorio, cuestionar el carácter infinito del mismo, pues en esa extensión sin fin no hay manera de tener certeza, es preciso la constitución de un punto que se revele como inicio del orden. Es evidente que “todo territorio que se ocupa con el fin de habilitarlo o de utilizarlo como espacio vital es previamente transformado de caos en cosmos, es decir, que, por efecto del ritual se le confiere una forma que lo convierte en real”⁴⁹. En este espacio no homogéneo se configura una experiencia primordial equivalente a la fundación del mundo, de un mundo. Como afirma Mircea Eliade, “nada puede comenzar a hacerse, sin una orientación previa y toda orientación implica la adquisición de un punto fijo”⁵⁰. Esta elección de un lugar sagrado convierte este mundo en realidad, pues lo que está fuera del alcance de la influencia de él no existe, lo externo se contrapone en forma de caos, de lo extraño, de lo no perteneciente o de lo extranjero.

La segunda característica constitutiva del espacio ritual es que este punto fijo además tiene la propiedad de ser un lugar de comunicación; es un eje de contacto entre una realidad cósmica metafísica y la realidad material del aquí (el cielo y la tierra, la tierra y el averno) es a través de este lugar, y sólo en él, que los miembros de la comunidad pueden

⁴⁸ Mumford, Lewis. La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas. Barcelona, Editorial Pepitas de Calabaza, 2014, p. 12

⁴⁹ Eliade, Mircea. El mito del eterno retorno (recurso electrónico Recuperado de: <https://bit.ly/3wm7rYc>), p. 10

⁵⁰ Eliade Mircea. Lo sagrado y lo profano... p. 16

entrar en contacto con un mundo trascendente y eterno. Es un portal que comunica con un mundo misterioso que escapa al completo entendimiento de los miembros de una comunidad, pero que al mismo tiempo es parte de esa comunidad, la determina.

En tercer lugar, ese espacio está investido de los elementos necesarios que le identifican como un lugar sagrado. Son los símbolos, imágenes y gestos que guían a una comunidad determinada, son figuras que indican y reafirman que allí está contenida la totalidad, que ese es, en efecto, el lugar desde el cual se entabla comunicación con el elemento místico que congrega un grupo social, son rasgos del espacio que advierten y guían para llegar al centro ceremonial. Estos elementos materiales, arquitectónicos y artísticos por el hecho de estar en el punto central se convierten ellos mismos en formas sagradas.

Finalmente, como consecuencia de todo lo anterior, una cuarta característica del espacio de culto es que, convertido en lugar de rito y ceremonias, adquiere el estatus de eje cósmico a partir del cual “se extiende el mundo (nuestro mundo), por consiguiente, **el eje se encuentra en el ‘ombligo de la tierra’ en el centro del mundo**”⁵¹.

Estas cuatro características son la base que determinaban la constitución de un espacio sagrado en los “pueblos arcaicos”. Esa base es inalienable a la condición misma de la relación entre los individuos y el territorio. Por tanto, el hecho urbano desde sus inicios, el germen de la vida urbana como lo ha llamado Mumford, tiene como parte de su sociogénesis la presencia de lo sagrado pues es imposible una vida urbana sin esta dimensión, porque esa condición sacra lo constituye y hace posible, pues es:

(...) un tipo de vida más valioso y significativo con una conciencia que alberga el pasado y el futuro (...). A medida que la ciudad adopte su forma, muchos otros elementos se irán añadiendo; pero estos intereses axiales prevalecerán como razón misma de la existencia de la ciudad inseparables de la sustancia económica que la hace posible.⁵²

⁵¹ Eliade, Mircea.. Lo sagrado y lo profano. Barcelona, Guadarrama – Punto Omega, 1981, p. 24 (los cuatro puntos resumidos en estos párrafos han sido tomados de este autor)

⁵² Mumford, Lewis. La ciudad en la historia..., p. 9

El mundo sagrado como parte del espacio da sentido a la vida de los individuos, pero más aún, da sentido a la vida comunitaria que entablan estos sujetos, es pues, en las actividades allí realizadas donde se encuentra el más remoto atisbo de vida cívica. Al respecto insiste el propio Mumford:

aquí, en el centro ritual, había una asociación consagrada a una vida más abundante; no solo un aumento de alimentos, sino también un aumento de goce social mediante la utilización más cabal de la fantasía simbolizada y el arte, con una visión compartida de una vida mejor⁵³.

Espacio sagrado, mito y mundo urbano construyeron una relación inseparable que cumplía un papel fundamental, pues, a medida que las poblaciones crecían de forma exponencial el mito era la única forma de lograr una cierta cohesión que era imposible ya por el contacto inmediato entre los miembros de una comunidad. Como afirma el historiador israelí Harari, el gran logro de los Homo Sapiens fue la construcción de mitos sagrados pues gracias a ellos fue posible cohesionar grupos de personas cada vez más grandes, por esa razón: “cualquier cooperación humana a gran escala (ya sea un Estado moderno, una iglesia medieval, una ciudad antigua o una tribu arcaica) está establecida sobre mitos comunes que solo existen en la imaginación colectiva de la gente”⁵⁴.

Este papel del territorio sagrado como punto de congregación le confiere una jerarquía superior, pues aunque para el hombre religioso la mayor parte de sus espacios vitales están llenos de significaciones por conexión con lo trascendente, ninguna significación iguala en importancia a los símbolos vinculados al centro del mundo; estos últimos tienen una categoría diferente, pues son más ampliamente compartidos, son el lazo que conecta a los miembros que participan de la vida cívica “los lugares simbólicos más obvios, aquellos que son distinguidos de otros en este aspecto, son aquellos en donde la carga simbólica es manifiesta, incluso esencial para su identificación como lugar”⁵⁵, el espacio

⁵³ Mumford, Lewis. La ciudad en la historia..., p. 8

⁵⁴ Harari, Yuval Noah. De animales a dioses. Breve historia de la humanidad. Bogotá, Peguim Random House, Bogotá, 2016, p. 41

⁵⁵ Monnet, Jérôme. The symbolism of the place: a geography of relationships between space, power and identity. En: Cybergeog: European Journal of Geography, Politique, Culture, Représentations, document 562, mis en ligne le 30 octobre 2011, p. 3

sagrado así entendido es construido únicamente con la intención ritual y su uso múltiple es difícil o incluso no permitido.

Esta enorme presión sobre un punto particular en un territorio tiene como consecuencia que su control implica poder sobre una comunidad. De ese modo, la dimensión simbólica del espacio “es tanto un asunto de poder como un instrumento de poder. La persona que manipula símbolos también puede manipular procesos de identificación, y así tienen influencia sobre la constitución de grupos que legitiman el ejercicio de poder”⁵⁶. Entablar la comunicación y controlar ese espacio se reserva, tanto en el ritual antiguo como en la ceremonia cívica del Estado Nacional, sólo a unas pocas personas, a los líderes espirituales imbuidos de la autoridad suficiente para entender el confuso idioma del mundo metafísico.

El objetivo de esta revisión de ciertos atributos elementales de los lugares sagrados, sobrevenidos en *axis mundo*, es reconocer que algunas características del espacio presente en sociedades “arcaicas” permanecen y han trascendido en el tiempo, indiferente a las particularidades de estructura social, momento histórico, contexto político o condición psíquica de los seres humanos⁵⁷. Y como afirmamos al inicio, son la base misma de la idea de ciudad y de quienes la han habitado. Qué tanto de estos elementos pueden ser extrapolados para entender la ciudad capital del siglo XX, o qué puede ofrecer la constatación de ciertos ritos de un pasado lejano al análisis de las celebraciones urbanas del Estado nacional, son asuntos que se presenta como desafío a la siguiente sección de este capítulo. Acaso las palabras del antropólogo Geertz sirvan como aliciente para justificar este empeño, dice él que “la seriedad de la alta política y la solemnidad del alto culto brotan de impulsos más parecidos entre sí de lo que podría

⁵⁶ Monnet, Jérôme. The symbolism of the place: a geography of relationships between space..., p. 3

⁵⁷ Al respecto dice Eliade: “el hombre de las sociedades tradicionales es por supuesto, un *homo religiosus*, pero su comportamiento se inscribe en el comportamiento general del hombre” en otro apartado recalca en relación con el espacio que “en esta experiencia del espacio profano siguen interviniendo valores que recuerdan más o menos la no-homogeneidad que caracteriza la experiencia religiosa del espacio. Subsisten lugares privilegiados, cualitativamente diferentes de los otros: el paisaje natal, el paraje de los primeros amores, una calle o un rincón de la primera ciudad extranjera visitada en la juventud. Todos estos lugares conservan, incluso para el hombre más declaradamente no religioso, una cualidad excepcional, única: son los lugares santos de un universo privado” Eliade, Mircea.. Lo sagrado y lo profano..., p. 17

parecer a simple vista”⁵⁸; el resto de este capítulo y el próximo busca entender conceptual y empíricamente la existencia de esta similitud.

Del monte sagrado a la ciudad capital

Según Peter Hall, difícilmente podría encontrarse un único aspecto que determine la condición de una ciudad capital. Muchas son elegidas por asuntos meramente estratégicos-militares, en otras ocasiones esta designación corresponde a condiciones geográficas, en algunos casos la relevancia económica es la que prima o en otras circunstancias el prestigio derivado de su antigüedad sustenta su posición; ocurre también con frecuencia que una capital conjugue varias de estas funciones⁵⁹. A pesar de estas dificultades para su categorización lo que resulta evidente es que la capital “es la ciudad políticamente más importante del Estado, y no necesariamente la más importante en ningún otro aspecto”⁶⁰.

Como se sabe, la historia de la ciudad y el estado nacional moderno, es la historia de dos mundos inseparables. Las ciudades tuvieron un papel fundamental en la constitución de los estados nacionales, no se puede entender la organización política por excelencia de los últimos siglos sin brindarle a los espacios urbanos el papel de una variable explicativa. Como se ha afirmado “el problema nacional tiene que situarse en el terreno de las ciudades”, pues fue en los centros urbanos donde:

sucedieron los cambios materiales y espirituales que transformaron la sociedad medieval. En la cotidianidad del pueblo y de las ciudades surgieron los nuevos valores y en la cabeza de sus intelectuales, producto típico de ellas, se urdieron las nuevas ideas que a la larga le dieron entidad propia a lo nacional⁶¹.

⁵⁸ Geertz, Clifford. Conocimiento local. Ensayo sobre interpretación de las culturas. Buenos Aires, ediciones Paidós, 1994, p. 150

⁵⁹ Ver: Hall, Peter. The changin rol of capital cities: sxi types of capital cities. En: Taylor, J., Lengellé, J. & Andrew, C. (Editors). Capital Cities – Les Capitels. Perspectives Internationales – International Perspectives. Ottawa, Carleton University Press, 1993.

⁶⁰ Toynbee, Arnold. Ciudades en marcha. Madrid, Alianza Emece editorial, Madrid, 1971, p. 90

⁶¹ Pérez, Hesper. Poder y nación en los orígenes del estado nacional europeo. Bogotá, Serie Cuadernos de Trabajo – Universidad Nacional de Colombia, 1997, p. 13

Es obvio que el proceso de configuración de los estados-nacionales está lejos de explicarse a partir de una única característica, pero vale la pena resaltar cómo ese juego de tensiones desatado a propósito de un fenómeno que va desde la caída de un modelo político representado en el señor feudal, y luego en el rey, hasta la transición hacia una sociedad capitalista liberal tuvo en la ciudad no sólo el escenario, sino además, un actor relevante gracias al tipo de relaciones y procesos que se fomentaron en ellas.

Fue en las ciudades donde se descubrieron nuevas técnicas o se renovaron otras que habían caído en desuso, es en ellas donde se hacen experimentos sociales, económicos y políticos inéditos. Como afirma Braudel:

en el terreno financiero, las ciudades organizaron los impuestos, las finanzas, el crédito público, las aduanas. Inventaron el empréstito público, organizaron la industria, los oficios, reinventaron el comercio con lugares alejados, la letra de cambio, las primeras formas de sociedades mercantiles y la contabilidad. Inauguraron también muy de prisa sus luchas de clases⁶².

Lo más interesante de este fenómeno, que además incluyó procesos tan determinantes como la “promulgación de constituciones municipales que consagraron los derechos ciudadanos y los derechos de la burguesía”, fue la emergencia de una nueva clase, un patriciado urbano que desplaza del gobierno al patriciado noble; a la sombra de estos cambios alimentados por un impulso del capitalismo y la aparición de nuevas libertades ocurre que los recintos urbanos “serán el soporte del Estado Nacional, que como dice Braudel, sometió a las ciudades pero se desarrolló sobre la base de lo que ellas habían creado”⁶³.

En calidad de protagonistas centrales, su papel durante la configuración, consolidación e incluso crisis de los estados nacionales ha sido determinante. Este renacer urbano que acompañó el despegue de la economía de mercado y la revolución de las ideas políticas tuvo consecuencias en la organización de los territorios que luego se convertirían en estados, en particular por su condición de centro de poder político. No es extraño por

⁶² Braudel, Fernand. Citado por: Pérez, Hesper. Poder y nación en los orígenes del estado nacional europeo, p.

⁶³ Pérez, Hesper. Poder y nación en los orígenes del estado nacional europeo..., p. 25

tanto que ese rol simbólico, que como dice Vale “fortifica y magnifica la presencia del gobierno”, haya comenzado a presentirse como imprescindible en el caso de las ciudades capitales, según su argumento porque “en la moderna capital, las tareas simbólicas parecen más complejas. Para los apologistas del nacionalismo moderno la capital en sí misma es el más grande símbolo de la causa”⁶⁴.

Este rasgo distintivo de la capital no es un asunto menor, entre otras cosas, porque en el poder político reside la fuente del ejercicio de dominación de una comunidad estatal determinada. El punto que cabe destacar aquí es que, a pesar del pretendido carácter secular del estado-nacional moderno, muchas de las ceremonias relacionadas con esa organización política están altamente ritualizadas. De allí que un paralelo cuidadoso y ponderado con ciertas formas organizativas, festivas y de reafirmación de poder presentes en el pasado “arcaico” (para usar el término de Eliade) resulten útiles para entender los mecanismos de reafirmación de un centro ritual y al mismo tiempo dilucidar el modo en que las conmemoraciones del centenario no sólo usaron y reconfiguraron el espacio urbano capitalino, sino que lo convirtieron en el artefacto más acabado de los intereses políticos de comienzos de siglo XX en Latinoamérica.

El primer aspecto que comparten “el espacio tribal” y el Estado nación es que en las celebraciones cívicas de éste último también lo cotidiano se trasfigura en sagrado, también el espacio homogéneo se fractura para crear un escenario trascendente. En palabras de Rapoport “hay una tensión entre lo que podría llamarse ‘la parte específica de ciudad capital’ y la fábrica urbana en general”⁶⁵, y la solución a esta tensión se da a través de elementos urbanos que crean, configuran o reafirman los lugares sagrados de la república. Pues, de acuerdo con Gertz, son las “coronas y coronaciones, limosinas y conferencias, lo que señala el centro como centro y lo que le otorga su aura, no de ser

⁶⁴ Vale, Lawrence. *Architecture, Power, and National Identity*. Abingdon, Routledge, 2008, p. 14

⁶⁵ Rapoport, Amos. *On the nature of capitals and their physical expression*. En: Taylor, J., Lengellé, J. & Andrew, C. (Editors). *Capital Cities – Les Capitels. Perspectives Internationales – International Perspectives*. Ottawa, 1993, Carleton University Press, p. 104

simplemente algo importante sino de estar vinculado de alguna extraña forma con la misma manera en que el mundo está construido”⁶⁶.

Lo paradójico de esto se revela en el hecho de que ese espacio devenido en sagrado es al mismo tiempo parte del mundo profano, pero es a través del rito y de la condición repetitiva (cíclica) de recreación o conmemoración, que su carácter venerable se reafirma o se construye. Es así como un parque, una plaza o una avenida, antes sólo un elemento urbano con una función específica, es ahora el símbolo de la nación, un espacio físico construido que busca reafirmar y transmitir temor, altivez, unidad, pompa o arrogancia.

La segunda característica compartida entre el pasado más remoto y las celebraciones estatales, es que el espacio ritual permite entablar un punto de contacto con lo sagrado, que es desconocido, pero también trascendente. Las ciudades capitales eran -y siguen siendo-, o al menos tienen la intención de serlo, un punto de contacto entre la ciudadanía y la idea más abstracta de una comunidad nacional más amplia (imaginada en términos de Benedict Anderson). En palabras de Rapoport, en las ciudades capitales: “la sacralidad entra y se difunde a la periferia. Los ambientes construidos se convierten en reales por la participación en el simbolismo del centro”⁶⁷.

Este espacio ritual central tiene, pues, una tarea enorme que consiste en la configuración de influencia, o en otras palabras, de un tipo de dominación. Para quienes se interesan en la construcción de un espacio sagrado, la inversión y energía invertida en este propósito se justifica porque a través de él se legitima el ejercicio del poder. Un poder que debe ser irradiado hacia la periferia, de ese modo, “usando el repertorio adecuado, la autoridad política es comunicada y las instituciones aparecen poderosas”⁶⁸, el límite de esta capacidad de influencia de lo simbólico será el límite de alcance del Estado.

⁶⁶ Geertz, Clifford. Conocimiento local..., p. 150

⁶⁷ Rapoport, Amos. On the nature of capitals..., p. 34

⁶⁸ Rapoport, Amos. On the nature of capitals..., p. 36

La tercera condición de los espacios rituales es también recogida por las capitales de los estados nacionales. Hace referencia a los símbolos que marcan de modo inobjetable la presencia de un lugar sagrado, las capitales deben contar con un identificador que impute de significación el centro, es imprescindible una construcción, una sección material que realce y que dignifique el punto en el que lo efímero se conecta con lo eterno; un templo, un santuario o al menos una columna son recursos utilizados con frecuencia para recalcar que allí lo sagrado irrumpe en la existencia de la comunidad.

En las capitales de los Estados nacionales las plazas centrales o de armas, los capitolios y los parques conmemorativos tienen este carácter. Como menciona Therborn, a un nivel simbólico también la toponimia y la monumentalidad son determinantes en el cumplimiento de esa función. De hecho, los monumentos tienen una implicación particular pues producen significado y es a través de “conjuntos contruidos, estatuas, placas y museos, que una ciudad monumental trata de hacernos recordar momentos y personas, y transmitir una narrativa histórica particular, urbana y/o nacional”⁶⁹.

El dinamismo de los monumentos es además acompañado de un efecto “mágico” según lo entiende Mosse, una magia basada en el espacio en el que se llevan a cabo las celebraciones, especialmente en la capacidad que estos espacios tienen para transmitir emociones. La estética de la política, materializada en arte y arquitectura, “fue la fuerza que vinculó los mitos, los símbolos y el sentimiento de las masas; lo que determinó la naturaleza del nuevo estilo fue una cierta percepción de la belleza y de la forma”. El discurso político de los “centros” de los estados nacionales se alimenta de dos elementos fundamentales “una cierta idea de belleza que materializa el mundo de felicidad y orden soñado al tiempo que posibilita a los hombres el contacto con las supuestas fuerzas inmutables que se alzan fuera del flujo vital cotidiano”⁷⁰. La arquitectura y el arte son

⁶⁹ Therborn, Göran. *Cities of Power. The urban, the national, the popular, the global*. Verso editorial, London – New York, 2017, p. 19

⁷⁰ Mosse, George L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas hasta el Tercer Reich*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007, p. 35

medios que reúnen la mística de la vida colectiva de la nación, se presume que a través de ellos se establece una conexión con el todo desde la singularidad del aquí y el ahora.

Estos tres elementos simbólicos, es decir, el momento de ruptura de elección de lo sagrado, la comunicación con lo trascendente y la señalética que indica que este es un centro de majestad, determinan la cuarta y última característica de la configuración del territorio sagrado: la centralidad. Como afirma Rapoport “las capitales se convierten en centros cósmicos, ombligos del mundo o ejes universales”, el centro se convierte entonces en el eje del sistema simbólico espacial, en otras palabras:

...se podría decir que normalmente todos los lugares tienen una dimensión simbólica (...). Si bien esto es cierto, debería adicionarse que algunos lugares son más simbólicos que otros. La jerarquización que aparece aquí está socialmente fundada: son los símbolos más ampliamente compartidos los que son más eficientes en términos de comunicación y significado transferido⁷¹.

Pero qué intención subyace al proyecto de construir un espacio ritual de este nivel de reconocimiento y de capacidad de congregación. Ciertamente las respuestas serían múltiples, pero sin duda en el ámbito de los Estados Nacionales esta necesidad de articular lo político con lo religioso tiene que ver con una reafirmación de poder. Es casi de manual aquel aspecto que reconoce el enorme margen de maniobra que otorgaba a gobernantes ganar la buena voluntad del pueblo apelando a valores supremos e intangibles⁷².

Esa construcción en sin duda de una complejidad palpable, pues incluye un proyecto en el que está involucrada la transformación física de la urbe como espacio sagrado de esa nueva religión, pero al mismo tiempo requiere una narrativa que legitime, fundamente y

⁷¹ Monnet, Jérôme. The symbolism of the place: a geography of relationships between space, power and identity. En: *Cybergeo. European journal of geography. Politique, Culture, Représentations*, document 562, mis en ligne le 30 octobre 2011. URL : shorturl.at/hjnFT; DOI : <https://doi.org/10.4000/cybergeo.24747> (on line) 8Consultado Noviembre de 2018)

⁷² Anderson lo presenta como una paradoja, al evidenciar el enorme “poder político de los nacionalismos frente a su pobreza y aún incoherencia filosófica” Ver: Anderson; Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2007, p. 21

haga creer en la verdad de esa transformación. Es claro que la mera construcción edilicia y de espacios públicos no es suficiente; un buen ejemplo de ello es Berlín a comienzos del siglo XX que a pesar “de todas las señales de grandeza de sus avenidas y parques, monumentos y edificios de fachadas ornamentadas que escenificaban la nueva nación (...) la ciudad carecía de vida propia porque no controlaba su propia fortuna”⁷³, era pues necesario contar con instituciones, escenarios y figuras que dieran contenido a esa nueva apariencia, en otras palabras, era necesario elaborar una narrativa distintiva y particular que acompañara el avance material.

En el caso de las capitales de los Estados nacionales, algunos autores han reconocido este poder como ejercicio de concordia así, por ejemplo, para Gottman las capitales son bisagras, entre lo interior y lo exterior, entre el presente y el pasado y entre territorios nacionales antagónicos entre sí⁷⁴. En todos estos casos el papel es menos de una utilidad geográfica como de una funcionalidad simbólica o al menos supra-geográfica, funciones muy cercanas a un tipo de ejercicio de poder que busca centralizar para controlar.

Por eso resulta tan determinante que las celebraciones de los centenarios se realizaran en las ciudades capitales. Este papel del centro urbano como aglutinador de ciudadanos se explica, en parte, porque las celebraciones se convirtieron en un elemento fundamental de los Estados nacionales a comienzos del siglo XX en Latinoamérica. Las conmemoraciones son parte de un repertorio de *tradiciones inventadas*, según la célebre perspectiva de Hobsbawm, las cuales se diferencian fuertemente de las más antiguas. En el caso de las conmemoraciones antiguas “eran específicas y relacionaban fuertemente los lazos sociales”, en contraste las conmemoraciones asociadas al estado-nacional moderno que “tendían a ser poco específicas y vagas, como de los valores, los derechos y las obligaciones de la pertenencia al grupo que inculcaban “patriotismo”, “lealtad”, “deber” y otros valores”⁷⁵; pero no por imprecisas eran menos efectivas, pues su

⁷³ Sennett, Richard. Construir y habitar. Ética para la ciudad. Barcelona, Editorial Anagrama, 2019, pp. 82 – 83

⁷⁴ Ver. Gottmann, Jean. Capital cities. En: *Ekistics*, Marzo – Abril, 1993, p. 89 - 90

⁷⁵ Hobsbawm, Eric & Terence, Ranger. La invención de la tradición. Barcelona, Crítica, 2012. P. 17

indefinición permitía la plasticidad que resultaba funcional y además necesaria en el marco del ejercicio de dominación de un territorio amplio como el estatal.

Para finalizar este capítulo valdría la pena insistir en un par de aspectos relacionados con ese vínculo de doble vía entre simbolismo y poder y la manera como éste es útil a un ejercicio de dominación desde la ciudad capital. Quizá sea pertinente, en este punto, recoger las palabras de Michel Foucault sobre las ciudades y su relación con la política. Para él, un rasgo fundamental del ejercicio de poder en los estados nacionales, desde su forma más elaborada en el siglo XVIII, es el interés político (y de los políticos) por la organización del espacio urbano y las formas de la arquitectura; no quiere decir, afirma él, que en la antigüedad no hubiera existido el interés por construir espacios físicos que transmitieran magnificencia o majestad, los casos son tantos que él mismo no se molesta en ejemplificar. Pero es sólo a fines del XVIII que gracias a un cambio en la mentalidad política, ese espacio que antes era un contenedor o un fin ahora es un dispositivo y un medio en sí mismo.

El cambio ocurre, continua Foucault, porque el tipo de organización política que se ha ido configurando desde el siglo XVII, el Estado nacional, requiere de un modelo territorial que replique la ciudad. En palabras de este autor:

El problema de la ciudad y la idea, claramente planteada a comienzos del siglo XVII, de que el gobierno de un gran Estado debe en última instancia, pensar su territorio conforme al modelo de la ciudad. (...) En lo sucesivo, ya no son islas [las ciudades] que escapan al derecho común. Ahora, con los problemas que plantean y las configuraciones específicas que adoptan, **las ciudades sirven de modelos a una racionalidad gubernamental que va a aplicarse al conjunto del territorio**. Hay toda una serie de utopías o de proyectos de gobierno del territorio que cobran forma a partir de la idea de que el Estado es similar a una gran ciudad: la capital hace las veces de una plaza mayor, y los caminos son sus calles⁷⁶.

Lo relevante desde el punto de vista de esta investigación, es que esa suerte de réplica de un modelo urbano al resto del territorio se hacía a través de instituciones o

⁷⁶ Foucault, Michel. Espacio, saber y poder. (Entrevista con Paul Rabinow). En: El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida. Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, 2012, p. 141

recurriendo al poder militar y económico, pero a medida que el siglo XIX avanzaba era evidente que ese poder emanado desde los centros urbanos capitalinos se estaba sofisticando, pues necesitaba legitimidad. Un concepto que puede ser útil para analizar este tránsito es el de poder simbólico propuesto por Pierre Bourdieu y desarrollado por varios sociólogos desde el último cuarto del siglo XX.

El interés por esta categoría surge en este punto porque ayuda a entender cómo el centro ritual se transforma en centro de poder en el estado moderno, no a través -o no únicamente- de la dominación derivada del ejercicio de la fuerza física (militar), de la sumisión legal o del control económico, sino también a partir de un ejercicio de dominación que disimula la dominación misma, es decir a través de la dominación simbólica.

El poder simbólico es, desde la perspectiva del sociólogo francés, “la habilidad de hacer aparecer como natural, inevitable y por tanto apolítico lo que es producto de luchas históricas y de invenciones humanas. A través de prácticas de clasificación, codificación y regulación, los estados no solo naturalizan ciertas distinciones y no otras, sino que ellos también ayudan a constituir tipos particulares de personas, lugares y cosas”⁷⁷. El poder simbólico se puede encontrar en diversos ámbitos de la vida social, pero es interesante anotar que para Bourdieu el Estado es el principal gestor de capital simbólico, pues oficia como agente de “legitimización y naturalización de la diferencia social, una función anteriormente realizada en gran medida por la religión”⁷⁸. Esto ocurre porque muy pocas organizaciones del mundo moderno pueden contar con medios tan eficaces para imponer categorías de percepción, es decir, el Estado tiene la capacidad de construir la legitimidad del poder que él mismo ejerce.

Un ejemplo interesante de cómo el Estado comienza a construir este poder es el paulatino reconocimiento de las actividades administrativas como legítimas, ese proceso

⁷⁷ Loveman, Mara. The modern state and the primitive accumulation of symbolic power. En: *American Journal of Sociology*, Vol. 110, No. 6 (May 2005), p. 1655

⁷⁸ Fernandez, José. Capital simbólico, dominación y legitimidad. Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu. En: *Papers – revista de Sociología*. Vol. 98, No. 1, 2013, p. 49

implica una acumulación de poder simbólico. Según Loveman, en un primer momento el Estado se ve involucrado en una fuerte lucha por acumular suficiente poder simbólico, pero una vez la acumulación es suficiente la acción del poder estatal se rutiniza, es decir, es finalmente aceptada por los ciudadanos:

...las actividades que alguna vez fueron controvertidas, ya sea emitir certificados de nacimiento, establecer pesos y medidas estandarizadas o realizar un censo, ya no son cuestionadas. Vienen, como el propio estado moderno, a aparecer como características naturales del paisaje social. A medida que una práctica estatal dada se da por sentada, los conflictos sobre el derecho del estado a participar en esa práctica se vuelven cada vez más raros ⁷⁹.

Adicionalmente, así como el poder político del Estado descansa, según la célebre perspectiva de Max Weber, en el monopolio legítimo de la fuerza, el poder simbólico parece descansar en el monopolio legítimo de la violencia simbólica. Y aquí es posible entonces reconocer la otra arista de este concepto, pues este tipo de poder, no solo es difícil reconocerlo sino que “presupone cierta complicidad activa por parte de quienes están sometidos a él, requiere como condición de su éxito que estos crean en su legitimidad y la de quienes lo ejercen”, en este caso el dominado es arrastrado por una sumisión que no percibe, el poder simbólico “transforma las relaciones de dominación y sumisión en relaciones afectivas, el poder en carisma” ⁸⁰.

El propio Bourdieu reconoce que el capital simbólico, y el ejercicio de dominación derivado de él, es posible encontrarlo en el espacio físico porque el espacio social tiene un correlato en el espacio construido. Afirma que, en una sociedad jerárquica, no hay, por tanto, espacio que no esté jerarquizado y no hay un modo en que el espacio no exprese esas estructuras, esas distancias sociales. Pero esto no siempre ocurre de un modo abierto, con frecuencia en la realidad sucede de un modo disimulado “sobre todo enmascarado por el efecto de naturalización que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural. Así, determinadas diferencias producidas por la

⁷⁹ Loveman, Mara. The modern state and the primitive accumulation..., p. 1658

⁸⁰ Fernández, José. La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica. En: Cuadernos de trabajo social, Vol. 18, 2005, p. 9

lógica histórica pueden parecer surgidas de la naturaleza de las cosas”⁸¹, la concreción del espacio social en el espacio físico tiene ese carácter difuso cuando responde a la lógica del capital simbólico.

En el caso de la organización territorial del Estado, por lo general esa acumulación de capital simbólico (de posibilidad de ejercer poder sin resistencia) actúa en favor de un territorio específico: la capital. Según el propio sociólogo:

La capital es, sin juego de palabras el lugar del capital, es decir, del espacio físico donde están concentrados los polos positivos de todos los campos y la mayoría de los agentes que ocupan esas posiciones dominantes: en consecuencia, no se le puede pensar adecuadamente más que en relación con la provincia (lo provinciano), que no es otra cosa que la privación (muy relativa) de la capital y el capital.

Las grandes oposiciones sociales objetivadas en el espacio físico (por ejemplo, capital/provincia) **tienden a reproducirse en los espíritus y el lenguaje** en la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, vale decir en tanto categorías de percepción y evaluación de las estructuras mentales (parisiense/provinciano, chic/no chic, etc)⁸²

De aquí se desprenden al menos dos observaciones útiles para este trabajo. En primer lugar, la capital, por distintas vías y procesos históricos se va convirtiendo en un lugar de concentración de poder (acumulación de capital en palabras de Bourdieu) no sólo simbólico, sino también económico, cultural, político, etc. Esa concentración produce unos marcos clasificatorios que, a medida que la acumulación originaria de poder simbólico va teniendo éxito, se instaura en la forma legítima de ver y entender el mundo de los individuos que habitan esos lugares, es decir, el espacio social se inscribe en las estructuras espaciales y en las estructuras mentales.

Visto así, la relevancia del centro convertido en un espacio místico reside en la capacidad de afirmar y ejercer poder, a través de un método muy sutil, el de la violencia simbólica, una violencia que pasa inadvertida y que por momento parece contar con la anuencia del dominado, con el objetivo último de reforzar y conseguir legitimidad, para hacer pasar las

⁸¹ Bourdieu, Pierre. Efectos de lugar. En: AA.VV. La miseria del mundo. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 120

⁸² Bourdieu, Pierre. Efectos de lugar. En: AA.VV. La miseria del mundo..., p. 121

intenciones del gobernante (o de quien domina) como legítimas y naturales, buscando desconocer que en realidad es un punto de vista particular, situado y fechado.

¿Cómo ocurrió esto en las ciudades capitales latinoamericanas? ¿De qué manera se fue urdiendo una acumulación progresiva de capital simbólico? ¿Cómo se utilizó el campo científico y el campo cultural como mecanismos idóneos para acumular capital simbólico y ejercer a través de él la construcción de marcos clasificatorios en favor de las capitales nacionales? ¿Quiénes emprendieron esta tarea y quiénes la consolidaron? Las respuestas a estas preguntas guiarán el desarrollo del siguiente capítulo.

Capítulo II.

EL EJE DEL MUNDO EN TRES PAÍSES ANDINOS

“- Entonces conoces el lugar. En la ciudad está
el alma de nuestro país.
- En la ciudad dicen que está aquí, en provincias”

Daniel Alarcón
Radio Ciudad Perdida

Se han discutido profusamente los factores que intervinieron en la construcción de los estados nacionales en los antiguos territorios del Imperio Español luego del periodo de las guerras independentistas. Una reseña sucinta excedería, y por mucho, el objeto de esta sección toda vez que la bibliografía producida y las discusiones son tan amplias que brindarían material para varios trabajos monográficos. No obstante, algunos postulados se han afincado tan fuertemente que hoy son parte de un “sentido común” histórico que afectan la comprensión de fenómenos que no alcanzan a explicarse a través de esa lente.

Una de esas interpretaciones indica que los estados nacionales del siglo XIX se formaron a partir de la estructura administrativa heredada del periodo colonial. Según este punto de vista “hubo cierta lógica en el hecho de que las nuevas naciones y divisiones políticas, con ciertas variantes y grados, surgieran sobre la base de las divisiones administrativas y políticas coloniales”⁸³, a pesar de que Jaime Jaramillo hace esta afirmación advirtiendo que estas fueron unas bases precarias, él mismo lanza una interpretación que podría ser discutible “como centro que fue del gobierno virreinal, por la experiencia de gobierno de su clase dirigente **era natural** que su principal núcleo urbano, Bogotá, fuera el centro del motor de la fuerza que tendía a la formación del Estado Nacional”⁸⁴.

⁸³ Jaramillo, Jaime. Nación y región en los orígenes del Estado Nacional en Colombia. En: Revista de la Universidad Nacional (1944 - 1992), Volumen 1, Número 4-5, p. 8-17, 1985.

⁸⁴ Jaramillo, Jaime. Nación y región en los orígenes del Estado Nacional en Colombia..., p. 16 (El resaltado es mío)

La elección de Bogotá, como capital fue muchas cosas, pero no natural, fue conflictiva y dispendiosa, implicó la construcción de una narrativa, de un modo de dominación que obligó a defender un supuesto lugar de preminencia en el que creían unos pocos, poderosos sí, pero al fin y al cabo pocos. Con frecuencia, la historia o el prestigio de las ciudades hacía olvidar que muchas capitales “cuya condición puede aparecer como natural han sido re-designadas como capitales sólo en un relativo pasado reciente. Incluso, aunque parecen tener una historia continuada de centralidad histórica y administrativa no son necesariamente una elección natural”, esa naturalidad, percibida por Jaramillo Uribe, en realidad era el resultado de un largo proceso que enfrentaron muchas ciudades en el continente, desde sus inicios las capitales de los estados repúblicas en América Latina fueron “más un centro de controversia que de consenso”⁸⁵.

No era el caso exclusivo de Colombia, muchos de los países latinoamericanos se enfrentaron a problemas similares, pues similares habían sido los procesos independentistas. El ministro del Interior del recién creado Ecuador en 1831 escribía “nosotros no tenemos todavía el nombre común, que es la primera divisa de la nacionalidad: somos Guayaquileños, Quiteños, aún Ambateños y Tacungeños, pero jamás colombianos, menos todavía ecuatorianos”⁸⁶. El ministro era crudo pero sensato, era consciente del desafío político y territorial que enfrentaban, sabía de las disputas regionales, reconocía que un territorio nacional estaba por construirse y las capitales nacionales aun debían consolidarse⁸⁷. Se entiende entonces que la causa emancipadora de comienzos del XIX obligara una transformación en la ideología urbana, ya que:

después de la independencia, las ciudades dejaron de ser el centro exclusivo de las decisiones económicas y políticas. Siguieron siendo, ciertamente, los núcleos sociales, y por

⁸⁵ Vale, Lawrence. *Architecture, Power, and National Identity*. Abingdon, Routledge, 2008, p. 14 y 17

⁸⁶ Manguas, Juan. *El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830 – 1895*. Magüahuasca, Juan (Editor) *Historia y Región en el Ecuador 1830 – 1930*. Quito, Biblioteca de Ciencias Sociales Volumen 30, Proyecto Flacso-Cerlac – Corporación Editora Nacional, 1994, p. 394

⁸⁷ Si se tienen en cuenta fechas como la elección de la capital administrativa, el fin de las principales revueltas regionales o de los ataques de bandidos y grupos indígenas a los centros urbanos como indicadores de la centralización de los territorios es sugestivo que la mayor parte de hechos correspondan al último cuarto del siglo XIX o incluso los primeros años del siglo XX. Al respecto ver Centeno, Miguel. *Ciudades, Estado y construcción de nación en América Latina*. Bogotá, editorial Universidad Nacional de Colombia, 2014, p. 167 Cuadro 3.1 Centralización y pacificación.

eso recuperaron poco a poco su poder (...) [pero al inicio] el campo se transformó, a su vez, en un centro de decisiones, y las ciudades debieron aceptar esa bipolaridad.⁸⁸

Ese trastorno era una consecuencia obvia del desgobierno y la ausencia del armazón institucional que había sido el soporte de la sociedad colonial. La fuente de autoridad de la organización territorial bajo el imperio español, incluyendo el estatus de las ciudades, era clara e incontrovertible: la otorgaba el rey. Sin esta figura, y en medio de la improvisada construcción de los estados nacionales en el siglo XIX, hubo necesidad de una redefinición, pues, “la importancia frente a las demás ciudades no se mantuvo de manera automática, sino que la tuvieron que rehacer en todos los casos”⁸⁹.

En el caso peruano, por ejemplo, el inicio de la vida independiente es también el periodo de recomposición de fuerzas políticas internas que pronto entraron en pugna. Durante la etapa de la república militarizada (hasta 1868) “fueron los pueblos en armas y no la capital de la república los que definieron el rumbo político del país. De la larga lista de militares que gobiernan en Perú luego de la independencia, solo uno de ellos, José Antonio Pezet, era limeño”⁹⁰.

Con algunas variantes en Ecuador y Colombia el camino fue similar. La ahora mayor participación en la cuota de poder territorial de zonas rurales, o urbanas de segundo nivel, sobre las antiguas sedes imperiales obligó a que el carácter capitalino se redefiniera. Los mecanismos fueron variados, por ejemplo, construir una red subsidiaria “de todas las ciudades en beneficio de la capital”, cuyo nodo central (o primado) permitiera “llevar a todo rincón del territorio, la institucionalidad y el ejercicio jurisdiccional que se desprende de ella”⁹¹. La organización de la estructura política y administrativa con frecuencia se hacía acompañar del poder económico y la dominación territorial que se desprendía del control del flujo de capitales.

⁸⁸ Romero, José Luis. *Latinoamérica las ciudades y las ideas*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999, p. 207

⁸⁹ Mejía, Germán. *La Aventura Urbana de América Latina*. Madrid, Fundación Mapfre y Santillana Editores, 2013, p. 148

⁹⁰ McEvoy, Carmén. *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1817 – 1919)*. Lima, Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2017, p. 36

⁹¹ Mejía, Germán. *La Aventura ...* p. 148

Con el mismo afán se abordó la administración de los recursos simbólicos con el que podían contar las jóvenes naciones, el repertorio de signos, emblemas, ideas y elementos intelectuales buscaban definir la preminencia de la capital sobre otras ciudades de las repúblicas. Aquella idea del centro que irradia con su influencia territorios circundantes y periféricos por medio de canales culturales fue un asunto que se comenzó a configurar en el propio siglo XIX. Este proceso tomó tiempo, estuvo plagado de avances y retrocesos, pero a comienzos del siglo XX, la capital como espacio de naturaleza sagrada para las tres naciones objeto de este estudio era indiscutible. ¿Cómo se configuró este rol a lo largo del siglo XIX? es el tema que se abordará en esta sección.

Geografía de la ignominia y jerarquías del territorio

El siglo XIX peruano fue tan accidentado políticamente como en las otras naciones suramericanas, allí las elites de la ciudad, de modo justificado o no, encontraban amenazado el papel de Lima como eje en la construcción del estado nacional. Por ejemplo, Manuel Pardo (limeño y alcalde de la ciudad entre 1869 y 1870) se quejaba de los avances de las “maquinarias políticas y militares provincianas”, afirmaba el joven político en medio de la campaña presidencial de 1872 que los limeños por causa de la intriga de los foráneos se encontraban despojados de sus derechos políticos, por tanto, la tarea del Partido Civil representado por él, era reivindicar el papel de Lima; por eso en las elecciones de 1872 su agrupación política buscaba:

...devolver a Lima la iniciativa de ser la articuladora política del país, o dicho en palabras de su jefe y futuro presidente de la República, de que la capital peruana “culto e ilustrada” se convirtiera en el corazón del cual refluiera ‘el movimiento circulatorio del país entero’⁹².

Para Pardo, Lima por definición “estaba destinada a ser el centro desde donde fluiría la civilidad a todo el país”, refiriéndose a otras regiones del Perú que, desde el punto de vista de los costeros, eran lugares bárbaros que amenazaban el poder político y simbólico representado por la capital.

⁹² Mc Evoy, Carmen, La utopía republicana..., p. 78

Con frecuencia esa defensa implicaba recurrir a estrategias legales y de dominación estatal efectiva, como aquella utilizada luego de la aventura conspirativa de finales del siglo XIX, que implicó un fuerte ataque al armazón institucional y que puso en riesgo el papel centralizador de la capital peruana. En ese momento, luego de que un grupo de conjurados derrocará a Manuel Cáceres en 1892, hubo la necesidad de idear un modelo electoral que garantizara el control efectivo del territorio nacional desde Lima⁹³. El fragor revolucionario se acompañó de medidas que buscaban evitar “que la ‘ciudad de los virreyes’ perdiera su poder hegemónico en el camino”⁹⁴. Junto a estos recursos de poder estatal para ejercer de manera efectiva el poder político desde la capital, hubo la necesidad de consolidar un ejercicio de dominación simbólica, que implicó la construcción de una narrativa muy poderosa que justificara, casi que de “modo natural”, el papel de Lima como capital y centro de la joven nación peruana.

Ese relato se comenzó a construir a partir de un marco de clasificación dicotómica que jerarquizó el territorio y “racializó” la geografía. El alcance paulatino de ese objetivo se consiguió gracias a un mecanismo complejo que involucró factores económicos, políticos y culturales, pero tuvo como recurso fundamental la construcción discursiva de dos entidades claramente definidas: el espacio geográfico y la raza. Una variable imbricaba la otra, el lugar determinaba al individuo, de ese modo mientras que la sierra se convirtió en

⁹³ La reforma a la constitución de 1860 que implicó un cambio en las reglas electorales, realizada en 1896, una vez derrocado Manuel Cáceres e instalado Nicolás de Piérola consistió en que “los electores pasaron a representar apenas el 4 por ciento de la población nacional. Como es de suponer, en las zonas con más analfabetos, el porcentaje se redujo significativamente, no superando en algunos distritos rurales el 1% de su población. En cambio, las ciudades, particularmente Lima, así como la Costa, adquirían mayor peso electoral” Del Águila, Alicia. *La Vida Política*. En: Contreras, Carlos (Director) & González, Osmar (Coordinador), *América Latina en la Historia Contemporánea, Perú la apertura al mundo 1880 – 1930*. Madrid, Taurus – Fundación Mafpre, 2015, p. 51

⁹⁴ Este fenómeno es un proceso que se comparte en los tres países, por ejemplo, en el caso ecuatoriano ocurrió un fenómeno similar, una de las importantes intervenciones de García Moreno en el territorio ecuatoriano tuvo que ver con la organización administrativa centralizada para un control efectivo del territorio, la organización de los impuestos, el reclutamiento de soldados y trabajadores, así como el ejercicio de impartir justicia se realizó a través de la proliferación de “pueblos mestizos y blancos que se convirtieron en eslabones de una cadena de mando cada vez más larga que conectaba a Quito con pueblos indígenas dispersos”. Larson, Brooke. *Trials of nation Making. Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810 – 1910*. New York, Cambridge University Press, 2004, p. 114

sinónimo de pobreza, atraso, lugar de indios y barbarie, su antítesis, la costa, se prefiguró como escenario de civilidad, progreso, raza blanca y espacio de ciudadanos.

Esa visión sobre el territorio comenzó a construirse a finales del siglo XVIII, y se presentía en los escritos de intelectuales criollos que luego se involucrarían en las luchas independentistas. En esos bosquejos de pensamiento se hacía evidente la construcción discursiva según la cual, raza, geografía y civilidad era variables directamente correlacionadas. En 1794 un articulista del diario El Mercurio Peruano de Lima comenzaba a perfilar los contornos de lo que luego se convertiría en un argumento casi irrefutable. En ese texto mencionaba que no era posible salvar la distancia que separaba a los españoles y a los indios, la explicación se encontraba fundamentada en que:

...en los parages donde por la dulzura del clima se han ubicado los españoles, casi han desaparecido los indios; y es la razón porque no siendo aquellos tan frugales como estos, necesitan para proporcionarse sus alimentos mayor extensión de terreno; y así se ve que para formar la hacienda de un español se necesitan muchas chacarillas de indios como ha sucedido en Lima y sus valles inmediatos, y por esto, la gruesa de los indios está así reducida a ocupar las serranías del Perú⁹⁵.

El argumento en este texto aún se encuentra en estado embrionario pero sus contornos ya son claros: grupos “superiores” e “inferiores” están separados social y espacialmente y las características del espacio los define a unos y a otros. No son argumentos sólidos, en particular porque todavía no están investidos del aura de legitimidad del discurso científico que para entonces seducía fuertemente a las elites intelectuales criollas, pero sin duda se percibe el inicio de su popularidad teniendo en cuenta su publicación en un medio de amplia circulación.

Posiblemente en ese momento era una posición controvertida, pues se trataba de crear un nuevo relato, un discurso que treinta años antes era difícil sostener, en la década del 60 del siglo XVIII las poblaciones indígenas no estaban confinadas a un espacio específico del territorio del imperio español y hasta cierto punto podrían, a través de ciertos

⁹⁵ Citado en: Méndez, Cecilia. De indio a Serrano: nociones de raza y geografía en el Perú (siglos SXVII y XXI) En: *Histórica*, No. XXXVI, 2011, pp. 78 y 79

recursos, aproximarse a un estatus cercano al de la integración. En cualquier caso el límite de la civilización no lo marcaba la altura del espacio donde vivía sino el grado de cristianización⁹⁶.

Aunque no se sabe con certeza las razones que sustenta la aparición de este discurso, es probable que estuviera emparentado con posiciones relativamente populares en el mundo científico de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Uno de esos postulados provenía del célebre biólogo francés Jean-Baptiste Lamarck quien propuso una teoría de la evolución cincuenta años antes de Darwin. En ella insistía en el carácter dinámico de la naturaleza en general y del mundo animal en particular, recalca que el cambio era un aspecto característico de las especies, afirmaba que:

a medida que los individuos de una de nuestras especies cambian de situación, de clima, de manera de ser o de hábito, reciben por ello las influencias que cambian poco a poco la consistencia y las proporciones de sus partes, de su forma, sus facultades y hasta su misma organización⁹⁷.

Postulados científicos de este tipo se convirtieron en un elemento argumentativo muy poderoso que alimentó esta concepción racial de la geografía y contribuyó a estructurar los argumentos de dominación. Fueron los ilustrados republicanos, influenciados por este enfoque, quienes convirtieron en certeza científica durante el siglo XIX lo que a finales del siglo XVIII apenas era un presentimiento. Estas ideas se transformaron en el mecanismo que contribuyó a combatir la ansiedad de las elites de la costa, temerosas del desafío (cierto o imaginado según el periodo que se considere) de otras regiones del país al poder de Lima.

⁹⁶ El ejemplo más claro de cuál era la visión limeña durante el periodo de la colonia con respecto a la sierra se encuentra en las imágenes de la serie Cuadros de Castas, mandados a pintar por el virrey Manuel Amat. Allí en el cuadro titulado "Indios Serranos tributarios civilizados", varios aspectos son reveladores como por ejemplo, aquí el indio aparece con su familia, es cristiano, lee música y trabaja, adicionalmente, su hijo es bautizado (como lo indica el rosario en el cuello), es Serrano porque evidentemente hay indios en otras regiones del país, en su calidad de tributario "está vinculado al Estado en tanto se le define como tributario: si bien el tributo indígena es un símbolo de vasallaje, lo es también de pertenencia al Estado". La cita y el argumento completo es de Méndez, Cecilia. De indio a Serrano..., p. 80

⁹⁷ Lamarck, Jean-Batipste. Filosofía zoológica, p 56

Al enfoque naturalista lo acompañó otro de los discursos científicos más celebrados en el mundo americano del siglo XIX: la geografía, y Perú por supuesto no fue la excepción. En el afán de reconocer y cartografiar la nación en proceso de constitución, cientos de imágenes en documentos oficiales se convirtieron en el mejor medio para reafirmar el ejercicio de supremacía de la costa sobre la sierra. En el documento geográfico con mayor prestigio del país del siglo XIX, el Atlas del Perú de Mariano Felipe Paz Soldán, se presentaba una imagen que permite sustentar lo que se viene afirmando. Allí aparecía la fotografía de un indio serrano convertida en una:

...de las imágenes más divulgadas de un indio que se conozca en el país. Se trata de un hombre alcoholizado, de mirada estrábica, sentado en las gradas de una puerta, pobre y sucio. A diferencia del indio serrano del cuadro de Castas, que toma una partitura de la mano, este sostiene un vaso de Chicha; y también, a diferencia de aquel, éste no está trabajando. Se va perfilando la idea de indio en singular y masculino, el indio serrano abyecto que querrán redimir los indigenistas y ver desaparecer los partidarios del liberalismo económico⁹⁸.

En el atlas de Mariano Paz Soldán el argumento es más elaborado, el sustento científico es evidente. Este documento se publicó en París⁹⁹ y el autor mismo era parte de una dinastía de científicos, su hermano Mateo era matemático, astrónomo y geógrafo vinculado a la Academia de Ciencias de París, mientras que su hermano José Gregorio fue un político, rector universitario y educador¹⁰⁰, estos datos resultan relevantes pues fue Mariano quien publicó la Geografía del Perú, obra de su hermano mayor que editó de manera póstuma gracias a sus propios esfuerzos, además él mismo había sido un político, ilustre miembro de comisiones delimitadoras, de delegaciones diplomáticas e incluso ministro de relaciones exteriores¹⁰¹. Es difícil imaginar un capital político e intelectual más alto que dieran a su obra la legitimidad, que en efecto obtuvo, tan pronto como fue publicada.

⁹⁸ Méndez, Cecilia. De indio a Serrano..., p. 82

⁹⁹ En 1867 el propio Mariano Felipe Paz Soldán fue premiado en la Exposición Universal de París por la presentación del primer mapa completo del Perú republicano. Información tomada de la exposición: El Atlas Geográfico del Perú de 1865 – Mariano Felipe Paz Soldán Historiador y Geógrafo Peruano. Septiembre 26 a Octubre 27 de 2019, Bogotá, Museo Mercedes Sierra Pérez “El Chicó”.

¹⁰⁰ Al parecer aun está por escribirse un trabajo riguroso sobre los geógrafos del Perú en el siglo XIX. Una aproximación inicial de referencia se encuentra en: Delgado, Juan. Los Hermanos Paz Soldán: nación y territorialidad del Perú en la segunda mitad del siglo XIX. Tesis para optar al grado académico de Magister en Sociología con Mención en Estudios Políticos. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 2019.

¹⁰¹ Ver: AA.VV.. Grandes Forjadores del Perú. Lima, editorial Lexus, 2008, pp. 309 - 310

Pero lo que hacía un producto científico al Atlas no era el prestigio de su autor, sino que en efecto había sido producido según los códigos disciplinares del campo de la ciencia,



como menciona Méndez, la imagen del indio allí presentada se vuelve tanto más relevante si se tiene en cuenta que llegaba a los lectores gracias a una fotografía; el uso de esa novedosa técnica “parece retroalimentar el racismo científico. Ello, debido a la convicción crecientemente positivista de que las fotografías -o grabados y reproducciones inspirado en ella – eran una muestra objetiva y científica de la realidad”¹⁰², en este caso de una realidad ominosa que demostraba la “inferioridad natural” de la población más numerosa de la sierra.

El discurso se va afincando y la asociación de indio con la sierra se va haciendo más fuerte a medida que el siglo XIX llegaba a su fin. Por ejemplo, en un diccionario de peruanismos publicado en 1884, una de las definiciones incluye una diferenciación entre cholo e indio, en el argumento con claro tinte racista el componente geográfico está en primer nivel:

Cholo. Una de las muchas castas que infestan el Perú. Es el cruzamiento entre el blanco y el indio. El cholo es tan peculiar a la costa como el indio a la sierra, y aunque uno y otro suelen encontrarse en una y otra, no están allí más que de paso, suspirando por alzar vuelo, el indio para volverse a sus punas y sus llamas, y el cholo por bajar a la costa¹⁰³.

Un siglo después de la independencia peruana el mecanismo discriminador implícito en el binomio geografía-raza se había instalado en el imaginario de la nación, de tal manera,

¹⁰² Méndez, Cecilia. De indio a Serrano..., p. 89

¹⁰³ Arona, Juan. Diccionario de peruanismos. Citado en: Méndez, Cecilia. De indio a Serrano..., p. 87

que ni siquiera el intelectual marxista más insigne la cuestionaba, cuando José Carlos Mariátegui aseguraba que la costa explotaba la sierra, quería decir que el blanco explotaba al indio. Es probable que esta dicotomía se fuera volviendo menos rígida o más compleja a medida que el siglo avanzaba, que tomara otros aspectos, que se mezclara con otras formas de discriminación, pero es claro que la segregación derivada de las geografías racializadas está poderosamente presente en el diario vivir de los habitantes de Lima incluso hoy¹⁰⁴.

El análisis de estos discursos que involucran argumentos racistas y determinismo geográfico en el Perú siguieron un camino muy similar en Colombia y Ecuador. Como en el caso del Perú esta construcción tuvo muchas aristas, pero de nuevo fueron las posiciones discursivas derivadas de la ciencia y especialmente del conocimiento geográfico, de la “ciencia del territorio”, las que alimentaron las ilusiones de quienes buscaban legitimar el ejercicio de dominación desde una zona particular de los estados en formación.

Ocurrió en el ocaso de la dominación imperial, los ilustrados criollos Neogranadinos por los tiempos de la rebelión en tierras americanas contra la corona española, estaban ya entusiasmados con el poder del discurso científico, algunos de ellos eran intelectuales con conexiones internacionales y muy informados de lo que ocurría en otros centros de reflexión académica en el mundo, estos vínculos los animaban a divagar sobre posibles teorías que ayudaran a explicar la realidad que ellos mismos experimentaban en tierras americanas. En 1807, el científico más prestigioso del Virreinato de la Nueva Granada, Francisco José de Caldas, en su primer escrito de geografía se aventuraba a explicar las razones que sustentaban la diferencia entre unas regiones y otras, sentenciaba con determinación:

¹⁰⁴ En diciembre de 2016 los medios de comunicación de Perú mostraron escandalizados la reacción de una mujer en el exclusivo barrio de Miraflores en Lima. Ante un vigilante que le pidió revisar su cartera la mujer enfurecida lo llamo “perro de mierda” y seguidamente continuó “a ningún serrano de mierda le voy a tener miedo, a ningún serrano que pueda ser mi sirviente, mi jardinero”. En: “Llamó ‘serrano’ a vigilante de supermercado de Miraflores” 06/01/2016. En: peru.com (<https://bit.ly/36nC3u2>) (Consultado el 28 de octubre de 2019)

Esta asombrosa variedad de producciones, de temperaturas y de presión, en lugares tan poco distantes, es preciso que haya influido sobre el carácter y las costumbres de los pueblos que habitan la basa de la cordillera, o sobre ella. En efecto, ¿qué rasgos tan diferentes y decisivos no se advierten entre los hombres de la costa y el de la cima de los Andes! El ojo menos penetrante y observador distingue el mompoxino del pamplonés, al que respira el aire abrasador de Guayaquil del que vive en la dulce temperatura de Cuenca; y el salvaje del Orinoco en nada se parece al rústico de Quito. Hay pocos puntos sobre la superficie del globo más ventajoso para observar, y se puede decir para tocar, el influjo del clima y de los alimentos sobre la constitución física del hombre, sobre su carácter, sus virtudes y sus vicios.¹⁰⁵

Era la enunciación clara de un principio, la puesta en marcha de un mecanismo que parecía señalar una obviedad, la correspondencia entre espacio geográfico y forma de comportamiento, la correlación entre el espacio habitado y la vida espiritual de quienes lo habitaban. En un escrito posterior Caldas recalca esta diferencia, describiendo de manera puntual las características que actúan como pruebas de lo afirmado en el texto anterior, insistía entonces que:

Éstos [los indios y castas andinas] son más blancos y de carácter más dulce. Las mujeres delicadas tienen belleza, y se vuelven a ver los rasgos y los perfiles delicados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las preocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las ondas y con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y de justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente; un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna, han producido costumbre moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esta zona tórrida del corazón humano, no tiene esos furros, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan y toman el idioma sublime y patético de la poesía... Los celos, tan terribles en otra parte y que más de una vez han empapado en sangre la base de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaño. Las castas todas han cedido a la benigna influencia del clima, y el morador de nuestra cordillera se distingue del que está a sus pies por carácter brillantes y decididos¹⁰⁶.

¹⁰⁵ Caldas, Francisco J. de. Geografía Neogranadina. Citado en: Múnera, Alfonso. Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano. Editorial Planeta, 2005, p. 71

¹⁰⁶ Caldas, Francisco J. de. El influjo del clima sobre los seres organizados. Citado en: Múnera, Alfonso. Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano. Editorial Planeta, 2005, p. 72

El color de piel, el tipo de vínculo amoroso y la tranquilidad expresada en reflexividad y arte eran para Caldas, prerrogativa de las personas que vivían en las partes altas de la cordillera de los Andes, especialmente en la rama oriental y central de este sistema montañoso ubicado en la actual Colombia. Esta percepción de las zonas caribeñas y selváticas se convirtió, durante todo el siglo XIX, en una imagen hegemónica que fue útil al ejercicio de dominación porque acompañó la consolidación de un modelo económico que favorecía estas regiones. Incluso, no encontró mayores detractores dentro de los miembros de las élites locales y además sus promotores eran hombres de ciencia, pero no de una ciencia oscura y de claustro derivada de un mundo español aristocrático o de las doctrinas conservadoras de la iglesia, en palabras de Múnera “era la modernidad importada de Europa, con toda su carga imperial y xenófoba y no la vieja tradición, la que legitimaba la construcción de una imagen de la Nueva Granada escindida por una geografía racial en razas superiores e inferiores, en razas civilizadas y bárbaras”¹⁰⁷.

Medio siglo después es posible encontrar estos argumentos más elaborados en los postulados de quienes conformaron una de las empresas más importantes del Siglo XIX colombiano: la Comisión Corográfica. En este proyecto liderado por Manuel Ancizar y Agustín Codazzi, los informes y las láminas de reconocimiento territorial reafirmaba las hipótesis que sus colegas ilustrados habían señalado a comienzos de siglo. Así como para Caldas, los comisionados encontraron que había una división insalvable entre las zonas bajas y las zonas altas del territorio nacional, para este grupo de estudiosos resultaba evidente que el clima determinaba el carácter de los habitantes de un territorio y eso se podía comprobar -según sus declaraciones- en el caso de Colombia.

¹⁰⁷ Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas...*, p. 85

Como en el mencionado Atlas del Perú de Mariano Paz Soldán, el componente visual acentuaba los argumentos de una geografía racializada, en este caso investido de una legitimidad científica que se derivada no solo de la técnica de representación (en Perú fue la fotografía aquí fueron acuarelas y pinturas) sino también del hecho de que estaban acompañadas por reflexiones de respetados intelectuales y científicos. A los ya



mencionados Codazzi y Ancizar habría que añadir el educador liberal y futuro presidente del país Santiago Pérez. En el contraste de esas láminas se intuía el argumento de la relación directa entre clima y comportamiento. Una comparación simple de la

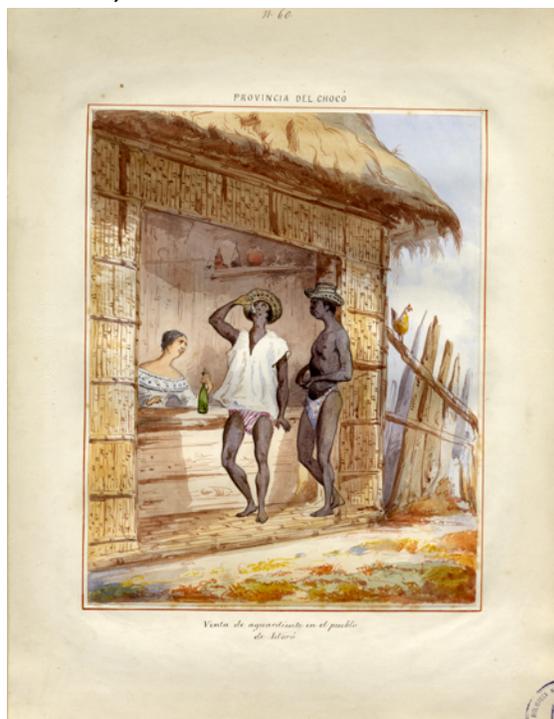
lámina titulada *Tejedores y vendedores de sombreros de jipijapa. Varias poblaciones de Santander* y la lámina titulada *Venta de Aguardiente en el Pueblo de Lloró*¹⁰⁸ nos dan idea de lo que se viene señalando.

La imagen en la que se representa los habitantes del territorio andino resalta por su sobriedad, por el recato en la vestimenta de las mujeres y hombres allí personificados, quienes laboriosos, como se desprende del título, se dedican a las actividades productivas que más esperanza despertaba en la dirigencia decimonónica, la fabricación de productos y su comercialización. El cuadro además despertó un vivo entusiasmo en el comisionado Ancizar quien encontraba que el cruzamiento entre blancos “españoles puros” e “indios puros” desencadenaba la “absorción de la raza indígena por la europea”, de tal manera que la consecuencia al final era que “quedara una población homogénea, vigorosa y bien conformada, cuyo carácter sería medianero entre lo impetuoso del español y lo calmoso y paciente del indio chibcha; población felizmente adaptable a las

¹⁰⁸ Imágenes tomadas de: Biblioteca Virtual Banco de la República: <https://bit.ly/2CVlvMh> y Biblioteca Digital Mundial – Congress Library: <https://www.wdl.org/es/item/9055/> Consultadas Octubre 27 de 2019.

tareas de la agricultura y minería¹⁰⁹, sin duda, la perspectiva para las zonas andinas era halagüeña.

Considerablemente distinto era el caso de las zonas bajas del Chocó o las zonas selváticas del sur del territorio que también exploraba la Comisión, en el caso de los pobladores del pueblo de Lloró en la región pacífica del occidente del país, el cuadro mostraba seres rústicos, menos recatados en su forma de vestir, bebiendo alcohol y en actitud pendenciera. Para los comisionados la abolición de la esclavitud al final no había servido de nada, pues estos hombres y mujeres habían pasado de ser “siervos de hombres a siervos de vicios; han confundido la independencia con la altanería, la libertad para escoger trabajo con la libertad para no trabajar, la igualdad de derechos con la igualdad de miseria; la dignidad de hombres libres con la insolencia de déspotas”¹¹⁰ la única alternativa de esta poblaciones era esperar la conexión con el centro andino, con el mundo “civilizado” a través de mejores modos de comunicación que les permitiera entrar en su órbita de influencia, que alcanzaran a ser iluminados con los rayos civilizatorios de las tierras altas ya pobladas por gentes cultas¹¹¹.



¹⁰⁹ Ancizar, Manuel. Peregrinación de Alpha. Citado en: Restrepo, Olga. Un imaginario de la Nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. No. 26, 1999, p. 49

¹¹⁰ Pérez, Santiago. Apuntes de Viaje. Citado en: Restrepo, Olga. Un imaginario de la Nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. No. 26, 1999, p. 52

¹¹¹ Según Appelbaum la fe de Codazzi en las carreteras y en un territorio interconectado se sustentaba en la posibilidad de que “los inmigrantes internos de tierras altas se desplazarían a áreas escasamente pobladas. Los migrantes de ascendencia africana, a quienes consideraba resistentes a las fiebres de las tierras bajas, abrirían el camino a las personas de ascendencia europea, y en última instancia a los propios europeos. Los inmigrantes laboriosos se mezclarían racial y culturalmente con los “salvajes” negros e indios de las tierras bajas (...) La infraestructura, la migración interna y la inmigración llevarían a la civilización de Europa y de las tierras altas a las tierras bajas y salvajes, entretejiendo la nación y trayendo el progreso económico a todos” Ver: Appelbaum, Nancy. Dibujar la Nación. La Comisión Corográfica en la Colombia del siglo XIX. Bogotá, Editorial Fondo de Cultura Económica – Universidad de los Andes, 2017, p. 139

Paulatinamente los textos de los comisionados permitían justificar el papel fundamental que podría tener Bogotá como centro político del país sobre el resto del territorio, en palabras de Appelbaum: “la nación que los comisionados vislumbraban era una centrada y gobernada desde las altas cordilleras andinas, en particular la Oriental. Todo el conocimiento climático y sus interpretaciones de la historia y la prehistoria coincidían en que consideraban las tierras altas andinas como superiores y destinadas a gobernar las tierras bajas”¹¹². La clara diferenciación contenía de manera tácita un proyecto político que los comisionados se encargaron de clarificar. Para ellos, las tierras andinas eran blancas, homogéneas y sobre todo muy civilizadas por tanto “según Ancízar, simplemente necesitaban ‘desarrollar las instituciones republicanas para florecer’. En cambio, las poblaciones más problemáticas de las tierras bajas de la periferia requerían otros métodos que no eran tan democráticos; tendrían que ser subyugadas, colonizadas e integradas a la fuerza a la nación”¹¹³.

Un argumento similar fue el que utilizó el intelectual José María Samper, quién afincado en Bogotá, miembro -obviamente- de una agrupación científica, la Sociedad Geográfica de París, se mostraba ofendido ante las observaciones de Mr. Anthony Tropolle, un viajero inglés que había visitado Santa Marta, Cartagena y Panamá; el explorador al no encontrar allí “nada parecido a HydePark y Regent Street ni a su fuerte y orgullosa raza británica, declaró sin apelación que toda la Nueva Granada era un país bárbaro y en pleno retroceso, insalubre y odioso”, se lamentaba Samper de esta posición pues no se podía juzgar toda una nación por lo “peor de ellas”, eso sería equivalente a juzgar Inglaterra “porque su populacho es el más grosero de todos los países civilizados”¹¹⁴.

¿Dónde hubiera podido encontrar el visitante inglés en la Nueva Granada el equivalente a Hyde Park y Regent Street? Samper respondía que para poder hacerlo había que entender la “geografía de la civilización” y reconocer que “el progreso se va verificando

¹¹² Appelbaum, Nancy. Dibujar la Nación..., p. 19

¹¹³ Appelbaum, Nancy, Dibujar la Nación..., p. 92

¹¹⁴ Samper, José María. Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas colombianas (hispano-americanas). Bogotá, Editorial Centro, 1861, p. 122

de un modo singular: de adentro hacia afuera, -del centro a la circunferencia. Tal es el fenómeno que se produce en las comarcas cuya capital y cuyas razas más puras se hallan en el interior; sobre las altiplanicies”¹¹⁵ y era -¿cómo no?- la capital el lugar que mejor lo expresaba, por eso para él “detrás de los zambos de las costas granadinas, está la rica y bella Medellín, la noble Popayán, y la ciudad altamente ilustrada y estimable, de Bogotá”, el orden en que menciona las ciudades no es gratuito, es una demostración de su teoría de la geografía de la civilización determinada por un ascenso paulatino, Bogotá el último escaño en esa pirámide territorial del progreso que prefigura Samper.

Al finalizar el siglo XIX, esa visión del territorio construida de forma paralela a la idea de nación era ya un hecho incontrovertible, tanto que le permite al intelectual Liberal Salvador Camacho Roldán hacer un balance explicativo del atraso del departamento de Panamá, sus reflexiones en un diario de viaje de 1892 las presenta en los siguientes términos:

Vida municipal activa y verdadera es de lo que esas dos ciudades (Panamá y Colón) carecen: el panameño nativo tiene pocas tradiciones de interés público; el mestizo africano carece de educación y hasta nociones de lo que es la edilidad de un pueblo civilizado. **El gobierno central a 300 leguas de distancia**, mal pudiera proveer al aseo, a la salubridad y a la policía de ornato y seguridad de lugares desconocidos para los miembros del gobierno de Bogotá, sólo el elemento extranjero podría comunicar a esos intereses la iniciativa, la espontaneidad, el amor cívico que ellas requieren¹¹⁶.

Habría que resaltar un elemento novedoso que en Samper apenas se sugiere, pero que en Camacho ya es categoría explicativa, la representación de lo civilizado la ostenta la capital, ya no son las tierras andinas en general sino una ciudad en particular la que simboliza esa condición tan cara a los intelectuales de este periodo; adicionalmente, esa ciudad específica actúa como un faro cuya capacidad de iluminar tiene límites, de ese modo, la capital colombiana, en la pluma de este intelectual, es ya el eje del mundo de esa república, es a partir de la cercanía geográfica o intelectual que ella puede amparar bajo el “manto civilizatorio”.

¹¹⁵ Samper, José María, Ensayo sobre las revoluciones políticas, p. 123

¹¹⁶ Camacho, Salvador, Notas de viaje. Colombia y Estados Unidos de América. Citado en: Múnera, Alfonso. Fronteras imaginadas..., p. 85 (La negrilla es mía)

Medio siglo después ya no es necesario el discurso científico para defender la pretendida superioridad de las tierras altas sobre las costas y las selvas, para muchos intelectuales era un asunto de simple sentido común. Un político y pensador conservador en 1956 expresaba con toda naturalidad este pensamiento, afirmaba:

A la ciudad pacata, insular y mediterránea (Bogotá), le ha correspondido desde la Colonia la tarea de formar en torno suyo una nación, orientarla, definir su destino, mantenerla unida y compacta... y ser en todo tiempo la casa solariega a donde llegan todos los colombianos de los más remotos lugares del país en busca de una cultura, de un gran prestigio nacional, de la realización de un sueño ambicioso o simplemente de una existencia cómoda y tranquila al amparo de su hospitalidad¹¹⁷.

Políticas de descentralización administrativa, regionalismos y una constitución política relativamente nueva, que reconoce la diversidad de la nación colombiana, no han podido remover la férrea construcción de los determinismos geográficos forjados a principios del siglo XIX, la vida cotidiana en las ciudades colombianas, y en especial en Bogotá, sigue recordando a sus habitantes que los códigos que contribuyeron a construir los nacionalismos hace siglos, no prescriben tan fácilmente¹¹⁸.

El determinismo geográfico del sabio Caldas -vimos más atrás- funcionaba tanto para Bogotá y las ciudades de los Andes de la actual Colombia, como para los territorios ubicados en el actual Ecuador. Pero el clima como elemento explicativo de las diferencias raciales fue menos popular allí. Hubo racismo en el Ecuador, por supuesto, tan profundo

¹¹⁷ Azula, Rafael. De la revolución al orden nuevo. Proceso y drama de un pueblo. Citado en: Braun, Herbert. Colombia entre el recuerdo y el olvido. Aves de corral, toallas, whisky... y algo más. En: Revista Número, Separata Especial, Bogotá, Abril 2004, s.p.

¹¹⁸ En marzo de 2015 se hizo público un video de un joven de clase media bogotana alterado y en estado de embriaguez a la salida de un establecimiento en una zona de bares y discotecas al norte ciudad (una de las zonas de entretenimiento a la que regularmente asisten grupos de habitantes de clases medias altas y altas). El video mostraba al joven enfrentando a miembros de la policía metropolitana de Bogotá a quienes les gritaba una y otra vez que no sabían con quién se habían metido. La frase “¿usted no sabe quién soy yo?” se convirtió en un escándalo nacional, así como la amenaza que lanzó en medio de los gritos “yo a usted lo mando al Chocó” espantó al joven a los agentes antes de ser detenido. Por su parte el gobernador del Chocó se pronunció, en su comunicado decía “lamentamos y rechazamos rotundamente las palabras irrespetuosas en contra del Chocó (...) por Nicolás Gaviria el pasado fin de semana en la ciudad de Bogotá. Hemos trabajado arduamente por un Chocó sin estigma, próspero y educado: que sea visto de una forma diferente y obviamente sus palabras no ayudan” En: “Gobernador del Chocó rechazó declaraciones de Nicolás Gaviria”: En Diario El Universal Consultado en: <https://bit.ly/2ZPujoa> Octubre, 16 de 2019

y arraigado como en otros países, pero este racismo no siguió la misma senda que en otras naciones, en este caso se reelaboró a partir de ejes argumentales diferentes, de ámbitos que no implicaban una íntima relación entre clima y comportamientos humanos¹¹⁹.

Pero entonces ¿cómo se construyeron las jerarquías territoriales en este país andino? Para entenderlo habría que mencionar primero el papel que el cacao tuvo en el Ecuador así como el guano en el Perú y el café en Colombia. Ese producto dinamizó la economía ecuatoriana como no lo hizo ningún otro en el siglo XIX, fue potencia generadora de riqueza que configuró un nuevo equilibrio territorial, la riqueza de zonas productoras ubicadas sobre la costa pacífica se manifestaba en los rápidos aumentos de población¹²⁰ y en la construcción de un mundo tecnificado y con evidentes signos de progreso. La costa no era un territorio desdeñable, o al menos no encajaba en la idea de un territorio incivilizado y bárbaro.

Por tanto, la oposición sierra-costa no funcionaba aquí, de hecho, el peso económico y cultural cada vez más grande de Guayaquil convirtió el empeño de unir las dos regiones a través de un ferrocarril en un asunto de Estado, y en efecto lo fue, un anhelo que tomó varias décadas y que implicó a los dos caudillos más importantes de la historia del país, uno conservador y el otro liberal, ambos pertinaces y tercos, ambos asesinados y ciertamente los dos con la misma fe en el modo de transporte más emblemático del siglo XIX; la conexión de las regiones se convirtió en orgullo nacional y ambos territorios en símbolo del progreso ecuatoriano.

¹¹⁹ Un abordaje ya clásico del tema se encuentra en: Larson, Brooke. *Trials of nation Making. Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810 – 1910*. New York, Cambridge University Press, 2004.

¹²⁰ Cuando se comparan los números se constata que el mayor cambio de población en el Ecuador del siglo XIX ocurrió entre Quito y Guayaquil: “la Sierra central perdió 20 puntos porcentuales -pasó del 40% de población total a fines de del siglo XVIII al 20% a mediados del siglo XX- mientras que la región de Guayas ganó el equivalente. Las partes norte y sur de la sierra perdieron solo 7 puntos en el mismo lapso. Estas cifras demuestran la importancia de las transferencias de población realizadas en el centro del espacio nacional en torno al eje Quito-Guayaquil”. Deler, Jean Paul. *Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930*. En: Magiahuasca, Juan (Editor) *Historia y Región en el Ecuador 1830 – 1930*. Quito, Biblioteca de Ciencias Sociales Volumen 30, Proyecto Flacso-Cerlac – Corporación Editora Nacional, 1994, p. 299

Pero si el ferrocarril y su área de influencia era el símbolo nacional ¿qué ocurría con las comarcas que no hacían parte del portento ingenieril? Se desnudaba su condición de periferia, se revelaba la débil inclusión, como el caso de la región de Esmeraldas y los Andes Australes de Loja, o peor aún, se convertían en territorios por explorar e integrar al relato nacional como el caso del oriente amazónico. A comienzos del siglo XX esta zona era un verdadero “ángulo muerto” en el territorio nacional ecuatoriano, el avance del Perú sobre gran parte de la Amazonía llevaba décadas de ventaja¹²¹.

El oriente ecuatoriano, diverso, místico y con muchas dificultades para ser poblado, despertó siempre el anhelo de los habitantes de los Andes por controlarlo efectivamente. Por ejemplo, durante el siglo XVII hubo una débil pero constante relación entre el oriente y las zonas andinas, mediada sobre todo por empresas religiosas que buscaban integrar, a partir de misiones, a los pobladores de esos territorios. A pesar de la efectividad de esta maniobra en otras latitudes, en este caso el contacto fue debilitándose paulatinamente y cuando los Jesuitas son expulsados en 1767 era palpable la ausencia de vínculos entre las dos regiones. Tan evidente había sido esta desconexión que el más importante historiador ecuatoriano de fines del siglo XIX y comienzos del XX, Federico González Suárez, reconoce un completo divorcio entre la antigua Real Audiencia de Quito y la zona amazónica, tanto, que para él, hacia el final de periodo colonial era tan improbable como imposible un vínculo entre ambos mundos, una región simplemente intrascendente desde el punto de vista histórico, pues en sus propias palabras:

esta región tiene su historia propia, la cual debía ser contada por separado, porque los sucesos que acontecieron en aquella región no tuvieron influencia ninguna en la vida de la sociedad ecuatoriana durante la colonia, ni contribuyeron en nada para la prosperidad de ella, ni para su decadencia¹²².

¹²¹ En cierto modo “las consecuencias territoriales del conflicto de 1941 puedan ser consideradas como el trágico y amargo resultado de más de un siglo de marginalización extrema de esta región periférica” Deler, Jean Paul. Transformaciones regionales y organización del espacio..., p. 349

¹²² González, Suarez Federico. Historia General de la República del Ecuador, Guayaquil/Quito. Citado en: Esvertit, Natàlia. Los imaginarios tradicionales sobre el oriente ecuatoriano. En: Revista de Indias, 2001, Vol. LXI, No. 223, p. 544

A mediados del siglo XIX comienza a haber conciencia de la necesidad de integrar de manera efectiva al relato nacional un espacio que siempre se reclamó de manera abstracta, pues hasta ese momento al oriente selvático ecuatoriano “no se aventuraban sino algunos exploradores o viajeros temerarios o religiosos llevados por el celo misionero”. En medio del ambicioso proyecto centralizador del presidente García Moreno (1861-1865 y 1869-1875) el oriente recobró cierta relevancia, al menos en el discurso. La fórmula a la que se recurrió era la que había funcionado en tantos otros lugares, construir la imagen de un espacio que debía ser “civilizado” a través de la autoridad de un poder central. El mecanismo para implementar esta fórmula era uno aún mucho más probado, comunidades religiosas convertidas en punta de lanza de tareas que correspondían a los Estados. Como si se tratara de justicia poética para los denostados del siglo XVIII, fue precisamente la Compañía de Jesús la comunidad elegida para llevar a cabo la tarea. El presidente exponía su proyecto para el oriente amazónico en los siguientes términos:

Las misiones orientales, encargadas a virtuosos sacerdotes de la Compañía de Jesús, va **comenzando a introducir la civilización entre las hordas salvajes** que ocupan una de las porciones más ricas de nuestro territorio. Solo una tribu, la de los Jivaros, pérfidos asesinos y antropófagos, no da todavía esperanza de reducirse, como lo manifiesta los horribles y frecuentes asesinatos cometidos en Gualaquiza; y tal vez no esté lejos el día en que tengamos que perseguirla en masa a mano armada; para ahuyentarla de nuestro suelo y **trasladarla y diseminarla en nuestras costas**, dejando libre la colonización de aquellas fértiles e **incultas** comarcas¹²³.

A pesar del laborioso y por momentos efectivo trabajo de los religiosos católicos en las regiones apartadas, era imposible que suplantarán las tareas de un Estado ausente. No eran suficientes las pretensiones o los argumentos de intelectuales para reclamar un territorio como propio, había que controlarlo militar y administrativamente, y esa limitada influencia del Estado ecuatoriano se hace más evidente conforme el siglo XIX llega a su último cuarto, el desconocimiento del oriente amazónico es tanto más preocupante si se

¹²³ García Moreno, Gabriel. Mensaje del presidente de la República al Congreso Constitucional de 1871. Citado en: Esvertit Cobes, Natàlia. Los imaginarios tradicionales sobre el oriente ecuatoriano..., p. 559 (La negrilla es mía)

le comparaba con las conexiones más fluidas y directas que intereses económicos de pobladores peruanos habían abierto desde el sur en el fragor de la fiebre por el caucho.

Las tensiones fronterizas en postrimerías del siglo XIX son el contexto en el que geógrafos e ingenieros encargados de dibujar la nación ecuatoriana presentan un diagnóstico demoledor. El geógrafo alemán Theodor Wolf, contratado por el gobierno ecuatoriano para hacer un mapa nacional, señalaba con crudo realismo que todo el conocimiento científico moderno del Amazonas y sus zonas de influencia “los debemos a los exploradores peruanos, o extranjeros bajo la protección del Perú. **El Ecuador no ha hecho nada**, para, no digo adelantar, sino para conocer y conservar lo que cree suyo”¹²⁴. No por cruda era falsa la afirmación, y a partir de ella es posible entender la enorme contradicción sentimental a la que se enfrentó una generación completa de ecuatorianos; por un lado se había instalado en el imaginario la idea del Ecuador como un país amazónico cuyas riquezas estaban por explorar, por otra parte esta franja del país era habitado por “salvajes” y “bárbaros” que debían ser sometidos, integrados al territorio nacional pero, sobre todo, “civilizados”.

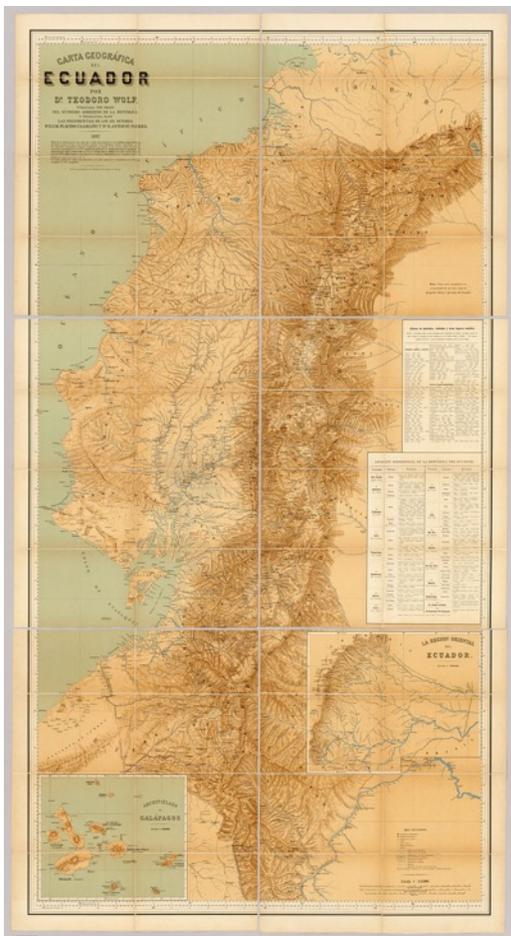
La paradoja se encarnó incluso en el más fiero defensor de la condición ecuatoriana de las tierras selváticas de oriente, el intelectual Enrique Vacas Galindo. En 1895 cuando las pretensiones peruanas era más que una amenaza etérea y se anunciaba a los ojos de los ecuatorianos como una agresión cierta, se refería en los siguientes términos a tal situación:

Si el Perú quisiera monopolizar la navegación del Amazonas y quitar al Ecuador la margen izquierda, dejándole sin derecho a fundar uno que otro pueblo en algunos puntos prominentes, **no se trata entonces de leguas de lodo; se trata de parte del Ecuador, en este caso, de nada menos que del porvenir de la inmensidad de los terrenos magníficos que, en no lejano tiempo, deben poblarse de gente europea** siquiera como lo estuvieron en el siglo XVI Valladolid, Logroño, Sevilla de Oro, Baeza, etc.¹²⁵

¹²⁴ Wolf, Theodor. Geografía y geología del Ecuador. Citado en: Evertit Cobes, Natàlia. Los imaginarios tradicionales..., p. 555

¹²⁵ Vacas Galindo, Enrique. Nanjikujima, religión, usos y costumbres de los salvajes del Oriente del Ecuador. Citado en: Sevilla Pérez, Ana María. El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva..., p. 157 (La negrilla es mía). Habría que insistir en que la visión de Vacas Galindo sobre el oriente es más

Aunque Vacas Galindo apenas nacía cuando García Moreno era presidente, los dos discursos comparten la esperanza de progreso en las tierras olvidadas del oriente y una



visión racista y paternalista de las comunidades que lo habitaban. Quizá por eso resulta tan revelador el mapa que Theodor Wolf publica sobre el Ecuador. En ese mapa el oriente es apenas el apéndice de un territorio nacional andino y costero, ese sí, legítimo y “civilizado”, mientras que el recuadro que representa la Amazonía lo atraviesa la frase “regiones poco conocidas y habitadas por indios salvajes”.

El geógrafo teutón, posiblemente poco imbuido del fervor nacionalista de las elites latinoamericanas, construye un mapa apegado a las convenciones científicas internacionales de ese momento. A pesar de haber sido un trabajo encargado por “orden del supremo gobierno de la República”, Wolf se muestra “como autor celoso que eleva su propia autoridad y legitimación”¹²⁶. Por eso mismo era un mapa inservible, un mapa en extremo realista, que frustraba las pretensiones de grandeza promovidas por las elites políticas. En él se fractura el territorio que se reivindica y sobretodo se acentúa “una asimetría entre el oriente y el occidente (...). El mapa de Wolf establece dos tiempos casi irreconocibles. Una costa y una sierra presentes en el mapa, estables, seguras y habitables; y un oriente impenetrable”¹²⁷.

paternalista que de desprecio, la visión del padre dominico sobre estos pueblos es optimista lo que le permite reconocer el valor existente en ciertos aspectos culturales de estos pueblos, como por ejemplo, el idioma. Sin duda es una visión diferente a la de Perú y Colombia, aunque no por ellos menos racista, de los pueblos indígenas de oriente

¹²⁶ Capello, Ernesto. Mapas, geodesia y estudio geográfico en la constitución del imaginario nacional del Ecuador., siglo XVIII a XX. En: Schuter, Sven (Editor) La nación expuesta. Cultura visual y procesos de formación de la Nación en América Latina. Bogotá, Editorial Universidad del Rosario, 2014, p. 208

¹²⁷ Sevilla Pérez, Ana María. El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva..., p. 188

Pocos años después Enrique Vacas Galindo construye un mapa que buscó “corregir” las imprecisiones en que había incurrido Wolf y plasmar las expectativas que la sociedad ecuatoriana tenía con respecto al oriente del país. Mientras que el geógrafo alemán había proyectado un mapa realista y científico, el sacerdote e intelectual ecuatoriano dibuja una cartografía histórica y política, repleta de anhelos. Con todo y esas profundas diferencias, ambas aproximaciones comparten una visión de la Amazonía como un escenario de barbarie, lejano y a la espera de un mecanismo civilizador que los aleje del atraso en el que se encuentran.

La certeza mezclada con angustia y esperanza hizo más urgente la necesidad de emprender acciones audaces para controlar el oriente. Al final de la primera década del siglo XX, cuando el proyecto del ferrocarril entre la costa y la sierra ecuatoriana había sido un éxito rotundo, tanto en términos de infraestructura como políticos, el gobierno sospechó que el siguiente paso obvio era conectar la selva con la sierra a través de este medio de transporte. Siguiendo ese argumento, en 1911 “el ejecutivo firmó un contrato con una compañía franco-holandesa para la construcción de una vía férrea que uniría Puerto Bolívar y el Valle del Zamora y **para la colonización europea a cargo de la compañía**”¹²⁸. Las dimensiones de este tipo de iniciativas eran tan desproporcionadas que ni siquiera alcanzó a iniciarse, las propuestas de la primera década del siglo XX parecían recursos desesperados, confusos y difíciles de ejecutar. Para entonces, era claro que las medidas necesarias para integrar el oriente del país habían tardado medio siglo en implementarse.

Una narrativa para la ciudad capital

La geografía era apenas un componente de un mecanismo mucho más sofisticado que se desarrolló en la construcción de un simbolismo nacional fuertemente apegado a la ciudad capital. El clima y la barbarie como recursos argumentativos eran poderosos, pero

¹²⁸ Taylor, Anne Christine. El oriente ecuatoriano en el siglo XIX: el otro litoral, En: Magiahuasca, Juan (Editor) Historia y Región en el Ecuador 1830 – 1930. Quito, Biblioteca de Ciencias Sociales Volumen 30, Proyecto Flacso-Cerlac – Copropración Editora Nacional, 1994, p. 299 (La negrilla es mía)

también insuficientes y demasiados generales para activar el fervor nacionalista y construir alrededor de ellos la legitimidad de una ciudad. Fue necesario definir un modelo propio, una narrativa tan poderosa como singular que diera, por fin, el valor casi incontrovertible que lo nacional pasaba por las capitales.

La tarea correspondió a los intelectuales, fueron ellos quienes le dieron forma a esa nueva narrativa que de localista y capitalina se convirtió en nacional y colectiva. Era una posición unilateral, o al menos de un grupo pequeño, y en cierto modo un escenario previsible, habían sido los letrados los principales abanderados de la organización urbana en América Latina, y a finales del siglo XIX, aunque con algunos cambios, esa tradición permanecía invariante en aspectos fundamentales. En todo caso era un trabajo sobre las dos vidas, que dice Ángel Rama, han tenido las ciudades americanas, esa vida del orden físico que es etérea y maleable “sometida a los vaivenes de construcción y destrucción, de instauración y renovación” pero también una ejercida en el nivel simbólico que actúa “desde antes de cualquier realización, y también durante y después, pues dispone de una inalterabilidad a la que poco conciernen los avatares materiales”¹²⁹.

Aunque no compartimos esa visión que escinde de modo tajante el mundo físico del simbólico, rescatamos la importancia que Rama concede a las ideas y a la cultura, a su fortaleza y permanencia, a esa capacidad que tiene de preceder la existencia misma de la ciudad física, porque como él lo afirmaba: “las ciudades emergían ya completas por un parto de la inteligencia en las normas que las teorizaban, en las actas fundacionales que las instituían, en los planos que las diseñaban idealmente, con esa fatal regularidad que acecha a los sueños de la razón”¹³⁰.

La construcción de este mecanismo que cumpliera el papel de catalizador de formas patrióticas, agrupadas bajo símbolos, alusiones y nostalgias compartidas, necesarias en las ceremonias de esta liturgia secularizante expresadas en celebraciones públicas, como las conmemoraciones patrias, fue urbano y al mismo tiempo mítico. Como todo mito

¹²⁹ Rama, Ángel. La ciudad letrada. Santiago, Tajarar Editores, 2004, p. 45

¹³⁰ Rama, Ángel. La ciudad letrada..., p. 46

“parte de componentes reales, pero no son obviamente traducciones del funcionamiento de la sociedad sino de los deseos posibles de sus integrantes”¹³¹, enfrentada, además a un enorme reto, expresar el desafío de lo nacional a partir de una creación tan singular, pero ciertamente poderosa, la ciudad capital.

Este dilema se podría expresar en los términos que utiliza Braudel, según él “cada ciudad es y desea ser un mundo aparte. Las implicaciones allí es que la ciudad debería ser más que la suma de sus partes desde la que está constituida: actúa tanto como una variable independiente en sí misma y como parte de un sistema más amplio de urbanización”¹³² en el caso de las capitales, un sistema que presidiría y a través de cual tejería una red subsidiaria en beneficio de ella misma.

Los parámetros de ese proyecto recayeron, como decíamos, en los intelectuales (en la ciudad letrada de la que hablara Rama) y en las ciencias que soportaba el discurso de estos hombres. Fueron ellos quienes se convirtieron en los principales protagonistas del ethos nacionalista, fueron ellos los héroes, lo que explica que, a diferencia de lo que ocurrió en Estados Unidos y Europa, en Latinoamérica la iconografía se enfoque “mucho más en las figuras culturales y científicas y presta menos atención a los símbolos políticos y carece de la mitología de un pueblo unido en armas a través del sacrificio”.¹³³

Las manifestaciones culturales que defendían estos héroes vinculaban con un pasado que imaginaban y pretendían remoto, era la idea aquella de que la nación “siempre estuvo allí”¹³⁴, el sentimiento que impulsaba el nacionalismo se perdía en los anales de la historia de ese territorio, por eso trascendía el periodo de guerras independentistas y contribuía a que el discurso no entrara en conflicto con la herencia española. Fueron la hidalguía, la arquitectura y el idioma los tópicos sobre los que se construyó esa narrativa, que le imprimó a Lima, Quito y Bogotá respectivamente el elemento particular que permitió

¹³¹ Rama, Ángel. La ciudad letrada..., p. 105

¹³² Ewen, Shane. What is urban history? Cambridge UK, Polity Press, 2016, P. 11

¹³³ Centeno, Miguel. Sangre y Deuda..., p. 279

¹³⁴ En palabras de Anderson: “Si se concede generalmente que los estados nacionales son “nuevos” e “históricos”, las naciones a las que dan una expresión política presumen siempre de un pasado inmemorial”. Anderson, Benedict. Comunidades imaginadas..., p. 29

celebrar el centenario como estandarte efectivo del carácter unívoco que celebraba la nación pero que nacía en las ciudades.

Ante este escenario, las capitales de Perú, Ecuador y Colombia echaron mano de narrativas que justificaran su papel preponderante dentro de la vida política del país, e incluso en el contexto continental, esas narrativas e imaginarios, certeramente afines a la construcción de los relatos de nación, ofrecieron una investidura simbólica de espacio inmemorial pues: ¿qué más eterno que la lengua? ¿qué más duradero que la arquitectura? ¿qué más místico que el poder imperial? Todas estas narraciones, este gran imaginario, apuntaba a reivindicar y justificar la centralidad capitalina dentro del contexto nacional como un fenómeno remoto, antiquísimo y ciertamente más profundo y legítimo que el que pudiesen reclamar las “advenedizas” ciudades industriales y comerciales modernas.

En Colombia la preocupación por el idioma comenzó casi desde el momento mismo en que los combatientes trasmataron a políticos con el fin de la guerra contra los españoles. En 1826 el amplio proyecto educativo liderado por Santander a través de la Ley de 18 de marzo, ponía en el centro del sistema educativo “el aprendizaje de la lengua y la gramática castellanas” de modo que ellas pasaban “a formar parte de los elementos que debía configurar el modelo ciudadano promovido por el Estado”¹³⁵. Y este papel central no solo se mantuvo sino que se fortaleció a lo largo del siglo XIX, sin verse afectado por los cambios de régimen político que ocurrieron a lo largo de la centuria¹³⁶.

En 1871 se fundó en Bogotá la primera Academia de la Lengua en América; esta Academia que dio la largada para el establecimiento de otras tantas en el continente, al final fue la única que tuvo algún tipo de eficacia, no sólo por el equipo de lingüistas, quienes se convirtieron en personajes de fama mundial gracias a su talento, sino porque varios de sus miembros fueron presidentes de la república. La combinación de rigurosidad y poder

¹³⁵ Jiménez Ángel, Andrés. Ciencia, lengua y cultura nacional. La transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867 – 1911. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2018 , p. 60

¹³⁶ La verdad es que el proyecto de lengua y nación convocó a diversos espectros del mundo político, se entiende entonces que “La llegada de los liberales al poder y su consolidación en la década de 1860 tampoco rompería con esta orientación. (...) La lengua castellana no perdería protagonismo en el proyecto nacional liberal y su enseñanza conservaría un lugar privilegiado a pesar de varias reformas introducidas por los radicales” Jiménez Ángel, Andrés. Ciencia, lengua y cultura..., p. 61

contribuyó en enorme medida a que el idioma español se convirtiera en un proyecto de identidad nacional impulsado especialmente por élites conservadoras.

Estos intelectuales no veneraban ciegamente a España, aunque eran fieros defensores de su legado y admiraran su cultura, los lingüistas colombianos, asentados todos en Bogotá, estaban lejos del servilismo irrestricto. Miguel Antonio Caro y sus colegas no “estaban dispuestos a acatar filólogos españoles”¹³⁷, su búsqueda era más ambiciosa pues este grupo de académicos tenía como meta fundar una academia correspondiente a la RAE cuyo objetivo era “conservar la lengua uniforme y pura, y contribuir a la fijación de una norma lingüística en América, todo esto, sin embargo, **sin ninguna referencia a la autoridad** de la Academia Española”¹³⁸; España era el punto de partida pero la tarea en la que estaban empeñados la trascendía, pues “más allá de las ventajas prácticas de la conservación de la unidad y pureza de la lengua, lo que estaba en juego era el dominio de un vehículo privilegiado para transmitir los valores morales y las virtudes ciudadanas promovidas por los intelectuales conservadores”¹³⁹.

Era pues el idioma, junto con la religión, los dos pilares sobre los que descansaría el proyecto nacional de los conservadores colombianos, esa empresa tenía un lugar específico, un eje sobre el cual construir e irradiar al resto de la población el proyecto civilizatorio derivado de un uso puro de la lengua, ese lugar era la ciudad capital. Aunque estos intelectuales “no todos [eran] de Bogotá, es la cultura bogotana la que los informa”¹⁴⁰. La propia fundación de la academia ya señalaba el papel sustancial de este espacio urbano, se había elegido el 6 de agosto para iniciar las sesiones en América de la Academia haciéndole coincidir con el aniversario de la fundación de Bogotá, además habían decidido que doce fueran los académicos, en honor a las supuestas doce casas construidas en la ceremonia llevada a cabo en agosto de 1538.

¹³⁷ Deas, Malcom. Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombiana. Bogotá, Taurus, 2019, p. 39

¹³⁸ Jiménez Ángel, Andrés. Ciencia, lengua y cultura nacional..., p. 63 (la negrilla es mía)

¹³⁹ Jiménez Ángel, Andrés. Ciencia, lengua y cultura nacional..., p. 43

¹⁴⁰ Deas, Malcom. Del poder y la gramática..., p. 43

El 6 de agosto simbolizaba la profunda transformación, el comienzo de una nueva era, en el que la expansión del Imperio “había marcado el inicio de un proceso de civilización liderado por españoles a lo largo de casi tres siglos, el cual había encaminado poco a poco a la Nueva Granada en la senda del progreso imposible de concebir en tiempos precoloniales”¹⁴¹. Es interesante que sea Bogotá la ciudad que marcaba ese punto de quiebre, pues en sentido estricto ciudades fundadas por los españoles en plan de conquista habían existido más antiguas, como Santa María Antigua del Darién (1510); también había ciudades fundadas por españoles aún en pie en el momento en que se funda la Academia en 1871, como por ejemplo, la Ciudad de Panamá (1519), Santa Marta (1525), Cartagena (1533) o Santiago de Cali (1536). Pero es justo Bogotá fundada en 1538, la que en el discurso de los intelectuales gramáticos, representaba la llegada de un mundo civilizado al territorio colombiano. Sin duda, cuando José Manuel Marroquín revela la fecha y las razones que llevaron a elegirla, tiene ya los contornos de un proyecto nacional y presiente la posibilidad real de llevarlo a cabo.

En efecto, la oportunidad llegó pocos años después, luego de una guerra civil, otra más de las tantas guerras del siglo XIX colombiano, y se concretó en un documento constitucional que duraría más de un siglo, la constitución de 1886. Allí los intelectuales celosos en el cuidado del idioma ahora sí podían inyectar poder político de amplio alcance a su anhelo cultural. Esa narrativa se apropió además de un rótulo que circuló por el continente para designar los más diversos contextos urbanos y que a la postre resultó absolutamente funcional a los proyectos culturalistas de construcción de identidades nacionales: “la Atenas Suramericana”¹⁴².

Esta defensa del idioma, paradigma del modelo letrado de la ciudad latinoamericana, se convirtió en mecanismo de poder elaborado a partir de lo simbólico que, bajo autoridad de los gramáticos, sellaría para siempre -al menos ese era el anhelo de estos políticos

¹⁴¹ Jiménez Ángel, Andrés. Ciencia, lengua y cultura nacional..., p. 101

¹⁴² Sobre el uso del epíteto de Atenas Americana, Atenas Suramericana o Atenas del Nuevo Mundo a distintas ciudades del continente durante el siglo XIX, véase Del Molino, Ricardo: “Las Atenas Hispanoamericanas. Antigüedad, progreso y reforma social en las ciudades de América Latina (Siglo XVI a XIX)”. En: Veleia, No. 36, año 2019, pp. 95-109 (Tomado de: <https://doi.org/10.1387/veleia.20718>)

gramáticos- el carácter capitalino de la antigua sede virreinal. No había duda, ya no era una región en general como la que describían los geógrafos, era un punto específico en esa geografía andina desde donde se sostenía el fundamento mismo del alma nacional: la defensa y el estudio del idioma. Esa tarea no podía ser realizada en cualquier lugar, precisaba de la mística del maestro, de la autoridad de la academia. Es por eso que monseñor Rafael María Carrasquilla -otro académico de la lengua- al resaltar que “nuestras hermanas repúblicas han llamado nuestra capital la Atenas de Suramérica”, insistía que lo habían hecho porque “era el hogar de filólogos como Cuervo, humanistas como Caro, poetas como Rafael Pombo, pensadores como Marroquín y novelistas como Jorge Isaacs”¹⁴³. Esta imagen, unas veces creada por los propios gramáticos, otras tantas por visitantes lisonjeros, fue el púlpito desde el que se echó a andar un mecanismo de legitimidad, la Atenas Suramericana se convirtió, pues, en el artefacto cultural que definió el contorno a partir del cual era posible dominar la nación¹⁴⁴.

El proyecto al final fue exitoso, en realidad de una eficacia que quizá ni los mismos impulsores imaginaron; indicio de ese triunfo era la necesidad de contradictores políticos liberales de escribir sobre gramática y hablar en latín para poder enfrentar al adversario político en un campo intelectual que aquellos habían convertido en la base misma de lo nacional¹⁴⁵. De hecho, cuando la guerra de los primeros años del siglo desterró del poder a estos intelectuales, y las primeras puntadas de la celebración de cien años de vida independiente comenzaban a darse, una oposición compuesta por “prosistas, poetas, abogados, latinistas, pedagogos, repentistas” estaban mortificados ante la perspectiva

¹⁴³ Este discurso es citado por el autor sin mencionar la fuente. Ver: Rincón, Carlos “Athens of South America”. En: Harvard Review of Latin America, special issue “Colombia, Beyond Armed Actors: A look at Civil Society” Spring 2003, no page. Tomado de: <https://revista.drclas.harvard.edu/book/bogotá-english-version>

¹⁴⁴ El epitome de Atenas Suramericana no sólo fue un fenómeno continental como lo muestra Ricardo del Molino, sino que además tiene correspondencia temporal, pues al parecer el adjetivo se venía utilizando para designar a Bogotá desde mediados del siglo XIX a conveniencia de los impulsores culturales del momento. Véase: Montenegro, Augusto. La “Atenas Suramericana”. Búsqueda de los orígenes de la denominación dada a Bogotá. En: Memoria y Sociedad – Vol 7 No 14, Abril de 2003, pp. 133 - 143

¹⁴⁵ El más importante líder liberal de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX Rafael Uribe Uribe escribió el Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje. Un libro de escritura obligada pues sin este tipo de producción “su carrera, su prestigio, su arsenal no hubieran quedado completos”, así mismo se obligó a aprender Latín para enfrentar al líder conservador Miguel Antonio Caro en un debate en el Congreso. Véase Deas, Malcom. Del poder y la gramática..., p. 34

que un hombre tan burdo como Rafael Reyes, preocupado por los caminos, la industria y los aranceles, fuera el encargado de la celebración¹⁴⁶.

Pero los temores al final se disiparon con la renuncia de Reyes y la conmemoración del centenario de la independencia en 1910 fue una nueva oportunidad para estos intelectuales, no sólo por el relevante papel como miembros activos de la junta de celebraciones, sino además porque en esa misma fecha la Academia resurge luego de una irregularidad de más de dos décadas, ya sea porque sus principales figuras habían ido desapareciendo o porque habían estado ocupados en los asuntos de gobierno. En cualquier caso, la Junta del centenario en junio de 1910 autorizó el desembolso de quinientos pesos para reorganizar la Academia Colombiana de la Lengua la cual debía tomar parte en la celebración del centenario, con esto:

(...) la participación de la Academia Colombiana en los actos oficiales se extendía el alcance de las celebraciones a la literatura y la lengua, y se reforzaba la presencia de importantes representantes de la cultura oficial, pues varios miembros de la Academia se habían vinculado a la planeación de la celebración desde que empezó a dársele forma¹⁴⁷.

El papel de Bogotá como espacio de cultura agenciado por el manejo del idioma y sede del más riguroso estudio de la lengua quedaba indefectiblemente sellado. No era raro, por tanto, que en fechas más cercanas a agosto de 1919, año en que se conmemoró el centenario de la Batalla de Boyacá que significó la independencia definitiva del Imperio Español, desde la Sociedad de Embellecimiento (una organización privada compuesta por miembros de la élite de la ciudad) se emprendiera una agresiva batalla por corregir la ortografía “en los avisos comerciales y en publicidad estatal; también se empeñaron en defender el castellano de la moda de usar palabras y expresiones extranjeras”, tan potente fue la campaña que se materializó en disposiciones normativas del Concejo de la ciudad y en acciones del propio alcalde quien encontraba en esta organización un

¹⁴⁶ Mesa, Darío, la vida política después de Panamá. En: Manual de Historia de Colombia. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980, T. III, p. 106

¹⁴⁷ Jiménez Ángel, Andrés. Ciencia, lengua y cultura nacional..., p. 369

aliado en la lucha en contra de los errores idiomáticos presentes en el espacio público urbano¹⁴⁸.

Menos extraño resultaba que, por ejemplo, en los albores de la celebración del primer Centenario de la independencia del Perú, en una entrevista realizada por la prensa de ese país al recién llegado embajador colombiano Fabio Lozano, en lugar de tratar sobre asuntos relacionados con el comercio entre las dos naciones o sobre los problemas limítrofes¹⁴⁹, los reporteros decidieran dedicar el tiempo a indagar sobre la muerte del lingüística colombiano Diego Rafael de Guzmán, de quien se decía que había desarrollado una “noble labor en la universidad de Bogotá” en su calidad de “admirable maestro de la arquitectura de nuestro idioma”. Pero lo que más sorprendió a los reporteros fue haber conocido “una nueva faz del distinguido diplomático [de Fabio Lozano]” quien al hablar del difunto él mismo se había “extendido en consideraciones sobre el arte de nuestra habla, con facilidad y depuración tales que de hecho lo acreditan como profundo conocedor de la literatura castellana y de los pródigos artísticos que en nuestra lengua caben”¹⁵⁰; ya no había duda, la referencia del periodista desnuda la efectividad del proyecto conservador, el estudio del idioma realizado desde Bogotá se había convertido en el eje que estructuraba no solo el prestigio de sus diplomáticos sino buena parte de la identidad colombiana fomentada desde la capital.

El camino seguido por los intelectuales ecuatorianos, en especial los de Quito, tuvo algunas similitudes con lo ocurrido en el vecino Colombia. Allí también, a finales del siglo XIX, la corriente hispanista sedujo a importantes pensadores conservadores que posteriormente tendrían un papel relevante en la construcción de un discurso sobre la identidad del Ecuador y en particular sobre el papel de la capital en ese proceso. Para

¹⁴⁸ La cita puntual y la referencia a las actividades de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá, incluyendo la defensa del idioma se encuentra en: Londoño, Rocío. “Estética, civismo y regulación urbana: la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá (1899 – 1939). En: Jaramillo, Rubén (Editor) La hegemonía conservadora. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, pp. 381 - 437

¹⁴⁹ Como se sabe Fabio Lozano Torrijos sería el encargado de gestionar y firmar el tratado de límites con el Perú, conocido como el tratado Salomón-Lozano, firmado en 1922 y que sigue vigente hasta la actualidad.

¹⁵⁰ “Reportaje al Ministro de Colombia”, El Comercio, Lima Sábado 18 de Noviembre de 1920, primera página.

muchos de estos personajes el hispanismo era una corriente vigorosa, una forma de cosmopolitismo que les conectaba con el continente y con el mundo. Las conmemoraciones de los centenarios de la independencia evidenciaron ese sesgo que venía madurándose varias décadas antes, no sólo en estos dos países sino en todo el continente:

a lo largo de toda Latinoamérica estos festivales aclamaron a España como la madre histórica e incluyeron una sustancial participación peninsular. (...) A través de todo el continente los gobiernos erigieron estatuas a España, instalaron placas conmemorativas en edificios coloniales, y renombraron calles en honor a Isabel La Católica. Estos actos fueron un intento por conmemorar 'los orígenes de cercana cordialidad entre la noble España y los pueblos de las Américas'. El periodo colonial, ya no fue más un periodo de oscuridad, en cambio se aclamó como 'la fundación indestructible de nuestra conciencia colectiva', la fuente de la civilización¹⁵¹.

El recurso intelectual utilizado en el caso ecuatoriano fue la historia, una vieja disciplina que se actualizaba en medio de la revolución del conocimiento del siglo XIX y que tuvo su más insigne representante en el sacerdote Federico González Suárez y la materialización de sus orientaciones en la fundación de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. Como muchos otros miembros del clero en el siglo XIX, los entretelones del poder político no le eran desconocidos, pero a esas habilidades González le sumó un profundo interés por el pasado ecuatoriano que desarrolló a través de un método de estudio riguroso.

Aunque era conservador no dejó de ser una figura polémica. Como es natural suscitó malquerencias en el bando liberal, pero paradójicamente también cultivó antipatías entre sus copartidarios quienes reconocían en él un defensor demasiado moderado del papel de la iglesia en los asuntos del Estado. Aunque se alineaba con el clero en las luchas contra la educación laica, el matrimonio civil o la libertad de cultos, en su postura intelectual reconocía que la religión debía estar siempre al servicio de los intereses patrios perfilando de este modo un alcance inédito del discurso nacionalista católico de fines del siglo XIX.

¹⁵¹ Earle, Rebecca. 'Padres de la Patria' and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America. En: *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University Press, 2002, Vol. 34, pp. 775-805

Pero más radical era su posición frente al modo de conocer el pasado, acogió el canon de una historia profesional que fue construyéndose a lo largo del siglo XIX, para él este ejercicio de erudición se “anclaba en la verdad, sin concesiones hacia ningún individuo o institución (incluidos los correligionarios del autor y por eso mismo motivo de una rabiosa oposición ultramontana), situó la producción del relato histórico especializado en un dominio en el que los liberales difícilmente pudieron intervenir”¹⁵², pues éstos últimos no lograban construir un relato de este estilo afín a su proyecto político. Las fuentes escritas, los documentos y el archivo se convirtieron en los recursos que concederían el más alto valor de “verdad” a la historia construida por el sacerdote.

En su obra más importante, *La Historia General de la República del Ecuador*, se prefiguran las bases filosóficas que explicarían la nacionalidad ecuatoriana. Esta investigación se esfuerza en construir una historia del país desde tiempos prehispánicos hasta finales del siglo XIX; aunque nominalmente esa era su ambición, el trabajo en realidad se concentró en el periodo colonial, desestimó el papel de los pueblos indígenas pues para él “la conquista trajo el predominio exclusivo de las instituciones y la cultura españolas en la formación nacional. De allí que el indígena desaparezca del relato”¹⁵³, no consiguió llevar el estudio más allá del periodo de la independencia, de suerte que la enorme obra es un ejercicio reflexivo del papel de la sociedad imperial española en los territorios que formaron posteriormente el Ecuador.

Con esa orientación historiadores e intelectuales seguidores de sus postulados reunidos alrededor de la Academia Nacional de Historia emprendieron la enorme tarea de estudiar el pasado ecuatoriano. Uno de los discípulos más célebres, Jacinto Jijón y Caamaño, afirmaba que la nacionalidad ecuatoriana nació en el siglo XVI, previamente ningún grupo humano había podido implantar una hegemonía en el territorio, ni siquiera el imperio de los incas, sólo “la conquista española tuvo la fuerza histórica para obtener la unificación

¹⁵² Bustos Guillermo. *El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870 – 1950.*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar – Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 118

¹⁵³ Capello, Ernesto. *Hispanismo casero: la invención del Quito Hispano.* En: *Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 20, Corporación editora Nacional, 2004, p. 63

de los grupos bajo una sola autoridad. Así, la nacionalidad quiteña adquirió sus contornos definitivos con la creación de la audiencia de Quito¹⁵⁴, gracias a este tipo de interpretaciones se estableció un puente fluido y legítimo con un pasado que se pretendió grandioso y lejano, cuyas profundidades permitían vislumbrar las raíces de la nación.

La independencia, desde este punto de vista era simplemente una etapa, un periodo explicado a través de una metáfora empleada por el propio González Suárez, según la cual no se puede juzgar al hijo que al cumplir la mayoría de edad busca sacudirse de la autoridad paterna y que en su madurez decide labrar su propio porvenir, por ello tampoco es extraño que superado el trance y curadas las heridas dejadas por el acto de rebeldía se restablezcan los lazos de amor filial. Desde este punto de vista, la presencia de España como referente en el proceso de construcción de identidades nacionales, escenificadas fuertemente en la conmemoración del Centenario, tenía un asidero en los estudios históricos.

Ni siquiera los liberales escaparon a la seducción del movimiento hispanista internacional. En el Instituto Mejía, uno de los colegios que hizo parte del modelo de secularización de la educación, fundado bajo el régimen liberal (1895 – 1912), no sólo se honró la memoria de los “héroes” liberales ecuatorianos durante el periodo de conmemoraciones centenaristas, sino que los profesores también expresaron su afinidad por la península ibérica, como en el discurso que realizó un docente de esta institución en 1911 en el que afirmaba que “la gloriosa memoria de Mejía es un nuevo lazo de memoria espiritual entre España y sus hijas de América”¹⁵⁵.

La otra arista de esta historia fue el papel indiscutible de Quito en esa construcción de memoria nacional. Si la conquista española había sentado las bases de la nacionalidad ecuatoriana, la conclusión obvia era que la capital ecuatoriana fue el germen del Ecuador, incluso antes de la existencia de este como estado nacional. Esta lógica argumentativa se

¹⁵⁴ Bustos Guillermo. El culto a la nación. Escritura de la historia..., p. 292

¹⁵⁵ Citado en: Bustos Guillermo. El culto a la nación. Escritura de la historia..., p. 136.

materializaba, por supuesto, en el trabajo de los intelectuales; González Suárez, por ejemplo, dedicó un capítulo completo de su obra a explicar la fundación de Quito y el papel central de esta ciudad se presiente a lo largo de su investigación. En contraste, es interesante como “minimiza ciertos eventos que ocurrieron lejos del alcance de la ciudad [Quito], tales como el ascenso de Guayaquil y Cuenca como centros de poder alternativo en el siglo XVIII, demostrando el grado en que el prelado consideraba la capital como sinécdoque de la nación”¹⁵⁶. Capello afirma, además, que la ecuación al final se sintetizaba en una doble identificación “Ecuador con España por un lado y de Quito con Ecuador por el otro”.

Pero quizá el aspecto más relevante de este esfuerzo era convertir las desventajas en fortalezas, es decir, transformar el aparente estado de atraso de Quito en componente esencial de la nación ecuatoriana. Al inicio del siglo XX parecía existir una contradicción entre las expectativas políticas de los liberales y el estado en que se encontraba la ciudad. El propio Eloy Alfaro hablaba de lo mal atendida que estaba Quito, se refería él a la manera como el progreso, el avance material y el impacto de la civilización todavía parecían extraños en la ciudad y uno de los esfuerzos del régimen fue invertir fuertemente en ese desarrollo material.

Los políticos conservadores buscaron articular esta preocupación con la memoria y el pasado de la ciudad. La reelaboración consistió en encontrar en el mundo colonial un refugio de seguridad y certezas que la llegada abrupta de cambios comenzaba a amenazar, “en un tiempo de conmoción y constante alteración (como fue la época de modernización de Quito durante la época del liberalismo) cualquier guiño al presente o al futuro necesitaba así mismo un marco implícito como opuesto al pasado”¹⁵⁷, de ese modo, la vetustez de las calles, la antigüedad de las viviendas, las plazas centenarias y los edificios públicos de vieja data, tomaban un nuevo significado, una venerable antigüedad que llegaba al siglo XX como testigo de épocas gloriosas, de los tiempos de irrupción del

¹⁵⁶ Capello, Ernesto. *City at the center of the world...*, p. 69

¹⁵⁷ Capello, Ernesto. *The City as Anachronism. Remembering Quito in the Liberal Epoch*. Thesis presented to the faculty of the Graduate School of the University of Texas Austin in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree of Master Arts. The University of Texas at Austin, May 2001, p. 5

mundo civilizado en el territorio ecuatoriano. Adicionalmente, por extensión el argumento era coherente en el contexto nacional, pues si Guayaquil encarnaba la imagen fundamental de ciudad progresista y “moderna”, según este relato, el Ecuador precisaba al mismo tiempo de una ciudad que le conectara con un pasado glorioso, que fuera prueba material de su perenne existencia y esa tarea solamente podía asumirla Quito.

La tensión entre el presente no tan grandioso y el pasado heroico fue el telón de fondo que acompañó las conmemoraciones del centenario en 1909 y 1922. Siguiendo el argumento del historiador Ernesto Capello, si bien hubo una intención por parte del líder liberal Eloy Alfaro de dotar de infraestructura y cierto desarrollo urbano a la ciudad durante la celebración de 1909, el *leitmotiv* de la conmemoración fue ese pasado admirable que los historiadores habían construido. En primer lugar, recurriendo al mito de Quito como “Luz de América”, aquella idea de que la acción independentista en 1809 había conducido al resto de la América española a levantarse en contra del imperio. Vacas Galindo, otro de los intelectuales de esta generación presentaba así la independencia del Ecuador:

Después de 376 años de la conquista del antiguo reino de Quito, emprendida por Sebastián de Belalcázar, después de 326 de la creación de su Real Audiencia, decretada por el rey Felipe II después de la más constante, laboriosa y heroica formación de la entidad política que debía ser un día la autonomía ecuatoriana; por fin, en 1809, declarándose, por vez primera, la independencia americana, Quito levanta el pendón de la libertad y, emancipada de la Metrópoli, se constituye en nación independiente.¹⁵⁸

Conquista, control del territorio y luego independencia, todo desde Quito, convertían a la ciudad en el verdadero eje de la celebración nacional, el punto a partir del cual se entendía el Ecuador y los movimientos independentistas del resto de la América española. En segundo lugar, en la celebración de los cien años de la Batalla de Pichincha en 1922, se recurrió a una figura similar, Quito convertida en “una ciudad de antigüedad histórica

¹⁵⁸ Vacas Galindo, Enrique. Colección de documentos sobre límites ecuatoriano peruanos por el R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo, del Orden de Predicadores. Citado en: Sevilla Pérez, Ana María. El Ecuador en sus mapas..., p. 127

y un sitio de memoria viva de tiempos pasados (...) [y] un actor heroico que trasciende las definiciones nacionales e internacionales”¹⁵⁹

Las pruebas materiales de esa relevancia se encontraban en el arte y en la arquitectura. Un visitante extranjero, Guido Sartori, alabó la ciudad diciendo que era la “Atenas del Nuevo Mundo”, el título no le pareció exagerado a los quiteños, y menos a uno de los más aplicados discípulos de las ideas de González Suárez, se trataba de José Gabriel Navarro, un historiador del arte que había sido director de la escuela de Bellas Artes. Para Navarro, Quito era de hecho la “propietaria de un lugar en el panteón del mundo de las artes, al lado de Florencia, Venecia o Constantinopla”¹⁶⁰, la calidad de la producción de pintura y escultura en la colonia, pero sobre todo de arquitectura, había hecho de la ciudad el enclave creativo más importante del imperio en América, quizá con la única rivalidad de Ciudad de México.

Esta relevancia, defendida también por González Suárez en su obra, desde el punto de vista de Navarro conectaba a Quito con un pasado brillante y civilizador que convertía la ciudad en la “más castellana de América” y a sus edificios en defensores de este legado. De ese modo Quito “desplegó de una raza cuya concentración en el **desarrollo cultural** la elevaba por encima de los aspectos económicos de la colonización prevalentes en otros poderes como los británicos o franceses”¹⁶¹, un argumento muy similar al que defendían los conservadores colombianos quienes prevenían a sus ciudadanos de las perversiones de la fijación en las riquezas y el dinero cuando se consideraban por encima de la refinación del alimento del espíritu emanado del conocimiento y la cultura¹⁶².

¹⁵⁹ Capello, Ernesto. *The City as Anachronism...*, pp. 59 - 60

¹⁶⁰ Capello, Ernesto. *City at the center of the world...*, p. 76

¹⁶¹ Capello, Ernesto. *City at the center of the world...*, p. 76 (La negrilla es mía)

¹⁶² El presidente Holguín a fines del siglo XIX en Colombia afirmaba en uno de sus discursos “debemos aprender a vivir también con lo que tenemos, y a no vivir atormentados con el espejismo del extraordinario progreso material de otros países. Ni la riqueza es por si solo elemento de felicidad para los pueblos (...) ni a su consecución se pueden sacrificar otros bienes de orden superior” Citado en: Martínez Frederic. *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845 - 1900*. Bogotá, Banco de la República / Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, p. 466

En las publicaciones masivas de estos años es posible encontrar cómo esta narrativa de ciudad artística y rebosante de cultura se ha instalado entre los habitantes de la ciudad y del país. En un artículo escrito por una publicación Guayaquileña se hacía la siguiente descripción de Quito:

Sin duda alguna, Quito es una ciudad que adelanta. (...) Grandiosos edificios que ostentan majestad de su arquitectura, magníficos cuadros que revelan la habilidad indiscutible de los pinceles que los trazaron, sublimes conciertos en los que las notas llenas de armonía vuelan como aves multicolores, bellísimas producciones literarias que demuestran la intensidad de una vida verdaderamente intelectual; sociedades científicas y literarias que son exponentes de la potencialidad cerebral de sus hijos, todo eso sobre la base de una cultura exquisita. Quito es, pues, una ciudad en donde se respira un ambiente de intelectualidad¹⁶³.

El contraste resulta revelador cuando se enfrenta esta visión con la que tienen los capitalinos del resto del país. En una crónica publicada apenas un año después en la misma revista, un quiteño sirve de guía a un “pobre amigo provinciano” de quien se queja desde el inicio porque “abre admirativa y desconsideradamente la boca” ante las maravillas que encuentra en lo que “él con unción religiosa llama ‘La Capital’”: El paseo al amigo provinciano incluye dos escenarios, por una lado el arquitectónico: las iglesias, las calles coloniales y las joyas del arte antiguo; y otro escenario que incluye la presentación de “una menagerie intelectual: apolonidas, liridas, portalliridas, bardos, poetas periodistas y empleados públicos. La lista sería kilométrica. Todos tienen talento, todos son ilustrados. Todos son intelectuales”. El autor de la crónica habla desde la infalible posición de un establecido y resguardado por la seguridad que le otorga un cuartel de nobleza intelectual. Es la posición de poder, dada por el conocimiento, pero también por el territorio en el que habita, una ciudad investida ya de un aura simbólica forjada a través de los años. Por eso el narrador en un apartado insiste: “yo procuro ilustrar los motivos que observamos, con unas cuantas frases, para que su cerebro un tanto obtuso reciba las percepciones algo más luminosas”¹⁶⁴. La condescendencia hacia el recién llegado de la provincia aparece sin cesar en el texto, pero lo que vale la pena resaltar es que este tipo

¹⁶³ “Como se juzga nuestro semanario en Guayaquil” En: Revista Caricatura, febrero 19 de 1919, p. 13

¹⁶⁴ “Cónicas de Quito. Gente ilustrada”. En: Revista Caricatura, Marzo 21 de 1920, pp. 342 - 343

de relatos en una publicación nacional no sería posible sin una fuerte confianza en la imagen construida por los quiteños sobre sí mismos. La alquimia transformadora de conocimiento en poder, de la que es indicativa esta crónica, revela que el trabajo de los intelectuales conservadores al final fue un éxito.

En el caso limeño las luchas por reafirmar el papel de la ciudad recurriendo a bases simbólicas y culturales, también ocupó el tiempo de los intelectuales en las tres primeras décadas del siglo XX. En realidad, el carácter de Lima como capital estaba mucho menos amenazado que en las capitales de los vecinos Colombia y Ecuador, el centralismo y la condición de Lima como piedra angular del estado peruano estaba mucho más consolidado en los años de celebración centenarista. Muchos factores incidieron en ello¹⁶⁵, pero es claro que la inquietud que José Balta había manifestado en la década de 1870 sobre el riesgo de Lima frente a los advenedizos de la provincia, a inicios del siglo XX ya había sido neutralizada.

Hubo allí, también, el influjo y seducción que la corriente hispanista ejerció en toda la región, uno de los defensores más notables fue José de la Riva Agüero quien recurría a una muy conocida dicotomía entre civilización y barbarie para abordar este tema. Junto a él otros intelectuales como “Santos Chocoano, Víctor Andrés Belaunde, José Galvez y Oscar Miró Quesada reivindicaron los valores culturales y religiosos heredados de la Madre Patria”¹⁶⁶. Se trataba de explicar la necesidad de conseguir el progreso peruano bajo la premisa de dejar atrás el “lastre” que significaba el “problema indígena” grupos que eran caracterizados como “degenerados”, “decadentes”, “viciosos” y “degradados”. Para este pensador, y el grupo de condiscípulos reunidos alrededor de lo que se llamó la generación del 900, el Perú era fundamentalmente “un país occidental o, por lo menos, estaba destinado a serlo o debería serlo, se iría occidentalizando cada vez más, ya sea

¹⁶⁵ Una aproximación de la recuperación de la centralidad de Lima gracias a la economía guanera de mediados del siglo XIX puede encontrarse en: Contreras, Carlos. El centralismo peruano en perspectiva histórica. Documento de trabajo No. 127. Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Lima, 2002.

¹⁶⁶ Orrego, José Luis. Y llegó el centenario. Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía. Lima, Titanium Editores, 2014, p. 111

modernizándose a la francesa o afirmando la tradición española”¹⁶⁷. Como varios de sus colegas en distintos países del continente el desprecio hacia una historia que no fuese española o que no incluyera la perspectiva que de progreso del mundo occidental era central en la construcción de los discursos. Ya en 1905, De la Riva Agüero decía con respecto a las culturas indígenas: “tiene mucho de exótica y extraña para **nosotros [limeños]**; no la sentimos con el afecto íntimo con que apreciamos la de la colonia”¹⁶⁸.

Una década después de publicado el texto de De la Riva Agüero apareció una crónica periodística en la que se anotaba con preocupación que el avance material que experimentaba la ciudad amenazaba con robarle aquellos elementos tan propios que la habían hecho “la representación del espíritu y de las costumbres del Perú que crearon nuestros mayores”, el periodista se lamentaba de que el legado se perdía de manera inexorable, ya poco quedaba de ese espíritu peruano:

(...) ni sus ilusiones, ni sus arrestos hidalgos y caballerescos, ni su idioma, porque nuestros brillantes jóvenes literatos nos están haciendo hablar hasta en la cocina una lengua especial (...) Apenas si nos entendemos al saludarnos y eso... así... porque en lo general lo hacemos en mal gavacho, en peor inglés o en imposible alemán.

Somos el pueblo de todos, menos el pueblo de nosotros mismos. La ciudad se extranjeriza en sus construcciones. A las viejas casas castellanas, llenas de luz y de aire, de flores y de espacio, están sustituyendo las de estilo americano o de avariciosa especulación francesa¹⁶⁹.

Resulta poderosamente revelador el modo en que el escritor no pone en duda que las costumbres de Lima son las costumbres del Perú, cuando lamenta la pérdida de la hidalguía, de las casas castellanas y del idioma, en fin, del pasado español, lamenta, también, la pérdida de las últimas pruebas del pasado imperial de la ciudad que, para él, son al mismo tiempo las del país. En su probable condición de conservador es difícil crear

¹⁶⁷ Loayza, Luis. sobre el 900. Citado en: Montoya, Urpi. Hispanismo e indigenismo: o dualismo cultural no pensamento social peruano (1900 – 1930). Uma revisão necessária. Revista de Antropología, Vol 41 no. 1 Sao Paulo, 1998, s.p.

¹⁶⁸ De la Riva Agüero, José. Obras completas, 1962, p. 189 Citado en: Montoya, Urpi. Hispanismo e indigenismo: o dualismo cultural no pensamento social peruano..., s.p. (La negrilla es mía)

¹⁶⁹ Cortés, Leopoldo. La capital y las provincias. En: La Semana. Semanario independiente, político y de actualidades. Lima, 2 de Julio de 1917, Año Primero, No. 2, p. 22

un nuevo relato a partir de la irrupción del mundo mecanizado y globalizado que acompaña el progreso, habrá que tratar de buscar en la provincia, dice él, aquello que ineluctablemente se pierde en la capital, sin duda, es una pequeña tragedia. En sentido similar se manifestaba Pedro Barrantes Castro en 1921 en un artículo publicado en la revista Mundial, en donde aseguraba que gracias a “la fiebre cosmopolizadora, que a unos ridiculiza y a otros desconcierta, Lima ha perdido, en espíritu, su fisonomía”¹⁷⁰.

En ese contexto se entienden proyectos como el de la Escuela Nacional de Bellas Artes, que a través de la arquitectura parecía hallar fundamento material para esa apuesta intelectual que encontraba la identidad peruana en el mestizaje. El frontis del edificio, terminado en 1924, es un ejemplo paradigmático de este anhelo pues en él Manuel Piqueras Cotoquí, el arquitecto español cercano al gobierno de Augusto B Leguía (presidente de Perú entre 1919 y 1930), combina “elementos prehispánicos con elementos del barroco español”, este tipo de recursos buscaban “resolver la dualidad entre lo español y lo andino muy en sintonía también con el discurso de la Patria Nueva, lo que dio origen al estilo neoperuano”¹⁷¹, el discurso de los intelectuales parecía alcanzar, así fuera de manera tangencial, el afán constructivo de la década del veinte.

Otro de estos debates se puede rastrear a partir la controversia acaecida entre 1921 y 1924 la cual giró en torno a la identificación de las raíces y de los “motivos pre-coloniales” que representarían el pasado pre-hispánico peruano. A comienzos de los años 20 se propuso la construcción de un museo arqueológico para albergar la memoria material del pasado más remoto de los llamados “antiguos peruanos”. El proyecto convocó a importantes nombres de la arquitectura peruana de ese momento para hacer propuestas. Dentro de las opciones consideradas para el edificio estaban la del arquitecto francés Claude Sahut que presentó en 1921 y la del arquitecto polaco Ricardo Malachoswsky, que fue la que finalmente se construyó en 1923. En la fachada de esta

¹⁷⁰ Citado en: Ortemberg, Pablo. Los Centenarios de 1921 y 1924, desde Lima hacia el mundo: ciudad capital, experiencias compartidas y política regional. En: Loayza, Alex (editor) La independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2016, p. 159

¹⁷¹ Orrego, José Luis. Y llegó el centenario..., pp. 60 y 61

propuesta, la primera con referencia explícita a culturas precolombinas construida en la ciudad, se resaltaban motivos relacionados con Tihuanaco, uno de las más antiguas culturas andinas, cuyo centro ceremonial se encuentra en el altiplano andino entre el lago Titicaca y la ciudad del Alto en la actual Bolivia. Hasta ese momento el papel central de esta antigua cultura como el punto fundamental del mundo precolombino parecía incuestionable.

La cultura Tihuanaco durante una parte importante del siglo XIX y los primeros años del siglo XX ocupó un papel muy relevante dentro del discurso intelectual peruano, Ramón – Joffré lo denomina el “Machu-Pichu del siglo XIX”, por ese poder de atracción, interés y popularidad que suscitó entre los habitantes del país, era un lugar místico y milenario. Pero al acercarse las celebraciones del centenario de la independencia peruana en la tercera década del siglo XX Tihuanaco como lugar central del discurso nacionalista del Perú comenzó a resultar incómodo, por tres razones fundamentales:

(...) en primer lugar porque mostraba que las fronteras estatales peruanas no coincidían con aquellas de las antiguas nacionalidades que habían ocupado los Andes. En segundo lugar, **el centro de la antigua formación estatal que había controlado parte del territorio peruano se hallaba en Bolivia, lo cual situaba al Perú automáticamente en la periferia.** Por último, el desajuste entre mapas arqueológicos y mapas políticos llamaba la atención sobre pueblos como los aimaras¹⁷².

Este último aspecto fue central pues promovió un enfrentamiento entre estudiosos del pasado prehispánico. En una de esas celebres controversias apareció la hipótesis de algunos intelectuales peruanos quienes afirmaban, en contravía del argumento defendido por la comunidad científica hasta ese momento, que Tihuanaco no era una civilización previa a la Inca, de ese modo se desvirtuaba también lo que había sido hasta ese momento una verdad compartida por investigadores, académicos y arqueólogos, que el Aymara había precedido al Quechua.

¹⁷² La cita y el argumento son tomados de Ramón-Joffré, Gabriel. El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional y paisaje urbano en Lima. 1910-1940. Lima, Municipalidad de Lima – Sequilao Editores, 2014, p. 63 (la negrilla y el subrayado es mío)

La puesta en duda de la que hasta entonces había sido una historia oficial hasta ese momento provenía de un grupo de estudiosos quienes defendía una supuesta superioridad cultural del Quechua frente al Aymara, “encabezados por José de la Riva Agüero y muchos intelectuales afincados en Lima”¹⁷³ el argumento defendido era audaz, para ellos “la nación Quechua precedió a la Aymara y los constructores de Tihuanaco hablaban una forma muy antigua de Quechua” adicionalmente asumían que “esa lengua tenía origen en territorio peruano, de modo que Tihuanaco resultaba una evidencia palpable de la expansión de aquella nacionalidad ancestral. De este modo, pese a situarse allende de las fronteras de la república peruana, ese santo lugar era incorporado a la vieja patria peruana”, pero De la Riva Agüero iba más allá, para él “las civilizaciones costeras precedían a las serranas”¹⁷⁴. Según esta nueva visión, la costa se convertía en el sustrato más antiguo de una cultura imperial que ahora estaba en la base de la identidad nacional, de ese modo, a través de un ingenio intelectual traía más cerca del centro republicano, de la capital, el símbolo más insigne de la antigüedad pre-colombina, de un mundo indígena sublimado. La elite limeña hacía coincidir a la fuerza el mapa histórico con el mapa político.

Durante la celebración del Centenario de 1921 y 1924, en medio del fulgor celebratorio, en los medios de comunicación era evidente la necesidad de hacer un uso político de la memoria en favor de la capital. En uno de los editoriales en la víspera de la celebración del centenario, se hacía una narración de la gesta libertadora y se decía de Lima que era el centro “del poderío español en América, (...) era entonces la capital metropolitana del continente”¹⁷⁵ lo que convertía la celebración en un ejercicio celebratorio regional. Ese sentimiento se reafirmaba en 1924 recién concluidas las celebraciones por el centenario de la victoria de Ayacucho, realizadas también en Lima, se aseguraba que no había sido “una simple fiesta casera” sino una conmemoración de carácter americano¹⁷⁶.

¹⁷³ Ramón-Joffré, Gabriel. El Neoperuano. Arqueología..., p. 66

¹⁷⁴ Ramón-Joffré, Gabriel. El Neoperuano. Arqueología..., pp. 67-68

¹⁷⁵ De jueves a jueves. En: Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, 23 de Julio de 1921, año XVII, No. 699, p. 1037

¹⁷⁶ La referencia es una cita parafraseada que apareció en la editorial “De jueves a jueves”. En: Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, 27 de diciembre de 1924, año XVII, No. 878, p. s.p.

Desde ese punto de vista Lima en los años 20 celebraba una doble condición, de lugar - si no preciso al menos si cercano- de nacimiento de una cultura pre-colombina magnífica y desarrollada que tuvo su origen a orillas del pacífico y al mismo tiempo el punto más relevante de un mundo rico y extenso, el del imperio español, que abarcó el continente. Estos dos mundos vinculados a partir de un sincretismo centenario representaban una nación que sólo podía ser soportada desde la capital.

Notas de cierre

Un siglo de vida independiente había dejado ya muchas lecciones, habían sido años en que los Estados latinoamericanos enfrentaron muchos desafíos, con sonados fracasos en el proceso y también con victorias palpables. Las ciudades capitales hacían parte de esta última categoría, habían logrado mantener y reafirmar su condición de centros de poder, habían logrado crear una narrativa que ayudaba a consolidar una legitimidad que pareció esquiva durante algún tiempo y se aprestaban a investir esa majestuosidad de un ropaje material que aún extrañaban. Las conmemoraciones parecían el momento oportuno para emprender y consolidar el desarrollo urbano postergado durante tanto tiempo, no porque no hubiese habido construcción y dinámica urbana durante estos años, sino porque a los ojos de quienes celebraban había que acelerar el ritmo que estas transformaciones habían tenido en el último siglo.

Mientras se luchaba por consolidar territorial e institucionalmente los estados nacionales, el afianzamiento de Bogotá, Quito y Lima en su condición de ciudades capitales a comienzos del siglo XX aparecía como un hecho más acabado, o por lo menos como un proyecto en el que las elites se sentían más confiadas. En cualquier caso, es preciso reconocer que la consolidación del estado nacional y de la construcción de un centro simbólico fueron procesos paralelos y profundamente imbricados entre ellos. Aquí nos hemos ocupado solo del esfuerzo en la construcción simbólica del centro pero entendemos que este se vincula a un proceso más amplio.

Por otra parte, aunque la búsqueda de legitimidad y de acumulación de poder simbólico en favor de la ciudad capital, así como, el vínculo a ciertas corriente intelectuales como el

hispanismo, la fe en el progreso y la ciencia, fue una empresa compartida por todos los países de la región, resulta interesante constatar la forma como estos proyectos generales van tomando formas específicas en los contextos particulares en cada país y se van adaptando según los intereses de cada sociedad. La intención de este capítulo fue entender cómo esa dinámica se desarrolló, señalando la influencia de fuerzas externas y el contrapeso de fuerzas internas.

Entender cómo este proceso afectó los entornos urbanos, impulsando cambios sustanciales en la estructura de las ciudades, fomentando un tipo de desarrollo monumental y edilicio específico, generando una reflexión intelectual sobre el modo de construir y ampliar la ciudad que desembocó en la conformación de campos de arquitectura y urbanismo mejor definidos, así como, la intención de moldear ciertas actitudes y comportamientos ciudadanos que correspondieran con la expectativa generada por los cambios en el espacio físico-construido, son asuntos que se abordarán en los siguientes capítulos de este trabajo.

CAPÍTULO III

Historia de tres ciudades

Urbanismo de poder, crecimiento y negocio urbano

“Vos ya no sos la misma de cuando el Centenario:
Antes eras más cielo y hoy sos puras fachadas”

Jorge Luis Borges
Luna de enfrente

En 1917 Tomás Rueda Vargas refiriéndose al lugar donde vivía a finales del siglo XIX (1896) sostenía “Bogotá era más una ciudad de provincia que la capital tirando a cosmopolita que vemos hoy”¹⁷⁷. Muchos historiadores, especialmente aquellos que tratamos con asuntos de la cultura material, con frecuencia caemos en la trampa en la que cayó Rueda Vargas, reducimos la complejidad de los procesos sociales y urbanos a tal punto, basados únicamente en la variable material de nuestro presente -el que consideramos el más adelantado y el más acabado-, olvidando la importancia central que tiene el proceso que permite llevar a cabo esas creaciones.

Quizá por ello se ha recurrido con tanta frecuencia a la idea de “contradicción” como una noción para explicar las actitudes de las elites y habitantes de las capitales de los países andinos a finales del Siglo XIX. Había contradicción porque su espíritu de empresa los enfrentaba a su herencia aristocrática y conservadora (para algunos de origen colonial) con “una admiración incondicional del capitalismo europeo y americano”¹⁷⁸. Otra contradicción se desprendía del hecho de que la inserción de estas naciones a la economía de mercado, al sistema mundial de intercambio y a los cambios políticos iba en hombros de economías agrarias. Pero quizá la más grande de todas las contradicciones para los analistas radica en que el gran hecho social de las transformaciones del siglo XIX, la ciudad capitalista (o burguesa), nacía patrocinada por la sociedad rural y no por una

¹⁷⁷ Citado en: Vallejo, Fernando. Almas en Pena, Chapolas Negras. Una biografía de José Asunción Silva. Bogotá, editorial Punto de Lectura, 2006, p. 277

¹⁷⁸ Guevara, Carlos. Ciudad, Poder y Resistencia. Modernización Urbana de Quito. 1895 – 1932. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar – Corporación Editora Nacional, 2015, p. 22

burguesía industrial de raigambre urbana, lo que al final implicó un enfrentamiento entre formas de concepción social y horizontes de sentido compartida por ambos ámbitos territoriales¹⁷⁹.

El apego a esa idea de “contradicción” ha dificultado los análisis o, la más de las veces, ha llevado a la superficialidad de designar como ciudad “pre-moderna” “feudal” o “colonial” a las ciudades latinoamericanas del siglo XIX. Pero los hechos a veces contradicen las interpretaciones y por momento parecen señalar que algunos de esos procesos son más difíciles de etiquetar de lo que se había pensado. Desde la segunda mitad del siglo XIX, y probablemente desde antes, había claros indicios de que las sociedades urbanas latinoamericanas no podían ser entendidas simplemente como extensiones de la vieja sociedad colonial. Por ejemplo, no se podía entender como una derivación de esa sociedad imperial la irrupción de un conjunto de elementos sagrados o simbólicos que celebraban lo nacional (cualquiera fuese el significado de esa palabra). Si en lo económico esa asociación de continuidad entre el mundo imperial y los nacientes Estados podría tener algún sustento, en el caso de la construcción de la plataforma sobre la cual se celebraría lo nacional, el papel de las capitales y la búsqueda de los nuevos símbolos, esa interpretación de continuismo merecería algunos cuestionamientos y reformulaciones.

Por más tradicionales y conservadores que fueran los habitantes de estas naciones y por más que el proyecto de las élites buscara mantener privilegios, era claro que había una nueva realidad, un nuevo orden que entre otras cosas implicaba la construcción de nuevas lealtades, símbolos y mitos que era preciso alimentar con rituales; la idea de patria, el vínculo a una nación, ciertamente conceptos aún difusos, precisaban cada vez más de la elaboración de un proyecto cuidadoso y fundamentado en el que estas sociedades en efecto se embarcaron. Las ciudades capitales fueron epicentro de esa nueva lealtad y tal como lo interpretó el sacerdote Federico González Suárez en Ecuador, si el Estado nacional estaba por encima de la religión, la capital de la república debía ser digna de ese desafío.

¹⁷⁹ Del Castillo, Juan Carlos. Bogotá. El tránsito a la ciudad moderna, Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2003, p. 26

El periodo que estudiamos aquí coincide con las tres primeras décadas del siglo XX, años de una frágil estabilidad financiera, que a pesar de un débil equilibrio permitió un crecimiento económico que permitió concebir proyectos enormes –o al menos lo eran para las sociedades y mercados de los que estamos hablando-. Mientras que los símbolos del poder religioso aún se mantenían y lucían sólidos, al lado de ellos había una preocupación y un verdadero empeño por arropar de manera decorosa la nación y esa tarea se emprendió a partir de la construcción de edificios e infraestructura auspiciada por el Estado. Otro tanto ocurrió con los agentes del poder económico, manifestaban ahora su relevancia en estas sociedades en sedes bancarias y de empresas exportadoras, las cuales irrumpieron en el paisaje urbano, y junto con los monumentos y los parques construidos con el fin de conmemorar las efemérides independentistas, reafirmaba el presentimiento que algunos tenían sobre una ciudad que cambiaba rápidamente y de unos tiempos nuevos ya incontrovertibles.

Los habitantes también lo presentían, por muchas razones, pero en particular por la aparición de nuevos barrios que sugerían una transformación en marcha que afectaba la vida de todos en la urbe. Comenzaron siendo ofertadas como zonas de la ciudad destinadas a un grupo social específico que no aguantaba más la intimidad compartida y la experiencia de vivir junto a pobladores que consideraban de menor categoría. Pero pronto hubo ofertas que incluyeron a diversos grupos sociales y el sentimiento de hacer parte de una nueva ciudad se extendió a todos los que en ella habitaban sin importar su nivel de vida.

Los fenómenos acaecidos durante los años de celebración de los centenarios actuaron en dos planos distintos pero relacionados. Por un lado, acoplaron como propios procesos que habían comenzado décadas antes en las ciudades, pero, por otra parte, inauguraron discusiones que hasta ahora no habían sido objeto de debates profundos en estas sociedades urbanas. En la primera categoría estaban aquellos asuntos relacionados con la provisión de servicios públicos, el control de epidemias, la organización de la administración pública de lo urbano, el crecimiento de la ciudad y la planeación. Hubo

alguna atención particular a estos asuntos en el periodo de preparación de las conmemoraciones, y en algunos casos se intentó desarrollar algunas obras para que coincidieran con la efeméride, pero en general eran desafíos de tal magnitud que habían ocupado la agenda de los administradores de la ciudad desde hacía años y la seguiría ocupando por varias décadas más.

En contraste otros temas sí fueron nuevos, o por lo menos la atención que recibieron parecía inusitada, ahora había que atender ciertos interrogantes ¿Cómo disponer la capital para las celebraciones nacionales? ¿De qué manera organizar los ejes monumentales y elegir los espacios celebratorios que debían ser legados a la historia “eterna” de esas naciones? ¿Quiénes serían los protagonistas y quiénes, o qué temas, se debían marginar? y ¿cómo y dónde organizar una exposición para mostrar los logros -y los anhelos- de una nación que consiguió existir durante un siglo? Todas eran cuestiones relativamente novedosas y cuyas discusiones eran inaplazables en el marco de la celebración que se acercaba.

En este capítulo se analizarán elementos de ambas dimensiones. Se busca entender cómo las ciudades capitales no sólo tuvieron una narrativa sino también un desarrollo material que reforzaría los discursos intelectuales elaborados y perfeccionados en el largo siglo XIX. Algunos de ellos locales e inéditos, pero con mucha más frecuencia compartiendo preocupaciones globales y regionales que desembocaron en la construcción de paisajes urbanos que compartían lenguajes, orientaciones y fachadas. Pero también se abordará, cómo esas conquistas materiales debieron ser puestas al servicio de una celebración que se aproximaba y que reivindicaba lo local.

Este acápite busca dar cuenta de una imagen general de las tres ciudades capitales a inicios del siglo XX, aunque no se construirá del modo tradicional con datos de contexto, sino que se concentrará en tres aspectos fundamentales a partir de los cuales se busca mostrar la dinámica actividad urbana de estos años, con este fin en mente se analizarán :
I. el crecimiento urbano promovido principalmente por urbanizadores privados que imbuidos de una suerte de espíritu capitalista inauguraron el mercado del suelo urbano

a finales del siglo XIX, consolidaron el negocio en las dos primeras décadas del siglo XX y fomentaron el ensanchamiento de las tres capitales; II. Los esfuerzos por crear una normativa urbanística y la discusión seminal sobre planes urbanos que intentara poner orden a este crecimiento urgente e inédito que experimentaban las tres capitales; y III. El papel de lo ceremonial y el modo en que surgen varias propuestas para disponer el espacio urbano de acuerdo a unos principios simbólicos que recogieran la dignidad de una capital nacional.

El escenario de una historia

Casi que cualquier periodo histórico es susceptible de convertirse en relevante dependiendo de la óptica con que se le mire. Pero en relación con lo ocurrido en las naciones suramericanas en la última década del siglo XIX y las dos primeras del siglo XX, parece de veras que los sucesos fueron relevantes, tanto que sus ecos nos llegan hasta hoy. En el plano político, por ejemplo, Rafael Reyes es un nombre que algo sugiere a los colombianos, Eloy Alfaro es un símbolo de la historia y el liberalismo ecuatoriano, Augusto Bernardino Leguía aún genera controversias en el Perú. Cada uno de estos presidentes y la narración acerca de su obra (el quinquenio, el oncenio, la revolución liberal) son temas de discusión entre historiadores, pero también entre un público más amplio. Se intuye que procesos relevantes debieron enfrentar y que dejaron impronta, para bien o para mal, en las naciones que alguna vez lideraron.

Todos ellos, además, compartían un profundo entusiasmo por las celebraciones del centenario de vida independiente en cada uno de sus países¹⁸⁰. También, tenían todos, una relación cercana con las ciudades desde la que regían los destinos del país, a pesar de que ninguno de ellos era oriundo de la capital. Una impresión seguramente alimentada, como vimos en los capítulos anteriores, por el soporte intelectual en el que

¹⁸⁰ En el caso del colombiano Rafael Reyes la renuncia a su cargo se precipitó un año antes de la conmemoración del 20 de julio de 1810 (su dimisión se oficializó el 27 de julio de 1909). A pesar de ello, Reyes fue un regio impulsor de la conmemoración y el principal antecedente en la organización de los festejos se dio en su gobierno a partir de la expedición de la Ley 39 de 1907 en la que el gobierno nacional estableció la celebración del Centenario de la Independencia. Ver: Colón, Luis. La ciudad de luz. Bogotá y la exposición agrícola e industrial de 1910. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá – Instituto Distrital de Cultura y Turismo – Museo de Bogotá, 2005, p. 22

descansaba el prestigio nacional capitalino y el elaborado entramado que permitió construir la primacía simbólica, estas bases eran tan sólidas que su transformación a esas alturas parecía imposible o al menos fue una empresa en la que decidieron no embarcarse. En cualquier caso, era claro que para estos años:

(...) la noción de 'ciudad capital' simboliza el propósito de consolidar la idea de nación. Con territorios ya delimitados, aunque aún no dominados ni ocupados plenamente, la representación física de la unidad abstracta de la nación es una ciudad primada que sea una metonimia de las imágenes en consolidación. La ciudad en general, pero sobre todo la capital, era el lugar donde se concentraba el liderazgo espiritual, la evolución y el progreso¹⁸¹.

Pero los cambios no fueron únicamente en una dimensión metafísica o intelectual, y tampoco se restringían al ámbito político. Estos años eran también épocas de certezas materiales, los cambios eran tímidos, pero palpables; nuevas formas de diversión irrumpían, el cine quizá fue la más determinante, pero el teatro ya tenía una larga historia y para comienzos del siglo XX contaba con espacios más que decorosos. Por ejemplo, en Quito y Bogotá el teatro Sucre y Colón ya estaban en funcionamiento a finales del siglo XIX, mientras que en Lima hubo que esperar la reconstrucción del teatro Segura incendiado durante la ocupación chilena en 1883, para reinaugarlo en 1909, apenas diez años después se inauguraba un segundo teatro de talla mundial: el Teatro Municipal. Los tranvías eléctricos también andaban en pleno funcionamiento en las tres ciudades en 1914, incluso Lima y Bogotá los habían inaugurado en una versión de tracción animal en el último cuarto del siglo XIX. Fábricas, industrias, cafés, oferta de oficios y comercio, todo aumentaba y se hacía más variado, la experiencia de habitar el entorno urbano se configuró a partir de actividades que sorprendían a los moradores de siempre, pero también, a los que llegaban en busca de un mejor porvenir.

Las guías y los directorios de las ciudades capitales contaban la existencia de una amplia diversidad de oficios, pero sobre todo anunciaban la presencia de industrias manufactureras, bancos y un nutrido número de profesionales, es verdad que en unas especialidades más que en otras, pero sin duda ya era necesario realizar este tipo de

¹⁸¹ Arango, Silvia. Ciudad y Arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina Moderna. México D.F., Fondo De Cultura Económica – CONACULTA, 2012, p. 35

publicaciones que orientaran al habitante de la ciudad ante el cada vez más abigarrado mundo urbano. En el caso de Bogotá y Quito, dos capitales ubicadas en lo alto de la cordillera de los Andes, el contacto con el mundo exterior se acortaba, Quito inauguraba el tren que le conectaba con Guayaquil en 1908 y en 1910 Bogotá tenía por fin conexión férrea con el río Magdalena, principal vía de contacto con el puerto de Barraquilla.

En las tres ciudades, como en toda la Latinoamérica urbana, los índices de crecimiento de población habían comenzado a estabilizarse luego de un accidentado siglo XIX en el que, por guerras o dinámicas económicas, el proceso de crecimiento demográfico fue muy irregular. En Bogotá, por ejemplo, el número de pobladores disminuye de 84.723 en 1881 a 78.000 en 1898; un cambio similar ocurre en Lima que pierde cerca de 40000 habitantes entre 1876 y 1883 (un fenómeno causado por la guerra y ocupación chilena).

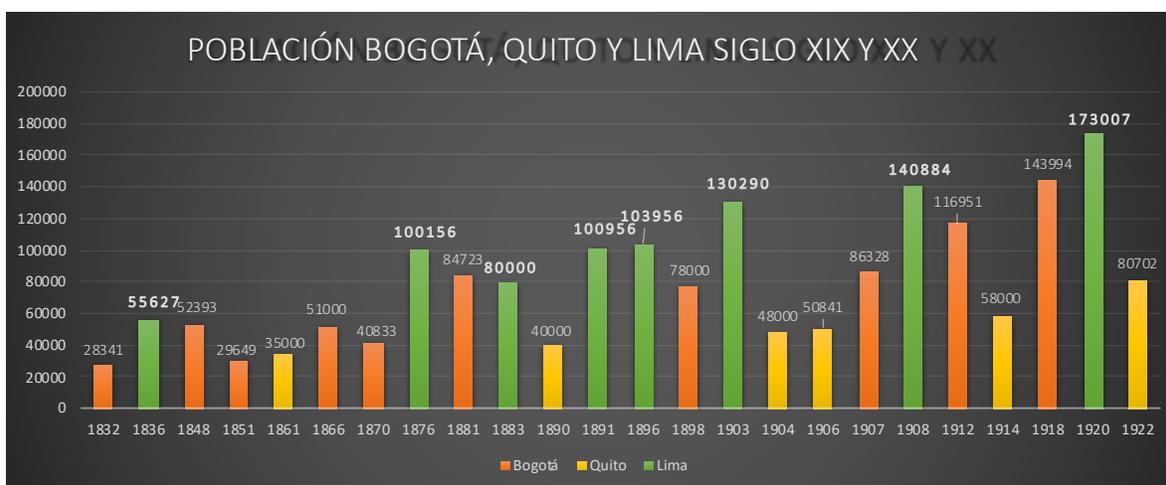


Tabla 1 Número de habitantes en Bogotá, Quito y Lima entre 1830 y 1922¹⁸²

En contraste, las cifras reportadas en la primera década del siglo XX muestran un nuevo panorama, allí el crecimiento se percibe más sostenido, en Quito en apenas dos años,

¹⁸² Elaboración propia con datos tomados de Torrejón, Luis Alberto. Lima 1912: Estudio de social de un motín urbano. Tesis para optar al título de Licenciado en Historia. Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Lima, 2006. Ludeña, Wiley. Lima, Historia y Urbanismo en Cifras 1821 – 1970. Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento – Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, 2004. Carrión, Fernando. Quito, Crisis y Política Urbana, Quito, editorial El Conejo, 1987. Martínez, Enrique. Quinta Sión. Los judíos y la conformación del espacio urbano en Bogotá. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2018. Mejía, Germán. Los Años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820 – 1910. Bogotá, CEJA, 2000; Saldarriaga, Alberto. Bogotá Siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana. Bogotá, Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2006.

entre 1904 y 1906, hay un incremento de casi 3.000 nuevos habitantes. Lima gana entre 1903 y 1908 poco más de 10.000 habitantes y Bogotá entre 1898 y 1907 aumenta su población en 8.328 nuevos moradores, en ningún caso se volverán a registrar reportes negativos en los cuadros demográficos. Si se compara con los datos de la segunda década del siglo XX, se evidencia que Bogotá ha aumentado su población en 66,7 % entre 1907 y 1918, Lima en esa misma década incrementa su población en 23% y Quito experimenta el incremento entre 1914 y 1922 de 38,4% de habitantes. Si ampliamos el rango de medición 4 años más, es decir en el periodo entre 1909 y 1921, el resultado mostraría que Lima iguala a la capital ecuatoriana en el ritmo de crecimiento, alcanzando un 29,4%, tal como lo reporta el censo de 1922¹⁸³.

Las razones del aumento demográfico eran variadas, había un importante movimiento de habitantes de todo el país hacia las ciudades y hacia la capital, ¿era posible hallar un mejor nivel de vida en ellas?, como afirma el historiador Ruíz Zevallos, “todo parece indicar que en efecto era así. La alimentación en las ciudades era mejor y más diversa que en el campo, donde la siembra dependía de las posibilidades que ofrecían los pisos ecológicos”¹⁸⁴, probablemente la esperanza de un mejor trabajo y una tímida expectativa de forjar un mejor futuro también influyeron. Pero más allá de lo que podrían explicar estos aumentos acelerados, el hecho relevante es que más personas demandaban más espacio y eso también se evidenció en los indicadores de densidad poblacional.

DENSIDAD POBLACIONAL					
Bogotá, Quito y Lima					
AÑO	BOGOTÁ	AÑO	QUITO	AÑO	LIMA
1907	269 hab./Ha.	1906	226 hab./Ha.	1908	109 hab./Ha.
1923	102,8 hab./Ha.	1922	96 hab./Ha.	1919	124 hab./Ha.

Tabla 2. Densidad poblacional de Bogotá, Quito y Lima entre 1907 y 1923¹⁸⁵.

¹⁸³ El censo de Lima y del Callao. En: Anuario Nacional 1922. Gran guía General de la República, International Publicity Company Editores, 1922, p. 21

¹⁸⁴ Ruiz Zevallos, Augusto. Población y sociedad. En: Perú. La Apertura al mundo. Tomo IV historia del Perú, Taurus – Fundación Mapfre. Madrid, 2015, p. 188

¹⁸⁵ Elaboración propia a partir de datos tomados de: Ludeña, Wiley. Lima, Historia y Urbanismo en Cifras 1821 – 1970. Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento – Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, 2004. Carrión, Fernando. Quito, Crisis y Política Urbana, Quito, editorial El Conejo, 1987. Martínez,

Los primeros años del siglo XX fueron particularmente angustiantes para los habitantes de Bogotá y Quito. El número de personas viviendo agregadas en el viejo casco urbano presionó para ampliar la ciudad construida más allá de los tradicionales límites. En el caso de Lima, la densidad fue más baja en comparación con las otras dos ciudades objeto de este estudio, debido probablemente a la anexión a finales del siglo XIX de suelos rurales en la zona de la antigua muralla que rodeaba el entorno construido, esto implicó el inicio del ensanchamiento más temprano que en las otras ciudades, de esa manera la demanda de vivienda y la oferta de suelo para construirla comenzó mucho antes que en las otras dos.

Naturalmente el ritmo constructor se fue elevando, en Quito en 1888 se contaban 1516 edificaciones una cifra que hacia 1922 ascendió a “4050, aparte de los chalets o las casas quintas que se encontraban en la avenida 16 de septiembre (actual 10 de agosto) Colombia (12 de octubre), Mariano Aguilera (6 de diciembre) y Colón”¹⁸⁶. Otro tanto ocurrió en Lima, en 1903 el número de edificaciones era de 12311, apenas cinco años después habían 14230. En Bogotá, el censo de 1907 reportó 15.733 construcciones, entre las que se contaban casas, tiendas, casatiendas y ranchos¹⁸⁷. Todos estos son indicadores del ritmo de crecimiento y de la aceleración de un proceso de cambio, no es fácil compararles entre sí, pues las metodologías y lo que se medía difería en cada una de las ciudades, pero son útiles porque nos dan un parámetro a partir del cual entender las angustias, expectativas y acciones de hombres y mujeres que vivían y administraban unas urbes que cambiaban rápidamente.

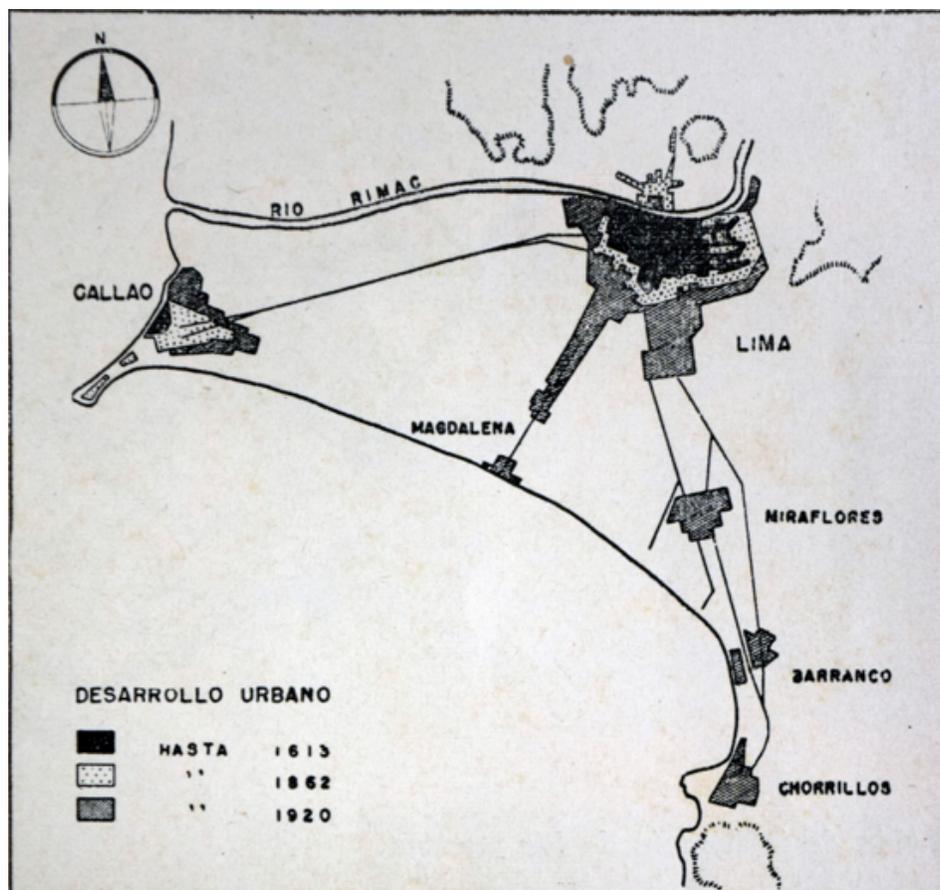
Fue también un periodo en el que quedaron esbozados los ejes de crecimiento urbano en las tres ciudades, en Bogotá y Quito el eje norte-sur, en el caso de la capital colombiana

Enrique. Quinta Sión. Los judíos y la conformación del espacio urbano en Bogotá. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Mejía, Germán. Los Años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820 – 1910. Bogotá, CEJA, 2000; Saldarriaga, Alberto. Bogotá Siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana. Bogotá, Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2006.

¹⁸⁶ Ponce, Amparo. La Mariscal. Historia de un Barrio Moderno en Quito en el Siglo XX. Quito, Instituto Metropolitano de Patrimonio, 2011, p. 53

¹⁸⁷ Datos tomados del censo de 1907. Citado en: Rey, Pilar. Bogotá 1890 – 1910: población y transformaciones urbanas. En: Territorios, 23 / Bogotá, 2010.

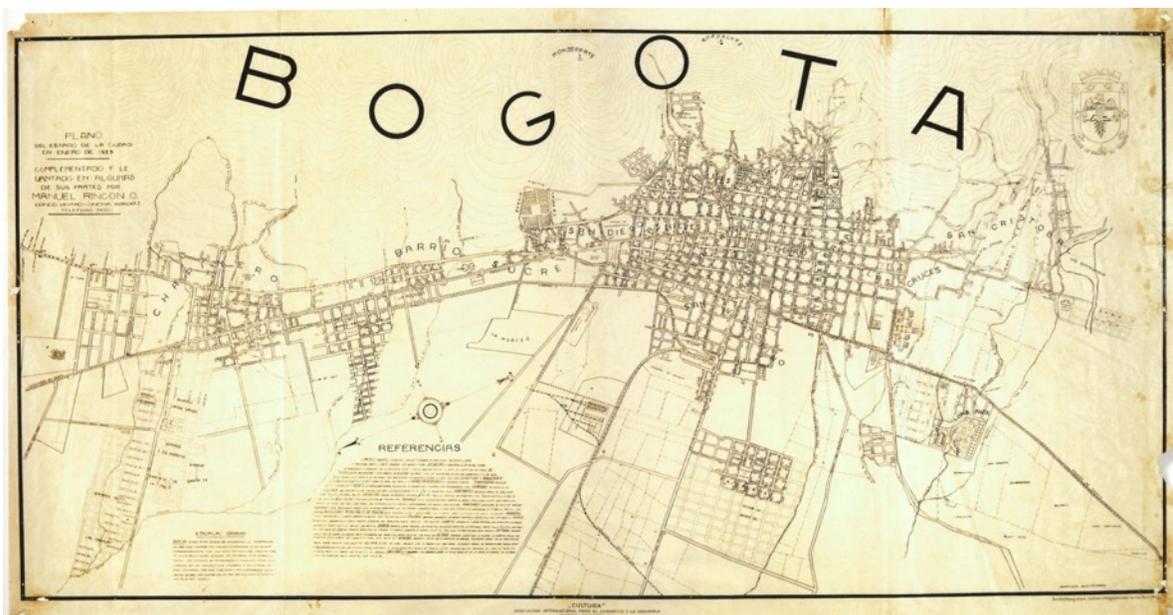
sobre la cadena montañosa oriental y al pie del Pichincha en el caso de la ciudad ecuatoriana. Lima se estructuró a partir de un triángulo cuyos vértices eran el viejo damero de Pizarro, Chorrillos al sur oeste y el Callao al Noroeste. Esos ejes estaban determinados por la aparición de pequeños poblados o equipamientos urbanos a una distancia relativamente corta del casco histórico, los balnearios en el caso de Lima; en Bogotá, el barrio de Chapinero al norte y el hospital de San Juan De Dios o el parque Luna Park al sur y en Quito la estación del tren en Chimbacalle al sur y el Parque del Ejido o el Hipódromo Nacional en la zona norte de la ciudad.



Plano de desarrollo urbano de Lima hasta 1920. Tomado de: Desarrollo urbano de Lima. En: Revista El Arquitecto Peruano, Enero – Febrero de 1950, Año XIV, Nos 150 y 151, Lima, s.p.



Plano de la Ciudad de Quito – 1922. El norte a la derecha y el sur a la izquierda del plano



Plano de Bogotá con el norte a la izquierda y el sur a la derecha. Plano del estado de la ciudad en enero de 1923. Complementado y levantado en algunas de sus partes por Manuel Rincón. "Cultura". Asociación Internacional para el Comercio y la Industria. Bogotá. Durchlichtungsdruck. Berliner Lithographisches Institut. Berlin W 35. Archivo General de la Nación. Tomado de: <https://cartografia.bogotaendocumentos.com/mapa>

Esas nuevas zonas estaban conectadas a través de vías, algunas nuevas y otras ya existentes pero mejoradas. Fue el caso de la Avenida Brasil, Avenida del Progreso, el ferrocarril a Chorrillos y al callao en Lima. La carrera 7ª, carrera 13 y el camino a Honda en Bogotá y la avenida 10 de agosto y Avenida Colombia en Quito. Estas conexiones no solo incrementaron la posibilidad de habitar esas zonas alejadas del centro construido,

sino que además permitió que las enormes franjas de terreno que estaban en el intermedio comenzaran a ser vistas con otros ojos; los ojos de los promotores e inversores de tierra urbana que preveían la posibilidad de ofertar lotes de terrenos para una masa de habitantes que la demandaba.

El proceso al final trastocó los límites administrativos, desafió las herramientas con las que se había enfrentado las dinámicas urbanas hasta ese momento, promovió la aparición de nuevas formas de construir la ciudad y fomentó el crecimiento urbano. Los ingenieros que habían realizado los planos y registrado pocos cambios hasta ese momento ahora debían incluir zonas que súbitamente aparecían y rápidamente se consolidaban. De qué manera actuaron los urbanizadores, cómo respondieron las administraciones y los urbanistas y de qué modo este contexto propició la discusión sobre las formas de celebrar el poder estatal en el espacio urbano, son asuntos que se abordaran en las siguientes páginas.

Entre altruistas y negociantes. Urbanización y crecimiento urbano

Es un lugar común mencionar que nuevas formas de habitar la ciudad se fueron consolidando entre el último cuarto del siglo XIX y la primera década del siglo XX. La obviedad además se ve reforzada cuando se menciona que la transformación implicó un cambio tecnológico, una muy álgida discusión intelectual, un tímido, pero sostenido crecimiento industrial y la aparición de valores y comportamientos asociados a entornos urbanos. Pero quizá es menos común señalar que este periodo vio nacer a un protagonista fundamental en la vida urbana del siglo XX: el urbanizador.

Este personaje, su modo de actuar y visión ante la vida, aparecía no solo como un indicador de cambios profundos en las sociedades urbanas latinoamericanas, sino que además fue uno de los principales responsables del fenómeno que transformó para siempre la estructura de las ciudades (especialmente las capitales) en el continente. A él se le debe el ensanchamiento de los viejos cascos urbanos y en particular la implementación de un negocio que su antecesor, el rentista, no había descubierto, la ganancia obtenida en la transmutación de la tierra rural a suelo urbano. El proceso fue

sorprendente por sus similitudes de tiempo y modo a lo largo y ancho de toda la región; eran “operaciones de loteamiento de terrenos de tamaño medio (de tres a cinco hectáreas), hechos como negocios rentables y trazados en retícula abierta y continua”¹⁸⁸. Las circunstancias les fueron favorables y sí bien al inicio hubo que hacer un esfuerzo para echar a andar la empresa, el modelo se convirtió en un hito que definió el cariz de lo que serían las nuevas ciudades.

Había, como es natural, matices; pues la formación de ese germen de espíritu capitalista y de esa transformación de la ciudad por efectos de una ampliación predial fue lenta. Es preciso mencionar que intentos de ensanchamiento de ciudades latinoamericanas se perciben desde el comienzo de la segunda mitad del siglo XIX, no solo en estas naciones, sino también en el continente; fue el caso de la Habana en 1860 o Ciudad de México en 1862¹⁸⁹ por solo mencionar dos modelos emblemáticos. A ese proceso de ensanchamiento le antecedió uno más común, la subdivisión predial y la implosión del viejo casco urbano heredado del tiempo de los españoles, un fenómeno que paulatinamente hizo trasmutar la experiencia de vivir en esa estrecha ciudad de desagradable a horrorosa.

Los negocios y los mecanismos de crecimiento fueron diversos, aunque el resultado final fuera el mismo. En el caso de Lima, por ejemplo, era posible identificar tres tipos de intervención, que Ludeña categoriza del siguiente modo: “1. el urbanismo de barrio autosuficiente, 2. Urbanización de pequeña o mediana dimensión y 3. Intervenciones parciales y fragmentadas”¹⁹⁰. La primera se materializaba en el típico barrio a las afueras, alejado del viejo centro histórico que, como La Magdalena en la propia Lima, Chapinero en Bogotá o La Mariscal en Quito eran destinados a clientes adinerados y se encontraban a medio camino entre lugar de descanso y quinta urbana. La otra categoría fue mucho más común, pues se trató del loteo y la preparación mínima de una porción de terreno

¹⁸⁸ Arango, Silvia. Ciudad y Arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América..., p. 105

¹⁸⁹ Almandoz, Arturo. Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2013, pp. 70 – 71

¹⁹⁰ Macera, Pablo. Prólogo. En: Ludeña, Wiley. Lima, Historia y Urbanismo en Cifras 1821 – 1970. Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento – Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, 2004, p. XLV

para la ocupación con viviendas urbanas; los barrios La Colmena, Ciudadela Larrea y La Alameda de San Diego en Lima, Quito y Bogotá respectivamente eran ejemplos de esta



Plano de la urbanización del fundo Surquillo. 1918. Lima

“Con sólo pagar una cuota de 10 por ciento toma Ud. Posesión de la propiedad. Por pago al contado 5 por ciento de descuento”

Tomado de: Municipalidad de Miraflores. Miraflores, 150 años de historia. Lima, 2007, s.e., s.d.

categoría; fueron negocios inmobiliarios adyacentes a los límites de la ciudad con los que se ampliaba el tejido urbano. La tercera categoría hacía referencia a esas operaciones de menor envergadura que se llevaban a cabo simplemente donde hubiese espacio y oportunidad para desarrollarlas.

Se dieron cita, también, diversos tipos de negociantes, reconocibles (al menos en términos analíticos) en tres grupos: 1. los emprendedores pasivos, 2. los emprendedores activos y 3. los emprendedores estructurales¹⁹¹.

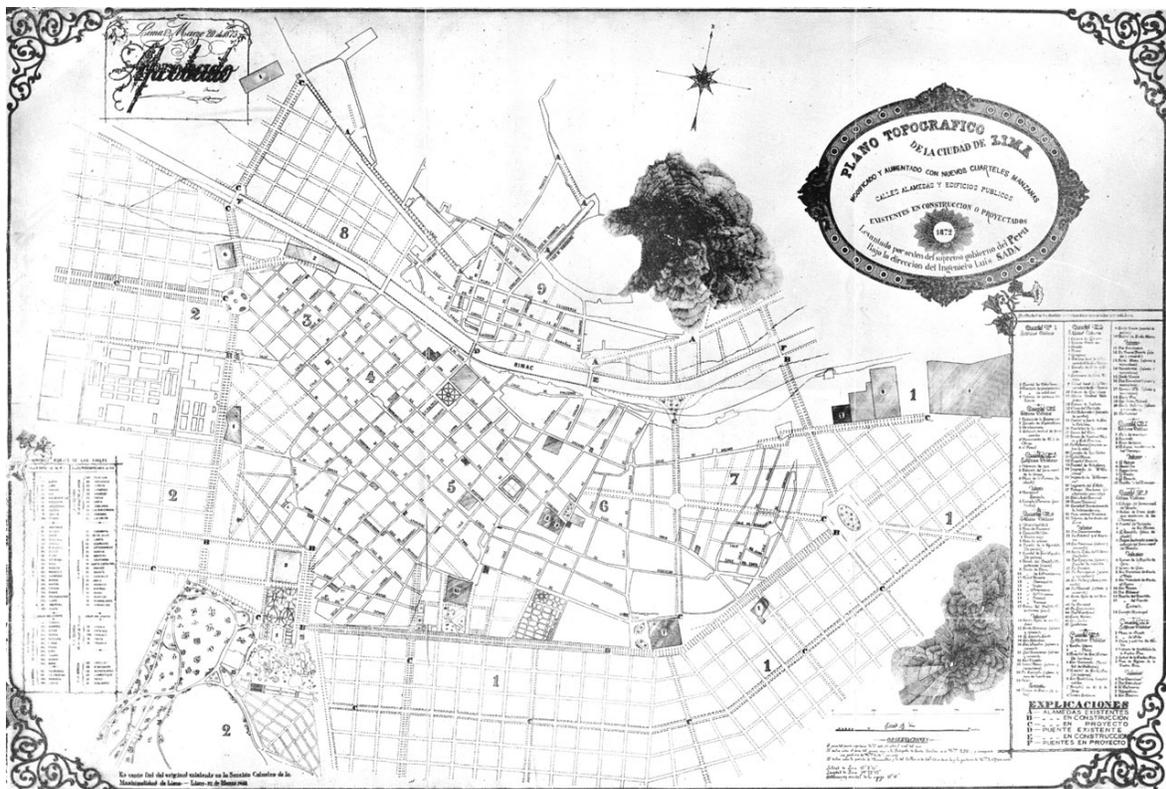
Los primeros eran aquellos con enormes haciendas alrededor de la ciudad, que intuían que algún beneficio podría desprenderse de esa cercanía y se sintieron motivados a subdividir en potreros para administrar mejor, pero que preferían la seguridad de la renta agrícola antes que el

riesgo de la urbanización. En el segundo grupo se encontraban aquellos que sabían de los beneficios de la urbanización así que dedicaban sus esfuerzos a esperar para que sus tierras se valorizaban mientras que el crecimiento orgánico de la urbe presionaba para convertirlas en suelo urbano. Muchos de ellos lo utilizaron como un refugio inmejorable para su capital ante la inestabilidad del sistema financiero y la volatilidad del papel

¹⁹¹ Categorización literalmente tomada de: Colón, Luis C. & Mejía, Germán. Atlas histórico de barrios de Bogotá. 1884 – 1954. Universidad Nacional de Colombia – Alcaldía de Bogotá, 2019, p. 20

moneda. Y finalmente aquellos “que a diferencia los anteriores, no sólo confía en su capacidad de estimar futuras tendencias de desarrollo, sino que tratan de intervenir ese futuro”¹⁹². Éstos últimos son el tipo de personajes que revisten interés en este apartado, pues serán ellos los que definirían el contorno de la ciudad y el mecanismo para acelerar el crecimiento de la urbe. Fue una estrategia de construir las capitales que no sólo permanecería casi que invariable por más de medio siglo, sino que desafiaría la capacidad de control y competencia del Estado.

Los primeros atisbos de este impulso empresarial se perciben en Lima al menos en la década de 1870. Allí, las ansias mercantilistas fueron un factor determinante para el derrumbe de las murallas de la ciudad, el afán de lucro de “los grupos económicamente



Plano Topográfico e la Ciudad de Lima. 1872 – Levantado por orden del Supremo Gobierno del Perú. Bajo la dirección del Ingeniero Luis Sada. Tomado de: <http://composicionurbana.blogspot.com/2012/07/>

¹⁹² Colón, Luis C. & Mejía, Germán. Atlas histórico de barrios de Bogotá..., p. 20

poderosos no [dejaron] de presionar para que se autorizara la demolición con el fin de poder, de esta forma, negociar las nuevas tierras que quedarían al descubierto”¹⁹³.

En realidad, era un interés compartido, el gobierno peruano en 1869 solicitó al ingeniero Luis Sada di Carlo la elaboración de un plano de Lima cuyo fin ulterior era orientar el crecimiento de la ciudad echando abajo la muralla, un vestigio del periodo imperial español. El 20 de marzo de 1873 “se aprobó el **plano directriz de Obras Públicas** cuyo objetivo era plasmar las obras y proyectos que estaban en construcción”¹⁹⁴.

Los títulos de los planos, ciertamente caprichosos, con frecuencia señalaban anhelos más que realidades. En verdad, allí, más que los proyectos que estaban en construcción se fijaban los que querían construirse. En retrospectiva, uno de los elementos que más resalta de ese documento es el trazado de una enorme franja de terreno ubicada en el sur de la ciudad y la muralla transformada en vía de circunvalación de la que se desprendían avenidas que remataban en rotondas monumentales.

La oportunidad de hacer fortuna atrajo a un negociante norteamericano que había llegado a Suramérica huyendo de deudas malogradas y negocios fallidos en los Estados Unidos. Henry Meiggs arribó al Perú proveniente de Chile en 1863 con fama de constructor de ferrocarriles, pero ya en Lima su olfato empresarial lo empujó a transmutarse en inversor de finca raíz. Sabía del sufrimiento que causaba el amontonamiento de almas en el reducido y centenario centro limeño y conocía el plano de Sada di Carlo. Les propuso un trato irresistible a los mandatarios limeños, demoler la muralla a un costo reducido “a cambio de la concesión de fajas de terreno adyacente a ella, y que especulativamente habían granjeado una considerable plusvalía al tener ahora por frente la gran alameda de circunvalación de 50 metros de ancho al estilo de los

¹⁹³ Hamann, Johanna. Leguía, el Centenario y sus monumentos. Lima: 1919 – 1930. Lima, Editorial PUCP, 2015, p. 52

¹⁹⁴ Esquivel Coronado, Jessica. La renovación urbana de la periferia de la ciudad de 1870 a 1878. El aporte de Enrique Meiggs al desarrollo inmobiliario de la urbe limeña. Tesis de Investigación para optar al grado académico de Magister en Arquitectura con mención en Renovación Urbana. Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, Julio de 2009, p. 41

bulevares parisenses”¹⁹⁵. Pero los imprevistos económicos unidos a los rigores de la guerra con Chile frustraron los anhelos del empresario, consiguió echar abajo la muralla, pero murió poco después sin poder experimentar los beneficios de la aventura inmobiliaria.

Al iniciar el siglo XX, ya los dueños de tierras en las afueras de la ciudad hacía tiempo habían entendido el truco que había movido a Meiggs. Sabían que la magia del incremento del valor del suelo del que eran propietarios dependía del anhelo que tenían muchos pobladores de huir del centro, y conocían la relevancia de las vías de comunicación como elemento primordial para negociar las tierras que tenían un potencial de transitar a lotes urbanos por la vecindad con los límites de la ciudad. Por esa razón, aun en la segunda y tercera década del siglo XX, aparecían ante sus conciudadanos con una máscara de benefactores “desinteresados” que entregaban terrenos para la realización de obras públicas que favorecerían a toda la ciudad. Pero debajo del ropaje caritativo se escondía el individualismo, el afán de lucro y la búsqueda de ganancia. Intuían ellos que una avenida, un equipamiento, una ruta de transporte o una red de servicios público, multiplicaba su fortuna, recurriendo sólo al esfuerzo de esperar.

Fue el caso de los hermanos Risso en Lima, propietarios de la Hacienda Lobatón quienes permitieron que la Avenida Leguía atravesara su propiedad con la expectativa de una mejora en las ganancias de su oficio de urbanizadores¹⁹⁶. En un artículo se decía de esa urbanización que era un modelo de “los adelantos y de todos los progresos que imponen la vida moderna, el confort y la higiene, con abundante agua salútfera, con construcciones hermosísimas y pulquérrimas, con aceras vastas y refulgentes, con parques aireados y luminosos” de sus promotores se decía que “eran dos industriales que son -hay que repetirlo- ejemplo de esfuerzo bien orientado, **de abnegación sin tasa y sin medida**”. Pero lo más atractivo del artículo era la referencia al papel de estos hermanos emprendedores en la construcción de la más importante avenida de los años 20 limeños:

¹⁹⁵ Gunther Doering, Juan & Lohmann, Guillermo. Lima. Colecciones Mapfre, Madrid, 1992, p. 209

¹⁹⁶ Gómez, Yuri. Lima en concreto una historia en transformación. Obras públicas, modernización urbana y segregación espacial (1821-1968). Lima, Universidad de Ciencias y Artes de América Latina, 2019, p. 76

(...) muchos años antes de que se vislumbrara las proyecciones que al presente alcanza [la avenida], Roberto Risso fuere un propulsor y un propagandista vehemente y obstinado de esta arteria sur de la capital. El nombre, por lo tanto, de Roberto Risso queda perennemente ligado a la historia de la Avenida Leguía. Cuando todos desconfiaban, Roberto Risso proclamaba su fe en el progreso de esa avenida. Para exteriorizar su entusiasmo, el joven agricultor no trepidaba en llevar hasta los terrenos todavía ineditados a los hombres que, por su posición política, pudieran auspiciar una obra de engrandecimiento nacional. **Y trabajaba así, sin descanso, Roberto Risso por la “Avenida Leguía” como otros trabajan por un negocio cualquiera.** La realidad ha coronado los esfuerzos de un preclaro ciudadano peruano, Y las palabras de optimismo y esperanza que un día, en memorable ágape, le formulara el presidente Leguía, han tenido su exteriorización más certera y halagüeña¹⁹⁷.

No es fácil saber hasta qué punto los hermanos Risso eran conscientes de la relevancia económica de que una vía amplia y emblemática atravesara sus tierras. Se podría especular que, curtidos como eran en el mundo de los negocios, esta información no les era ajena y menos indiferente, se puede presumir que de allí su insistencia en la construcción de la vía. Los miembros de la municipalidad tampoco ignoraban del todo los beneficios económicos que la construcción de obras públicas traía a los territorios urbanos en donde se realizaban. Por ejemplo, en 1924 una noticia del diario El Comercio advertía de las nuevas disposiciones que la municipalidad tomaría en la nueva Avenida del Progreso, se anunciaba en el diario que:

(...) desde el 16 de septiembre quedará esta avenida abierta al tráfico y que, de conformidad con lo dispuesto con la resolución suprema de la fecha, quedan anuladas todas las tarjetas provisionales de pase libre y entrará en vigencia la tarifa: por cada automóvil, 50 centavos; ómnibus, 5 centavos por persona, camiones de 5 a 1000 por cada fracción de tonelada de carga. Está prohibido el tráfico de carretas y acémilas los boletos están a la venta en las oficinas de The Foundation Company.¹⁹⁸

¹⁹⁷ “Una urbanización modelo”. En. Perricholi. Lima, enero 28 de 1926, pp. 18 y 17 (La negrilla es mía)

¹⁹⁸ “Avenida del Progreso” (El Comercio, 23 de agosto de 1924) Citado en: Esquivel, Jessica, La urbanización al sureste de Lima a lo largo de la Avenida Leguía y las malas prácticas de los desarrolladores inmobiliarios entre los años 1919 y 1930. En: Anuario de Espacio Urbanos. Historia, cultura y diseño. México, D.F., Núm. 25, 2018, p. 183

El negocio inicialmente consistió en la división de terrenos y en la venta de lotes, al principio con muy pocas condiciones para convertirle en zonas habilitadas para vivir. Los empresarios interesados en usufructuar los terrenos de su propiedad conformaban compañías urbanizadoras, luego subdividían los globos de terrenos y posteriormente los comercializaban. Las compañías conformadas durante el despegue de esa primera fiebre urbanizadora en su mayoría solo entregaban lotes que posteriormente debían ser habilitados y cuyas construcciones eran desarrolladas por arquitectos, ingenieros y autodidactas que convirtieron el espacio urbano en un laboratorio de ideas. En Lima, por ejemplo, entre 1921 y 1925 de las 14 empresa más grandes de urbanización, ninguna entrega viviendas, sólo terrenos y lotes¹⁹⁹.



Revista Variedades, Enero 3 de 1920

¹⁹⁹ Las empresas eran Compañía Urbanizadora de San Isidro, Compañía Urbanizadora de Miramar, Compañía Urbanizadora El Progreso, Compañía Urbanizadora de El Leuro, Compañía Urbana Chacra Colorada, Compañía Urbanizaciones Jesús María, Compañía Urbanizadora Santa Cruz, Urbanización Santa Beatriz, Compañía Urbanizadora Avenida de la Magdalena, Compañía urbana Ancón, urbanización del Manzanillo, Urbanización Lince Lobatón, Compañía Urbanizadora Chorrillos y Villa Olaya y Urbanización San Martín. Ver: Esquivel, Jessica, La urbanización al sureste de Lima a lo largo de la Avenida Leguía..., p. 189 - 190



Revista Variedades, Marzo 24 de 1922



Revista Variedades, Abril 16 de 1924

El modelo se repitió con terca similitud en toda la región. En Quito, ya en 1914 al Concejo Municipal llegaban noticias de lo que ocurría en la ciudad: “cualquiera establece ciudadelas, vende los terrenos por lotes sin sujetarse a ningún plano ni ley, y después exige al Concejo los servicios de luz, de Policía y otros”, en la discusión los concejales reconocían la necesidad de adoptar medidas para que “todo constructor de ciudadelas y vendedor de terrenos por lotes, presente antes de realizar esas operaciones un plano de ellas” y finalmente se exhortaba a que el Director de Obras trabajase en un nuevo plano municipal que actualizara el del señor “Gualberto Pérez [y] en el que constarán las variaciones que se han introducido en la ciudad”²⁰⁰.

Mientras los concejales debatían, algunos ciudadanos, ya enterados del fructífero negocio de la finca raíz, cedían terrenos para la construcción de vías, seguramente

²⁰⁰ Gaceta Municipal, Marzo 14 de 1915, pp. 652 – 653

enterados de los beneficios de este tipo de ofrecimientos. Fue el caso del señor Gustavo Cruz, quien manifiesta en una carta al Concejo de la ciudad que aquel terreno que “en más de una ocasión” la Corporación ha deseado expropiarle para el ensanchamiento de una avenida y cuyo valor es de “dos cientos o tres cientos Suces”, ahora es él quien desea “ceder por propia voluntad en beneficio del Concejo toda la faja de terreno para dar la rectitud a la expresada Avenida, sin que les cueste ni un solo centavo [al municipio]”²⁰¹.

La Empresa Anglo-French Pacific Syndicate también se sumó a la entrega de tierras para la apertura de vías. En una carta remitida al Concejo Municipal “ofrecía gratis (...) el terreno necesario para la formación de dos avenidas de 16 metros de ancho en el norte del Egido (sic) de esta ciudad, la una de oriente a occidente en toda la extensión del límite del Egido con la propiedad del Sindicato (sic); y la otra paralela a la primera”; la única condición era realizar esta apertura antes de un año luego de ceder el terreno. La razón pronto se develaba, la compañía afirmaba reconocer “la importancia para la ciudad de Quito de su ensanchamiento en aquella dirección y ha querido contribuir a ello, donando el terreno suficiente”²⁰². También los hermanos César y Carlos Mantilla y otros propietarios de terrenos en la zona norte de la ciudad, en el año de 1913 habían “cedido ya parte de sus terrenos para la construcción de la Avenida Colón”²⁰³. Las avenidas eran los ejes que estructuraban el trazado urbano y la implementación de servicio de transporte público consolidaba el aumento del valor de los solares que se ubicaban a la vera de estas nuevas infraestructuras.

Fue un entusiasmo generalizado que se apoderó de los empresarios en ciernes, los negocios iban en aumento y el crecimiento de la ciudad fue un hecho consumado al que los intentos de control llegaron tarde, probablemente cuando la iniciativa privada llevaba décadas de ventaja. Por ejemplo, en 1904 se anunciaba en la primera página de

²⁰¹ Comunicación personal del Señor Gonzalo Cruz al Concejo Cantonal de Quito. Fondo Correspondencia del Concejo. Mayo 4 de 1915, folio 25

²⁰² Comunicación escrita del representante The Anglo-French Pacific Syndicated Limited al Presidente del Concejo Cantonal de Quito, Enero de 1914. Fondo Correspondencia del Concejo. Archivo Histórico Municipal, Folio 6

²⁰³ Kingman, Eduardo. La ciudad y los otros: Quito 1860 – 1940. Higienismo, ornato y policía. Quito, FLACSO – FONSAL – Universitat Rovira i Virgili, 2008, p. 236

periódicos la aparición de una “nueva ciudadela” nombrada “la Alegría”. La quinta, se aseguraba, estaba ubicada en la parroquia de la Magdalena y se vendía por lotes. En el mismo anuncio se advierte a los clientes que “el croquis está a disposición de quien lo solicite”, firmaba la dueña del terreno, y al parecer promotora de la venta, Alegría Vaca de Mata²⁰⁴. En el propio año de 1904, aparecían en medio de los avisos de venta de haciendas y solares rurales, otro anuncio de una nueva Ciudadela, pero esta vez al norte de la ciudad. El señor Manuel Larrea notificaba la “venta de lotes de terreno para construcción de casas en el hermoso sitio que poseo cerca del ejido norte de la ciudad”²⁰⁵. En realidad, el movimiento comercial de tierras en esta zona había comenzado varios años antes “los trabajos para levantar esta ciudadela iniciaron después de que Manuel Larrea Donoso consiguiera los respectivos permisos en 1888, y estos abarcaban una primera etapa de once manzanas entre la calle Ante al sur y Río frío al norte”²⁰⁶. Veinte años después, en 1908, el Comisario Municipal anunciaba que “en el sector existían 77 casas y 110 tiendas”²⁰⁷.

Si nos guiamos por la información de los planos de Quito, en 1903 el proyecto de la Ciudadela Larrea estaba apenas despuntando, pero en 1914 el impulso urbanizador ya se había desatado, pues no sólo había evidencia que este barrio ya estaba consolidado, sino que se apreciaba que el globo de terreno adyacente, en los alrededores del parque del Ejido, también se encontraba en proceso de urbanización. En verdad, era un negocio lucrativo que contribuyó al enriquecimiento de quienes invertían en él.

Esa perspectiva de enriquecimiento puede seguirse a través de las actuaciones mercantiles de Enrique Gangotena, un rico hacendado que había hecho fortuna en el negocio de la producción lechera. Su prestigio lo llevó a presidir la poderosa Sociedad

²⁰⁴ “Nueva Ciudadela” En: La Ley, Quito, Jueves 24 de marzo de 1904, No 178, primera página. Parece pertinente señalar que es una de las pocas mujeres en Quito o en las otras dos ciudades objeto de este estudio que aparece como promotora directa de un proyecto. En general, según las fuentes, las mujeres eran herederas o eventualmente hacían parte de sociedades, pero no como encargadas directas de los negocios de tierras urbanizables.

²⁰⁵ “Ciudadela al norte” En: La Ley, 24 de abril de 1904, s.p.

²⁰⁶ López Molina, Héctor. “Ciudadela Larrea” En: Los Ladrillos de Quito – Enciclopedia de arquitectura patrimonial quiteña. Recuperado de: <https://bit.ly/3D9P8GP> (Consultado Julio 1 de 2021)

²⁰⁷ López Molina, Héctor. “Ciudadela Larrea” ..., <https://bit.ly/3D9P8GP> (Consultado Julio 1 de 2021)

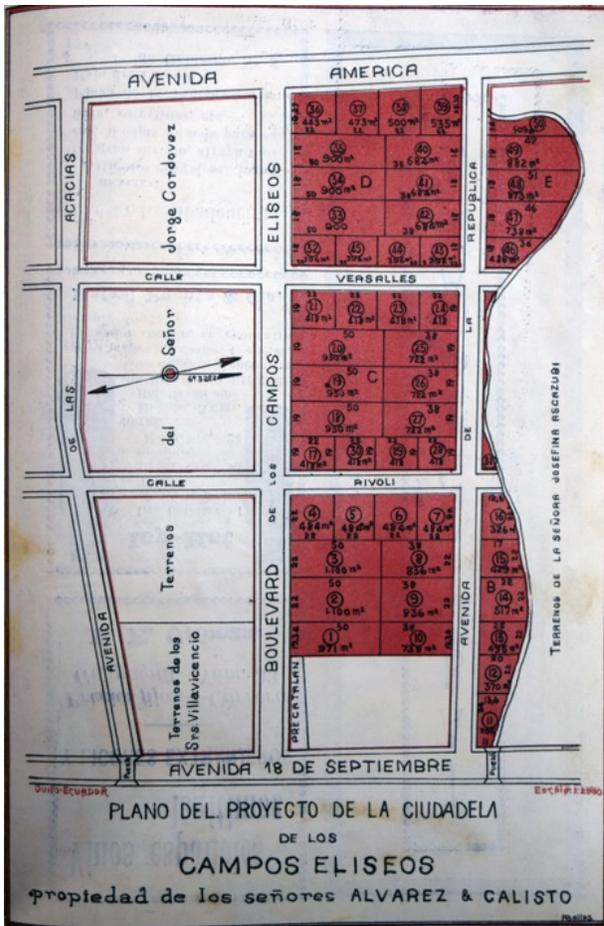
Nacional de Agricultura, una asociación de élite que buscaba promover el avance y la tecnificación de las actividades agropecuarias, él fue el primer presidente de esta Sociedad en 1913²⁰⁸. Pues bien, Gangotena ese mismo año, atendiendo el precepto capitalista de diversificar el riesgo, con un grupo de notables decidió fundar la Compañía de Préstamos y Construcciones, una empresa dedicada “a la compra y venta de terrenos, casas y toda clase de construcciones urbanas” o a otras operaciones como la de “adquirir terrenos y construir edificios para venderlos al contado, a plazo o en forma de pagos mensuales y emprender en todo género de construcciones por cuenta ajena”²⁰⁹. No es claro si la aventura urbanizadora le reportó beneficios a Gangotena y sus socios²¹⁰, lo que sí es claro es que el negocio inmobiliario de construcción de ciudad ya mostraba buenas perspectivas, a tal nivel, que seducía a un exitoso negociante de actividades agrarias a invertir su capital en la lucrativa y creciente industria de la urbanización.

A finales de la segunda década del siglo XX, ya los proyectos se habían multiplicado y cada vez eran más ambiciosos. En la prensa quiteña son comunes los anuncios de nuevas urbanizaciones que incluyen los planos de los lotes en los que se lee los nombres de las futuras avenidas y el área de los solares a los que podrá acceder el comprador. Al norte del parque de Ejido, al iniciar la década de los veinte, el proceso urbanizador no da tregua, el barrio La Mariscal es ya un globo claramente demarcado y la perspectiva de crecimiento hacia la zona norte para clases altas y la zona sur, al otro lado del Panecillo, para clases menos favorecidas ya se ha definido como áreas de crecimiento urbano.

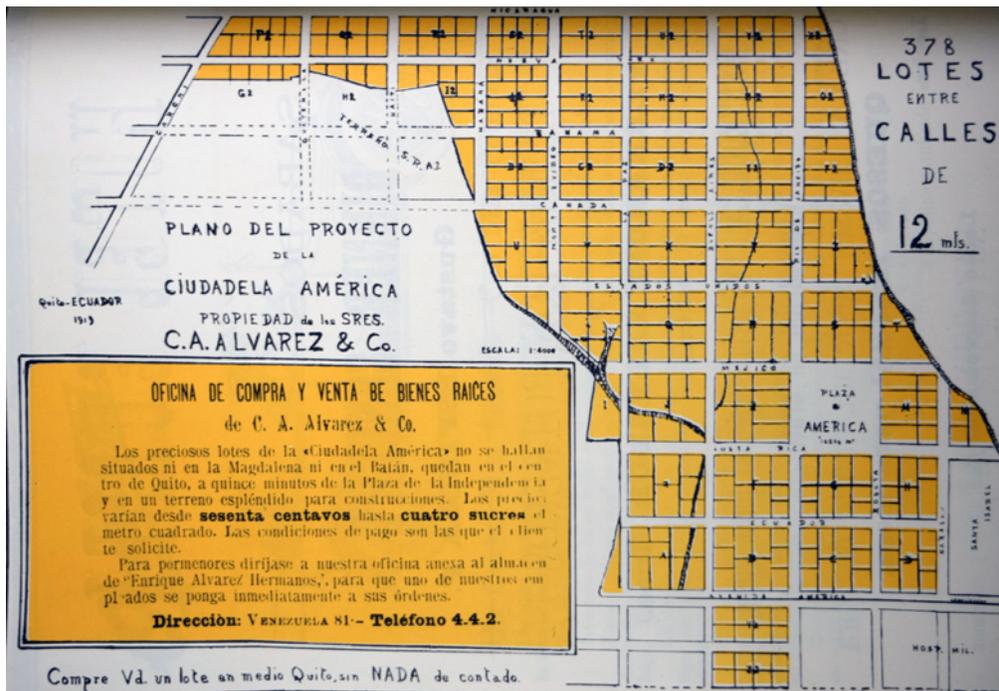
²⁰⁸ Clark, A. Kim, *The Redemptive work. Railway and Nation in Ecuador., 1895 – 1930*, Wilmington, DE, SR Books, 2001, pp. 122 – 124

²⁰⁹ Artículo 3 y artículo 4 de los Estatutos de la Compañía de Préstamos y Construcciones. Quito, Talleres del Comercio, 1913, pp. 2 - 3

²¹⁰ Los otros miembros de la Junta Directiva eran: Agustín Cabezas, Vidal Ortiz, Luis Felipe Borja y Eduards C. Brooks. Ver: Artículo 7 de los Estatutos de la Compañía de Préstamos y Construcciones..., p. 3



Ciudadela de los Campos Eliseos
 Revista Caricatura, Quito septiembre 7 de 1919



Proyecto Ciudadela América - Revista Caricatura, Quito mayo 11 de 1919

En Bogotá las primeras señales de un nuevo negocio en ciernes, sustentado en el valor de la tierra, surgió en la segunda mitad del siglo XIX. El hasta ahora primer impulso registrado con esas características fue la constitución de la Empresa Popular Compañía Constructora, esta compañía conformada por un grupo de hombres “prestantes” de la ciudad y animados por el evidente crecimiento del número de habitantes buscaban “atender la demanda de alojamientos no satisfecha suficientemente”²¹¹. La iniciativa se convirtió en un intento frustrado que no se realizó, pero sugería que las ganancias derivadas de la venta del suelo urbano era una operación no desconocida por los habitantes de la ciudad decimonónica.

Las sospechas llegaron a confirmarse y a finales de siglo XIX había un variopinto grupo de negociantes que iban en pos de convertirse en aventureros capitalistas del negocio urbanizador. Estaban, por supuesto, aquellos viejos terratenientes cuya felicidad residía en la acumulación de tierras periurbanas, como el caso de Pepe Sierra, quien compró una enorme cantidad de hectáreas que rodeaban la ciudad (sobre todo al norte y al occidente) y de quien se decía que “podía dar la vuelta cabalgando a la jurisdicción de la ciudad por tierras de su única propiedad”²¹². Él nunca urbanizó, pero su perfil empresarial contrastaba fuertemente con el de un grupo de coetáneos como Paulino Rosas, Antonio Izquierdo o Leo Kopp que veían en el negocio urbanizador una oportunidad irresistible de hacer o incrementar fortuna.

Las actuaciones de Rosas son un inmejorable ejemplo de esta forma de actuar. Él era un habitante de la ciudad con algún capital para invertir; a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX está, al parecer de manera afanosa, tratando de incrementar su capital a partir de la inversión en tierras. Su estrategia consistía en:

primero, la elección de un predio excéntrico pero integrado al trazado de la ciudad; segundo, la importancia de buscar alianzas con el gobierno que garanti[zaran] el

²¹¹ Diario de Cundinamarca ag. 24, 1875, Citado en: Gutiérrez, Eugenio. Historia de Bogotá, siglo XIX. Bogotá, Villegas Editores – Alcaldía de Bogotá, 2007, T. II, p. 27

²¹² Molina Londoño, Luis Fernando. Empresarios Colombianos del siglo XIX. Bogotá, Uniandes Ediciones, 2006, p. 225

mejoramiento de las condiciones urbanas de la zona, y finalmente, la necesidad de ofrecer un valor agregado a la hora de ofertar los predios²¹³.

En 1886 protocoliza un plano para venta de terrenos en zona urbana hacia el norte de la ciudad. La división de la finca evidencia el diseño con vocación para venta de lotes y una clara intención de poblar un suelo que en ese momento ya se consideraba parte de la ciudad²¹⁴. Como explica la propia historiadora Uribe, Rosas respondía al perfil de un urbanizador, más preocupado en dinamizar la tierra a través de loteos y construcciones antes que en la renta que podría ofrecer la misma en actividades agropecuarias. No de otra manera se explica el empeño puesto en llevar un equipamiento hasta esa zona de la ciudad, una acción que lo involucró en un largo enfrentamiento legal y administrativo con el Concejo de la ciudad.

Rosas se parecía en aspectos fundamentales a los negociantes de tierra urbana quiteños y limeños. Todos compartían la expectativa de obtener ganancia con el negocio de tierras, también como ellos, ofrecía terrenos de manera “gratuita” al Municipio para que allí se trazaran avenidas y calles o se edificaran equipamientos municipales²¹⁵ y como los hermanos Risso en Lima o Manuel Larrea en Quito, buscaba el beneficio económico gracias al comercio de tierras en medio del crecimiento de la ciudad. Ninguno de ellos tenía la paciencia para esperar que ese proceso se diera de manera orgánica, sino que presentían que debían incentivar el ensanche a partir de sus propias gestiones. Paulino Rosas “quería generar ese cambio y agilizar el proceso de crecimiento de la ciudad hacia la dirección que a él le convenía. Era eso lo que lo diferenciaba de otros propietarios de lotes similares, su interés no era convertirse en rentista, sino construir negocios inmobiliarios que le generaran amplias ganancias en tiempos más cortos”²¹⁶. Aunque ello implicara recurrir a estrategias polémicas como promocionar los lotes con la promesa

²¹³ Uribe, Adriana. Las Nieves mil ochocientos noventa y tres. Tesis presentada como requisito para optar al título de: Magister en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad. Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2020, pp. 145 - 146

²¹⁴ Ver: Farfán, John. Una ciudad al occidente. Ejidos, urbanizaciones y barrios obreros en Bogotá. Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia – Universidad del Rosario, 2020, pp. 161 – 163

²¹⁵ Uribe, Adriana. Las Nieves mil ochocientos noventa y tres..., p. 139

²¹⁶ Uribe, Adriana. Las Nieves mil ochocientos noventa y tres..., pp. 144 - 145

futura de la ubicación de un equipamiento urbano en las inmediaciones, a pesar de que él mismo sabía que era poco probable que esa expectativa se cumpliera²¹⁷.

Es posible constatar los diversos recursos que emplearon los empresarios para dinamizar el mercado. A la promesa de una instalación urbana o la proyección de una vía futura que valorizaría el solar y por ende aumentara el capital de tenedor del terreno, se le sumaron los aleccionamientos, un recurso moralista en el que se impelía al posible comprador para que previera su futuro y manejara bien sus finanzas a través de una inversión segura sustentada en la compra de finca raíz.

Esta estrategia estuvo presente en la publicidad de los medios limeños, en cuyos encabezados se leía mensajes como “asegúrese Ud su porvenir adquiriendo uno de estos lotes de terreno”²¹⁸ o “la más elemental noción de seguridad le aconseja comprar un lote de terreno en esta ideal urbanización”²¹⁹. En Bogotá fue un recurso que utilizó Antonio Izquierdo, quien publicó un folleto en el temprano año de 1900 titulado Lotes en Chapinero. La extensa publicación, incluía los planos de ubicación de las nuevas tierras en camino de convertirse en barrios, el área de los lotes, la promesa de la provisión de servicios básicos como el agua, la consabida mención a la entrega “gratuita” de unas tierras para la construcción de una plaza de mercado y en general toda la información útil a los posibles compradores interesados; pero adicionalmente “el folleto también incluye un relato ejemplarizante, que debe corresponder a lo que Izquierdo llama ‘cuentos sobre lotes’, que enseña que la inversión en este tipo de inmuebles es el camino que conduce del derroche al ahorro”²²⁰. En ese relato se presentaba la fábula de una mujer malgastadora que, ante la inminencia de la pobreza y por cuenta de los consejos del esposo, decide invertir los ahorros aún no dilapidados en los lotes en venta al norte de la

²¹⁷ La descripción del proceso completo se encuentra en: Uribe, Adriana. *Las Nieves mil ochocientos noventa y tres...*, pp. 144 - 145

²¹⁸ “Plano de la Urbanización del Fundo Surquillo” En: *Revista Variedades*, Lima, Enero 3 de 1920, s.p.

²¹⁹ “Plano de la Urbanización del Fundo Surquillo – 1918” Tomado de: *Municipalidad de Miraflores. Miraflores, 150 años de historia*. Lima, 2007, s.e., s.p.

²²⁰ Martínez, Enrique. *Quinta Sión. Los judíos y la conformación del espacio urbano en Bogotá*. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2018, p. 177

ciudad -precisamente en uno de los proyectos de Izquierdo- una decisión que le salva de la ruina y asegura el futuro de su hijo.

Pero un negociante como Izquierdo no reducía su estrategia mercantil a la popularización de estas fábulas. Recurrió también a una emoción que ciertamente era inédita, la aspiración. La construcción de un ideal según el cual, con algún esfuerzo, era posible vivir como lo hacían los grupos más adinerados, por ello “no ahorr[ó] palabras para hablar de las respetables familias de Bogotá que tenían magnificas y costosas quintas en los alrededores de los barrios”²²¹ que él proyectaba construir. Esa aspiración también implicaba la venta de una ilusión, basada en el futuro establecimiento de equipamientos públicos, servicio de acueducto y transporte de conexión con la vieja ciudad. A esto se sumó un muy atractivo modelo de negocio que consistía en ofrecer un “sistema de pago diferido en 72 cuotas mensuales (...) sin interés y con la garantía de devolver el dinero a la familia en caso de la muerte del titular del predio”²²². Esta última condición demuestra el absoluto convencimiento que tiene Izquierdo en la rentabilidad de la inversión en el negocio de la urbanización y esa confianza es probable que haya sido un factor clave, no sólo para la comercialización de sus lotes, sino también para que otros inversionistas en busca de negocios que permitieran aumentar su fortuna, estuvieran dispuestos a correr el riesgo.

Ellos fueron los pioneros y, si atendemos a lo ocurrido entre los años que van desde la publicación de *Lotes en Chapinero* en 1900 hasta el final de la segunda década del siglo XX, es posible afirmar que el entusiasmo pronto se contagió²²³. Al parecer, deslumbrados por el arrojío de esos adelantados muchos se lanzaron a seguir lo que consideraban una inversión de bajo riesgo, con costo moderado y la expectativa de un rápido retorno. Al

²²¹ Martínez, Enrique. *Quinta Sión...*, p. 182

²²² Martínez, Enrique. *Quinta Sión...*, p. 183

²²³ Los nombres de estos empresarios Los Hermanos Maldonado, Leo S. Kopp, los Hermanos Vega, El Círculo de obreros, los Hermanos González Ponce, Pedro I. Uribe, Heliodoro Laverde, Félix Salazar, Compañía Nacional, Ernesto González, Alberto González Gooding, Eduardo Quintana, Soledad Portocarrero de Uribe, Salomón Gutt, Oliverio Rodríguez, José Eidelman, Rubén Possin, José María Piedrahita y Ricardo Cubillos. Datos suministrados por Luis Carlos Colón Docente del Doctorado en Arte y Arquitectura de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia y director de la investigación sobre urbanización en Bogotá.

final, durante esos años se trazaron y comenzaron a comercializar en total 28 proyectos de urbanización en Bogotá²²⁴, entre 1900 y 1910 se contabilizan 6 y desde ese año hasta 1919 se desarrollaron 22. Estos números permiten entender que el crecimiento urbano para estas fechas ya no era un indicio sino una certeza, que la dinámica urbana estaba muy lejos de la de una aldea y que debajo de un aparente remanso bucólico en realidad había un pequeño pero vibrante ambiente urbano. No había duda de que la extensión de la ciudad había despuntado, ahora el reto estaba en encontrar la forma de controlar la codicia desatada por la forma de ese crecimiento, ese sería uno de los desafíos más relevantes que habrían de afrontar los administradores y habitantes de esa urbe recién nacida, no sólo en Colombia sino en toda la región, y que, valga decirlo, es un reto que permanece hasta hoy.

Con los ojos en el futuro. Normas, códigos e ideales urbanísticos

Hay una afirmación con la que Leonardo Benévolo abre su libro *Orígenes del Urbanismo Moderno* que a fuerza de evidencia se ha convertido en una máxima en relación con la planeación urbana, dice el historiador italiano:

El urbanismo moderno no nace al mismo tiempo que los procesos técnicos y económicos que hacen surgir la ciudad industrial y la transforman, sino que se forma en un periodo posterior, cuando los efectos cuantitativos de las transformaciones en curso se han hecho evidentes y cuando dichos efectos entran en conflicto entre sí, haciendo inevitable una intervención reparadora²²⁵.

Lo que es verdad para la ciudad industrial europea, también lo es para aquello que José Luis Romero denominó la ciudad Burguesa Latinoamericana. En ambos casos la acción

²²⁴ Esos barrios fueron: La Alameda (1900), Paseo Bolívar (1900), Sucre (1901), Lotes en San Cristóbal (1903), Quesada (1904), La perseverancia (1912), Villa Javier (1912), A. Ricaurte (1913), Camellón Ponce (1913) La Pradera (1913), Las Cruces (1914), Las Nieves (1914), San Cristóbal (1914), Quinta 1182 (1914), Santa Ana (1916), Obrero de Chapinero (1916), Tunalito y el Juncal (1917), 7 de agosto (1919), Gutt (1919), La Merced (1919), La Paz – Prolongación (1919), Lotes en Chapinero (1919, Santa Fe (1919). Datos suministrados por Luis Carlos Colón Docente del Doctorado en Arte y Arquitectura de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia y director de la investigación sobre urbanización en Bogotá. Ver:

²²⁵ Benevolo, Leonardo. *Orígenes del Urbanismo Moderno*. Barcelona, Blume Ediciones, 1981, p. 7

planificadora llegó con retraso a un proceso que, en el caso de Bogotá, Quito y Lima en este periodo, llevaba como mínimo tres décadas de ventaja. El crecimiento poblacional impulsó la demanda de habitaciones para vivir, y el proceso lo acompañó la obstinación de ciertos hombres y mujeres deseosos de atender esa demanda y ganar dinero a partir de una inversión segura, o que al menos lo parecía. El mecanismo de urbanización bosquejado en la sección anterior mostró que como mínimo para ofertar nuevos terrenos se debía trazar una vía, implementar un sistema de transporte y tener alguna fuente de agua. El modelo se volvió exitoso y víctima de ese éxito la ciudad debió asumir problemas de enormes e inusitadas dimensiones.

Por esta vía, casi que sin quererlo, el urbanizador empírico se convirtió en un promotor indirecto del urbanismo y la planeación urbana, pues si bien antes habían existido algunas leyes fundamentales sobre construcciones y ornato, a medida que los negocios de loteamiento se incrementaban, los estudiosos y los concejos municipales advertían sobre la necesidad de buscar normas que combatieran el enorme desbalance que implicaba el nacimiento de barrios que dejaba toda la ganancia a los propietarios de la tierra y todos los perjuicios a la administración de la ciudad.

Este afán de lucro, que se adelantó por mucho a los intentos de control, suscitó las quejas de los encargados de administrar el territorio, como lo ejemplifica una discusión llevada a cabo en el Concejo Cantonal de Quito en donde se preveía un conflicto de intereses, pues, como argumentaba un concejal, no se hallaba “razón de que el Municipio favorezca obras que, sí tienen carácter de públicas, tienden a beneficiar únicamente a particulares y a obligar al Concejo a que se haga cargo de servicios que le son tan costosos como los del alumbrado, vigilancia, conservación, sin que reporte ningún provecho”²²⁶.

Al lado del urbanizador apareció el urbanista, o una versión prototípica de lo que sería. El primero más preocupado por la perspectiva de ganancia y con la cabeza sobre todo en el presente. Mientras que el segundo se autodefinía como una suerte de científico,

²²⁶ Gaceta Municipal, 12 de abril de 1913 Citado en: Ponce, Amparo. La Mariscal. Historia de un Barrio..., p. 59

guiado -según él mismo- por la razón, con su mente puesta en el futuro. Ambos, fervientes usuarios de planos, el urbanizador con el rollo en la mano para hacer negocio y el urbanista con el plano en el escritorio para tratar de guiar el crecimiento, pues había que encauzar el ensanchamiento, no se sabía muy bien hacia dónde o con qué objetivos, pero había que emprender la tarea de ordenar el territorio urbano y el primer paso para alcanzar ese objetivo era precisamente el diseño de un plano que diera las primeras pistas.

Así lo señalaba Ricardo Tizón i Bueno quién en 1907, entusiasmado por el crecimiento de la capital peruana, preveía que ese desarrollo continuaría siempre y cuando las “autoridades y vecinos [pusieran] su empeño en favorecerlo, para hacer de Lima si no la primera, si una de las más importantes capitales de América”. Pero el propio ingeniero señalaba la tarea fundamental en la vía de tal empeño “lo primero que a nuestro juicio debe ejecutarse para el logro de tan hermoso resultado, es el levantamiento de un buen plano de Lima y terrenos comarcados. Sin esa base, es imposible pensar en un buen plan de ensanche y mejoramiento urbanos”²²⁷.

Una advertencia similar hacía Ricardo Olano para las ciudades colombianas, afirmaba en 1919 “lo primero que debe hacerse es el plano futuro de la población, es decir la norma y el reglamento del progreso municipal futuro”, Olano afirmaba que el plano como herramienta “indicará las mejoras que puedan hacerse en la urbanización existente y las líneas a las que ha de acomodarse la ciudad en su desarrollo futuro”²²⁸. Una necesidad que se presentía incluso casi dos décadas antes del pronunciamiento de Olano, en 1902, fecha en la que el Acuerdo 10 conminaba al municipio, específicamente al Concejo de la ciudad, a contratar “el levantamiento de un plano de la ciudad con un inventario amplio y riguroso”²²⁹. Medida que curiosamente se tomó también ese mismo año en el Perú, allí en

²²⁷ Tizón y Bueno, Ricardo. Ensanche de Lima. Conferencia dada por el socio. Memoria No. 11. Sociedad de Ingenieros del Perú, Diciembre 28 de 1907, pp. 2 - 3

²²⁸ Olano, Ricardo. La ciudad Futura, No. Medellín. 6 de septiembre de 1919. Citado en: Del Castillo, Juan Carlos. Bogotá. El tránsito a la ciudad..., p. 76

²²⁹ Del Castillo, Juan Carlos. Bogotá. El tránsito a la ciudad moderna..., p. 67

el Decreto Supremo de 1902 sobre “Plano de Poblaciones” se define la necesidad de contar con un instrumento de este estilo:

En el que debe quedar bien determinado por colores o por signos convencionales, la parte cubierta por el techo, el ensanche o prolongación o nueva delineación de las calles, la parte que sea conveniente cortar para regularizarlas, mejorarlas o abrir comunicación, establecer plazas, edificio público, etc., y la parte en que ejerce dominio la Municipalidad. Para este, a cada caso, la planta de la población futura, **consultando no solo las necesidades actuales sino las de previsión para en adelante**²³⁰.

En Quito, ya se percibía la enorme utilidad de esta herramienta, entre otras cosas gracias a los oficios de Gualberto Pérez, quien actuó como un precursor pues en 1888, al graduarse de la Escuela Politécnica “realizó el más preciso plano de la ciudad del siglo XIX. Dibujado a escala 1:1000 con los planos de todas sus casas”²³¹, el plano fue utilizado por la municipalidad e intervenido conforme la ciudad se transformaba agregándole las nuevas edificaciones o espacios públicos. Por esa razón, en 1910, el Concejo de Quito decide hacer un contrato con el propio ingeniero Pérez para realizar una actualización del plano e incluir algunas mejoras como, por ejemplo, la necesidad de cartografiar los crecimientos al sur y al norte. Además, se solicitaba que:

(...) en los planos de la sección Norte y la del Sur, constaran las nuevas plazas, avenidas, calles, paseos, edificios públicos y particulares que puedan trazarse adaptándolos en lo posible a caminos, calles y edificios actuales, de modo que se vea claramente en dichos planos, donde ha de construirse los nuevos edificios²³².

Luego, en el mismo documento, se incluía la solicitud de un catastro de la ciudad, para finalmente concluir que: “en una palabra, los tres planos principales se constituirán en un verdadero plano regulador de la ciudad según las reglas del arte y los principios científicos”. El encargo hecho al ingeniero ecuatoriano se entregó a la corporación

²³⁰ Decreto Supremo sobre planos de Poblaciones, 26 de septiembre de 1902. Incluido en: Ludeña, Wiley. Lima. Historia y Urbanismo en Cifras..., p. 410 (La negrilla es mía)

²³¹ Ortíz, Alfonso, Abram, Matthias & Segovia, José. Dameró..., p. 146

²³² Contrato entre el Concejo y el Ingeniero Sr. D.J. Gualberto Pérez para el levantamiento de un nuevo plano de la ciudad de Quito. En: Gaceta Municipal del Cantón de Quito, Año. 1 No. 7, Quito, Marzo 12 de 1910, p. 75

municipal en junio de 1911 y pocos días después fue aceptado a conformidad por los concejales²³³.

El plano como herramienta era parte de la lenta aparición de una visión más compleja del ordenamiento y de organización de la ciudad. Si en el último cuarto del siglo XIX las nociones de higiene y ornato eran suficientes para determinar la acción sobre el espacio urbano (la higiene por la evidente implicación sobre la vida de los ciudadanos y el ornato como una condición estética vinculada al gusto y a una dimensión cultural), a medida que el siglo XX avanza parecía que esas nociones buscaban ser integradas en una visión más abarcadora en el que el arte y la técnica se dieran la mano.

En efecto, la idea de belleza asociada al decoro orientaba disposiciones de control urbano en la segunda mitad del siglo XIX, como aquellas contenidas en el Reglamento de Policía Municipal de Lima en el que se definían algunas normas sobre elevación y dimensión de fachadas, balcones, antepechos, pisos, tipos de materiales y trazado de calles²³⁴. Medidas similares a las encontradas en Quito para 1890, en donde una Ordenanza del Municipio manifiesta una preocupación análoga por las fachadas y exteriores de las viviendas e incluye disposiciones normativas detalladas sobre las construcciones y el aspecto exterior de las viviendas, pues “los edificios no podrán ser pintados con colores demasiado hirientes a la vista o extraños al gusto”²³⁵.

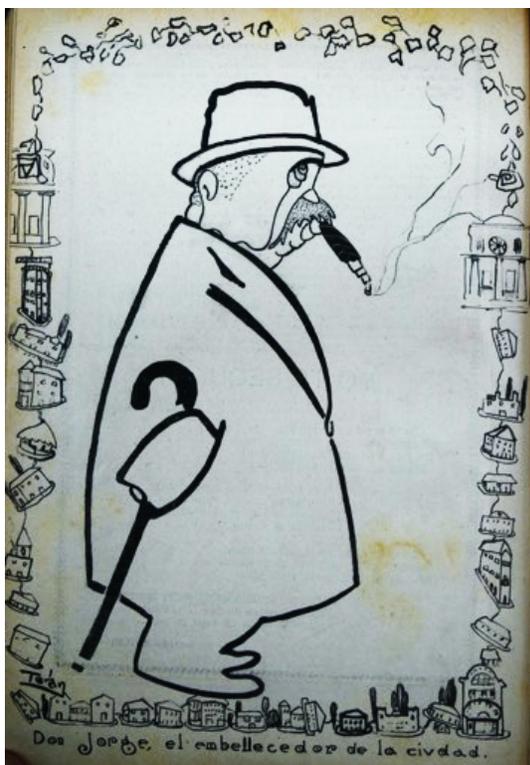
Un buen indicio de cómo esa transformación va operando es el cambio en los nombres de las instancias administrativas encargadas de la reglamentación. En Lima, las licencias para las adecuaciones y obras de importancia en las fachadas de las viviendas y otras obras importantes en los exteriores de las edificaciones eran una tarea de la Comisión de Ornato, tal como lo dispone el reglamento de Policía Municipal de 1872, pero en 1901 la

²³³ Gaceta Municipal del Cantón de Quito. Agosto 12 de 1911, Año II, No. 80, pp. 702 – 704

²³⁴ Reglamento de Policía Municipal de Lima, Julio 12 de 1872. En: Calle, Juan. Diccionario de la Legislación Municipal del Perú. Impresores Torres Aguirre, Lima, 1906, p. 666

²³⁵ Ordenanza sobre Ornato Público – Julio 7 de 1890. En: Gaceta Municipal, Julio 10 de 1914, Año V, No. 39, Quito, pp. 483 – 486

dependencia encargada de esa labor se trasladó a la Comisión de Obras²³⁶ y en 1904 era la Inspección de Obras²³⁷. En Bogotá ocurrió un proceso similar, los administradores de la ciudad habían reivindicado el ornato como un asunto de relevancia en la construcción de espacios urbanos desde antes de la primera mitad del siglo XIX, y en 1884 se crea la Junta de Aseo y Ornato de la ciudad²³⁸, a la que le acompañará, poco años después, una entidad privada, pero con una muy alta influencia en lo público denominada la Sociedad



“Don Jorge, el embellecedor de la ciudad”:
Revista Caricatura. Quito, Diciembre de 1919
(071)

de Embellecimiento de Bogotá. Antes de finalizar el siglo aparecería la Junta Central, que fusionó varias de estas juntas independientes de carácter público y para 1917 el acuerdo 15 crea la Junta de Obras Públicas Municipales.

En Quito, al parecer la noción de Ornato tiene una vida más duradera, aunque también entrará paulatinamente en crisis. En 1890, el Concejo define que será la Comisión de Ornato la encargada de velar por el cumplimiento de las normas urbanas en relación con la construcción de nuevas edificaciones, reforma de las existentes y adecuación higiénica de todas ellas; esta comisión la conformarían el Procurador Síndico, un Arquitecto Ingeniero y sería presidida por un concejal²³⁹. En la

segunda década del siglo XX se instauran los premios de Ornato concedidos por el Concejo a aquellas edificaciones que hicieran una valiosa contribución a mejorar el valor

²³⁶ Ordenanza Municipal (Licencias para Construcciones) – Enero 30 de 1901. En: Calle, Juan. Diccionario de la Legislación Municipal..., p. 669

²³⁷ Ordenanza Municipal (Licencias para construcciones) Octubre 18 de 1904. En: Calle, Juan. Diccionario de la Legislación Municipal..., p. 670

²³⁸ Acuerdo 4 de 1884 Sobre Aseo y Ornato. Citado en: García, William. Plaza Central de Mercado de Bogotá. Las variaciones de un paradigma, 1849 – 1953. Pontificia Universidad Javeriana - Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2017, p. 131

²³⁹ Ordenanza sobre Ornato Público – Julio 7 de 1890. En: Gaceta Municipal, Año V, Núm. 39, Quito, Julio 10 de 1914, p. 483

estético de los edificios de la ciudad y en el año 1919 se crea la Junta de Celebración del Centenario de Pichincha, cuyo objetivo es encargarse de las mejoras al espacio público para la conmemoración de esta fiesta patria, la cual se llevaría a cabo en 1922. Una vez concluidos los festejos, a través del Decreto 19 de octubre de 1922 el Congreso de la república crea la Junta de Embellecimiento de Quito y le da así un nuevo aire a una institución que velaría por el cuidado estético de las construcciones de cierta infraestructura de la capital ecuatoriana. Pero el experimento duró poco, y en 1925 se decreta la disolución de la Junta de Embellecimiento y se entregan sus funciones a la administración municipal y al Concejo de la ciudad²⁴⁰.

La noción de ornato no desaparecerá del vocabulario de administradores y profesionales vinculados a la administración de estas ciudades capitales. De hecho, se encontrará en documentos e informes hasta bien entrado el siglo XX; otro tanto ocurriría con los asuntos relacionados con la higiene. Pero la posición de ambas categorías cambiaría de preponderante a subordinada en el discurso académico y burocrático de la época, ese cambio reflejaba la tensión entre arte y técnica en el tratamiento de los asuntos urbanos, pues paulatinamente entró una transformación secundada por ideas novedosas que cada tanto ocupaban la agenda pública y cuya forma más acabada la encontramos en los años veinte en las discusiones sobre planes urbanos.

El caso de Bogotá es paradigmático, en 1919 y 1920 dos ordenanzas departamentales determinan el levantamiento y estudio de un plano para la ciudad denominado Plano Bogotá Futuro. El profesional elegido para llevar a cabo esta labor fue Enrique Uribe Ramírez, un ingeniero que acometió la tarea durante cerca de cinco años y que al final en la memoria del proceso “presenta consideraciones actualizadas en lo último del *city planning*. En lo que pareciera ser una crítica al urbanismo de los paisajistas franceses”. El ingeniero está enterado de las corrientes intelectuales que permean este tipo de procesos y al final:

²⁴⁰ Informe que la Junta de Embellecimiento de Quito somete al Concejo Municipal, acerca de las labores por ella realizadas desde 1919 hasta que cesó sus funciones en 1925. Imprenta Municipal, Quito, 1926, pp. 1 – 2

(...) apoyado en Camilo Sitte, Uribe puntualiza que en vez de hacer un planteamiento general con avenidas y parques (...) es preferible hacer un plan detallado que incluya el diseño de diversos tipos de avenidas y calles y plazas como lo requieren los principios de la **higiene**. En él se emplazarían los edificios gubernamentales y las esculturas que hermostrarían los espacios urbanos, como lo requieren los principios del **arte**²⁴¹.

Eran entonces los postulados del urbanista austriaco los que, en el caso de Bogotá, habían ofrecido una alternativa para resolver esa tensión entre arte y técnica, estética (ornato) e higiene. El propio Sitte había reconocido que en el urbanismo que él llamaba “moderno” la higiene consistía en una de las innovaciones fundamentales, pero esa innovación se convertía en problema “si es inevitable para adquirir estas ventajas pagar el enorme precio de la renuncia a la belleza en nuestras disposiciones urbanas”²⁴². La calle propuesta por Uribe Ramírez buscaba, o al menos era la intención, conciliar estas dos dimensiones.

Los estudios para el Plan de Ensanchamiento de Lima parecen mostrar que el dilema se resuelve de un modo similar. En 1925 el gobierno del Perú contrató al arquitecto alemán Walter Benno Lange un “experto en modernización de ciudades” para llevar a cabo la tarea. La expectativa del gobierno peruano era que Lange identificara aquellos aspectos fundamentales sobre los que tenía que trabajar la ciudad para adecuarse a las demandas de una urbe masificada. En esos estudios el arquitecto alemán abordó temas como la regularización de nuevos barrios, apertura de avenidas, la definición de zonas para barrios industriales y obreros, suelos y ubicación de parques o edificios públicos y la identificación de zonas de posible crecimiento.

En el artículo en el que se incluye esta sinopsis del trabajo del urbanista, se reitera insistentemente “sobre disposiciones tendientes a resaltar más, todas aquellas valiosas obras de arquitectura y arte antiguo”, una justa ponderación que lograba superar la dicotomía entre la higiene y el ornato que habían actuado juntas durante largo tiempo. El

²⁴¹ Arango, Silvia. Ciudad y Arquitectura. Seis generaciones..., p. 166 (El resaltado es mío)

²⁴² Sitte, Camilo. The art of building cities: city building according to its artistic fundamentals. Citado en: Luque, José. (Coordinador) Constructores de la ciudad contemporánea. Aproximación disciplinaria a través de los textos. Departamento de Urbanismo de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad de Navarra – CIE Inversiones Editoriales, Madrid, 2004, p. 840

perfil mismo del Doctor Lange era una prueba de ese saludable balance entre arte y técnica, de él se menciona que “es un reputado especialista en los múltiples problemas conexos con **el ensanchamiento y la modernización** de la de ciudades, al mismo tiempo que es un **artista** capaz de valorizar y poder realzar el mérito de las viejas obras de arte que encierra dentro de sí toda ciudad”²⁴³.

Eran, pues, unos primeros intentos de planeación que englobaban ciertos temas que habían sido objeto de preocupación en las tres ciudades durante varias décadas, pero ahora bajo un nuevo lente, el de una planeación en ciernes que comenzaba a dar unos pasos muy tímidos, apenas de configuración, pero en todo caso fundamentales para cimentar los avances que vendrían años después. Fueron, también, ejercicios que mostraban un muy amplio catálogo de “fuentes inspiradoras”, mucho más amplio, más actual y con más discusión de lo que hasta ahora se ha creído; una discusión intelectual que, en todo caso, es mucho más abarcadora que aquella visión reduccionista que le concede a Haussmann un impacto todopoderoso sobre las mentes, los planes y las realizaciones de los arquitectos y urbanistas latinoamericanos²⁴⁴.

Una ciudad para el poder

Los vientos de celebración obligaron a pensar en nuevos ejes, romper el marco tradicional urbano y aprovechar las oportunidades que ofrecía un territorio que crecía sin detenimiento. En todos los casos la celebración fue un circuito, una movilización, no una concentración. Las viejas costumbres y los viejos espacios no necesariamente debían desaparecer, pero si actualizarse, había que brindar nuevos puntos de referencia urbanos, políticos y sociales. El pasado era el punto de partida y la base del discurso, pero los desafíos se encontraban en el futuro, en el porvenir, y la ciudad debía ser digna de ese reto.

²⁴³ Estudios del ensanchamiento de Lima. En: Ciudad y campo y caminos. Julio de 1926, No. 19, p. 37 (La negrilla es mía)

²⁴⁴ Una muestra de eso que podríamos denominar sobredimensión de la influencia de Haussmann en Latinoamérica se puede encontrar en: Almandoz, Arturo. Urbanization and Urbanism in Latin America: From Haussmann to CIAM. En: Almandoz, Arturo (Editor) Planning Latin America's Capital Cities. 1850 – 1950, Routledge, London, 2002, pp. 13 - 44

Como se mencionó en el capítulo anterior, las capitales estaban maduras para llevar a cabo la celebración, había una narrativa convertida en piedra angular que definía el horizonte de la conmemoración, pero esa narrativa necesitaba encontrar un asidero material. La feliz coincidencia de las actividades conmemorativas del Centenario y un lento pero sostenido crecimiento económico creó la posibilidad real de llevar estos proyectos a cabo. Muchas de estas propuestas nacieron antes de las celebraciones y otras tantas fueron discutidas después de las fechas de la efeméride, pero la fiesta cívica sirvió como catalizadora de una discusión que había sido largamente aplazada.

La relación entre celebración cívica y espacio urbano es una relación estrecha. En los poblados pre-hispánicos, en las villas del imperio español, en las ciudades de comienzos del siglo XIX y en las capitales republicanas, en fin, en la historia toda de estos territorios las celebraciones y ceremonias festivas en honor al poder y sus gobernantes habían requerido indefectiblemente de un escenario material que reafirmara esa autoridad. Pero el inicio del siglo XX tenía una peculiaridad, ahora no sólo era posible realizar la celebración en el espacio capitalino, concretarla en el territorio, sino que además se podía prefigurar o anticipar una transformación física del espacio como impronta duradera de esos valores sagrados de las naciones centenarias. Hasta la segunda mitad del siglo XIX el tipo de intervenciones en las tres capitales andinas eran puntuales; parques, paseos urbanos o alguna avenida hacían parte de la posibilidad de transformación que tenían los administradores de turno en el marco de una conmemoración o el festejo de una efeméride. Pero en el siglo XX los proyectos son de mayor envergadura, las empresas en las que se aventuran estas sociedades urbanas son más ambiciosas y por lo tanto la planeación de las mismas pueden tomar más tiempo y ser parte de proyectos más abarcadores y de mayor envergadura.

Un recurso que asistió a los urbanistas y arquitectos de comienzos del siglo XX fueron las diagonales y las perspectivas, ejes de conexión vial convertidos en escenarios monumentales y simbólicos, formas de intervención de la ciudad que se popularizaron por todo el continente. Adicionalmente, era una morfología urbana funcional a las intenciones celebratorias de estos regímenes. Esa forma de intervención de la ciudad

tenía una larga historia, unos ejemplos notables, ejercicios pioneros como los de la Roma renacentista. Esa adecuación del espacio urbano romano realizada por el arquitecto Bramante bajo el Papado de Julio II, era un ejemplo paradigmático, pues desarrollos como la Vía Giulia, había demostrado la posibilidad concentrar en una obra de infraestructura “aspectos ceremoniales, políticos, económicos y administrativos” que al mismo tiempo podía vincularse como “parte de una visión más amplia que buscaba traer a un diálogo más cercano los asuntos terrenales y sagrados”²⁴⁵.

Esos principios parecían no haber perdido vitalidad tres siglos después, de modo que en una insólita mezcla con elementos de diseño urbano decimonónico parecían ser funcionales a las demandas de los nuevos tiempos. La centralidad del edificio más poderoso como vórtice de una estrella, tan paradigmático del siglo XV, parecía contener el espíritu de la propia relevancia que ahora los espacios republicanos demandaban. Junto a ello, esos tres elementos fundamentales del diseño urbano renacentista: la calle principal rectilínea, barrios de trazados reticulares y la construcción de recintos espaciales posteriormente devenidos en espacio público²⁴⁶ (como por ejemplo las plazas) evocaban cierta funcionalidad que respondía a las exigencias de las capitales de estados nacionales en el siglo XX.

Los elementos de esos principios urbanísticos se percibían, por ejemplo, en el diseño de Washington propuesto por L’enfant (1791), en el París de Hausmann (1852 – 1870) o en el diseño de Benoit para La Plata (1882). En todas ellas las diagonales cortando una estructura en damero rematadas en espacios amplios -posteriormente convertidos en plazas públicas con monumentos- rompiendo la regularidad impuesta por la cuadrícula sugerían una adaptación de viejos experimentos urbanos que respaldaban los anhelos de una ciudad cuya ambición era representar y transmitir los valores de la nación. Era un viejo modelo en el que “todas las avenidas principales llevaban al palacio. Y, cuando uno levantaba la vista en la calle el palacio, por lo común, cerraba la perspectiva. El acceso

²⁴⁵ Temple, Nicholas. *Renovatio Urbis. Architecture, Urbanism and Ceremony in the Rome of Julius II.* London and New York, Routledge, 2012, p. 45

²⁴⁶ Morris, A.E.J. *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la revolución industrial.* Barcelona, Gustavo Gili, 1979, p. 176

axial servía como foco para concentrar la atención en el príncipe”²⁴⁷, un recurso tantas veces usado en el diseño urbano y cuya vigencia se evidenciaba en la seducción que tenía sobre los constructores de la ciudad del siglo XX.

Cuando Sixto V, según Giedion el primero de los planificadores urbanos modernos²⁴⁸, inauguró a gran escala el uso de esos elementos constitutivos del urbanismo renacentista para intervenir la Roma del siglo XVI, lo hizo en medio de una búsqueda de reconfiguración del espacio urbano con miras a reforzar el sentido espiritual del mismo, realzar su carácter simbólico. Las avenidas rectas, la simetría, la conclusión de las perspectivas con cuidadosos emplazamientos monumentales fueron sumamente útiles para acentuar el renacer de un espacio sagrado, un renacer que había sido inaugurado a inicios de ese mismo siglo por el papa Julio II²⁴⁹. De hecho, “el primer impulso para esta nueva transformación fue, naturalmente, uno eclesiástico. Unas calzadas deberían conectar las siete iglesias principales y los lugares santos que debían ser visitados por los feligreses en un día de peregrinaje (...) el deseo de Sixto V era **convertir toda Roma en un único Santuario**”²⁵⁰. La concreción de este plan maestro le dio unidad a un espacio fragmentado y quedó grabado en la posteridad porque descubrió un nuevo modo en que la arquitectura y la disposición espacial urbana podía abrumar al observador y al mismo tiempo conectarlo con un mundo trascendente. Posteriormente el recurso se fue perfeccionando, y como mencionamos más atrás se implementó con ciertas diferencias e incluyendo sus propios elementos en diversos contextos de ciudades capitales.

Estos principios no eran ajenos a los ingenieros y arquitectos que se arriesgaban a hacer propuestas urbanas en Bogotá, Quito y Lima. En las tres ciudades, sin excepción, las diagonales, el trazado de avenidas rectilíneas, las perspectivas y la integración de zonas de la ciudad hicieron parte de propuestas o incluso de proyectos efectivamente realizados al iniciar el siglo XX.

²⁴⁷ Mumford, Lewis. La ciudad en la historia..., p. 650

²⁴⁸ Giedion, Sigfried. Space, Time and Architecture. The growth of a new tradition. Cambridge, Harvard University Press, 1967, p. 100

²⁴⁹ Ver: Temple, Nicholas. Renovatio Urbis. Architecture, Urbanism and Ceremony in the Rome..., especialmente el capítulo 2: Via Giulia and papal corporatism. The politics of order.

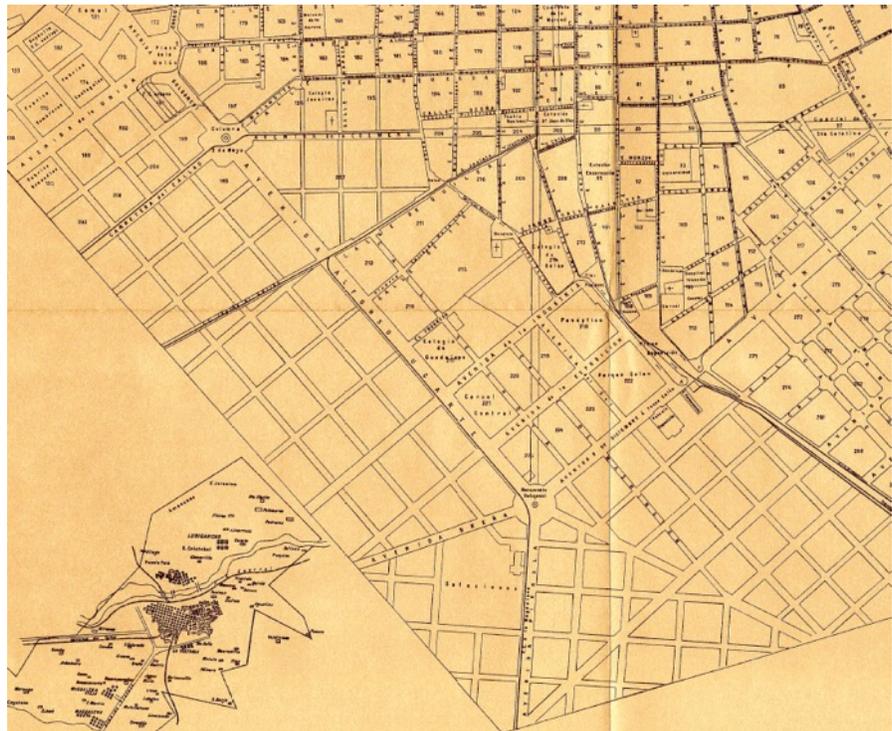
²⁵⁰ Giedion, Sigfried. Space, Time and Architecture..., p. 92 (la negrilla es mía)



Quito Actual y del Porvenir – Trazado por Gualberto Pérez (1912)

Plano de Lima Por Ricardo Tizón i Bueno, 1908 (Detalle)

La Av. Grau y la Av. Alfonso Ugarte corren sobre el trazado de la vieja muralla y conectan el Hospital 2 de mayo, el Monumento a Bolognesi y el Monumento 2 de mayo, creando un circuito monumental que circunda el viejo casco urbano y que abre las perspectivas de una nueva ciudad.





Plano Bogotá Futuro, 1923 (Detalle del trazado de la zona norte de la ciudad)

Ciertamente no era un urbanismo renacentista en contextos latinoamericanos, eran principios arquitectónicos y estéticos generales, cuya funcionalidad había sido probada en muchos escenarios y a lo largo de varios siglos, que se integraban a discusiones locales en las que el espacio urbano tenía un papel central. De aquella propuesta nacida en los creativos siglos XV y XVI en Italia, algunos de sus rasgos eran ahora incluidos en la construcción de las capitales de estos países andinos, evidentemente en un contexto con objetivos muy diferentes al que movió a los diseñadores de las ciudades del *quattrocentto*, pues temas fundamentales a finales del siglo XIX e inicios del XX, como la higiene y la productividad, eran conceptos irrelevantes o de tercer orden en las ciudades de entonces. Pero aquella capacidad de despertar en el observador la percepción de estar ocupando un espacio de poder, que emanaba de una forma específica de tratamiento de la arquitectura y el territorio urbano sería quizá uno de los más perennes legados de aquel viejo tipo de diseño urbano.

Algo de aquello se percibe en el trazado de ampliación de la ciudad propuesto por el ingeniero Gualberto Pérez en la capital ecuatoriana en 1912. Su plano Quito, actual y del porvenir, es un plan de ensanche cuyo “diseño utópico intentaba guiar el desarrollo de la ciudad futura. El plano está basado en una grilla regular frecuentemente interrumpida con amplias diagonales que finalizaban en plazas circulares”²⁵¹, la propuesta de ensanchamiento de la ciudad seguía la orientación que había definido la celebración del centenario, el camino del sur más allá de la plaza de La Recoleta era el área escogida por el ya experimentado ingeniero para proponer la expansión de la capital ecuatoriana y en las intersecciones las rotondas y plazas creaban el espacio ideal para una monumentalidad cuya búsqueda afanosa era impulsada por el patriotismo recién aflorado como parte de las conmemoraciones.

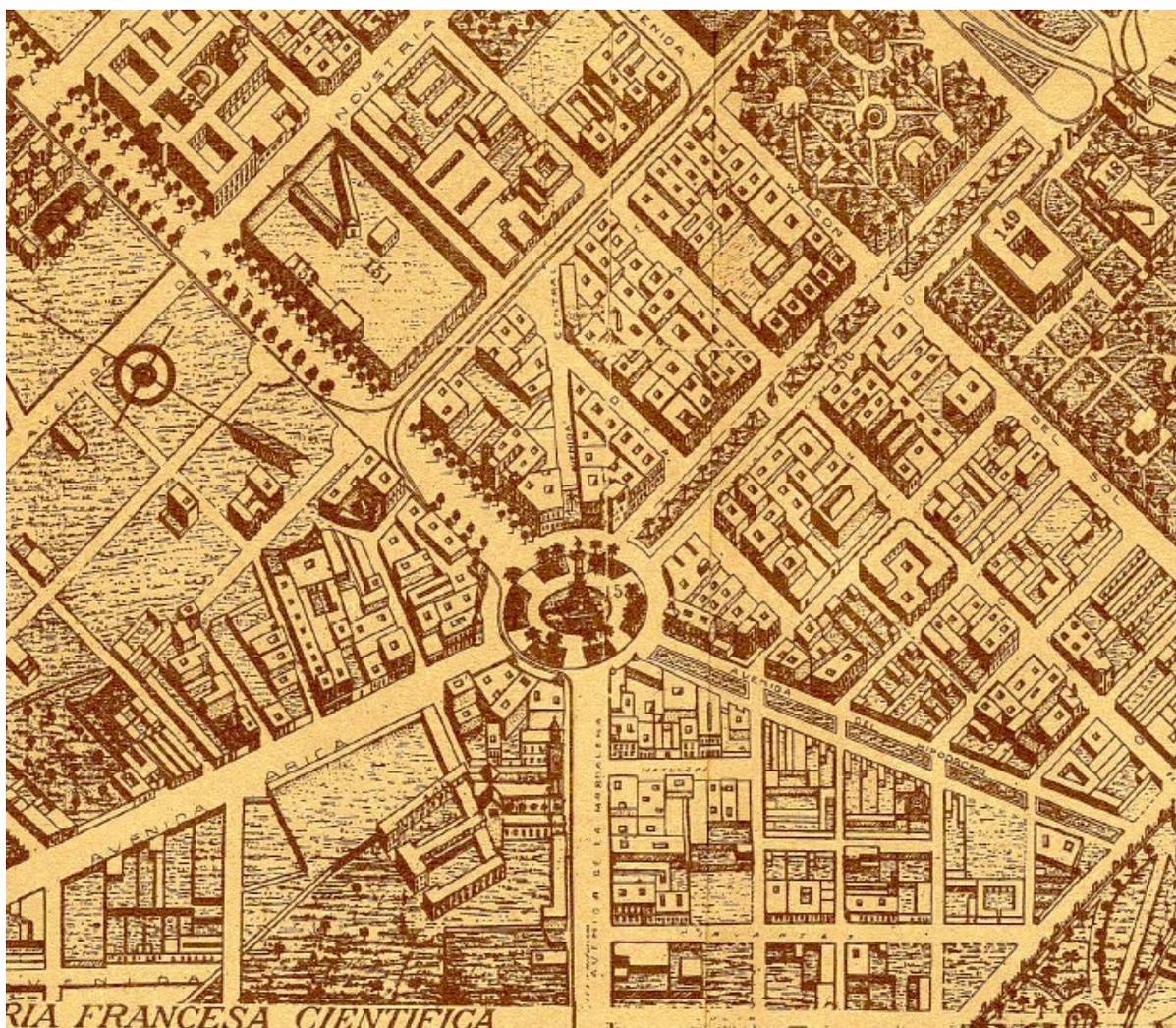
Un modelo similar de ensanche fue el entregado por el ingeniero Enrique Uribe Ramírez para el caso de la capital colombiana. El denominado Plano Bogotá Futuro fue un ejercicio de planeación urbana formulado en 1923 y aprobado en 1925, ciertamente una apuesta más elaborada si se le compara con el plano de Pérez para Quito²⁵². Bogotá Futuro fue una empresa enorme si se tiene en cuenta “el área abarcada, los precarios medios materiales y económicos y el escaso personal calificado de entonces. Se cartografió un área de 5.300 hectáreas que sumadas a las ya 700 construidas, representaron un total de 6.000 ha, proyectadas para un horizonte estimado de 125 años, en la que habitarían 800.000 personas”²⁵³. Entre las muchas tareas emprendidas para llevar a feliz término el proyecto hubo la necesidad de hacer levantamientos cartográficos, actualización de planos técnicos, levantamiento de vías de ferrocarril y carreteras, así como, la actualización e identificación planimétrica de caminos regionales y redes hídricas.

²⁵¹ Capello, Ernesto. *City at The Center of the World...*, p. 44

²⁵² Habría que mencionar que es sorprendente el poco interés que ha levantado no sólo este plano sino en general la obra de Gualberto Pérez en Quito y el Ecuador, una figura de este talante merecería un trabajo de investigación más profundo y documentado que ayude a entender el contexto y las ambiciones de este tipo de propuestas.

²⁵³ Alba, José Miguel. *El Plano de Bogotá Futuro. Primer intento de modernización urbana*. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Vol. 40, No. 2, Jul. – Dic., 2013, p. 194 (el subrayado es mío)

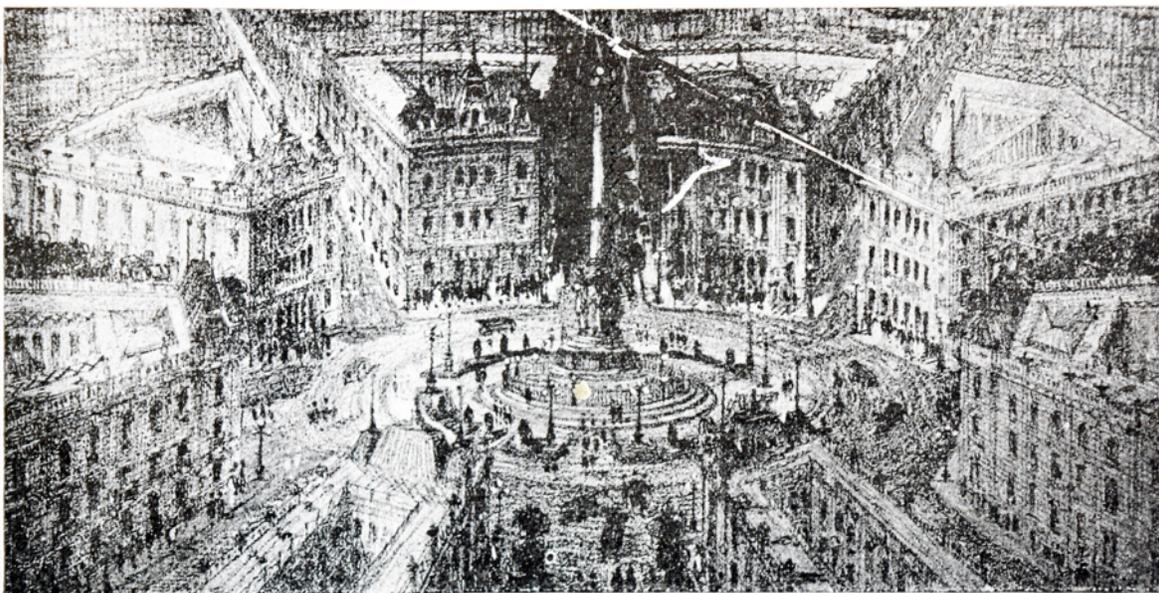
En la memoria técnica se evidenciaba la aspiración de control urbanístico y definición de una pauta de crecimiento urbana. Pero más visible era el tratamiento que en el plano se le daba al trazado urbano de la nueva ciudad, en él se incluía “un sistema de espacios libres, a distancias convenientes, unidos por parques-avenidas articulados a las plazas de mercado cubiertas y a los cementerios. Para la estética urbana se insistió en estudios de perspectiva para la colocación de edificios, jardines y paseos, monumentos, parques y plazas artística²⁵⁴. Eran esos principios fundamentales de monumentalidad tan probados y usados en escenarios tan disimiles los que afloraban en la propuesta que el ingeniero Uribe Ramírez entregó a la ciudad y que nunca se realizó.



Plano Panorámico de Lima en homenaje al Primer Centenario de la Batalla de Ayacucho – Detalle sobre el Ovalo Francisco Bolognesi. Tomado de: Gunther, Juan. Planos de Lima: 1613 - 1983. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana – Petroperú Ediciones CODE, 1983.

Los limeños tuvieron menos tiempo para soñar y planear, pero más recursos para construir. En la primera década del siglo XX la ciudad ya contaba con un paseo monumental que corría por el trazado que había liberado la demolición de la vieja muralla un cuarto de siglo antes. El recorrido comenzaba en el parque frente al Hospital 2 de mayo en el suroeste de la ciudad, desde allí la Avenida Grau recorría dos kilómetros y medio para desembocar en el ovalo del Monumento a Bolognesi, donde se encontraban también la Avenida del hipódromo, la Avenida de la Magdalena (actual Avenida Brasil), la Avenida Central y la Avenida Arica.

De este ovalo partía también la Avenida Alfonso Ugarte que se extendía por kilómetro y medio para conectar con el ovalo en el que se encontraba el monumento 2 de Mayo. En este ovalo del monumento 2 de mayo, concurrían además: la Avenida del callao, la Avenida Bolognesi, la calle Malambito y la Avenida de la Colmena. Esta última se convertiría posteriormente en la avenida Nicolás de Piérola, un enorme paseo monumental en el cual se concentrarían los festejos del centenario de 1921. A un kilómetro exacto del ovalo 2 de mayo se construiría la plaza y el monumento a San Martín, sin duda la obra más emblemática del espacio urbano limeño de la primera mitad del siglo XX y el gran orgullo de los organizadores de la conmemoración.



Plaza 2 de Mayo – Variedades Noviembre 22 de 1924

No hay que ser demasiado perspicaz para sugerir que un modelo similar se hubiera implantado en Bogotá y Quito de haber alcanzado la energía y el presupuesto. Tal como ocurrió en la construcción de relatos nacionales centrados en las capitales, fenómeno analizado en los dos capítulos anteriores, también en este caso los procesos se encuentran en medio de corrientes globales, asuntos regionales y preocupaciones locales. No hay duda de que la concepción de este tipo de espacios eran un asunto global y lo mismo se encontraban en estas tres ciudades que en otras capitales del mundo y de Latinoamérica, se trataba de “un espacio urbano que era simultáneamente una utopía urbana y una conceptualización de la historia nacional”²⁵⁵.

El rasgo fundamental que acompañaba estas propuestas y realizaciones era su condición de ensanches, ejercicios que no intervienen, o lo hacen muy poco, la ciudad construida. Se puede ver claramente en cada uno de estos planos el damero de la ciudad española que permanece intacto luego de siglos de haber sido trazado. En realidad casi intacto, pues unas notables excepciones se perciben en las propuestas para Lima y Bogotá.

En Lima la Avenida La Colmena comenzó a ser construida en 1888 bajo la administración de Nicolás de Piérola, esta avenida que luego llevaría el nombre del propio presidente peruano, era uno de los ejes viales que iniciaba en el ovalo en el que se encontraba el monumento a los héroes del 2 de mayo y partía en diagonal para alcanzar la Avenida Grau atravesando el viejo damero español. Justo en el centro del recorrido se proyectó y construyó la plaza San Martín para la celebración del centenario de 1921. En el plano levantado por Santiago Basurco en 1904 se muestra un primer tramo construido y la proyección completa de la avenida que aparece con el sugestivo nombre de Avenida del Interior de Lima, esa imagen permite entender la dimensión del proyecto y la cantidad de

²⁵⁵ Tenorio-trillo, Mauricio. *I speak of the city. Mexico City at the turn of the twentieth century*. Chicago, The university of Chicago Press, 2012, p. 16

manzanas intervenidas y predios que debieron ser demolidos para dar paso a la construcción del bulevar.

El plano de Basurco muestra además otro intento de Avenida en Diagonal que partía del ovalo en el que se encontraba el monumento a Bolognesi y cuya bisectriz dividía el triángulo formado por las avenidas Grau, Alfonso Ugarte y Colmena (luego Av. Piérola), el trazado aparecía en el plano con la denominación de Avenida Central. Esta vía rompía al menos 7 manzanas a lo largo de un kilómetro de recorrido para finalizar en el punto en el que interceptaba la avenida La Colmena (después Piérola) en el preciso punto en el que se construiría la Plaza San Martín.



Intervención realizada sobre el Plano de Lima elaborado por Santiago M. Basurco 1904. Tomado de: Gunther, Juan. Planos de Lima: 1613 - 1983. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana – Petroperú Ediciones CODE, 1983.

La proyección de ese espacio público fue un planteamiento que comenzó a surgir en los cuatro primeros años del siglo XX. Cuando el gobierno de José Pardo finalizó en 1908, el diario El Comercio publicó un artículo en el que hacía el recuento “acerca de las

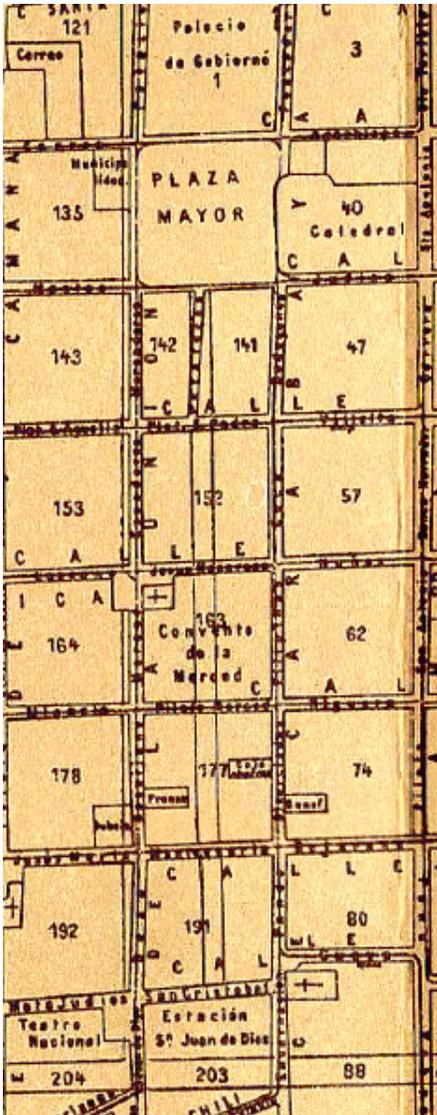
edificaciones programadas [durante este gobierno], menciona la creación de una plaza para colocar en ella el monumento a San Martín; el lugar elegido era la manzana que ocupaba la estación del ferrocarril Lima-Callao o San Juan de Dios”²⁵⁶, esa fue finalmente la ubicación y allí en 1919 comenzaron, después de muchos obstáculos administrativos y económicos, las obras para la construcción de la plaza. Además, era el punto específico en el que la proyectada Avenida Central desembocaba y permitía crear ese eje monumental para la ciudad.

Por su parte, la construcción de la Avenida Central fue un deseo que postergaron por largo tiempo los promotores de la Lima de inicios del siglo XX. En 1908 aparece su trazado en el plano de la ciudad y cerca de 1920 en los planos de la época es aún una vía planeada pero no construida. En 1924 el plano conmemorativo del centenario de la batalla de Pichincha muestra un tramo de cien metros ya construido, el nombre de Avenida Central aún permanece, pero el interés de intervención se había agotado, es probable que diera más réditos políticos y económico el desarrollo fuera del centro de la ciudad. Al final, esos cien metros serían los únicos construido y permanecen hasta hoy como prueba muda de viejas intenciones de grandeza.

En esa misma década hubo otro proyecto que permite entender la ambición que perseguían los gobernantes peruanos en relación con la ciudad capital. En el plano de la ciudad de 1908 de Ricardo Tizón i Bueno, se proyectó una vía que aparecía como el gran remate del sistema celebratorio. Una vía que uniría la -en ese momento soñada - plaza San Martín con la antigua Plaza de Armas, un bulevar que recorría 600 metros, cuya perspectiva la remataba el Palacio de Gobierno.

Incluso antes de que apareciera en el plano de Tizón i Bueno de 1908, la municipalidad ya había proyectado la misma avenida con el sugestivo y emblemático nombre de 28 de julio (fecha de la independencia del Perú). En el informe municipal de 1906, no solo se

²⁵⁶ Monteverde, Luis. Proyectos estatales y privados para erigir un monumento público al General José de San Martín en Lima y Callao (1822 – 1821). Tesis para optar al título profesional de licenciado en arte. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima – Perú, 2014, p. 216



Plano de Lima Por Ricardo Tizón i Bueno, 1908 (Detalle de la proyección de la Av. 28 de mayo) Tomado de: Gunther, Juan. Planos de Lima: 1613 - 1983. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana – Petrop Perú Ediciones CODE, 1983.

Es posible observar el tipo de intervención propuesta antes de la construcción del monumento San Martín sobre la antigua estación de San Juan De Dios.

incluye el plano general del proyecto, sino también los planos de las manzanas que debería ser intervenidas y una imagen cuya perspectiva muestra la monumentalidad de la arquitectura institucional, pues en esas tempranas fechas se presumía que el edificio que estaría en la manzana de San Juan de Dios y que cerraría el eje de conexión sería una nueva sede para el Congreso.

Adicionalmente, en esa memoria municipal se incluían dos elementos imprescindibles que darían viabilidad a la construcción: la Ley de Expropiación forzosa por motivo de utilidad pública y la estrategia de financiación de la obra a través de una alianza con bancos, aseguradoras y otros posibles financiadores.

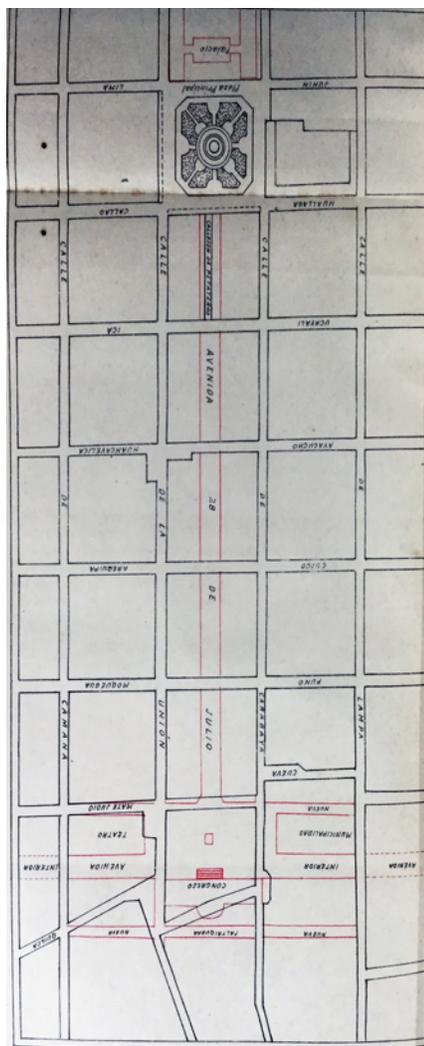
En 1924 el proyecto aún era un anhelo y todavía se hacían votos para que se construyera la avenida que uniría los dos espacios urbanos más importantes de la ciudad. En el diario El Comercio del 20 de agosto de ese año se incluyó un extenso artículo en el que se mencionaba la relevancia de construirla, no sólo para disminuir la congestión de “los estrechos jirones”, sino sobre todo para “comunicar por una vía ancha y hermosa, la sección antigua de la ciudad con la nueva que se desarrolla rápidamente hacia el sur”²⁵⁷. Por el tono de la argumentación es posible percibir que factores económicos habían influido de manera

determinante en la postergación de la obra, se cuestionaba: “¿quién al recorrer las Calles

²⁵⁷ La Vida Moderna (por el Barón de Keef). En: El Comercio, Lima, p. 8

de la Colmena piensa y se conduce de lo que costó abrirlas? ¿quién lo hace al transitar por la Avenida Colón y la Avenidas Leguía, Brasil y del Progreso?”. Cualquier inversión parecía poca si el fin último era contribuir a adornar el centro de la nación, pues “cuando las vemos experimentamos satisfacción y orgullo (...) El costo de esas obras se amortiza a pocos y se compensa inmediatamente con el bien que hace y el **prestigio que irradia sobre la nación entera**”²⁵⁸. El argumento de la funcionalidad se va disipando rápidamente para dar paso al sentido de orgullo, al enaltecimiento, a la reafirmación del poder central y a la función simbólica de la avenida misma.

En términos urbanos era la aplicación más acabada del principio barroco que menciona Mumford al referirse al palacio del príncipe como eje de un principio axial. El poder central se celebraba en la planeación del espacio urbano, a partir no sólo de la construcción monumental sino de la implantación de la narrativa convertida en un texto de historia nacional dispuesto en el espacio urbano, un texto en escrupuloso orden cronológico que daba sentido a la construcción de este circuito.

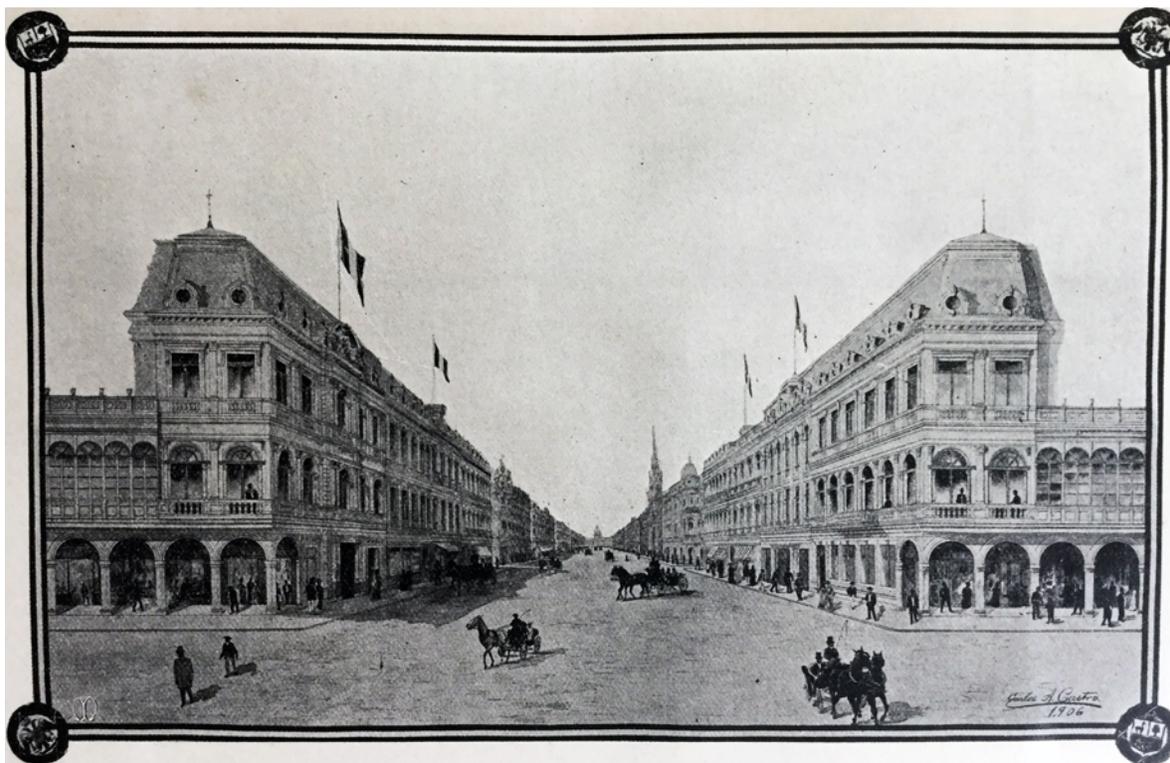


Plano y esquema de la proyección de la Avenida 28 de Julio.
Tomado de: Memoria de la Municipalidad de Lima. Librería e Imprenta Gil, Lima, 1906.

El recorrido iniciaba con la fundación de la ciudad y el periodo colonial representado en la Plaza de Armas, a partir de allí el boulevard permitiría conectar con el más importante espacio urbano que celebra el nacimiento de la nación peruana, el periodo de la independencia representado por la plaza San Martín. De allí se partiría en línea recta a ese espacio en el que se recogía el trauma colectivo nacional, el sacrificio

²⁵⁸ La Vida Moderna (por el Barón de Keef). En: El Comercio, Lima, p. 8 (La negrilla es mía)

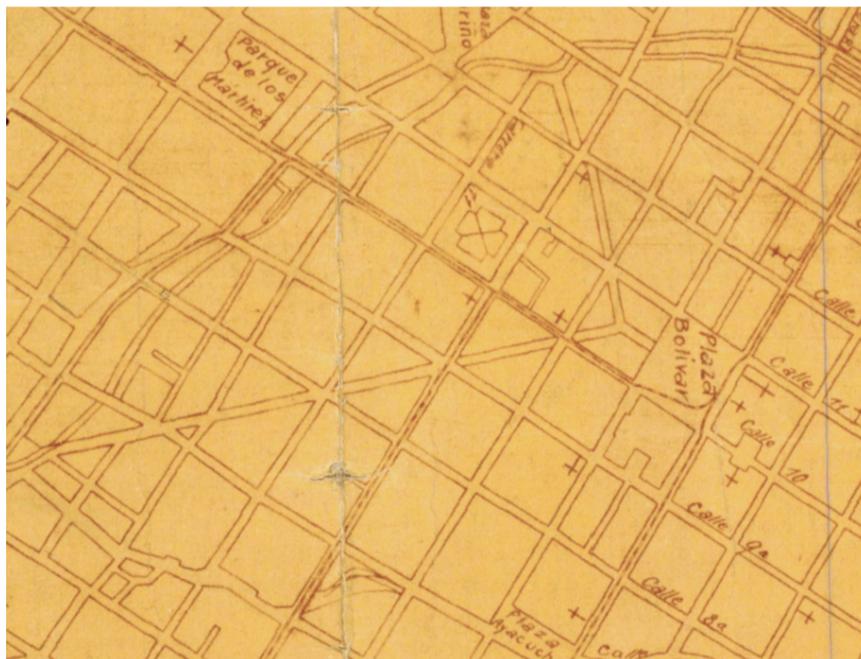
enaltecido de todos los ciudadanos en la Guerra del Pacífico representado por el monumento al coronel Francisco Bolognesi. Eran tres espacios, tres momentos articulados por un boulevard urbano que serían el eje celebratorio a partir del cual la ciudad se abriría a un nuevo porvenir.



Dibujo de la perspectiva que tendría la proyectada Avenida 28 de Julio.
Tomado de: Memoria de la Municipalidad de Lima. Librería e Imprenta Gil, Lima, 1906.

Al final hubo algo de ironía en que la avenida 28 de Julio no se construyera. Pues, al iniciar el siglo el trazado de la avenida aparece con mucha propiedad en varios planos de esas dos primeras décadas mientras que el espacio público de la plaza San Martín se presenta de manera difusa o simplemente no aparece. Pero en 1921 la plaza apenas insinuada unos años antes se inaugura con enorme expectativa ante los ciudadanos peruanos y delegaciones de todo el mundo con el monumento al héroe de la independencia, mientras que aquella obra que parecía segura, que se repetía en planos oficiales de intervención una y otra vez, languideció hasta quedar convertida en una idea nunca materializada.

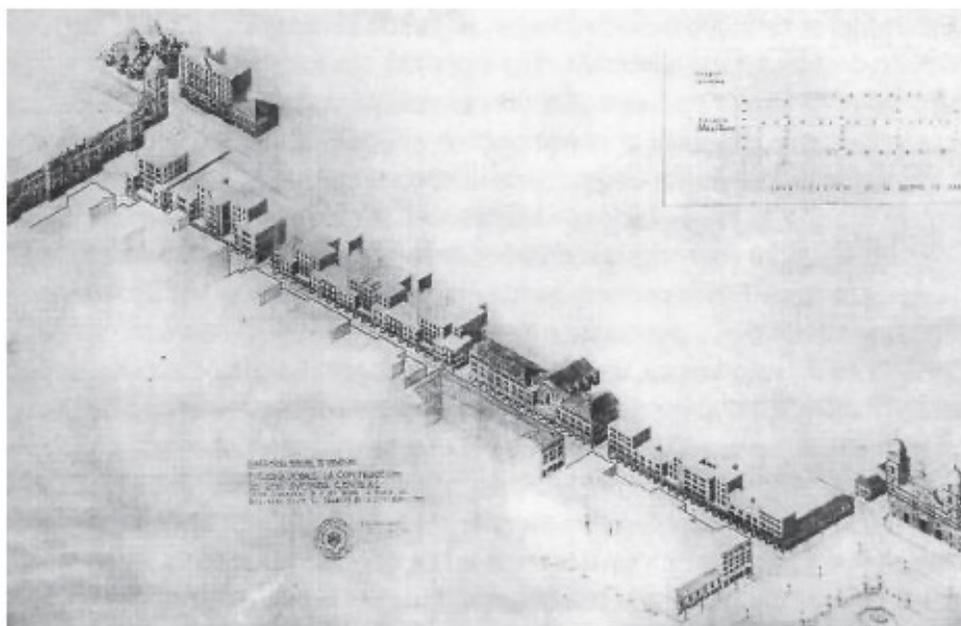
En el caso de la capital colombiana el plano Bogotá Futuro también consideró una intervención en el viejo trazado fundacional. Como se mencionó, Bogotá Futuro era ante todo un plano de ensanche, pero la seducción que la diagonal y la perspectiva ejerció sobre el ingeniero Uribe Ramírez para realzar los escenarios de poder fue tan intensa que este no pudo contener el impulso de utilizarlas. Dos vías diagonales rompían el viejo damero español y se encontraban a la altura de la carrera 8ª entre calle 10ª y 11 para luego terminar el trayecto en una única vía bulevar que remataba en la plaza de Bolívar. Eran vías en sentido occidente oriente que realzaban la majestuosidad de la catedral primada. Pero los asuntos del alma ahora debían compartir la centralidad de la vida cívica con el escenario más mundano de la política, por eso el ingeniero propuso abrir una vía a lo largo de cuatro manzanas en sentido sur norte, que conectaba la Plaza de Bolívar con el pasaje Rufino Cuervo, la vía creaba un circuito directo que era cerrado por dos edificios públicos de enorme importancia y valor arquitectónico en la época, el Capitolio Nacional en el costado sur de la plaza, sede del poder legislativo y la Gobernación de Cundinamarca -por esos años aún en construcción- sede del poder departamental sobre la que sería la Avenida Jiménez.



Detalle de las intervenciones propuestas por el Plano Bogotá Futuro para la Zona Central de Bogotá. Tomado de: <https://cartografia.bogotaendocumentos.com/mapa>

El eje además continuaba hacia el sur del Capitolio Nacional para completar el paseo conectando con el Palacio de la Carrera, la sede presidencial construida a comienzos del siglo XX. Ambas ideas permanecerían en mente de planificadores y arquitectos, nacionales y extranjeros, quienes defenderían propuestas para realizar el proyecto esbozado en los años 20.

El austriaco Karl Brunner en la década de los 1930, en su urbanismo de manual, propuso una intervención similar a la de Uribe Ramírez, de hecho “aunque Karl Brunner no menciona explícitamente el plano Bogotá Futuro en ninguno de los textos de su autoría encontrados hasta la fecha, da muestras de haber reinterpretado en sus proyectos de 1934 y de 1935, tanto en la nueva calle entre carreras séptima y octava, como en una de las diagonales planteadas para el área central de la ciudad en 1923 y 1925”²⁵⁹. Brunner en realidad es un poco más ambicioso, en el gráfico en el que presenta su propuesta de Avenida Central (el nombre idéntico al de la avenida limeña tampoco realizada) el Palacio de la Gobernación aparece terminado de modo que no tiene inconveniente en proponer la demolición del viejo pasaje Cuervo que el ingeniero del Bogotá Futuro dejaba intacto.



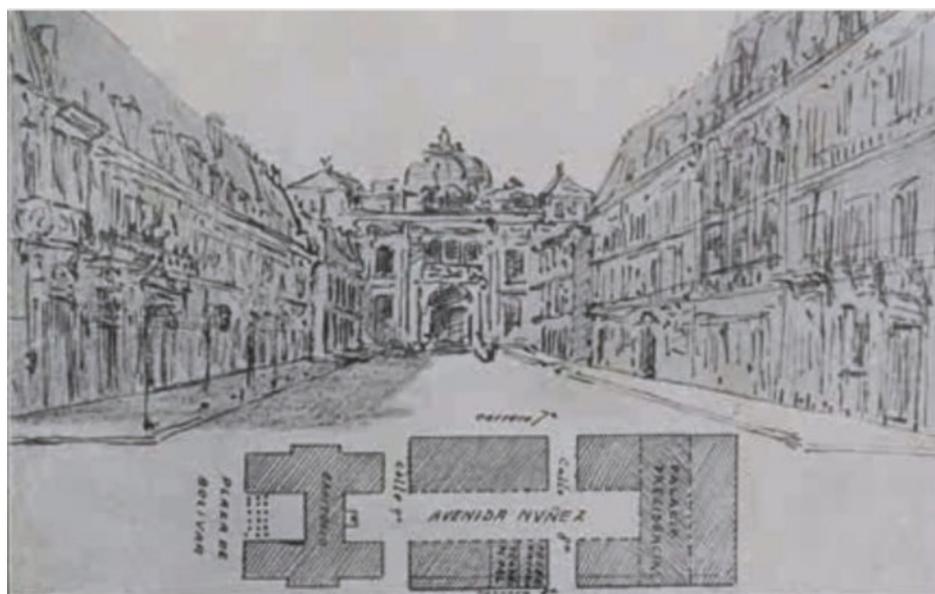
Proyecto Avenida central. Karl Brunner 1933. Tomado de: Alba, José Miguel. El Plano de Bogotá Futuro..., p. 200

²⁵⁹ Alba, José Miguel. El Plano de Bogotá Futuro..., p. 200

El eje del lado sur del Capitolio tuvo también una historia y un promotor, el arquitecto Pablo de la Cruz. No es posible saber con exactitud la influencia que éste tenía sobre el ingeniero Uribe Ramírez, pero según se mencionaba en la prensa:

(...) a principios de 1921 el doctor de la Cruz pidió una audiencia al entonces presidente de la república Don Marco Fidel Suárez, para proponerle hiciera votar una suma de dinero destinada a la apertura de una avenida (...) – Don Marco -nos dice el arquitecto de la Cruz- acogió fervorosamente la idea, insinuándome que hiciera un esquema o pequeño croquis, como para dar más vigor al proyecto [...] Años más tarde el doctor de la Cruz insistió en llevar a cabo su proyecto y, con tal fin se entrevistó con los presidentes Ospina, Abadía, Olaya y Santos, pero con tan mala suerte que siempre tropezó con la excusa de no haber fondos suficientes para realizar tan bella iniciativa²⁶⁰.

En esa propuesta inicial un esquema publicado en la revista el gráfico presentaba un plano de la calle y un dibujo esquemático de cómo se prefiguraba en la mente del arquitecto el futuro palacio presidencial, el cual cerraba de manera majestuosa la vía monumental que comunicaría las sedes del parlamento y del poder ejecutivo.



Esquema de la avenida Nuñez, 1921. En_ “Nostas Gráficas”, El Gráfico (Bogotá), no. 545, 9 de abril, 1921, 3.

²⁶⁰ El arquitecto Pablo de la Cruz concibió la Avenida Núñez, hoy Santander, hace más de veinte años” El tiempo Bogotá, 21 de agosto de, 1943, p. 8 . Citado en: Ramírez, Jorge. La vida y obra de Pablo de la Cruz. En: AA. VV. Pablo de la Cruz Serie Homenaje / Arquitectos en Bogotá. Editorial Universidad Nacional de Colombia – Sociedad Colombiana de Arquitectos – IDPC, 2019, p. 74

En 1939 aún se guardaba la esperanza de que esta avenida se construyera, el nombre había trasmutado de Núñez a Avenida Santander, refiriéndose al otro gran héroe en el santoral independentista. En esa fecha ya tardía, se proponía además cambiar el tipo de arquitectura que acompañaba la avenida y retroceder 150 metros la fachada del palacio para resaltar la perspectiva y de ese modo acentuar el carácter central en el entramado urbano de la sede presidencial. La mayor parte de estas ideas quedaron en el papel, pero la persistencia de ellas, la relevancia del debate público y los impulsos iniciales son un buen indicador de la enorme relevancia de la construcción de los símbolos urbanos de una nación en medio de las conmemoraciones.

Notas de cierre

Urbanizadores y urbanistas se encontraron en un momento decisivo de crecimiento y desarrollo urbano. Desde este primer avistamiento se presentía que la relación sería difícil, pues los objetivos de unos centrados en organizar el crecimiento y el de otros fundado en la búsqueda urgente de ganancias económicas eran incompatibles en aspectos fundamentales. De cualquier forma, ambos mundos estuvieron implicados en las conmemoraciones cívicas y esa participación daría cuenta de cómo la festividad fue una variable relevante en relación con el crecimiento urbano.

Los proyectos y propuestas de una ciudad diseñada para el poder fueron ambiciosas y grandilocuentes, los ingenieros, arquitecto y urbanistas en ese aspecto estuvieron a la altura de las circunstancias. Pero llevarlas a cabo fue más difícil de lo que se imaginaron, la mayor parte de las veces ni siquiera se iniciaron y cuando se iniciaron quedaron sin terminar. ¿qué ciudad entonces fue la que se construyó para celebrar y realzar el poder de la capital? Esa contradicciones, conflictos y realizaciones efectivas son las que discutiremos en el siguiente apartado.

CAPÍTULO IV

Las capitales eran una fiesta

Bogotá, Quito y Lima en tiempos del Centenario

“Esa noche la ciudad se puso su máscara de gran capital”

James Joyce
Dublineses

Conmemoraciones, festejos y espacio urbano.

Celebraciones conmemorativas hubo muchas, el patriotismo era una bandera que se agitaba con frecuencia. Pero pocas ceremonias de este estilo alcanzaron el nivel y la relevancia que tuvo la primera celebración del centenario, pocos eventos tuvieron el trasfondo del proyecto político que tuvo este y pocas ocasiones dieron un empuje tan certero a las transformaciones urbanas. En los tres países se realizaron al menos dos celebraciones grandes (en Ecuador se realizaron cuatro²⁶¹) pero en todos los casos la primera fecha correspondió a la de la ciudad capital y en todos los casos el entusiasmo y despliegue organizativo no tuvo el mismo ímpetu en las subsiguientes celebraciones, ni en las realizadas en otras ciudades.

El 10 de agosto de 1909 en Quito, el 20 de Julio de 1910 en Bogotá y el 28 de Julio de 1921 en Lima fueron momentos trascendentes, escenas centrales en la consolidación de un proceso y al mismo tiempo punto de quiebre para un porvenir que se anhelaba grandioso. Ya fueran presupuestos exiguos o sumas generosas, en cualquier caso, se tenía la certeza que la ceremonia de esa liturgia secularizada debía contar con un escenario decoroso, un “templo patriótico” digno del momento de gracia que se experimentaba. Si, como se lo habían prefigurado, la capital era el espacio geográfico fundamental de esos enormes territorios que representaban el “alma” de la nación, el esfuerzo para estar a la altura del desafío no podía ser menor.

²⁶¹ Carcelen, Ximena; Compte, Florencio & Del Pino, Inés. Ecuador en el Centenario de la Independencia. En: Apuntes. Revista de estudios sobre patrimonio cultural. Vol. 19, No. 2, 2006.

En contraste, el 7 de agosto de 1919 en Bogotá, el 24 de mayo de 1922 en Quito y el 9 de diciembre de 1924 en Lima fueron actos de cierre, allí se reforzó en lo esencial el discurso de poder y los escenarios simbólicos que las capitales habían construido para la primera celebración. Esta segunda fecha resultaba relevante en este contexto porque reforzaba la idea de que hubo un grupo pionero, un escenario fundante localizado en las ciudades capitales. El argumento requirió el desconocimiento de fechas previas y la imposición por medio de la fuerza - o de argucias explicativas- que permitió sellar los sucesos ocurridos en Bogotá, Quito y Lima a comienzos del siglo XIX como los definitivos en el proceso de creación de esas naciones²⁶².

Este capítulo abordará los centenarios de la independencia a través de tres elementos: I. la elección y definición de un lugar en el espacio urbano como piedra angular de la conmemoración, II. las exposiciones realizadas con motivo de la efeméride y III. el análisis de las diferencias de magnitud y despliegue en relación con la conmemoración de la segunda fecha a pesar de que el trasfondo que impulsó todas las celebraciones fue común. La expectativa es que este marco de análisis permita entender el modo en que los eventos conmemorativos contribuyeron a reafirmar un discurso ideológico construido durante largo tiempo, una ratificación que se concretaba en el espacio urbano a partir de evidencias materiales que, a modo de una profecía que se cumple a sí misma, parecía no dar lugar a dudas de que el *sumun* de la nación se encontraba de manera efectiva en las ciudades capitales.

La elección del Lugar

Durante el periodo imperial español en América, Santa Fe y Lima, sedes del virreinato de la Nueva Granada y del Perú respectivamente, celebraban fiestas cívicas que se tornaban más ceremoniales con la noticia de la llegada de un nuevo virrey. El rito mismo tenía dos aristas, la travesía del designado por un accidentado y agreste territorio y, por otra parte,

²⁶² En el caso del Perú uno de los más importantes antecedentes fue el grito emancipador de Francisco de Zela en la ciudad de Tacna en 1811. En Colombia por ejemplo durante todo el siglo hubo una sostenida disputa que hacía rivalizar fechas y locaciones, controversias en las que intervenían líderes de Popayán, Cartagena o Santander, todo reclamando para sí el papel de “precursores”.

la expectativa y los preparativos de los vecinos de la ciudad, sede del territorio a gobernar. Era un largo camino que involucraba mensajeros reales, al cabildo, a las autoridades y los súbditos de la corona. La llegada del nuevo administrador designado por el rey, o el rey en supuesta persona, era una de las ceremonias cívicas más importantes de la llamada “sociedad colonial”. No se trataba de un gobernador o un administrador cualquiera, su majestad y su poder residía en que:

(...) el virrey debía convertirse en un símbolo regio cuyas apariciones en público y su primera entrada a la capital debían reactivar el poder del monarca ausente. Con su entrada triunfal y, luego, con el gesto generoso del banquete los fuegos artificiales y el “hacer corte” se haría evidente su diferenciación con los demás participantes de la celebración. Todo iría muy bien hasta que después, el virrey y su séquito decidieran descansar en el palacio virreinal, que, al igual que todo el ceremonial debía tener un carácter excepcional que distinguiera a los nuevos huéspedes del resto de habitantes de la Nueva Granada²⁶³.

Era una llegada pausada, que comenzaba con el intercambio epistolar, continuaba con el envío de un embajador y seguía con el encuentro entre la comitiva real y los corregidores y autoridades de poblaciones como Honda, Facatativá y Fontibón en el caso de la Nueva Granada; o Piura, Trujillo y el Callao en el caso del Virreinato del Perú. El recibimiento que demarcaba el punto final del trayecto se realizaba en los límites de la ciudad construida y proseguía con un recorrido por las sedes de las más importantes instituciones en el casco urbano. El culmen de la ceremonia lo determinaba la llegada al palacio virreinal, la imagen de la entrada del virrey Villagarcía a Lima es un buen ejemplo de ello:

Hay una suerte de guion sonoro que marca la entrada pública al centro, a partir de sucesivas salvas en momentos claves. Hay una salva cuando el virrey concluye el juramento y entra en la ciudad; hay otra cuando el cortejo del virrey llega hasta el cuadrilátero de la Plaza Mayor, y por último, cuando el virrey entra al palacio²⁶⁴.

La expectativa, la larga espera, los preparativos y el recibimiento eran todas manifestaciones simbólicas que indicaban que el poder venía de afuera, literalmente los

²⁶³ Aristizábal, Diana. Poder y distinción colonial: las fiestas del Virrey Presente y el rey Ausente. Nueva Granada 1770 – 1800. Bogotá, editorial universidad del Rosario, 2011, pp. 104 – 105

²⁶⁴ Ortemberg, Pablo. Rituales de poder en Lima (1735 . 1828) De la monarquía a la república. Lima, Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014, p. 78

súbditos acogían una autoridad externa que llegaba a regir los destinos de quienes habitaban el territorio. Pero con la independencia ese ritual fundamental cambió, en los primeros años de vida independiente las festividades cívicas, que antes se habían desarrollado en forma de recibimiento de un poder externo que venía de muy lejos, ahora debía reformularse e improvisar algunas transformaciones sobre la marcha.

Al principio el afán obligó a adaptar ciertos ritos para estar a tono con la celebración de las nuevas efemérides republicanas. Muchos de los espacios urbanos que sirvieron para realizar fiestas virreinales se utilizaban ahora para atender los ritos que celebraban la aparición de jóvenes naciones. Las diferencias parecían pocas y muchas conmemoraciones cívicas “seguían el modelo de las formas de celebración del régimen colonial (...) ciertos aspectos del ceremonial festivo heredado parecían no estar en contradicción con las nuevas maneras de ver y de llevar a cabo las celebraciones republicanas”²⁶⁵.

Pero la dimensión del proyecto nacional no permitió que la estabilidad durara mucho tiempo y tarde que temprano fue necesario recomodar y diseñar nuevos altares para la patria. Algunos elementos eran de sentido común, por ejemplo, la fuente de poder que era objeto de regocijo público ya no debía ser esperada, no entraba a la ciudad, sino que emanaba del interior mismo del territorio urbano capitalino. Por esa razón el primer recurso de espacio ceremonial fue la plaza mayor, pero las fiestas y ceremonias fueron cambiando a medida que avanzaba el siglo. Eso explica que el papel de la plaza mayor se transformara en la segunda mitad del siglo XIX cuando “pierde fundamentalmente su carácter monopólico de centro vital. La ciudad crece y otros centros de animación comienzan a ser los lugares de mayor concurrencia”²⁶⁶.

²⁶⁵ Colón, Luis Carlos. Representar la nación en el espacio urbano: Bogotá y los festejos del centenario de la Independencia. En: Gutman, Margarita & Molinos, Rita (editoras). Construir centenarios latinoamericanos en la era de la globalización. Ediciones Infinito, OLA, The New School University. Buenos Aires, 2012, p. 314

²⁶⁶ Rojas, Miguel. La Plaza Mayor. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002, p. 176

Las exposiciones agrícolas e industriales, las procesiones, las paradas militares o la interpretación de himnos habían hecho parte de las conmemoraciones a lo largo del siglo XIX, pero fue solo hasta inicios del siglo XX con los actos de preparación de los centenarios que se proyecta la construcción de un espacio específico para concentrar allí el programa festivo. Esas celebraciones, particularmente las primeras fechas, las que rememoraban los hechos ocurridos en el centro mismo de las capitales, involucraron el espacio urbano completo, pero en todos los casos era posible identificar dos nodos a partir de los cuales se estructuraba el circuito monumental y festivo. A la tradicional plaza fundacional se le sumó entonces La Plaza San Martín en Lima, el Parque de la Independencia en Bogotá y el Palacio de la Exposición en el Parque de la Recoleta en Quito.

Como ya se mencionó, defender el papel de la ciudad capital como el lugar desde el que se celebraba y desde donde se determinaba la fecha definitiva de conmemoración requirió tiempo y fue necesario acudir a un sofisticado aparato intelectual para legitimarle, fue un ejercicio exitoso de lo que algunos han llamado el “disciplinamiento de la memoria social”. La confianza y el orgullo que sentían las élites por lo que se suponía significaba la ciudad capital, permitió que se instaurara a comienzos del siglo XX, y gracias a los centenarios, el 20 de julio de 1810, el 10 de agosto de 1809 y el 28 de julio de 1821 como las fechas fundamentales y compartidas de estos estados nacionales, a pesar de que esos días hacían referencia a sucesos locales.

En Colombia, por ejemplo, durante el siglo XIX hubo varios intentos para tratar de instaurar el 20 de julio como la fecha que indicaría la fiesta nacional de la república, pero sistemáticamente fue rechazada “las ciudades capitales de las viejas provincias seguían celebrando las hazañas de la Independencia realizadas en sus territorios y por sus habitantes, y en muy raros casos, celebraron la fecha que se quería imponer como nacional”²⁶⁷. Algo similar ocurrió en el Ecuador, en 1908 un periodista se lamentaba porque “en el Ecuador no hay una fecha única que conmemore el principal de nuestros

²⁶⁷ Román, Raúl. Celebraciones centenarias. La construcción de una memoria nacional en Colombia. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia (Sede Caribe), 2018, p. 133

acontecimientos: la génesis de nuestra soberanía, unificando así la acción gratulatoria de los ecuatorianos”, afirmaba que existían al menos tres distintas fechas y finalizaba su queja con una pregunta retórica “¿cómo se entiende?”²⁶⁸.

En la diatriba del periodista quiteño había un lamento adicional relacionado con los aniversarios de los santos patronos realizados en varios poblados de la nación. Su incomodidad residía en que muchos de esos festejos “revisten mayor importancia para sus devotos y son más lindamente (sic) celebrados. (...) Esto engendra cierta frialdad para con las fiestas patrias; frialdad injusta que se transparenta en los programas de la celebración y que, francamente, nos avergüenzan un poco”²⁶⁹. Deploraba además que las conmemoraciones del aniversario de la independencia en la propia capital fueran tan modestas, pero al final se tranquiliza él mismo porque “el año que viene [1909] será otra cosa. Tendremos exposición internacional en Quito”. Señalaba en su escrito que las tareas prioritarias y fundamentales para alcanzar el decoro y la majestuosidad en la celebración eran la destinación de recursos para las actividades, pero en especial la construcción “rápidamente del edificio y sus dependencias exteriores adecuadas al objeto que se persigue, en el menor lapso de tiempo (sic) posible”²⁷⁰.

La construcción de nuevos espacios públicos, específicamente destinados a conmemorar una fecha que se quería imponer como nacional, tenía además la función de reafirmar una grandeza que antes aparecía como simplemente espiritual, había que tener certezas y esas certezas se concretaba en el repertorio monumental y edilicio. Como afirma el historiador Mosse, los mitos nacionales no se mantenían aislados “sino que se ponen en funcionamiento mediante el uso de símbolos: materializaciones visibles y concretas de los mitos en las que la gente podía participar”²⁷¹. Estos nuevos espacios urbanos reavivaban el vínculo ciudadano con la patria, era el eje en el que la ciudad capital sintetizaba la nación, un espacio contenedor de los más antiguos y sagrados valores y,

²⁶⁸ Mora, Ernesto. “A través del Ecuador”. En: Patria. Revista Ilustrada. Año III, N°. 32, 1908, p. 555

²⁶⁹ Mora, Ernesto. “A través del Ecuador”..., p. 555

²⁷⁰ Mora, Ernesto. “A través del Ecuador”..., p. 555

²⁷¹ Mosse, George. La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos..., p. 23

por otro lado, punta de lanza de un porvenir que se prometía sofisticado, virtuoso y colmado de progreso.

Los nuevos territorios para los festejos coincidían, además, con las áreas en las que había comenzado un tímido mercado de tierras, haciendo coincidir los espacios de crecimiento urbano (que había iniciado unos años antes) con el circuito celebratorio. Fue entonces, un espacio simbólico y aspiracional, una doble connotación que conllevó a no pocas disputas y controversias en la elección del lugar. Si como dice el historiador Vale “todas las procesiones –revistas militares, recorridos presidenciales, desfiles celebratorios, protestas civiles- consisten en el poder moviéndose a través del espacio, el punto de origen, la ruta y el destino- puede ser símbolo y puede convertirse en parte del significado del evento”²⁷². Desde este punto de vista es posible entender más claramente el calibre de la discusión en la que estaban involucrados los encargados de los actos cívicos en estas fechas trascendentales.

Ese fue el tono de las controversias suscitadas en Quito a propósito de la elección del lugar para la realización del principal evento conmemorativo: la Exposición Internacional de 1909. El director de la Junta del Centenario reportaba un inconformismo inicial, según él porque: “si el Supremo Gobierno hubiese adquirido como se propuso el edificio y los terrenos del Seminario Menor, quizá sí habría sido posible establecer en ese lugar con economía de tiempo y de dinero la Exposición Nacional”²⁷³. El Seminario Menor estaba en la zona norte de la ciudad contiguo al Parque de la Alameda una zona “destinada al uso del grupo social que busca aislamiento, seguridad y compartir un espacio público entre personas similares”²⁷⁴. El propio presidente Eloy Alfaro había definido que esta celebración debía realizarse en la zona del Ejido al norte de la ciudad, el decreto de 1907 así lo expresaba²⁷⁵.

²⁷² Vale, Lawrence. *Architecture, power and National identity...*, p. 9

²⁷³ Borja, César. Director Ad-honorem de las obras de la Exposición Nacional. Informe Que eleva al Ministerio de Fomento..., p. 16

²⁷⁴ Del Pino, Inés. *Espacio urbano en la historia de Quito: territorio, traza y espacio ciudadano*. Tesis para optar al grado de Doctora en Arte y Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá) – Facultad de Artes, Mayo 2017, p. 159

²⁷⁵ “Art. 2º. El gobierno del Ecuador construirá por su cuenta, y en lugar conveniente **del Ejido de la Ciudad** de Quito, el gran edificio o pabellón Nacional de la EXPOSICIÓN [mayúscula sostenida en el original], y los

Pero en lugar de ello se eligió una zona en la parte sur, al otro extremo de ese espacio, cerca de la nueva estación del tren, lo que implicó una enorme inversión en “el desbanque y reparación de la Carrera Maldonado desde el túnel de la paz hasta el puente de la Machángara y la reconstrucción de la plaza de la Recoleta”. La edificación que en poco tiempo debía convertirse en el Palacio de la Exposición se consiguió por un contrato entre Dolores Jijón v. de Gangotena quien representaba a la Asociación Señoras de la Caridad y José Felix Valdivieso quien representaba los intereses del gobierno. Era un préstamo que permitía el uso de la Casa de Beneficencia y que:

suponía el uso de los patíos, terrenos y materiales de construcción, y duraría hasta la clausura de la exposición. Se fijo un año como plazo máximo para la desocupación del edificio, al término del cual, el gobierno lo devolvería a sus legales propietarias con todas las reformas e inversión verificadas para su conclusión²⁷⁶

El contrato generó júbilo en un sector de la prensa local que de escéptica pasó al optimismo; se leía en uno los apartes: “hasta ayer, para decir verdad, dudábamos de la realización de tan magnifico proyecto, a causa de las dificultades que se presentaron desde el primer momento (...) pero hoy no podemos dudar ni un solo instante será celebrada con el programa mejor que puedan idear los pueblos”²⁷⁷. Y a los agradecimiento con el grupo de damas que había decidido ceder el terreno, se le sumaba una opinión optimista, al parecer algo desbordada, sobre el edificio que se convertiría en el Palacio Nacional de la Exposición, del cual se decía que era “un gran edificio arquitectónico, completamente nuevo y que, a poca costa, ha de quedar merecedor del objeto a que se la ha destinado”²⁷⁸, expectativas frustradas poco tiempo después pues los esfuerzos y la inversión para dejar el edificio a tono no iban a ser de poca monta como lo sugería el periodista.

edificios secundarios, galerías, establos, pesebres, etc., destinados a la exhibición de animales”. Decreto del presidente Eloy Alfaro, 31 de octubre de 1907, Imprenta Nacional, Quito, p. 4 (La negrilla es mía)

²⁷⁶ Vásquez, María. El Palacio de la Exposición Nacional de 1909. Quito, Fondo de Salvamento Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2009, pp. 39 - 40

²⁷⁷ “Centenario de la Independencia”. En: El Imparcial, Sábado 18 de Julio de 1908, Año II, Núm. 363, p. primera página

²⁷⁸ Centenario de la Independencia”. En: El Imparcial, Sábado 18 de Julio de 1908, Año II, Núm. 363, p. primera página

No es fácil determinar cuál fue la razón para cambiar el lugar la celebración y optar finalmente por la zona sur. Es probable que la inauguración del tren que llevaba a la costa tuviera mucho que ver. De cualquier modo, en 1907 y 1908 aún no se definía hacia dónde crecería la ciudad, el propio ingeniero Gualberto Pérez previó el crecimiento urbano justamente hacía esa zona sur y, como vimos, ya había oferta de venta de lotes, factores que probablemente influyeron en quienes tenían la palabra final sobre el lugar en el que se haría la exposición. Al final, cuando las obras estaban por concluirse, se advertía un porvenir promisorio para esta zona:

...esas obras sólidas y bellas, levantadas sobre cimientos perdurables, a poco trecho de la Estación de Ferrocarril y en el centro de la parte de la población de Quito que, naturalmente busca expansión en los campos sanos, fértiles y pintorescos de los declivos y de los valles del Sur, serán, (...) en no lejanos días, el centro monumental a cuyo alrededor ha de desarrollarse, en extensión, hermosura y riqueza, **una nueva ciudad**²⁷⁹

En Bogotá también hubo controversias en relación con el lugar donde se conmemoraría el Centenario de la Nación Colombiana. Tres años antes de esos festejos, en 1907, por mandato e interés del presidente Rafael Reyes, se realizó en la capital una Exposición Nacional Agrícola para conmemorar 97 años de los hechos ocurridos en Julio de 1810 en Bogotá. Fue un evento realizado con afán, se desarrolló en una zona denominada Parque de los Hermanos Reyes, al norte de la ciudad frente a otro parque conmemorativo: el del Centenario, construido en honor a Simón Bolívar en 1883. El parque de los Hermanos Reyes era en realidad un potrero que buscó ser adaptado en apenas 30 días para recibir animales y tres pabellones construidos por industrias locales en esa exposición de 1907; el aspecto sencillo del parque se constataba en el propio escrito de las memorias del evento:

El escaso tiempo que se ha dispuesto para el arreglo del Parque, lo presenta poco menos que en estado natural, pues apenas se ha desbrozado el terreno y hecho lo muy indispensable para ponerlo en estado presentable y con capacidad suficiente para

²⁷⁹ Borja, César. Director Ad-honorem de las obras de la Exposición Nacional. Informe Que eleva al Ministerio de Fomento..., p. 16 (el resaltado es mío)

albergar en su seno los animales y demás objetos que figuraron en la Exposición. Sin embargo, nada más pintoresco que las perspectivas que allí se divisan²⁸⁰.

La falta de una infraestructura decorosa, con apenas una verja de hierro sobre la Avenida de la República que encerraba el solar, intentaba disimularse con asociaciones grandilocuentes, como la supuesta evocación a “los bosques sagrados de la vieja Germania” o las “selvas de la ingenua imaginación de los griegos”, pero la verdad es que el lugar apenas si podía considerarse un espacio público. A pesar de ello, las actividades mostraron el potencial que tenía la zona y evidentemente se convirtió en el antecedente más cercano para la realización posterior en esa zona de un evento de mayor envergadura.

La Ley 39 de 1907, que ordenó la organización de actividades para la conmemoración del Centenario de Colombia, no dejaba en claro cuál sería el lugar en que se realizaría la exposición, seguramente algunos confiaban que se llevara a cabo en el terreno en el que se había realizado el evento de 1907. El Ministerio de Obras Públicas en noviembre de 1908 dirigió una carta en este sentido al Concejo de la Ciudad²⁸¹ en el que recomienda que se use el Bosque de los Hermanos Reyes para tal fin. Un mes después, en el mismo año de 1908, el propio Concejo prevé la necesidad de abrir “camellones, avenidas, prados y kioscos, arregl[o] de aguas para hacer un lago, y en fin lleva[r] a cabo las demás obras de ornato y comodidad”²⁸² en este lote de la ciudad. En septiembre de 1909 la Junta del Centenario confirma el Bosque de los Hermanos Reyes como el espacio en el que se realizaría la Exposición Nacional²⁸³ y ya en octubre de 1909 el Concejo de la ciudad “por medio del Acuerdo 16 (...) renombró el Bosque de los hermanos Reyes como ‘Parque de la independencia’”²⁸⁴.

²⁸⁰ Fiesta Patrias. Relación de los Festejos del 20 de Julio y 7 de Agosto de 1907 en la Capital de la República. Con la descripción completa del Concurso Agrícola, industrial e hípico. Edición Oficial, Imprenta Nacional, Bogotá 1907, P. 12

²⁸¹ “Carta del Ministerio de Obras Públicas al presidente de la Municipalidad de Bogotá”. Citado en: Cendales, Claudia. La vida privada de los parques y jardines públicos. Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2020, p. 105

²⁸² “Carta a los miembros del Concejo”. Citado en: Cendales, Claudia. La vida privada de los parques..., p. 105

²⁸³ Revista del Centenario. Órgano de la Comisión Nacional. Febrero 14 de 1910, No. 1, p. 6

²⁸⁴ Archivo de Bogotá, Proyectos de Acuerdo del Concejo Municipal. Citado en: Cendales, Claudia. La vida privada de los parques..., p. 105

Pero algo ocurrió a finales de 1909, la seguridad y certeza de quiénes defendían el Bosque de los Hermanos Reyes (o Parque de la Independencia) sufrió un baño de incertidumbre cuando alguien, aún no se sabe muy bien quién, propuso hacer la Exposición al sur de la ciudad. En el acta de la Junta Organizadora del 18 de noviembre de 1909 se reporta un informe rendido por un funcionario del Ministerio de Obras Públicas sobre el Molino de Tresesquinas, debido a ese reporte “la Comisión resolvió citar a los miembros de la Comisión Organizadora de la Exposición Industrial y Agrícola, para el domingo a las nueve de la mañana, con el fin de visitar en asocio con ellos dicha finca”²⁸⁵. La visita reportó avances y en la siguiente reunión de los comisionados la Junta no sólo aprobó la compra de un lote adyacente para ensanchar el terreno, sino que además ordenó enviar una nota al Ministro de Obras Públicas para que entregara los lotes cuantos antes y de ese modo iniciar los trabajos²⁸⁶.

Estos avances prendieron las alarmas entre los detractores, al parecer muchos en la ciudad. La primera respuesta en contra de esta proposición vino de la Sociedad de Agricultores de Colombia, quienes tenían interés en el lugar pues, terminadas las jornadas de conmemoración, el sitio de la Exposición se destinaría para la construcción de la Escuela de Agricultura. En su comunicación al Ministro de Obras Públicas el director de la Sociedad condenaba el lugar conocido como el Molino de Tresesquinas, ubicado en el sur, por su falta de infraestructura y conexión con la ciudad, por las pésimas condiciones higiénicas y porque eran tierras muy fértiles “de primera calidad”, las escuelas de experimentación debían establecerse, según ellos, “siempre en terrenos de calidad media”. Finalmente, argumentaba que la institución vecina era el asilo de locos “y no sería bien visto ni parece conveniente que una pared venga a separar la morada de estos desgraciados con los campos de estudio en que se van a educar los jóvenes de la Escuela. La exposición es alegría y el Asilo de Locos es Tristeza”, por ello conminaban al Ministro y a la junta organizadora a que la Exposición y la Escuela Agricultura se hicieran “en la

²⁸⁵ “Acta de la sesión del 18 de noviembre de 1909”. En: Revista del Centenario. Órgano de la comisión Nacional, febrero 18 de 1910, Bogotá, Número 9, p. 10

²⁸⁶ “Acta de la sesión del día 23 de noviembre de 1909”. En: Revista del Centenario. Órgano de la comisión Nacional, febrero 18 de 1910, Bogotá, Número 9, p. 11

parte norte de la ciudad donde hay tranvías, ferrocarril, buen servicio de coches, y donde quedan el Hipódromo, el Polo Club, en fin, que allá [en el norte] deben celebrarse esta clase de fiestas nacionales”²⁸⁷.

A medida que pasaban las semanas, el lote del sur de la ciudad parecía consolidarse como el espacio para la realización de las obras, pero al mismo tiempo las críticas se hacían más fuertes, y ya en diciembre de 1909, los ataques comenzaron a provenir de la prensa, particularmente en la Gaceta Republicana. Allí se publicaron una serie de artículos a favor y en contra de la decisión tomada por la Comisión Organizadora. La primera diatriba fue contra el lote escogido, decía un columnista que era “un lugar por todos los aspectos totalmente inaceptable (...) el Molino de la Hortúa, o el gran muladar de Fucha, cuyo solo nombre repugna a los sentidos y es como una agresión al buen gusto”. La realización de las actividades de festejo en esa parte de la ciudad era para el periodista el equivalente a caer en la barbarie y se lamentaba porque parecía que “una mano trágica, algo siniestro y maldito nos lleva fatalmente a un lamentable atraso. Colombia es el país cangrejo”.

Si se comparaba con lo que ocurría en Europa, en Norteamérica, en África y en los vecinos países suramericanos -continuaba- el caso colombiano era “desolador”, pues:

Quando todo progresa, cuando el resto del mundo busca la luz, Colombia en la hora más grande, más solemne de su historia busca, como alimaña medrosa, para exhibir sus progresos, un rincón infecto, abandonado, yermo, refugio de miserias humanas, en donde la misma naturaleza está enferma y dañada, un sitio inaceptable, tocado de muerto, en los más miserables extramuros de su Capital²⁸⁸.

Insistía sobre dos ofensas que, según él, infligía la decisión del cambio del espacio donde se realizaría la exposición. Por un lado, una ofensa a la higiene (de hecho, en ella concentra su crítica inicial publicada en este primer artículo) pues el nuevo lugar los visitantes estarían horriblemente expuestos “a la peste, a la muerte, al exterminio de gentes y

²⁸⁷ Comunicación del señor Francisco Ospina de la Escuela de Agricultura al Señor ministro de Obras Públicas. Bogotá, noviembre 23 de 1909. En: Revista del Centenario. Órgano de la comisión Nacional, abril 27 de 1910, Bogotá, Número 14, p. 109

²⁸⁸ La Exposición de la Independencia -Hacia el Sur-. En: Gaceta Republicana. Jueves 9 de diciembre de 1909, Núm. 121, Bogotá, Primera página.

además, [la pérdida del] aseo nacional, la higiene pública”. El otro tema objeto de sus preocupaciones era la cultura, encarnada en los visitantes de la Exposición, decía al respecto:

Ese es el delicioso sitio, ese es el Versalles encantador a donde varios señores de la Junta del Centenario se empeñan en mandar a una sociedad aseada, elegante, culta, una sociedad de mujeres hermosas, de señoras de gran fuste y distinción, de caballero de alto coturno, de niños primorosos rollizos, de sabios, de virtuosos sacerdotes, de alegres estudiantes, de músicos, de prosadores, de altos políticos, de pintores, de poetas, de notabilidades en el foro, en la ciencia, en la milicia, en la industria, en el comercio, en la banca, en la agricultura...²⁸⁹

En un nuevo artículo, decidió recurrir a una descripción del entorno del Molino de Tresesquinas para acentuar su molestia con la decisión de cambiar la zona de los festejos. Presentaba a sus lectores la zona del barrio de las Cruces (el cual era vecino del lote objeto de su disgusto), y sus ataques iniciaron con un sobrenombre con el que bautizó esta parte de la ciudad: "Chircalópolis" o "Pompeya de los Chircales", haciendo referencia a la actividad de producción de ladrillos para la construcción que se fabricaban en los hornos de chircal de la zona. Para él, la crítica por las pésimas condiciones del solar elegido para llevar a cabo la Exposición se podía extender a toda esa área de la ciudad, según su argumento porque "en todas las partes del mundo el progreso, como arraigado por una mano extraña, se detiene en el Sur. Es misterioso, pero evidente que se forma como un nudo fatal que esfuerzo alguno es capaz de desatar"²⁹⁰. Afirmaba que, en una excursión a modo de trabajo de campo, había podido percatarse del tipo de personas que habitaban el barrio de las Cruces:

A cada parada del coche rodeábanos (sic) las gentes miserables, curiosas y aleladas. Mujeres demacradas, niños escuálidos, rostros espantados de orejas profundas y belfos

²⁸⁹ La Exposición de la Independencia -Hacia el Sur-. En: Gaceta Republicana. Jueves 9 de diciembre de 1909, Núm. 121, Bogotá, Primera página.

²⁹⁰ La Exposición de la Independencia -Hacia el Sur- Segunda Entrega. En: Gaceta Republicana. Viernes 10 de diciembre de 1909, Núm. 122, Bogotá, Primera página.

caídos, gentuza infeliz de aquella que dice Dicenta: engarfia el hambre por el estómago (...) que brotan el zaquizami y la choza ruin²⁹¹.

Un contraste nítido si se le compara con el tipo de personas que, se suponía, asistirían a la Exposición Nacional. Agregaba que en aquellos “basureros inmundos (...) nunca la escuela naturalista metiera plumas ni pinceles. Nunca Zolá, jamás Carlos Dickens pintaran tan crudamente la infección, miseria, la podre... Es desastroso”²⁹². Sentenciaba que “esa sería la Exposición de la Independencia, y los concurrentes, si los hay, los mártires del siglo XX”²⁹³.

Los primeros en protestar fueron los habitantes del barrio Las Cruces, quienes en una nota al periódico condenaron las descalificaciones realizadas por el reportero y prometieron responder los señalamientos²⁹⁴. Un columnista del mismo diario reconoció que había argumentos que jugaban en contra de la elección de la zona norte y los sintetizó de la siguiente manera:

por allá [San Diego] también hay mucho de eso, y además, falta lo principal: el agua, que aquí tenemos en abundancia, que en ese lado se encuentran el Panóptico y el Cementerio vecindades poco agradables (...) que, por sobre otras muchas razones está la de que el terreno elegido es propiedad del Gobierno y costó varios millones, y allá tendrán que comprarse y quién sabe a qué precio; y, por último, que por lo mismo que esto es tan malo y es tan desastroso y en lamentable estado se encuentra, como afirman nuestros contrarios, debía procurarse darle a esta sección de la ciudad una participación en las mejoras materiales, en ornato y progreso²⁹⁵.

²⁹¹ La Exposición de la Independencia -Hacia el Sur- Segunda Entrega. En: Gaceta Republicana. Viernes 10 de diciembre de 1909, Núm. 122, Bogotá, Primera página.

²⁹² La Exposición de la Independencia -Hacia el Sur- Segunda Entrega. En: Gaceta Republicana. Viernes 10 de diciembre de 1909, Núm. 122, Bogotá, Primera página.

²⁹³ La Exposición de la Independencia -Hacia el Sur-. En: Gaceta Republicana. Jueves 9 de diciembre de 1909, Núm. 121, Bogotá, Primera página.

²⁹⁴ “Protesta”. En: Gaceta Republicana. Martes 14 de diciembre de 1909, Núm. 122, Bogotá, Primera página. La nota estaba acompañada por varias firmas, la primera de ellas la del párroco del barrio y continuaba con varios nombres.

²⁹⁵ “Papel y Tinta”. En: Gaceta Republicana, miércoles 15 de diciembre de 1909, Núm. 123, Bogotá, primera página.

Una opinión publicada al día siguiente en el mismo diario señalaba que la Exposición debería realizarse en la zona Sur, pues, aunque era cierto que en el norte “la vida civilizada y culta se ha ido para allá en corriente impetuosa y rápida”, y que también era cierto que en el sur “reina la soledad y la tristeza; que las calles son torcidas y mal habitadas y sólo hay por allí barracas y casucas (sic) de aspecto desagradable”, al final el criterio que debía prevalecer era el de mejorar ciertos sectores de la ciudad: “que se le de también a esta sección de la metrópoli su porción de beneficios, de cultura y progreso. No todo ha de ser para un lado nada más. (...) o la cuerda se tira para todos, o no se tira para ninguno”²⁹⁶.

En la respuesta prometida por los vecinos del barrio Las Cruces se hacía la consabida defensa del barrio, reconocían las dificultades en términos de infraestructura, pero se negaban las acusaciones en contra de los pobladores de quienes se decía “era gente culta y caballerosa que sabrá dispensar las atenciones que la sociedad que las frecuente merezca”²⁹⁷, pero sobre todo, insistían en que el lugar elegido debería ser en el sur, porque entre todas sus ventajas, como el agua y la posibilidad de mejora de un sector pobre de la ciudad, era claro que “el Gobierno, en vez de hacer erogaciones comprando terrenos de que no tiene necesidad, haga uso de los suyos que posee en este barrio evitándole así al pueblo nuevas contribuciones”²⁹⁸. Pero las esperanzas de los defensores de la zona sur estaban próximas a convertirse en frustraciones.

Dos días después, un artículo firmado por anónimos expositores anunciaba que la controversia parecía ya resuelta “por el buen sentido y la mejor intención de los Sres. Miembros de la Junta, en dirección Norte”, decisión que agradecían porque para ellos era “el sitio mejor, más bello y más apropiado para celebrar la Exposición. No hay lugar a duda, y cuantos argumentos se quieran aducir en contra, serán acaparados por nosotros y combatidos con razones potables”²⁹⁹. Diez días después de esa comunicación los miembros de la Junta Organizadora harían una visita a la zona norte y aceptarían gustosos

²⁹⁶ “Papel y Tinta”. En: Gaceta Republicana, jueves 16 de diciembre de 1909, Núm. 124, Bogotá, primera página.

²⁹⁷ Gaceta Republicana. Viernes 17 de diciembre de 1909, Núm. 125, Bogotá, primera página

²⁹⁸ Gaceta Republicana. Viernes 17 de diciembre de 1909, Núm. 125, Bogotá, primera página

²⁹⁹ “Fiestas del Centenario”. En: Gaceta Republicana. Lunes 20 de diciembre de 1909, Núm. 127, Bogotá, primera página

la invitación del dueño de unos terrenos adyacente que, según parecía, cedería de manera gratuita a modo de préstamo para la realización de las actividades. De ese modo la controversia quedó saldada, pues uno de los principales argumentos de los defensores del sur, la carestía de los terrenos en el norte quedaba subsanada con la “generosidad” del dueño de los terrenos, el señor Antonio Izquierdo.

En Lima la Exposición no tuvo el mismo papel central que en las capitales de los países vecinos, fue apenas una actividad más en el calendario festivo, quizá una de las menos importantes. En contraste, en Lima la gran obra del Centenario fue la construcción de la Plaza San Martín (y el emplazamiento del monumento al prócer en ella) y la inauguración de la Avenida Leguía, un eje de expansión hacia el sur “sobre el cual se colocaran la mayor cantidad de esculturas y monumentos públicos”³⁰⁰. Estos espacios urbanos actuaron como los ejes en los que se concentraron las actividades programadas para la efeméride y fueron ellos en los que se centró la atención.

Es difícil afirmarlo de manera categórica, pero ni las fuentes, ni la historiografía parecen reseñar controversias profundas en relación con los emplazamientos elegidos para la construcción de la plaza San Martín o la Avenida Leguía³⁰¹. Reseñan si, controversias en relación con el diseño de la plaza o las críticas al monumento a José de San Martín, pero no al lugar en el cual se abriría este nuevo espacio público. Hay incluso algunas voces, como la de Santiago Basurto, que sugiere no construir la plaza, según él porque “la implantación de una Plaza en San Juan de Dios no obedece a ninguna necesidad, allí no hay nada que obligue a hacer un centro determinante de arterias especiales”³⁰². Pero sus

³⁰⁰ Hamann, Johanna. Leguía, el Centenario y sus monumentos..., p. 302

³⁰¹ En relación con la Plaza San Martín se revisaron Hamann, Johanna. Leguía, el Centenario y sus monumentos..., pp. 178 – 190; Monteverde, Luis. Proyectos estatales y privados para erigir un monumento público al general José de San Martín en Lima y Callao (1822 – 1921). Tesis para optar al título profesional de Licenciado en Arte, Universidad Nacional de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas – E.A.P de Arte, Lima – Perú, 2014, pp. 216 – 235; Orrego, José Luis. Y llegó el centenario..., pp. 129 – 134, en ninguno de ellos se hace mención a controversias o voces en contra en relación con el lugar en el que se construiría la plaza.

³⁰² Basurto, Santiago. La Avenida “Nicolás de Piérola” y la ubicación del Teatro Nacional. En: Informaciones y Memorias, boletín de la sociedad de ingenieros del Perú. Vol. XVI, Lima, Julio y Agosto de 1914, Núm. 7 y 6, p. 245

argumentos parecen ceñirse a un discurso técnico en el que reivindica el papel de la velocidad y considera antiestético la ubicación de un monumento en la zona.

Pero quizá la falta de controversias se debió a dos razones : la primera es que la plaza se proyecta en un espacio dentro del viejo trazado de la ciudad. Debido a esta condición no afectaba intereses de aquellos que ambicionaban beneficios como consecuencia de la expansión de la ciudad, como si ocurría en Bogotá y Quito. La otra razón es que al parecer era un sitio con algún deterioro y que un cambio en ella parecía contar con el consenso de muchos sectores de la sociedad limeña.

De cualquier modo, sí es posible identificar las primeras propuestas de transformación apenas despuntaba el siglo XX. En 1901 el alcalde Federico Elguera proponía crear un espacio público e intervenir la zona para “mejorar sus lamentables y abandonados contornos urbanos”³⁰³, aunque ese proyecto no se concretó, paulatinamente se insistía en que esos terrenos deberían ser reformados. En 1906, el informe que rendía el propio Elguera, hablaba de una nueva plaza que remataría una vía la cual conectaba con la Plaza de Armas. Pero dos años después, en 1908, en un informe presidencial se menciona por primera vez la posibilidad de construir una plaza dedicada a José de San Martín en los predios de la estación del tren.



Estación del tren Lima-Callao antes de ser demolida para construir la Plaza San Martín. Tomado de: <https://bit.ly/3oU2aTB>

³⁰³ “La Plaza San Martín y la edificación de sus contornos”. En: Ciudad y campo y caminos 1930, VI (47). Citado en: Hamann, Johanna. Leguía, el Centenario y sus monumentos..., p. 179



Terreno destinado a la Plaza San Martín en el centro de la Avenida Nicolás de Piérola. Aspecto del lugar donde se situará la base. En: Variedades. Revista Semanal Ilustrada. Lima, 18 de noviembre de 1916, p. 1538

Solamente fue hasta 1912 que los trabajos comenzaron con la demolición de la antigua estación y la adecuación de varias manzanas para la construcción de un teatro. La intervención incluía además una cuidadosa definición de los edificios que estarían en el contorno de la plaza. El primero en aparecer fue el Teatro Colón en 1914 y se proyectó la construcción del Teatro Nacional, que posteriormente canceló el presidente José Pardo. El impulso real y concreto del proyecto ocurre en 1917, ese año se dan herramientas para “expropiar los terrenos (...) construir un hotel de primera clase (Hotel Bolívar) y ampliar la Avenida Colmena o Nicolás de Pierola”³⁰⁴, también se aprueba el presupuesto para poder llevar a cabo el proyecto, de manera que resuelto el tema legal y el financiero la obra se va convirtiendo en realidad.

³⁰⁴ Esta cita y el recuento detallado del proceso se encuentra en: Monteverde, Luis. Proyectos estatales y privados para erigir un monumento público al general José de San Martín..., p. 219



Perspectiva para la construcción de la Plaza San Martín. En: Variedades. Revista Semanal Ilustrada. Lima, 18 de noviembre de 1916, p. 1537

La discusión sobre el diseño artístico del monumento y el diseño arquitectónico de la plaza merece una reseña aparte. Por ahora basta con mencionar que inicialmente hubo interés por parte del arquitecto polaco Brunon Paprocki que no fue considerada, pues se prefirió la de Ricardo de Jaxa Malachowsky, quien realizó una propuesta y la entregó en 1919. Pero los diseños cambian como cambian los gobiernos, y luego de que el presidente Pardo fuera depuesto por Leguía en 1919, los diseños de Malachowsky son transformados en favor de la propuesta de Manuel Piqueras Cotelí, más cercano a los afectos del nuevo presidente.

La plaza San Martín era apenas una etapa en la definición del circuito celebratorio de los cien años del Perú. Si la Plaza de Armas era un recordatorio del periodo del imperio español, la Plaza San Martín lo era de la gesta independentista y la ruta continuaba con el relato de las hazañas más cercanas en el tiempo con el monumento al 2 de Mayo, que conmemoraba la victoria peruana ante la armada española en 1868 y finalizaba con el monumento al coronel Francisco Bolognesi, héroe de la traumática guerra del Pacífico que había finalizado en 1884. Ambos lugares fundamentales dentro de la estructura urbana porque parecían orientar los ejes de expansión de la ciudad.

Pero Augusto Leguía, quizá extrañado, pensó que hacía falta un monumento que mirara al futuro. Negociante y admirador del mundo capitalista como era, impulsó la construcción de una avenida, una obra de infraestructura que estuviera al mismo nivel que la Plaza San Martín en la conmemoración, pero no celebraría el pasado, sino el futuro, tanto de la nación como de la ciudad capital. Como suele ocurrir con esas personalidades autoritarias, con esos líderes carismáticos, la fe acérrima en sus capacidades los impulsa a celebrar de modo desmedido sus propias obras. La Avenida Leguía no fue una vía más, en los años veinte se convirtió en el símbolo que representaría el capítulo último y glorioso -al menos así lo pensaba el propio presidente y sus seguidores- de esa accidentada historia de la nación peruana que se narraba en el espacio urbano capitalino, y ese capítulo se refería, cómo no, al propio Leguía.

Era un oportunismo que explotaba la feliz coincidencia de varios factores que encontró Leguía cuando llegó al poder: en primer lugar una vía que ya en 1919 estaba en construcción luego de muchos avatares a partir de la primera propuesta realizada en 1916; en segundo término, una fuerte presión inmobiliaria de urbanizadores ávidos de ganancias y, finalmente, la búsqueda acuciosa de un espacio urbano que celebrara la nación en el Centenario, pero no la vieja nación peruana, sino la nueva (la Patria Nueva), la que se abría al progreso, la que prefiguraba el porvenir; a falta de una exposición industrial una obra que mostrara los logros de la tecnología, la concreción de un proyecto que se materializaba ante los ojos de los habitantes de la capital.

Todo eso se encontró Leguía, y trató de no desaprovecharlo. Algunas voces inconformes se levantaron en protesta, al parecer, porque como dijimos antes, en los extrarradios urbanos se daban cita tanto los urbanizadores codiciosos como los rentistas acomodados, también codiciosos, pero más pacientes. Éstos últimos se convirtieron en los principales detractores del proyecto, y algún poder debieron haber tenido, pues fue necesario proclamar una ley de expropiación por vía de utilidad pública para “persuadirlos”. Pero especialmente, porque 15 años después aún los recordaban; en el folleto laudatorio que publicó el Partido Democrático Reformista en 1935, según ellos, para desagraviar al por entonces difunto expresidente, se menciona que en la construcción de la recordada avenida la “ejecución fue estorbada por algunos de los dueños de los fundos atravesados por el trazo, que, sin embargo del evidente beneficio que iba a reportarles, se opusieron tenazmente”³⁰⁵.

Los opositores al final cedieron no tanto por la contundencia de la ley como por la seducción de las ganancias futuras. Superado el escollo la construcción avanzó a buen ritmo bajo el empuje del presidente y la diligencia de los constructores, la compañía norteamericana The Foundation Company. Un tramo de la avenida estuvo listo para las festividades de 1921 y allí se emplazaron varios monumentos, como por ejemplo el obsequiado por el gobierno belga (el estibador), el obelisco conmemoratorio de la propia vía o el Monumento a Antonio José de Sucre inaugurado con motivo de la conmemoración del centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924.

³⁰⁵ “La Avenida Leguía”. En: Fundación Augusto B. Leguía. Lima 1919 – 1930. La Lima de Leguía (Edición facsimilar con introducción de Enriqueta B. Leguía). Lima, 2007, p. 42 (El folleto original se publicó en 1935)

The Foundation Company ha Construído la Avenida Leguía



Foto Empresa Pictórica del Perú, de un aeroplano de la Cia. de Aviación Comersial, piloto Sr. Fournier.
En esta vista aérea se vé que la Avenida Leguía parte de la esquina izquierda inferior y pasando bajo el Arco de los Españoles, sigue en línea diagonal atravezando toda la fotografía hasta el extremo de arriba por donde llega a Miraflores.

Una eficaz demostración de la influencia saludable para el
desenvolvimiento de las Urbanizaciones por medio de los

BUENOS CAMINOS

En 1921, un automovil, después de infinitas sacudidas durante 45 minutos de viaje, por caminos tortuosos traía al pasajero de los balnearios a Lima, mientras que el recorrido que hoy ocupa la Avenida Leguía, dormía en medio de los campos y de las viejas haciendas.

En 1924, una corriente continua de automóviles se desliza sobre las bandas paralelas de asfalto que unen en 12 o 15 minutos de trayecto Lima a los Balnearios. Magníficas casas se multiplican mágicamente en las nuevas Urbanizaciones que rodean la Avenida, mientras que el precio de las propiedades imitando a los aeroplanos establece nuevos records de altura.

Anuncio de la Avenida Leguía. Tomado de: Revista ciudad y campo y caminos, 1924

Pero hubo dos monumentos que revelan el nivel de importancia que esta vía tenía para quienes organizaban la celebración de 1921: el arco Morisco obsequio de España y la plaza y monumento a George Washington. Como se sabe la ubicación de los monumentos no son meros caprichos, y menos en épocas de celebración. Justo estos dos países desempeñaban un papel fundamental en el guion festivo, en el caso de España porque representaba la vuelta a una supuesta grandeza pasada de la que los peruanos se suponía eran herederos, era un componente de un soporte intelectual y espiritual que curiosamente se reavivó justo con la celebración de la independencia. Estados Unidos, por su parte, representaba el poderío económico, científico y tecnológico, era la nación a la vanguardia en el camino del progreso, el país que seguramente demarcaba la senda que debía ser recorrida.

Tanto la Avenida Leguía como la Plaza San Martín fueron proyectos que tuvieron vigencia a pesar de los cambios de gobierno o regímenes políticos. Más de una década había pasado entre la fecha de concepción de estas iniciativas y su inauguración efectiva en la conmemoración del Centenario, esto parecería demostrar un acuerdo tácito en los círculos de poder en relación con el tipo de ciudad que se quería producir y los circuitos celebratorios de la capital. Dice Esquivel que “Leguía tenía una visión alternativa de modernidad” y que la llamada “Patria Nueva” era “un cambio radical en la propuesta de la élite”, afirma ella que esto podía evidenciarse en la propuesta de demolición de grandes solares urbanos para construir allí nuevas avenidas como parte de medidas higienistas³⁰⁶. Aquí se cree que no, por lo menos en términos de intervención urbana, la propuesta de Leguía no parece radicalmente diferente en comparación con las propuestas que hacían los integrantes de otras vertientes ideológicas en periodos anteriores, había un guion soportado, entre muchas otras cosas, por el conocimiento científico y las perspectivas de riqueza, deshacerlas no era fácil, por más distancias ideológicas que tuvieran los gobernantes de turno.

Alistar las ciudades para convertir su espacio público en un espacio de celebración evidenció los conflictos, intereses y perspectivas que son inherentes a las discusiones sobre el espacio urbano. Los aspectos simbólicos se encontraron con los intereses políticos y económicos, con problemas de segregación, con crisis higiénicas, con anhelos de tecnología, en fin, con la complejidad de la vida urbana y uno de los esfuerzos más acuciosos estuvo en tratar de conciliar todas estas aristas. En las tres ciudades, los nuevos lugares concebidos específicamente para la conmemoración de los centenarios eran espacio que prefiguraban el crecimiento y ampliación de la ciudad.

Tanto en Quito como en Bogotá, la perspectiva de una nueva ciudad era un argumento que se esgrimía de forma manifiesta. El Comisionado encargado de la Junta organizadora de Bogotá lo reconocía de manera abierta cuando intervino en la discusión sobre el lugar de realización de la exposición, decía él que las características del espacio al sur “hacen

³⁰⁶ Esquivel Coronado, Jessica, La urbanización al sureste de Lima..., p. 184

de Trespuntas de Fucha uno de los lugares más apropiados para fomentar la expansión de la ciudad, con la formación de barrios nuevos”³⁰⁷, una explicación que reiteró en varios escritos en los que defendía su posición hasta que las fuerzas de las circunstancias le hicieron deponerla.

Es entendible entonces que los impulsores del negocio de la urbanización utilizaran diversas estrategias para atraer y beneficiarse de esas obras que se hacían con tanto afán. En Lima, por ejemplo, la avenida Leguía debió incluir una modificación del trazado “se le adicionó una diagonal que conectara con la parte occidental de Miraflores y se incluyera, de este modo, las subdivisiones de la Hacienda Santa Cruz a la nueva avenida”³⁰⁸, terrenos de la familia Bielich y que evidentemente terminaban beneficiándolos.

En Bogotá ante la inminencia del cambio de lugar, los fieros ataques se acompañaron de acciones “altruistas”, algo similar a lo que ocurrió en Quito con las señoras de la Caridad. En el caso colombiano la caridad había corrido por cuenta de Antonio Izquierdo; el empresario convocó a los miembros de la Comisión Organizadora a una visita al parque y poco después en las actas se registraba que el lugar elegido por unanimidad era el Parque de la Independencia y “el parque contiguo, que patriótica y gratuitamente ha ofrecido el señor don Antonio Izquierdo, para efectuar allí la Exposición Industrial, Agrícola y Pecuaria”³⁰⁹, los coqueteos del empresario al grupo de hombres encargados de la organización del evento habían surtido efecto.

Las ciudades capitales eran también la ciudad del capital; a comienzos del siglo XX ya no parecía haber dudas al respecto. Los centenarios irrumpieron en el espacio urbano con

³⁰⁷ “Comunicación del presidente de la Junta del Centenario Manuel J. Concha al Ministro de Obras Públicas” Bogotá, 10 de diciembre de 1909. En: Revista del Centenario. Órgano de la comisión Nacional, abril 27 de 1910, Bogotá, Número 14, p. 111

³⁰⁸ Stiglich, Matteo. City Unplanning. The Techno-Political Economy of Privately-Financed Highways in Lima. Submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy under the Executive Committee of the Graduate Schools of Arts and Sciences, New York, Columbia University, 2019, p. 39

³⁰⁹ Comunicación del secretario al presidente de la Comisión Principal del Centenario de la Independencia. Diciembre 29 de 1909. En: Revista del Centenario. Órgano de la Comisión Nacional. Abril 21 de 1910, Núm. 18, p. 98

un fuerte repertorio simbólico, pero ese repertorio no se entiende si no se incluyen otras variables como la urbanización, los ideales de progreso o el desarrollo capitalista. Un desarrollo capitalista incipiente, es cierto; apenas despuntando, sin duda, pero que permeaba las actitudes y los modos de actuar de unos cuantos, los suficientes para promover el despegue de una nueva ciudad. Esa visión permite entender las controversias, los conflictos y en particular las defensas acérrimas en las que se embarcaron algunos habitantes por el lugar en el que se harían las conmemoraciones.

La pregunta insidiosa de los habitantes del bogotano barrio de Las Cruces en la contestación a quien los difamó echa luces sobre esa nueva dinámica urbana: “¿no será la parlera sevicia del Sr. Reporter, hija exclusiva del lucro que obtenga con la venta de unos terrenos ubicados en La Magdalena?”³¹⁰, la ausencia de respuesta a esa pregunta es tan elocuente como lo fue el crecimiento de la mancha urbana en las tres capitales a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

Las Exposiciones

Las ciudades europeas del siglo XIX fueron un desafío en muchos sentidos: crecimiento acelerado, riqueza, industria, nuevas formas de vivir, miseria, muerte prematura, caos, tecnología, en fin, el abigarrado mundo de la economía de mercado concentrado en un espacio relativamente pequeño. Los artistas de la época se sintieron desafiados ante este nuevo mundo seductor y terrible que, como el hombre en la multitud de Poe, era un enigma difícil de resolver. Pero encontraron una manera de hacerlo y esa manera fue simplificándolo. Charles Dickens, el más emblemático de los escritores que abordó intelectualmente a esa ciudad industrial encontró el mecanismo, redujo la ciudad a dos mundos enfrentados y claramente discernibles. En el caso de sus novelas -especialmente las primeras- se trataba de una oposición paradigmática entre ricos y pobres, dos mundos claramente delimitados e identificables, discernibles moral y espacialmente. Sus

³¹⁰ Gaceta Republicana. Viernes 17 de diciembre de 1909, Núm. 125, Bogotá, primera página

lectores ahora tenían un primer modo de entender ese abigarrado paisaje que parecía tan complejo³¹¹.

Una estrategia análoga fue utilizada por los organizadores de ferias y exposiciones universales. Como hicieron los escritores, la organización de una exposición buscaba simplificar un mundo diverso, complejo y, las más de las veces, desconocido. En el primer capítulo de este trabajo se reseñó la dificultad para administrar, organizar y controlar esos territorios nacionales, las exposiciones eran justamente un medio para tratar de, a través de una suerte de magia, crear la ficción de una nación, pues una exposición era “la miniatura o sinécdoque espacial de un país literalmente domesticado, donde provincias, plantas y animales harían su propia ‘representación’ ordenada: separados, clasificados y mantenidos a una cómoda distancia”³¹².

El propio estado-nacional, él mismo una abstracción, se volvía real, tomaba forma concreta en imágenes y elementos cuyo guion expositivo, además, reafirmaba en el visitante el sentimiento genuino de estar viviendo en un nuevo mundo fantástico y fácilmente descifrable pues “eran versiones selectivas de la imagen que se proponía representar; momentos en los que la industria y la ciencia podían existir en todas sus virtudes y ninguna de sus imperfecciones”³¹³. En ese relato coherente de la nación, la ciudad capital cumplía un papel fundamental porque “si la exposición no hace más que reproducir un país en una versión compacta de modo que tanto nacionales como extranjeros hagan una excursión, aunque en pequeño por toda la república” al mismo tiempo la república “por un efecto inverso se convierte en una inmensa extensión de la exposición. La exposición puede abarcar a toda la república porque todo es susceptible de ser objetivizado y exhibido ante la mirada de todos, convertido en espécimen, prototipo o curiosidad”³¹⁴. El mecanismo se convertía en una alternativa potente y

³¹¹ Esta discusión se puede seguir en: Moretti, Franco. Atlas de la novela europea 1800 – 1900. Trama Editorial, Madrid, 2001. Especialmente el capítulo 2 titulado “Historia de dos ciudades”.

³¹² Andermann, Jens & González-Stephan, Beatriz. Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina. Beatriz Vierendebo Editorial, 2006, p. 8

³¹³ Tenorio, Mauricio. Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880 – 1930. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1998, p. 15

³¹⁴ Andermann, Jens & González-Stephan, Beatriz. Galerías del progreso..., pp. 8 – 9

funcional para aquellos defensores de la capital como “alma de la nación”. El país entero cabía en la ciudad capital porque ella estaba en todo el país.

Cincuenta años de organización de exposiciones locales y de participación en certámenes mundiales habían dejado enseñanzas; se sabía de la potencia de las imágenes y los objetos para transmitir fe en el porvenir de la humanidad y de la república, pero también se sabía del enorme prestigio que tributaba ser la sede de estos espectáculos del mundo capitalista. Había sido el caso de Chicago en 1893, en su disputa por realizar la exposición Colombina, sus habitantes tenían la esperanza de que la costa este de los Estados Unidos “les viera al fin como más que un villorrio perdido habitado por codiciosos matarifes de cerdo”³¹⁵. El empeño puesto en la organización de las exposiciones de Quito en 1909 y Bogotá en 1910, así como la ausencia de una de iguales dimensiones en Lima en 1921, nos dará una pista acerca del papel que cumplieron estos eventos para reforzar la imagen de centro de la nación de estas ciudades capitales latinoamericanas.

El primer elemento a destacar es que, debido a esta relevancia, los preparativos de las conmemoraciones se tornaron casi que heroicos. Las normas que daban vida a las comisiones y juntas de organización se hicieron con varios años de antelación, pero establecer los presupuestos, llevar a cabo las obras y coordinar los planes de los diversos eventos, parecían empresas imposibles a medida que los meses corrían. La magnitud del proyecto hizo que algunos temieran lo peor, como el caso de un sector de la prensa quiteña quienes desconfiaban “de que la Exposición Nacional no se verifique y se comprometa el prestigio del país ante el concepto universal, siempre tan severo en sus apreciaciones y fallos”³¹⁶. O ya fuera porque ocurrieran verdaderas catástrofes, como la del incendio del Palacio de Pizarro en Lima, apenas unos días antes de inaugurarse los festejos conmemorativos, y que se temió fuera la “primera terrible etapa de un paréntesis de espanto y ruina, que venga a poner sobre el fasto de los festejos una nota de terror y angustia que todo lo domine”³¹⁷; o la amenaza de cancelación en Quito debido al brote

³¹⁵ Larson, Erik. El diablo en la ciudad blanca. Ebook, 2003, s.p.

³¹⁶ “El gobierno y la exposición”. En: Revista Ilustrada del Centenario. Quito, Mayo de 1908, p. 56

³¹⁷ “Incendio del palacio de Pizarro en Lima”. En: Revista El Gráfico. Julio 9 de 1921, p. 123

de peste negra en el puerto de Guayaquil, o la inveterada falta de presupuesto, en fin, cualquier contratiempo exigió la presencia de buenos gestores y el empeño en salvar varias veces la realización del evento.

El más importante de los desafíos era que las obras públicas no podían exceder el inexorable plazo impuesto como fecha límite, que era obviamente el día de celebración del centenario. Superado el escollo de la elección de un lugar, el siguiente paso consistía en definir el guion del acto central y la construcción de los espacios que le albergarían. Aquí hubo diferencias relevantes en los tres países; la más importante, como ya se dijo, fue que en Lima la exposición no fue protagonista sino personaje de segundo orden. Ello se debía a que los limeños habían tenido la oportunidad de aplacar sus ansias cosmopolitas desde muy temprano, casi que al mismo tiempo que la fiebre expositora que invadió a Europa y Estados Unidos. El certamen limeño se realizó luego de la mítica exposición de Londres en 1851, pero antes de la Parisina (1889) y la de Chicago (1893).

La exposición industrial de Lima se realizó en el año 1872, se habían hecho otras con anterioridad, pero esta tenía una particularidad: la construcción de un espacio específico para llevarla a cabo. La intención de los organizadores era similar a muchas de las exposiciones que se realizaban por esos años, oficiar un rito propio de celebración de la industria, y para tal efecto crear un espacio en el que la razón debía exteriorizarse, pues todo gran acto humano debería tenerlo: “para las religiones, sus templos; para las ciencias, sus universidades; para las industrias, las exposiciones”³¹⁸. Se eligió un solar al sur de la ciudad, contiguo a la penitenciaría y aprovechando terrenos que quedaban libres luego del derrumbe de las murallas.

Allí se delineó un parque que recibió el Palacio de la Exposición, un zoológico, el pabellón Bizantino, la casa gótica, dos salones en fierro, un salón para exposición de obras hidráulicas, un salón para señoras, una glorieta de fierro, un reloj de torre, una casa

³¹⁸ El correo del Perú, Edición especial, 28 de julio de 1872. Citado en: Quiñones, Leticia. El Perú en la vitrina. El progreso material a través de las exposiciones (1851 – 1893). Lima, Universidad Nacional de Ingeniería, 2007, p. 99

chinesca, un jardín botánico y varios kiosques, comunicados todos por caminos en medio de jardines³¹⁹. El esplendor de este escenario, que sufrió los rigores de la guerra con Chile y tuvo que ser refaccionado luego del conflicto, se convirtió en memoria y eje central de la ciudad en esa búsqueda de zonas de ensanche. De hecho, de allí partiría la Avenida Leguía hacia Miraflores, que como se mencionó fue un importante eje de celebración del centenario en 1921.

Fue una exposición temprana, hubo muchas otras incluso antes de mitad de siglo, pero pocas iniciativas de este estilo en Latinoamérica habían tenido los recursos financieros y el empeño para concretarse. Todavía en 1921 –e incluso hasta hoy- el Parque de la Exposición era un referente de espacio público en la ciudad, es entendible entonces que la realización de una exposición nacional o internacional no fuera una prioridad en la conmemoración del centenario en Lima, en la mente de los organizadores esa era una etapa superada.

Pero no tener una exposición de grandes dimensiones no significaba no tener exposición, para los organizadores de las actividades de conmemoración del centenario había una máxima según la cual *sin exposición no hubo festejo*. Por esa razón, en Lima se realizó una exposición en 1921, una que respondía como ninguna otra a ese precepto fundamental de las exposiciones desde que fueron inventadas, aquel que rezaba que todas ellas “eran efímeras, eran momentos fugaces de la ufanía y el autoengaño”³²⁰. Desde el principio se tenía la certeza de que sería un espacio transitorio, pues en 1920 cuando se anunciaban las primeras noticias, la prensa reseñaba que el promotor del proyecto era Antonio Smeraldi, representante en Lima del material de construcción *Beaver Board*³²¹, una fibra de madera comprimida en laminas que se utilizaría para construir el que fue llamado Palacio de la Exposición, pero que el ingenio local dio en rebautizar como el Palacio de Cartón.

³¹⁹ Quiñones, Leticia. El Perú en la vitrina. El progreso material..., p. 89

³²⁰ Tenorio, Mauricio. Artilugio de la nación moderna..., p.

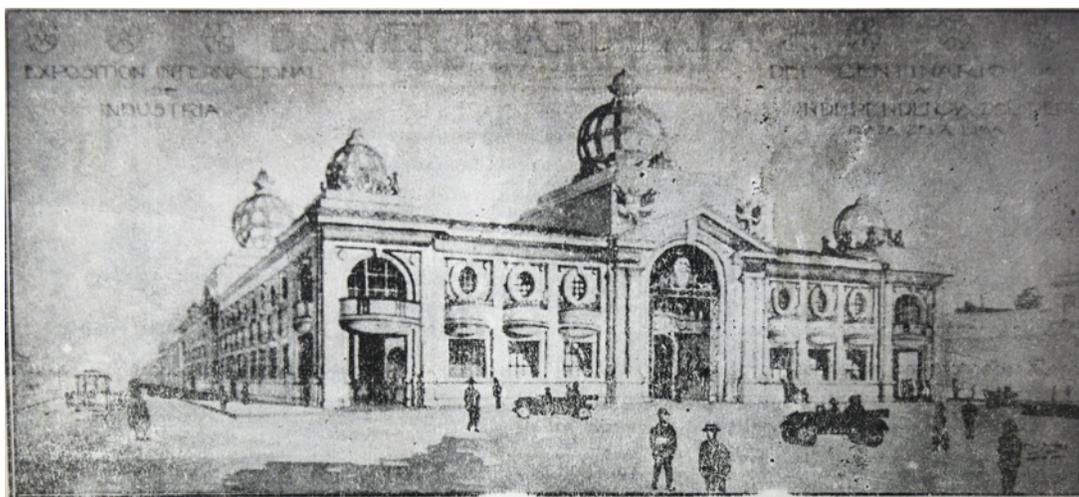
³²¹ “Gran edificio para el centenario”. En: Revista Mundial. Lima, 22 de octubre de 1920, Año 1, Núm. 26, s.p.

LA EXPOSICION INDUSTRIAL DEL CENTENARIO

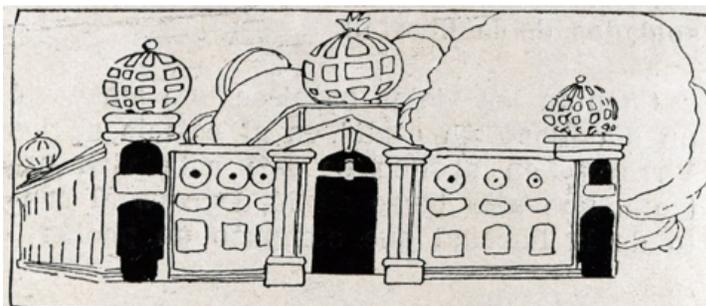


Caricatura en homenaje al señor Antonio Smeraldi promotor de la Exposición Industrial del Centenario. En: Revista Mundial, Lima 30 de septiembre de 1921, s.p.

La iniciativa era exclusivamente privada pero como era natural el gobierno ofreció todo el apoyo e impulso. Al final, el objetivo no era diferente al que se había propuesto en otras ceremonias del mismo estilo, ser reflejo del progreso del país, exponer los adelantos técnicos, tecnológicos y científicos para conseguir “ser la mejor propaganda que podamos ofrecer a los que vengan de afuera”³²². El espacio para la exposición, con algunos problemas que retrasaron su entrada en operación, estuvo listo con sus expositores en Julio de 1921 y la exposición pudo realizarse sin mayores contratiempos.



“Gran edificio para el centenario”. En: Revista Mundial. Lima, 22 de octubre de 1920



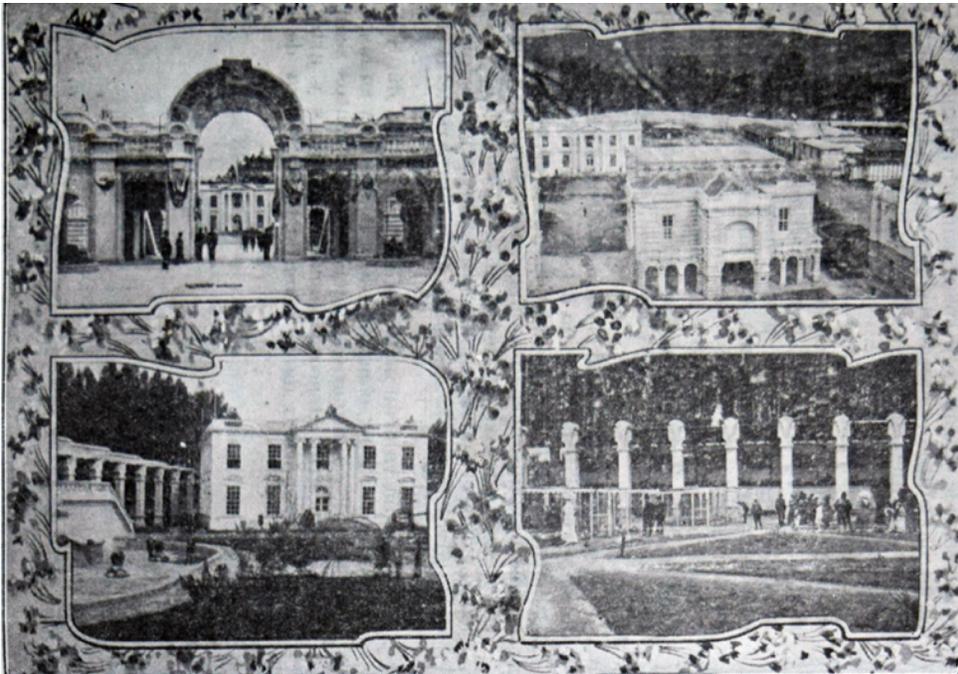
¿Este adoquín churrigueresco, hecho con papel de cometa que han dado en llamar Palacio de la Exposición de Industria Nacional, o sea, Palacio de Vivos y Bobos (Beaver-Board) ?

“La última cosecha ¿qué habrá para el centenario?”. En: Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, 16 de abril de 1921

³²² “Nuestro próximo Centenario - La exposición industrial”. En: Revista Mundial, Lima 3 de junio de 1921, Año II, p. 487

En Bogotá y Quito la exposición fue el evento central, por eso la construcción de los escenarios de las exposiciones requirió más esfuerzo, porque ahí estaba todo, o casi todo, pues era ese el lugar para celebrar la patria, la pasada y la presente, un presente fáctico o imaginado daba igual, en cualquier caso ese templo de celebración de la industria, la ciencia y el arte era ahora, también, el templo de conmemoración de Colombia y Ecuador, ahí las capitales encontraban su conexión cosmopolita, su lugar en el mundo.

En ambas ciudades, como ya se dijo, hubo que superar mil obstáculos: de organización, de tiempo y de presupuesto. Fue necesario convocar a los arquitectos e ingenieros mejor preparados en ambos países, o traerlos de otro lugar. En el caso de Quito se contrató los servicios del profesor de la Escuela de Arte, el portugués Raúl María Pereira, quien estuvo al frente de las obras del Palacio de la Exposición; de la adecuación de la avenida que llegaba hasta el Parque de la Alameda se encargó al general Sergio Pérez, otro tramo de adecuación de la avenida se le concedió en contrato al ingeniero del ferrocarril Sr. Mac Clure, contratos con el artista Carlo Libero Valente y con los ingenieros Francisco Manrique y Gualberto Pérez también fueron reportados. En Bogotá Arturo Jaramillo Concha, Alberto Borda Tanco, Mariano Santamaría o Escipión Rodríguez, por solo mencionar los nombres más relevantes, estuvieron al frente del diseño y construcción de los pabellones.



Vistas del Palacio de la Exposición. Tomado de: El Primer Centenario del Ecuador, 1909, Quito, p. 112



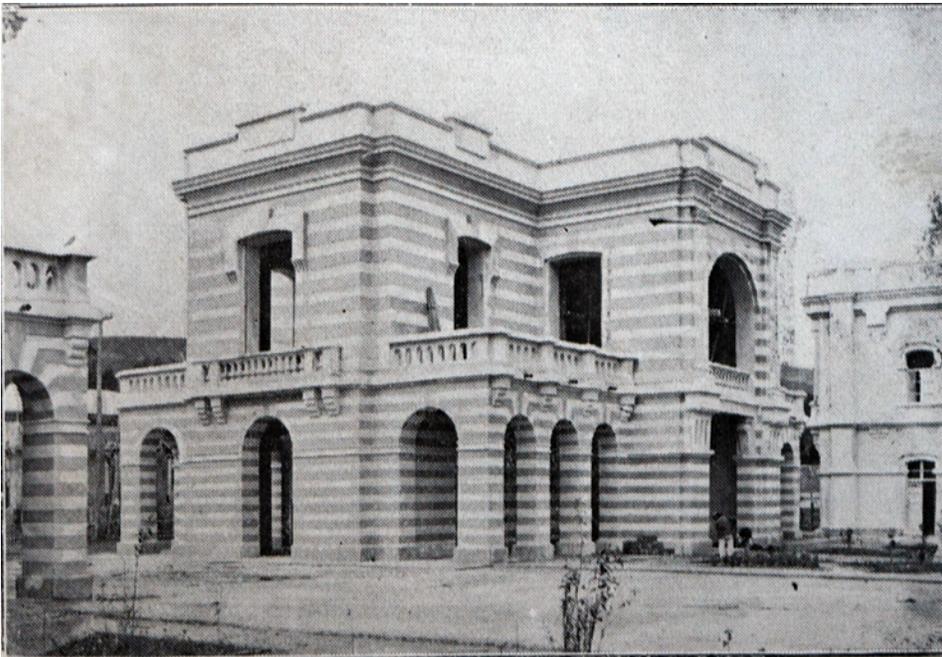
"Pabellón Italiano". En: La Ilustración ecuatoriana. Quito, 9 de octubre de 1909, Núm. 14

ena hacia el centro
de la ciudad, lenta-
mente, como habían
venido.
—Ha reconocido,
usiria, Don Maria-



haber turbado sus
rosos coloquios:
cierto es que el hil
arranca por lo
fino.

“Pabellón de España”. En: La Ilustración ecuatoriana. Quito, 18 de septiembre de 1909.



“Pabellón Chileno”. En: La Ilustración ecuatoriana. Quito, 10 de julio de 1909, Núm. 10, p. 159

En ambas ciudades los arquitectos e ingenieros no eran desconocidos, tenían trayectoria y por esa razón se les encomendó la tarea, esta participación era relevante por muchas razones, pero hay dos que quisiéramos resaltar aquí. Por un lado, había posibilidad de experimentar con alguna libertad sobre materiales y formas, es posible que un escenario

como este, países con presupuestos menguados y proyectos de esta escala escasos, la posibilidad de participar en este evento fuera una verdadera experiencia. Entre otras cosas, porque la arquitectura era una invitada de primer orden. El primer asunto del que se debían ocupar los organizadores era el del diseño arquitectónico y urbanístico del espacio, como afirma Giedion, “las exposiciones fomentaron rivalidades y un deseo de alcanzar o superar las precedentes. Muchos riesgos fueron tomados en distintos campos, sobre todo en arquitectura”³²³ y ciertamente las exposiciones latinoamericanas no fueron la excepción, aunque en este caso las rivalidades eran diferentes.

De ahí se desprende la segunda razón, participar en las exposiciones era casi como legitimar el saber arquitectónico a través de la definición de un canon, uno que sería válido al menos para el territorio estatal. La arquitectura de la capital era la arquitectura del país y en ese orden de ideas, por ejemplo en Lima, este tipo de esfuerzos demostraban que “la arquitectura era capaz de participar de la redefinición de la peruanidad” por ello este periodo fue la “edad de oro de los ensayos críticos de definición de la nacionalidad peruana”³²⁴. Había entonces un efectivo reconocimiento de ese deber, y de esa ambición, la participación de ese momento estelar en la vida de las naciones significaba hacer parte del grupo establecido y seguramente disfrutar de las prerrogativas que de ello se derivaban, la vinculación al grupo de profesionales era un acto que combinaba sentido patriótico y expectativa profesional.

Fue el caso de Pedro Durini en Quito, quien en una carta privada a un socio comercial hace sus siguientes apreciaciones sobre el evento:

(...) a mi modo de ver no es de gran importancia esta exposición y no creo que aportará beneficio alguno (...) no creo que esta exposición sea muy visitada pues los medios para llegar a esta ciudad son todavía muy primitivos y si bien existe un ferrocarril que une Guayaquil con Quito, está muy mal construido, la tarifa de pasaje y carga son carísimas y siempre que se viaje en él uno expone su vida, pues casi semanalmente hay una o dos desgracias, por otro lado la población del interior de la república se forma en su mayor

³²³ Gideon, Sigfried. *Space, Time and Architecture...*, p. 245

³²⁴ Martucelli, Elio. *Arquitectura para una ciudad fragmentada. Ideas, proyectos y edificios en la Lima del siglo XX*. Lima, Editorial Universidad Ricardo Palma, 2017, p. 65

parte de indios y gente sin instrucción, lo que hace que no tenga interés para esta clase de exposición³²⁵.

La opinión que compartía con su socio de una oficina de New York parecía reñir con lo que ocurría en Quito, allí Pedro debió atemperar su poco entusiasmo y con disimulo adherirse al júbilo patriótico. Lo hizo a través de una propuesta de construcción del kiosko para música, una vez enterado de esta necesidad envió una misiva al Director General de la Exposición en la que mencionaba que “era grato presentar un proyecto para la ejecución de dicha obra y me permito hacer a usted, para edificarlo, la siguiente propuesta”³²⁶, presentaba los pormenores de su idea, particularmente los temas que se relacionaban con los materiales y cobraba, eso sí, 8500 Sucres. Concluía la carta con la garantía de que tendría la obra lista para el 10 de agosto de 1909.

¿Si era tan insignificante la Exposición por qué el joven Durini ofrecía sus buenos oficios para participar en la construcción de un edificio en un evento que consideraba de menor valía? Obviamente porque no era insignificante y él sabía de los réditos de este tipo de participaciones. Es probable que lo considerara menor en comparación con exposiciones universales realizadas en grandes ciudades de Europa y Estados Unidos, pero era lo suficientemente listo como para entender que la Exposición de Quito era muy relevante en el contexto ecuatoriano y suramericano. Al final, el café-concert lo realizó el ingeniero Francisco Manrique y los Durini quedaron por fuera del certamen, seguramente anhelando con aflicción participar en uno de los eventos fundamentales de la vida política y cultural ecuatoriana.

Igual ocurrió en Lima y Bogotá, siempre hubo interés por hacer parte del grupo vinculado a la realización de las obras para la conmemoración, e indefectiblemente siempre hubo egos lastimados e intereses lesionados. En Bogotá se realizó un concurso pero poco se sabe de las propuestas no elegidas, lo que sí se sabe es que los cuatro pabellones

³²⁵ “Comunicación personal de Pedro Durini a The Herring – Hall – Marving Safe Co.”. Quito, Junio 22 de 1909. Archivo Fondo Durini, correspondencia suelta.

³²⁶ “Comunicación personal de Pedro Durini al Señor director de la Exposición”. Quito, Noviembre 18 de 1908. Copiador No. 1. Empezado 5 de diciembre de 1906 concluido 20 de julio de 1909, Archivo Fondo Durini.

principales: Industria, Máquinas, Artes y Egipcio y los tres más pequeños kiosko de la luz, pabellón de la música y kiosko japonés fueron construidos por personas reconocidas ya en el mundo de la arquitectura bogotana, todos colombianos, quienes además tenían una relación estrecha con el gobierno, como era apenas natural en un país por cuyas dimensiones el Estado era principal promotor de obras y proyectos. En Lima, como ya se señaló, las controversias las concentró la gran obra del centenario, la plaza San Martín, mientras que la exposición no tuvo mayores objeciones, pues como se trataba de una iniciativa privada, se respetó el sagrado principio de que el privado hace con su inversión lo que desee.

Por otra parte, las exposiciones fueron también espacios en los que la arquitectura y los arquitectos se encontraron ante un dilema propio de este tipo de eventos, era un mundo que demandaba “la homogenización de todas las características y deseos humanos”, como si de una mercancía se tratara en la que todo era igualado, pero al mismo tiempo “preciaba y deseaba lo exótico y lo estafalario”. Esa contradicción quedó plasmada en la propia arquitectura y en el contenido de las exposiciones, de todas en el mundo y, obviamente, en las de los países latinoamericanos “una ironía existencial insalvable: un modelo óptimo del mundo y una fascinación por lo que no formaba parte del modelo”³²⁷.

La inclusión de ciertos lugares, como el Pabellón Egipcio y los Kioskos japoneses son ejemplo de la respuesta estándar a este dilema, es decir, fueron estrategias utilizadas en todas las ferias internacionales en varios países para demostrar esa conexión con lo extraño pero seductor, ese repertorio no era desconocido por los organizadores de las ferias y exposiciones en los países suramericanos. Pero lo “exótico” se hallaba también en la propia nación, como, por ejemplo, la exhibición de las estatuas de la cultura San Agustín en el parque de la independencia, tan desconocidas y pintorescas para la mayoría de los colombianos, como redimidas y celebradas por la élite letrada³²⁸.

³²⁷ Tenorio-Trillo, Mauricio. *Artilugio de la nación moderna...*, p. 23

³²⁸ Para Rebecca Earl esta familiaridad y admiración por el pasado precolombino que se evidencia en los discursos de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX en Latinoamérica se debía a varios factores: por un lado al desarrollo de la arqueología y un interés internacional creciente por artefactos de esa cultura material prehispánica; en segundo lugar, la búsqueda de unas raíces profundas que dieran prueba de la existencia milenaria de las jóvenes repúblicas latinoamericanas; y, finalmente “la celebración



“El Pabellón Japonés en la Exposición”. En: La Ilustración Ecuatoriana. Quito, 18 de septiembre de 1920.



“Quiosco Japonés”. En: Isaza, E. Y Marroquín, L. (1911) Primer Centenario de Independencia de Colombia 1810 – 1910, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesianas, p. 255



Escultura precolombina en el Parque de la Independencia ca. 1912, Fondo Acuña – museo de Bogotá

que hacían las élites de los artefactos precolombinos pocas veces se extendía a la población indígena de la época. Cualesquiera que fuesen los méritos de las civilizaciones anteriores a la Conquista, se les declaraba completamente desaparecidos”. Earl, Rebecca. Monumentos y museos: la nacionalización del pasado pre-colombino durante el siglo XIX. En: González-Stephan, Beatriz & Andermann, Jens. Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina. Beatriz Viterbo Editorial, Rosario, 2006, p. 50

Lo interesante de estas inclusiones es que permite entender la manera como los bogotanos, quiteños y limeños, a través de las exposiciones y las conmemoraciones, tuvieron que conciliar esas tres dimensiones que estaban en juego (la global, la regional y la local). No se trataba únicamente de recurrir a unos eventos típicos de los países del norte global como las exposiciones industriales y artísticas. Sino que al mismo tiempo había que hacer coincidir su simbología y sus promesas con el espíritu patriótico de las festividades nacionales que se celebraban casi en simultaneo en todo el continente. Pero, justamente por eso, era imperioso imprimir un sello particular, un signo distintivo que diferenciara cada una de esas iniciativas de las otras, tal como se definía en Quito desde el mismo decreto que ordenaba la realización de la Exposición “**la exposición es esencialmente nacional** y los gobiernos extranjeros que voluntariamente quieran concurrir serán gratamente admitidos”. Quizá por eso, no era extraño encontrar en estos escenarios públicos de conmemoración junto al monumento de un prócer un *café concert*, o al lado de un pabellón de industrias una estatua del más remoto pasado indígena.

Los objetos y mercancías expuestos en las vitrinas de las exposiciones debían sortear también una contradicción. Si las exposiciones eran ante todo una celebración de la cultura material del mundo capitalista (eran exposiciones industriales y agrícolas), no era menos claro que el orgullo de las elites letradas estaba sustentado en un progreso espiritual, en el desarrollo cultural que habían abanderado por décadas (aspecto ya analizado en el capítulo II). La disyuntiva, entonces, debió abordarse desde dos frentes; por un lado, como argumenta Castro-Gomez “la exposición creaba simbólicamente la ilusión del progreso (...). Mediante una cuidadosa selección y organización de objetos emblemáticos (máquinas, textiles, motores, relojes, vidrios, aparatos científicos), presentados a la vista del público, la exhibición debía crear una *imagen de la modernidad*”³²⁹, es decir, se recurría a la fascinación de las mercancías y al deseo como

³²⁹ Castro-Gómez, Santiago. Señales en el cielo, espejos en la tierra: la Exhibición del Centenario y los laberintos de la interpelación. En: Restrepo, Eduardo & Castro-Gómez Santiago (Editores). Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnológicas de gobierno en los siglos XIX y XX. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2008, p. 230

prefiguración de un mundo posible, unos logros que se alcanzarían si se continuaba por la segura senda del “progreso”.

Esas expectativas eran alimentadas con el despliegue de ciertos productos que reforzaban la idea de un mundo de posibilidades. Las materias primas, la producción agrícola, los minerales, en fin, “la potencial riqueza de materiales en bruto del territorio nacional, los cuales estaban esperando una explotación productiva”. Las exposiciones eran funcionales porque mostraba a los países latinoamericanos como “tierras de abundancia, repletas de posibilidades de inclusión en el mercado internacional, concentrando la atención en materiales sin procesar demandados por las industrias metropolitanas”³³⁰. Por eso el catálogo de los expositores peruanos en la exposición de Quito estaba compuesto de:

tejidos de algodón y lana, cueros, así como nuestros variados productos naturales exhibidos convenientemente y en abundancia, que han permitido, como el maíz blanco del Cuzco, las papas amarillas llevadas de Lima y los pallares de Ica, repartir muestras de estos cereales a cuantos lo solicitan³³¹.

En el caso de los expositores ecuatorianos y colombianos en ese mismo evento de 1909 el catálogo no sufría muchas variaciones, eran materias primas y productos agrícolas. Al lado de ellas se encontraban los productos de industrias livianas de consumo no duradero, como alimentos, bebidas, muebles, fósforos, licores y velas. En fin, una intención, a veces forzada, por mostrar una efectiva inserción en sistema global de la economía capitalista.

Pero había otra cara, un segundo componente fundamental, que era tan importante o en ocasiones incluso más significativo que la muestra del avance material. Era el aporte nacional al mundo de lo que se llamaba genéricamente “cultura”. Los países concurrentes

³³⁰ González-Stephan, Beatriz. Showcases of Consumption: Historical Panoramas and Universal Expositions. En: Castro-Klarén, Sara & Chasteen, John (Editors). *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Woodrow Wilson Center Press – The Johns Hopkins University Press, Washington D.C. – Baltimore, 2003, p. 228

³³¹ Montero y Tirado, Manuel. Informe del Comisario especial del Perú en la Exposición de Quito. En: *Boletín de la Dirección de Fomento*, Lima, Diciembre de 1909, pp. 53 – 54

siempre incluyeron con orgullo este tipo de producción, pues nada más acabado, ninguna muestra más contundente de su aporte, que lo que ofrecían en arte, en literatura, en conocimientos del pasado; eran los “logros artísticos, probablemente mayores que su precario nivel de progreso material, [el que] proveía visiones satisfactorias de una distintiva identidad nacional”³³².

Ahí estaban, junto a los mineros y los empresarios del algodón, los expositores peruanos de la Librería e Imprenta Gil, la casa Editora de Rosay, las fotografías de M. Moral y la Ilustración Peruana galardonados con el mayor reconocimiento en la Exposición de Quito: el Gran Premio. Ahí estaban también, y reconocidas con el mismo Gran Premio, las obras colombianas del Diccionario de Construcción y Régimen de Rufino José Cuervo y las obras de Miguel Antonio Caro. De los cinco Grandes Premios otorgados a Colombia, tres corresponden a industrias locales (Fósforos de cera, Chocolates Chavés & Equitativa y la cristalería Fenicia -todas bogotanas-) y las otras dos a esas obras de los gramáticos. En Ecuador sucedía lo mismo, las escuelas y práctica de las artes (pintura, música, escultura, dibujo, literatura), el conocimiento de la gramática, los ensayos sociales, las obras filosóficas e históricas fueron la tercera parte del total de expositores en aquel evento en el que ofició como país anfitrión³³³.

El modelo fue el mismo en las otras exposiciones en Colombia y Perú, allí también el arte (cultura), industria y ciencia fue el podio reportado en estos eventos conmemorativos si se les juzga por la cantidad de participantes y obras expuestas en cada uno de los tres campos. En la exposición de 1910 en Colombia, como dice Castro-Gómez “la producción de memoria nacional continúa siendo privilegio de lexicógrafos, gramáticos, filólogos, poetas, abogados y teólogos” y agrega que “los temas favorecidos [en la exposición] por los artistas y el jurado continuaban siendo las letras y la religión”³³⁴. En fin, la situación se

³³² González-Stephan, Beatriz. *Showcases of Consumption...*, p. 229

³³³ La información completa sobre expositores participantes y los reconocimientos recibidos se encuentra en: *Catálogo General de los Premios Conferidos por el jurado de la Exposición a los concurrentes al certamen nacional. Inaugurado en la capital de la República del Ecuador el 10 de agosto de 1909. Con motivo del Centenario de la Independencia Sud-Americana. Imprenta y Encuadernaciones Nacionales, Quito, 1910.*

³³⁴ Castro-Gómez, Santiago. *Señales en el cielo, espejos en la tierra...*, p. 243

repetía insistentemente; una y otra vez los intelectuales, los representantes de la ciudad letrada y la élite, se encargaban de monopolizar el sentido de las festividades.

Las exposiciones de Quito y Bogotá resultaron un rotundo éxito para los organizadores. Esto es apenas obvio, ningún organizador, y menos si era del gobierno, reportaría un fracaso luego de tanto esfuerzo. No obstante, ciertas controversias, quejas y preocupaciones consignadas en algunos documentos dan la impresión de que el evento tuvo más imprevistos y recurrió a la improvisación más a menudo de lo que hasta ahora se ha reseñado. En Bogotá el 31 de enero de 1910, apenas cinco meses antes de los festejos, siete miembros de la Comisión Organizadora de la Exposición renunciaban a sus cargos argumentando que era “imposible hacer la mencionada Exposición con menos de \$80.000 oro, siendo \$ 25.000 solamente la partida asignada”, además el señor Carlos Michelsen reportaba el fracaso derivado de las suscripciones particulares³³⁵. Emiliano Isaza, uno de los integrantes de la Comisión advirtió que:

(...) estaba resuelto a no comprometer su nombre en una empresa de mal éxito seguro; a separarse definitivamente de la Comisión Nacional del Centenario, en vista de la absoluta penuria del Tesoro, de la pobreza general, de la alarmante falta de espíritu público y de lo angustioso del tiempo que se dispone³³⁶.

La crisis por las renuncias al final se atajó porque el presidente y los ministros hicieron lo posible por aumentar el presupuesto, pero también porque convencieron a los comisionados de la Exposición de que era necesario hacer ajustes para tratar de adecuar el plan de obras a la difícil situación de las arcas públicas. En Quito, la inauguración de la Exposición Internacional fue el momento cumbre de las dificultades. Como reseñó el comisario peruano “varios pabellones no se abrieron en la fecha oficial de la inauguración” y algunos apenas entraron en funcionamiento la semana misma en la que estaba previsto el cierre, el 10 de octubre. Por esa razón, “el gobierno del Ecuador prorrogó el cierre hasta el 31 de diciembre”³³⁷.

³³⁵ Acta de la sesión del 31 de enero de 1910. En: Revista del Centenario, Bogotá, Marzo 2 de 1910, Número 5, p. 34

³³⁶ Acta de la sesión del 1º de febrero de 1910. En: Revista del Centenario, Bogotá, Marzo 2 de 1910, Número 5, p. 35

³³⁷ Montero y Tirado, Manuel. Informe del Comisario especial..., p. 56

Los afanes venían precedidos de denuncias por corrupción y malversación de fondos. Al parecer, algunos contratistas habían percibido doble salario a expensas del presupuesto público para la obra, los señalamientos eran tan graves que debió hacerse una investigación y algunas de las declaraciones oficiales del proceso se filtraron a la prensa³³⁸. Un ingeniero y arquitecto italiano domiciliado en la ciudad de Quito también denunciaba el derroche presupuestal y argumentaba que “esta gente [los organizadores] no sabiendo utilizar los recursos propios del país, ha pedido todo al extranjero, destruyendo así también, el último beneficio, es decir, el de hacer ganar al país, el dinero que sólo por propio capricho le hace gastar”³³⁹. Alguna razón le cabía al italiano pues poco años después la primera obra objeto de su crítica, la cúpula sobre el Palacio Nacional de la Exposición, debió echarse abajo por problemas constructivos.

La corrupción también salpicó las obras realizadas en Lima, pues, a pesar de la caída en las exportaciones y el mal panorama económico que se presagiaba, hubo derroche y gastos excesivos. El presidente peruano “para ganarse la buena fe de diversos intereses extranjeros (...) regaló a la embajada española un edificio que valió 45.000 libras peruanas, contrató profesionales estadounidenses como administradores públicos y estableció una misión policial española y otra naval estadounidense”³⁴⁰.

La cuota de angustia también corrió por parte de las legaciones extranjeras. El cónsul de Colombia en la capital ecuatoriana advertía en marzo de 1909, que debía tenerse en cuenta que Colombia tendría un pabellón propio y por esa razón el país estaba “obligado a corresponder con lucida concurrencia y aprovechar la oportunidad para hacer conocer nuestros legítimos y desconocidos progresos”³⁴¹. Pero el mismo diplomático tres meses

³³⁸ Véase: “El Fraude de la Exposición – Declaraciones tomadas”. En: El Imparcial. Quito, viernes 18 de diciembre de 1908, Año II, Núm. 486, primera página

³³⁹ Radiconcini, Giacomo. “Asunto exposición”. En: El Imparcial, Quito, Ecuador. Lunes 21 de Diciembre de 1908, Año II, Núm. 48, Primera Página

³⁴⁰ Quiroz, Alfonso. Historia de la corrupción en el Perú. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2013, p. 229

³⁴¹ Comunicación telegráfica de Cónsul de Colombia en Quito. Marzo 31 de 1909. Archivo General de la Nación, Ministerio de Relaciones Exteriores – Diplomática y Consular. Consulado de Colombia en el Ecuador – Quito (1908 – 1922) folio 85

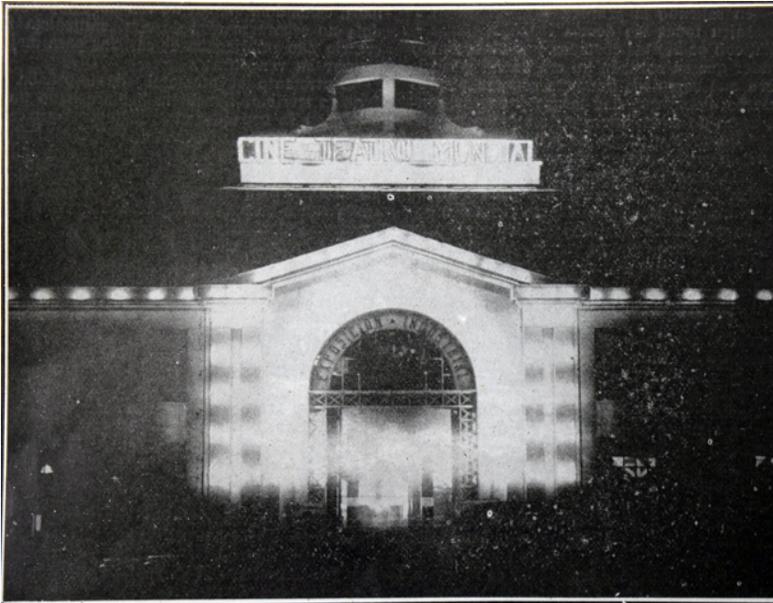
después, pocas semanas antes de la inauguración, ya en tono de angustia reconoce que la cantidad de productos llegados a Quito desde Colombia “no serán suficientes para llenar el amplio local que nos ha destinado el gobierno ecuatoriano”³⁴². Es probable que, como sentenció un visitante alemán a la exposición de Bogotá de 1910, la presentación de los productos y manufacturas del país en este tipo de eventos fuera el fiel reflejo de la situación de Colombia “pues no había mucho para ver”³⁴³.

Pero los problemas no se restringieron a la organización y realización de las exposiciones. Finalizadas las jornadas de celebración hubo la necesidad de preguntarse qué hacer con los espacios que habían recibido a visitantes y productores. En Lima y Bogotá trataron de adaptar los pabellones para dedicarlos al ocio, un nuevo tipo de oferta que se presumía encontraría demanda en los integrantes de unas clases sociales presuntuosas y triviales- la clase ociosa las llamó un teórico norteamericano-. El edificio de la capital peruana pocos meses después de clausuradas las fiestas cívicas se convirtió en una sala de cine y un salón de billares³⁴⁴. Con este nuevo ropaje alcanzó a estar presente para celebrar un par de aniversarios más de la independencia del país, pero no llegó al tercero. A pesar del entusiasmo que generó su apertura para uso de sala de cine, que incluso contó con la presencia del presidente de la república, en 1923 ya se había tomado la decisión de demolerlo para darle paso a una construcción mucho más digna que adornara el contorno de la plaza San Martín; se decidió que al “Palacio de Cartón” lo remplazaría el fastuoso Hotel Bolívar.

³⁴² Comunicación oficial dirigida por el Cónsul Vicente Urrutia al Señor Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Quito 10 de Julio de 1909. Archivo General de la Nación, Ministerio de Relaciones Exteriores – Diplomática y Consular. Consulado de Colombia en el Ecuador – Quito (1908 – 1922) folio 107

³⁴³ Beisswanger, Konrad. Im Lande der heiligen Seen. Reisebilder aus der Heimat der Chibcha-Indianer (Kolumbien). Núremberg: K. Beisswanger, 1911. Citado en: Schuster, Sven & Vargas Álvarez, Sebastián. «El Centenario revisitado: Un viajero alemán en las fiestas patrias de Colombia (1910)». Historia y Memoria, n° 23, 2021, p. 325

³⁴⁴ “La evolución del cinema en Lima”. En: Revista Mundial. Lima, 6 de enero de 1922, Año II Núm. 86, s.p.



“La hermosa fachada iluminada del Cine Mundial”
En: Revista Mundial. Lima, 13 de enero de 1922, s.p.

Los edificios de la Exposición Internacional de Quito, como se había previsto en el propio reglamento, debían ser desmantelados tan pronto como finalizara la festividad³⁴⁵. Pero el Palacio Nacional de la Exposición tuvo otra historia. Como ya se mencionó, éste había sido cedido en calidad de préstamo por las Asociación de las Señoras de la Caridad y de él se decía que era “un gran edificio arquitectónico, completamente nuevo y que, a poca costa, ha de quedar merecedor del objeto a que se ha destinado”³⁴⁶. Pero la evaluación técnica echó por el suelo el entusiasmo inicial y al poco tiempo era claro que la parte central del edificio y su fachada era “por todo concepto inconveniente” lo que obligó a “derribarla y construir toda la columnata de la galería interior”³⁴⁷.

Los funcionarios debían devolver entonces el edificio al grupo de señoras caritativas de la ciudad, pero en agosto de 1909 la inversión había sido tan alta que se propuso adquirir la edificación para destinarla a la universidad. No alcanzó a conocerse esta intención cuando las señoras se desprendieron de su ropaje caritativo y comenzaron una virulenta

³⁴⁵ Según el propio reglamento de la exposición de Quito, los edificios serían efímeros: “artículo 22: los edificios levantados por gobiernos extranjeros o por particulares, serán desarmados y retirados del campo de la Exposición”. En: Reglamento Oficial para la Exposición Nacional de 1909. Quito, Imprenta Nacional, p. 10

³⁴⁶ “Centenario de la independencia” El Imparcial – Julio 18 de 1908, primera página

³⁴⁷ Borja, César. Director Ad-honorem de las obras de la Exposición Nacional. Informe Que eleva al Ministerio de Fomento..., p. 6

campaña en contra del gobierno y a favor de la devolución del predio enarbolando la convincente consigna de “atentado contra la propiedad”. Encontraron un decidido apoyo en la prensa quienes no sólo no dudaban de calificar la Exposición como “un fracaso” sino que además deploraban que en nombre de ese “fracaso” se realizara un “despojo inaudito”, una “usurpación”, “un robo”³⁴⁸.



“La propiedad es un robo”

Un par de coce traidoras
Y el axioma de Proudhon
Es basta, y sin más demoras
Se les quita á las señoras
La casa de la Exposición.

La Ilustración Ecuatoriana. Revista Quincenal de Ciencias, Artes y Letras. Quito, 17 de septiembre de 1910, p. 40

A pesar de tener fuertes contradictores en la prensa, el gobierno continuó con su intención de compra, como parte del trato realizó unos desembolsos de dineros a las inconformes señoras y también evaluó el estado de los edificios para su nuevo uso. El

³⁴⁸ Un buen resumen de esta controversia se encuentra en: Vásquez, María A. El Palacio de la Exposición Nacional de 1909..., pp. 107 – 125

balance luego de la revisión técnica no podía ser más penoso: grietas, estructuras a punto de venirse al suelo, fachadas destruidas, patios y ornamentos deteriorados, falta de vidrios, en fin, habían pasado 6 años y lo que fuera el decoroso escenario de la fiesta cívica de 1909 era ahora un lugar desolador. Fue sólo con la decisión de convertirle en parte de una academia militar en ese famoso año de 1914 que el antiguo Palacio de la Exposición comienza a tener una nueva vida.

Los ardidés ataviados de generosidad también trajeron disgustos al bogotano señor Izquierdo, quien había cedido “desinteresadamente” algunos terrenos para la construcción del Parque de la Independencia en Bogotá. En octubre de 1910, apenas un par de meses luego de la conmemoración ya se comenzaban a presentir algunos inconvenientes. Los encargados del gobierno no lograban identificar cuál era el terreno del señor Izquierdo y otros dueños de unos lotes de menor tamaño que habían quedado englobados en el único predio del parque. Pero, además, parecía extraño devolver un espacio en el que se había invertido una buena suma de dinero y que cuya restitución implicaría el desmembramiento de ese espacio público. No obstante, en una carta enviada en ese octubre, el tesorero de la Comisión Organizadora del Centenario, Tomás Samper, pedía que se honrara el trato hecho con el empresario³⁴⁹.

Cuando se enteró de las intenciones de los gobernantes el propio Izquierdo salió al paso y le espetó al Ministro que no devolver el lote era una respuesta injusta a quién había “procedido de manera patriótica y desinteresada”. Manifestaba que él mismo había hecho arreglos al parque en el sector que era de su propiedad y que no estaba dispuesto a venderlo por el valor del avalúo en que había sido tazado por los empleados del gobierno, pues consideraba que era un valor inferior al real. Pero ofrecía una alternativa, proponía cambiarlo por algunas de las propiedades que eran del Estado las cuales “no utiliza y ayer

³⁴⁹ “considero empeñada mi responsabilidad moral para con los señores dueños del lote y desde ahora solicito a usted la necesaria autorización para principiar a deslindar conforme al convenio”. Comunicación del señor Tomás Samper tesorero de la Comisión Organizadora al Señor director nacional de Obras Públicas. Bogotá, octubre 17 de 1910. Archivo General de la Nación - Ministerio de Obras Públicas Correspondencia Parque de la Independencia 1910 - 1922 MOP742

no más no sabían que existían”³⁵⁰, propiedades que en su mayoría eran edificios, lotes o terrenos ubicados en Bogotá. Su oferta además la acompañaba de una sentencia típica de vendedor según la cual sí los funcionarios “visitan el parque estoy seguro que no vacilarán en adquirirlo para dejarle a la capital una manifestación de un gobierno progresista”; y claro, no aguantó la tentación de hacer la odiosa comparación e incluir la siempre efectiva referencia a la condición de capital:

Porque no quiero suponer **que Bogotá sea la excepción en el mundo** que no se preocupe por proporcionar belleza e higiene a sus habitantes dotándolos con uno de los parques más pintorescos que existen, todo esto haciendo una pequeña enajenación **si se compara con lo que ciudades de cuarto orden, que no son capitales**, gastan para procurar a sus vecinos fuentes de salud, de reposo y de placer como son los parques³⁵¹.

La respuesta del gobierno fue lapidaria, o vendía o se le expropiaba. Finalmente fue preciso contratar unos peritos para que definieran el valor del terreno. El predio es vendido finalmente en julio de 1912, pero debido a la situación aun lamentable del presupuesto público, el pago se realizaría a través de una suerte de cuota mensual que el Ministerio de Obras Públicas remitiría a los vendedores. Esta salida se convirtió en un problema para el negociante quien se quejaba que “cerca de un año después de que se hizo la venta (...) aún no se han pagado ninguna de las mensualidades que el gobierno se obligó a pagar”³⁵².

³⁵⁰ Esas propiedades eran: Un lote en San Façon, un lote en el cementerio, las minas de azufre en Ubalá; tierras baldías en el golfo de Urabá y en la región bananera del Magdalena. En Bogotá: casa en la carrera 6ª N° 11; casa y tienda en la calle 6ª N° 95 y 96; casa en la calle 7ª N° 85; casa N° 112 en la calle 10ª; casa en la carrera 12 N° 15; casa cerca al panóptico comprada al general Castro Uricoechea; casa en compañía con Pedro Cantini en la calle 14; lote sin edificar arriba del Palacio Arzobispal; lote sin edificar en la calle 15; edificios del “Aserrio” y “Ninguna Parte” ocupados por el asilo de locos; edificios donde funcionan la escuela de Bellas Artes y la Academia de Música “quedando mejor estas academias en los edificios que tiene el gobierno en el Parque de la Independencia”. En: Comunicación del señor Antonio Izquierdo al Ministro de Obras Públicas. Bogotá, 24 de marzo de 1911. Archivo General de la Nación - Ministerio de Obras públicas. Correspondencia Parque de la Independencia 1910 - 1922 MOP742

³⁵¹ Comunicación del señor Antonio Izquierdo al Ministro de Obras Públicas. Bogotá, 24 de marzo de 1911. Archivo General de la Nación - Ministerio de Obras públicas. Correspondencia Parque de la Independencia 1910 - 1922 MOP742 (El resaltado es mío)

³⁵² Comunicación del señor Antonio Izquierdo al Ministro de Obras Públicas. Bogotá, 29 de marzo de 1913. Archivo General de la Nación - Ministerio de Obras públicas. Correspondencia Parque de la Independencia 1910 - 1922 MOP742

Mientras las autoridades y propietarios estaban en medio de esta discordia, los administradores del Parque de la Independencia intentaban impulsar nuevas actividades que sedujeran a la parca ciudadanía bogotana. El primer contrato se celebró en enero de 1911 (seis meses después de la Exposición) entre el delegado del Ministerio de Obras Públicas con los señores Ricardo Amaya y Daniel Merizalde con el fin de ceder “el uso del Parque de la Independencia (...) para establecer y fomentar toda clase de espectáculos posibles a precios bajos”³⁵³. Al año siguiente se firmó otro contrato con la compañía de cine Di Domenico para promover el uso de uno de los pabellones en proyecciones de obras cinematográficas³⁵⁴.

Esos primeros contratos fueron el punto de partida, pero no pararon ahí. Al cine se le unió la instauración de un salón de patinaje, luego otros pidieron permiso para llevar obras teatrales, otros más visionarios presentaron una propuesta para instalar “muñecos automáticos modernos”; lo solicitaban también los obreros para llevar a cabo sus conferencias, hubo propuesta para realizar la práctica de tiro al blanco, algunos sugirieron construir un Café Concierto “al estilo europeo” y un estanque. Hubo una proposición que solicitaba llevar caballos pequeños para niños, una más para exhibir culebras y alguien que sugería se adaptara una locación para el ensayo de presentaciones. Llegaron proyectos para el montaje de una montaña rusa, carruseles, transformistas, zarzuelas, en fin, emprendedores parecían no faltar y la mayor parte de ellos, además, interesados en el negocio del espectáculo y el entretenimiento. Al final, a pesar de todas estas ideas, el interés por retirar los pabellones se impuso y paulatinamente fueron desapareciendo a lo largo del siglo XX³⁵⁵.

³⁵³ Contrato celebrado entre el señor Benjamín Gaitán y los señores Ricardo Amaya y Daniel Merizalde. Enero 13 de 1911. Archivo General de la Nación - Ministerio de Obras públicas. Correspondencia Parque de la Independencia 1910 - 1922 MOP742 folio 34

³⁵⁴ Contrato celebrado entre el señor edro Antonio Gómez y el señor Vicente Di Domenico. Febrero de 1912. Archivo General de la Nación - Ministerio de Obras públicas. Correspondencia Parque de la Independencia 1910 - 1922 MOP742 folio 35

³⁵⁵ La referencia a la suerte corrida por lo pabellones se encuentra en: Escovar, Alberto; Mariño, Margarita & Peña, César. Atlas Histórico de Bogotá 1538 – 1910. Editorial Planeta - Corporación La Candelaria, Bogotá 2004, pp. 512 - 522

Pocas veces se volvieron a realizar esfuerzos tan grandes en estas ciudades para llevar a cabo exposiciones de este estilo. Los discursos con que se inauguraron hablaban siempre del futuro, pero en la práctica tenían una relación mucha más íntima con el pasado. El pasado de las naciones, que como ya hemos visto, se expresaba en la puesta en escena de elementos materiales y producciones intelectuales que evocaban con obstinación la existencia casi que eterna de la nación.

Pero era también un pasado por el propio formato de la exposición. Era un modo de puesta en escena que parecía agotarse, la formulaba se desgastaba porque nuevas ideas venían a desafiar su coherencia. En palabras del historiador Tenorio-Trillo:

(...) mientras que en las exposiciones de fines del siglo XIX (sobre todo entre 1860 y 1910) eran el paraíso del optimismo moderno, las exposiciones de los años veinte y treinta del siglo XX encarnaron la ambivalencia modernista (...) Esto se debe, en primer lugar, a que las exposiciones internacionales siendo tipos ideales en miniatura de las virtudes del progreso, tuvieron que enfrentar la creciente crítica intelectual y artística del progreso durante la primera década del siglo XX. Poco a poco, las exposiciones mundiales perdieron su optimismo técnico y su inocencia cultural³⁵⁶.

En virtud de este proceso las exposiciones fueron cada vez menos fastuosas, menos globales, menos totalizantes, había menos afán por participar. Los logros de las sociedades industriales, y el papel fundamental de las ciudades, comenzaban a demostrarse en otros escenarios, unos en los que se podía experimentar y, sobre todo, eran imperecederos; una obra pública para la posteridad, un edificio gubernamental o un escenario deportivo parecía ser un esfuerzo mejor invertido que una exposición cuyas construcciones efímeras encontraban muchos problemas para ser utilizadas posteriormente.

Los centenarios se acaban

No hubo tiempo, interés, ni presupuesto para replicar en una segunda versión el enorme esfuerzo de las festividades de esas primeras fechas de los centenarios. Cuando se

³⁵⁶ Tenorio, Mauricio. Artilugio de la nación moderna..., p.25

acercaban los días que conmemoraban la independencia definitiva hubo mucho menos entusiasmo gubernamental, fueron más cautelosos y, en todos los casos, el despliegue celebrativo fue mucho más modesto. Además, el 7 de agosto de 1919 en Bogotá y el 9 de diciembre de 1924 en Lima compartían una característica, rememoraban hechos que no habían ocurrido en la capital. En el primer caso la batalla se conmemoraba en Boyacá y en el segundo en Ayacucho. Momentos relevantes históricamente en el inicio de la vida republicana, sí, pero que en el contexto de lo que ocurría a inicios del siglo XX, con el acento puesto en el papel de las capitales, los lugares fuera de ella perdían la mística con que se buscaba investir al centro. Ni siquiera en Quito los festejos por el Centenario de la Batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1922, levantaron demasiada emoción. El cónsul colombiano en esa ciudad lo mencionaba “el gobierno de Ecuador, por razones económicas y fiscales, se ha abstenido de invitar”³⁵⁷.

A pesar de una menguada inversión había que conmemorar; el patriotismo, la religión del Estado Nacional exigía renovar esos votos, así implicara hacerlo de otros modos, así hubiera que hacer de la necesidad virtud. La Junta Organizadora del Centenario de Batalla de Pichincha dio muestras de cómo ser pragmático en tiempos de afujías económicas y entusiasmos perdidos; en su reglamento se leía que la función fundamental de este grupo de hombres sería “preparar y organizar los festejos”, una tarea obvia pues para eso se creaba la Junta, pero al mismo tiempo indicaba el tipo de obras conmemorativas que se le encomendaban: “se encargará también de la canalización y pavimentación de Quito, de la conservación y mejora de las plazas, parques y vías públicas existentes o que se formaren, de la construcción del Palacio Legislativo, Palacio municipal de Quito, y en general de todas las obras que contribuyeren al embellecimiento de la Capital”³⁵⁸. A juzgar por las funciones, la Junta en realidad suplantó las labores de una dependencia de obras públicas. De hecho, como se mencionó en el capítulo anterior, terminada la celebración hizo el tránsito a junta de embellecimiento y en 1925 fue definitivamente disuelta,

³⁵⁷ Comunicación de José María Arboleda al Señor Ministro de Relaciones Exteriores. Quito, 1º de marzo de 1922. Archivo General de la Nación – Ministerio de Relaciones Exteriores Diplomática y Consular. Legación de Colombia en Ecuador (Quito) Enero – diciembre 1922. Caja 229 – Carpeta 48

³⁵⁸ Reglamento de la Junta del centenario de la Batalla de Pichincha, Quito, Imprenta Nacional, 1920, pp. 1

trasladando sus funciones a otras entidades encargadas del mantenimiento y construcción de la infraestructura de la ciudad.

Encargaron, eso sí, la realización de una nueva exposición, pero ya fuera por falta de presupuesto o porque estaban muy en sintonía con los cambios ocurridos al formato, el modelo cambió. Decidieron hacerla con invitados exclusivamente del Ecuador y dividirla claramente en campos eligiendo un encargado para cada una. Se organizó una de artes e industria, otra dedicada al fomento agrícola, una más que se ocupaba de la higiene y una final concentrada en las bellas artes. Fueron muchos menos los concurrentes y se puede decir que fue un certamen más especializado y con menos ambiciones cosmopolitas que el de 1909. En lo que no había cambios era en el discurso que la soportaba, no sólo la exposición sino toda la conmemoración. Eran los intelectuales, los representantes de la ciudad letrada los que en el Ecuador de 1922 seguían defendiendo la trinchera de la “cultura” desde la que se construía el mito de la capital como centro de la nación. Una descripción en las memorias del Centenario saca a flote esa motivación profunda que estaba presente en estas disputas simbólicas, decía el autor sobre la exposición de Bellas Artes:

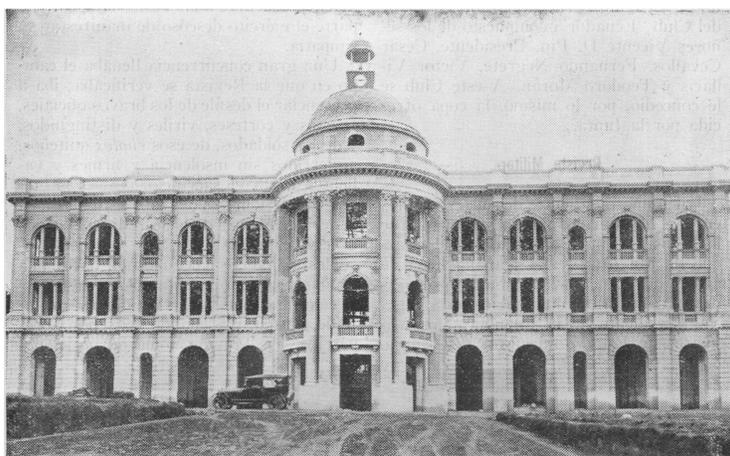
Si las otras exposiciones [higiene, artes e industria, agricultura] tenían un valor de segura practicidad, esta [la de bellas artes] acaso mida con más exactitud el crecimiento de este pueblo: **Las manifestaciones materiales traducen en pequeño grado el valor de una ciudad o de una nación;** no es el cultivo, es la cultura la que da el retrato fiel³⁵⁹.

Ese valor central de lo cultural se lo daba además el propio jefe de la junta organizadora, Jacinto Jijón y Caamaño, quizá el intelectual conservador más importante del primer tercio del siglo XX ecuatoriano, un entusiasta del conocimiento histórico y arqueológico -como vimos en el capítulo II-, así como un defensor de primera línea del papel de Quito como parte fundamental de la “identidad ecuatoriana”. Pero los nombres prestantes eran apenas un elemento formal en un evento que incluso el propio cronista presentía había abusado de la austeridad “la Exposición en este año no estuvo lo bien representada que

³⁵⁹ Barrera, Isaac. Relación de las fiestas del Primer Centenario de la batalla de Pichincha. 1822 – 1922. Talleres Tipográficos, Quito, 1922, p. 81 (La negrilla es mía)

podía estar; algunos artistas, muchos de ellos principales se abstuvieron de concurrir”³⁶⁰. Una pena entonces, pues si el evento que era indicador incontrovertible y retrato fiel del valor de una ciudad o una nación resultaba apenas decoroso, por extensión, apenas valiosa era esa ciudad y esa nación.

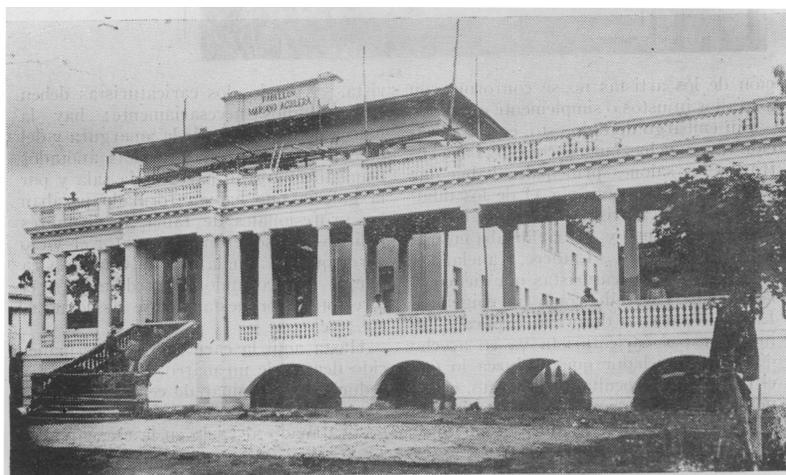
Tampoco hubo, como ya se dijo, pabellones especiales, los organizadores debieron recurrir al mejor pragmatismo del que podían y echar mano de lo que hubiera disponible. El afán a veces es buen consejero y la angustia un buen impulsor, decidieron entonces adaptar con urgencia los edificios que estaban a medio terminar del Hospital Eugenio Espejo, un proyecto que había comenzado en 1902 y que veinte años después encontraba edificaciones a medio terminar pero que podrían ser adaptados como escenario efímero para presentar productos y obras artísticas. La elección fue afortunada, los edificios recibieron el evento, se acondicionaron como pabellones y allí concurrió el público. En todo caso, en el sector salud mucha prisa al parecer no había, el hospital sólo entraría en funcionamiento en 1932, once años después de la conmemoración de la Batalla y casi treinta luego de haberse iniciado³⁶¹.



Edificio en que celebraron las Exposiciones de Artes e Industrias y Agricultura

³⁶⁰ Barrera, Isaac. Relación de las fiestas del Primer Centenario de la batalla de Pichincha..., p. 81

³⁶¹ Ortiz, Alfonso (Coordinador). Guía de Arquitectura de la Ciudad de Quito Tomo II. Quito – Sevilla, Junta de Andalucía – Municipio del Distrito Metropolitano de Quito – Embajada de España, 2004, p. 318



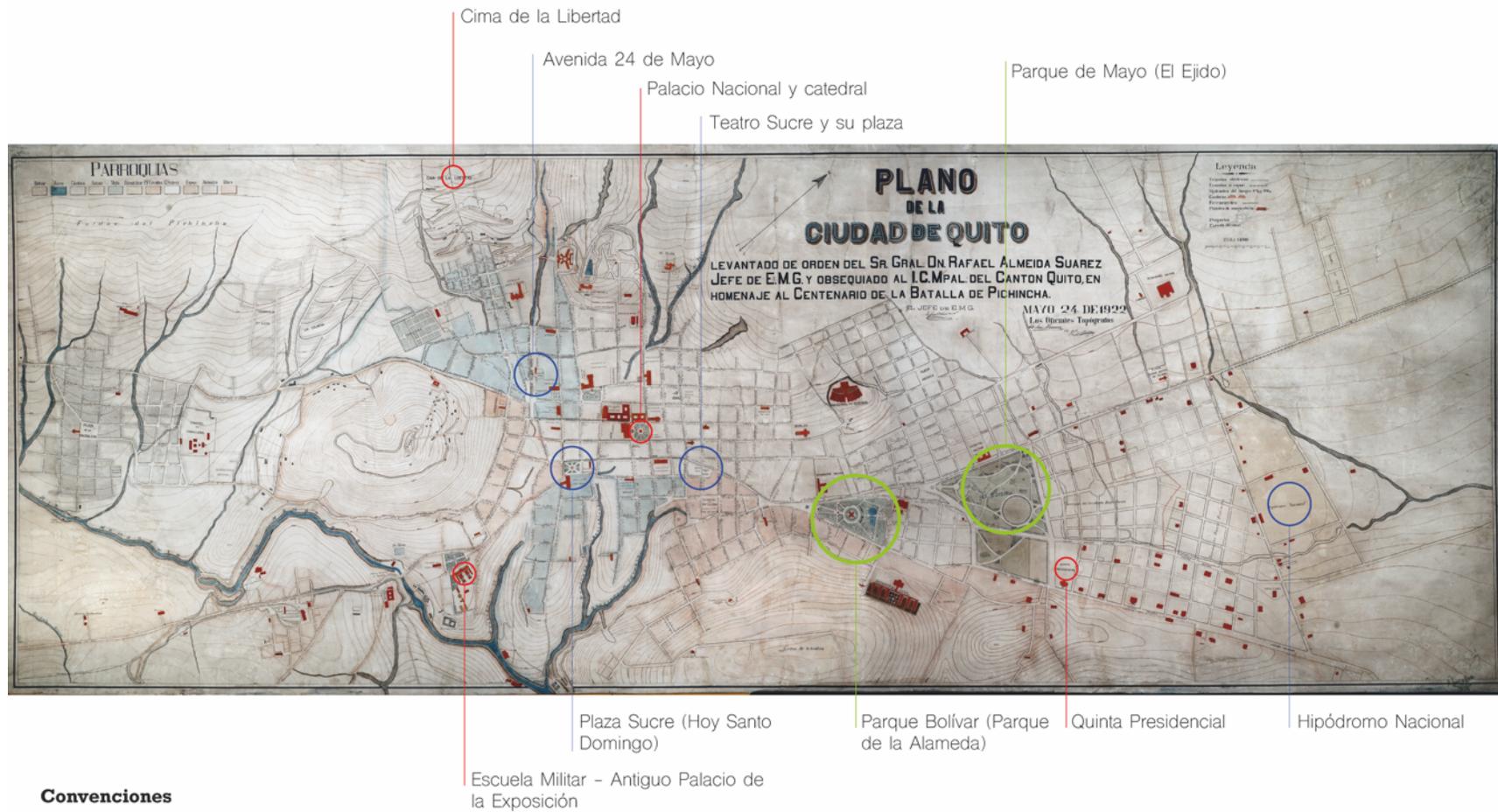
Pabellón de la Sección de Artes e Industrias

Pero la celebración de 1922 sí dio la oportunidad a los quiteños de reparar un equivoco, o lo que seguramente era visto como tal. Trascurridos doce años luego de la primera jornada celebrativa ahora el circuito miraba al norte; en una década la ciudad había cambiado y ya no había dudas de la orientación del crecimiento del mercado inmobiliario y el sector en el que se ubicaban las clases más adineradas. En esa zona de la ciudad estaban las instalaciones del hospital ahora convertido en sala de exhibición, pero también allí se programaron la mayor parte de los festejos en estos cinco días de júbilo local.

CONMEMORACIÓN CENTENARIO DE LA BATALLA DE PICHINCHA	
ESPACIO EN LA CIUDAD	# DE ACTIVIDADES PROGRAMADAS
Parque de Mayo (Ejido)	7
Parque Bolívar (Alameda)	7
Plaza Sucre (actual santo domingo)	4
Av. 24 de Mayo	4
Hipodromo	4
Teatro Sucre	3
Escuela Militar (Anitguo Palacio de la Exposición)	2
Palacio Nacional	2
Cima de la libertad	2
Plaza del Teatro	1
Catedral	1
Plaza Santo Domingo	1
Quinta Presidencial	1
Plaza Pizarro	1
casa Consistorial	1

Tabla 3. Actividades programadas Centenario Batalla de Pichincha por espacio

Espacios Urbanos en la Conmemoración del Centenario de la Batalla de Pichincha en Quito



Convenciones

No. de actividades programadas

— 7 o más

— Entre 4 y 5

— 2 o menos

Ese eje norte-sur se estructura a partir de escenarios bien específicos, ninguno de los cuales era nuevo o construido con motivo de la celebración. Iniciaba en la zona centro, al pie del Panecillo y no muy lejos de la Plaza San Francisco en la Avenida 24 de Mayo, una avenida que aparecía ya en la cartografía de la ciudad diez años antes y que en esta ocasión tuvo relevancia no sólo por la toponimia (que hacía referencia explícita al evento que se conmemoraba) sino también porque allí se instaló uno de los pocos monumentos considerados específicamente para este festejo, el monumento a los Héroes Ignotos.

El otro escenario fue la Plaza Sucre (hoy Plaza Santo Domingo) que se encontraba a pocas cuadras de la Avenida 24 de Mayo, de allí se iba en conexión directa por la avenida Guayaquil hasta el Teatro Sucre y su plaza, un espacio que parecía ser de transición, pues aunque se encontraba aún en el sector antiguo de la ciudad el teatro era en realidad una de las más dignas y relevantes edificaciones construidas en el periodo republicano, inaugurado en 1888 y adecuado con motivo de este centenario.

La misma Avenida Guayaquil conectaba con el Parque de la Alameda, que en esta ocasión intentaron renombrar con el título de Parque Bolívar, pero fue una denominación que no aguantó el paso del tiempo, como tampoco la aguantó el ahora denominado Parque de Mayo, que siempre había sido el Ejido. Ambos en el límite norte de la ciudad y también ambos epicentros de esta celebración, menos fastuosa, pero al fin y al cabo celebración. El circuito terminaba en el extremo norte de la ciudad, en el Hipódromo Nacional. Quedaba así definido el ámbito de conmemoración que coincidía con el ámbito del crecimiento urbano, o bueno, con una forma específica de crecimiento, aquella jalonada por cierta dirigencia y grupos adinerados. No habría que extrañarse si la casa de uno de los miembros de la junta organizadora, el más notable de ellos Jijón y Caamaño, estuviera a escasas cinco cuadras del mencionado hipódromo. Allí en la intersección de la Avenida Colón y 18 de Septiembre (hoy Avenida Diez de Mayo) se encontraba el emblemático Palacio de la Circasiana.

El Parque del Ejido fue el hito más perdurable de esta conmemoración, en realidad se adecuó como parque y se presentaba como un escenario en el espacio urbano de la

accidentada vida republicana. Ese viejo proyecto en el que la ciudad se convierte en un libro de historia nacional (utilizado como vimos en Lima, y en varias otras ciudades de Latinoamérica) era ahora más claro. Comenzaba en el viejo tejido urbano que representaba el mundo colonial, con la Plaza Grande y la Plaza San Francisco como sus dos mayores emblemas. Continuaba en la Avenida 24 de Mayo y la Plaza Sucre como símbolos del momento de gracia independentista. En el tránsito hacia el norte el Teatro Sucre y su plaza representaba la gran conquista (una conquista cultural por supuesto) de ese siglo XIX y el Parque del Ejido remataba el circuito celebrando el futuro desde el presente, un futuro virtuoso en el que la nación, a partir del desarrollo urbano capitalino, encontraba el mejor augurio. No había que ser un analista demasiado perspicaz para entenderlo, los propios constructores de esa capital de los festejos cívicos así lo planteaban:

El Parque [de Mayo] está situado entre las dos partes de la actual población de Quito, la antigua fundada por los conquistadores en el mismo sitio de la ciudad incaica, la antigua llena de los monumentos que nos legó la colonia, la antigua que ha venido convirtiéndose en una ciudad moderna, por los nuevos edificios y el *comfort*; la antigua que será siempre una ciudad pintoresca y agradable, por sus colinas, calles en galerías, pinas y serpenteantes y la ciudad nueva que se extiende en la llanura que se conocía con el nombre de Ñaquito (...); **ciudad de un futuro próspero, que se llena con asombrosa rapidez de calles y edificios de gran valor arquitectónico**³⁶².

Un enorme valor y confianza depositado en esa ciudad del pasado y una tímida, pero consistente, esperanza en la del futuro. Esperanza que se materializaba en ese recién adecuado Parque de Mayo (o Ejido), un parque del que se esperaba ocupara un papel central en la vida urbana de la capital ecuatoriana. En el entretanto el sur desaparecía, el viejo Palacio de la Exposición y los pabellones de 1909 apenas si fueron incluidos dentro de las actividades. La ambivalencia en esa temprana fecha, determinada por un mercado del suelo que apenas despuntaba y un interés aún no definido por una zona de la ciudad para expandirla, ya no estaba presente en las decisiones de la conmemoración del Centenario de la Batalla de Pichincha. Despejadas esas dudas la reorientación del sentido

³⁶² Barrera, Isaac. Relación de las fiestas del Primer Centenario de la batalla de Pichincha..., pp. 70 – 71 (La negrilla es mía)

geográfico de la conmemoración fue más fácil, esa decisión permitió la consolidación de una tensión norte – sur cuya disposición acompañó a los quiteños en gran parte del siglo XX.

En Bogotá por su parte los problemas parecían más acuciosos y las conmemoraciones menos relevantes. El país llevaba más de tres décadas bajo el régimen conservador y la nueva celebración del centenario encontró un presidente, para variar, gramático y con las finanzas públicas en un estado lamentable. Se organizó una junta para impulsar la conmemoración de la Batalla de Boyacá, pero se supo desde el inicio, y se evidenció después, que iba a ser muy difícil hacer una conmemoración como la de 1910. Una amarga sentencia abría el libro de memorias de este nuevo centenario: “[la situación mundial] no permitió que la nación hubiera realizado en fecha tan memorable y única para la presente generación, algo digno de los luchadores de aquella hora inmortal”³⁶³.

La Junta Organizadora del Centenario de la Batalla de Boyacá se constituyó formalmente en febrero de 1919, es decir, apenas seis meses antes de la fecha de conmemoración, que sería el 7 de agosto de ese año. Había cierto escepticismo entre los miembros de la Junta sobre el alcance de su labor, pero trataron de hacer lo que mejor pudieron, como casi todas las comisiones creadas para estos eventos, pero dos meses después de instaurada ya se lanzaban las primeras alertas y se enfrentaban las primeras crisis. Así, en abril de 1919, la Junta suspendía sus labores pues, según afirmaban “no era posible adelantarlas en las actuales circunstancias, hasta tanto (...) se ponga en conocimiento de la Junta que el dinero del que se trata está a las órdenes del tesorero de ella”³⁶⁴.

La intervención del gobierno conjuró el cese de actividades de los miembros de ese organismo, que valga mencionar, estaba conformada por delegados del propio gobierno nacional y municipal, de varias asociaciones cívicas y caritativas y por hombres de élite. Pero el prestigio no se transmuta automáticamente en dinero, y un mes y medio luego de

³⁶³ Rivas Raimundo, Guerra Joaquín & Cortázar, Roberto. Centenario de Boyacá, 1819 – 1919, Escuela Tipográfica Salesiana, 1920, p. 5

³⁶⁴ Acta No. 15 de la sesión del día 24 de abril de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 33

esta primera advertencia, apenas unas semanas antes de la conmemoración, de nuevo la Junta lanzaba la propuesta de terminar abruptamente sus labores pues habían conseguido la aprobación y la palabra del ministro del Tesoro de contar con \$ 40.000 pesos, pero el dinero nunca había llegado a las arcas de esa dependencia, los anhelos y propuestas hechas hasta ese momento se fueron al piso. Debido a ello lanzaron una advertencia:

La junta considera que si antes del 15 de junio no han sido pagados integralmente los \$ 40.000 apropiados todo se trastornará y el programa no podrá desarrollarse; que en consecuencia, si para el día 15 de los corrientes, fecha en que se reunirá la Junta, no dispusiere ésta de la suma anotada, se verá en la penosa necesidad de suspender sus labores y dar cuenta al público de la causa³⁶⁵.

En ultimátum, que al tiempo era amenaza, indicaba que convocar altos cargos y nombres ilustres implica a su vez un alto riesgo. En todo caso una renuncia a esa altura tampoco era tan fácil para los miembros de la Junta si de salvar el prestigio y el buen nombre se trataba, por esa razón y porque seguro había un genuino interés en llevar a cabo las festividades continuaron trabajando a pesar de que cada vez que podían sacaban el asunto del presupuesto no entregado.

Las cosas empeoraron cuando comenzó a salir mal todo lo que podía salir mal. El 20 de julio se celebraría el aniversario 109 de la independencia, al siguiente día se reunieron los miembros de la Junta en una sesión que se convirtió en un verdadero memorial de agravios. Que la falta de presupuesto, que la ausencia de representantes del gobierno, que la traición a los acuerdos, que la falta de interés gubernamental, en fin, todo indicaba que la conmemoración de esa fecha había sido un fracaso y se convertía en un mal presagio para lo que pudiera ocurrir tres semanas después en los festejos del centenario de la Batalla de Boyacá; se recalca que “si no se ha obtenido éxito se debe a la incuria que ha demostrado el gobierno nacional en relación con las labores que patriótica y desinteresadamente llevan a cabo [los miembros de la junta]”³⁶⁶. En la misma sesión hubo

³⁶⁵ Acta No. 21 de la sesión del día 2 de junio de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 45

³⁶⁶ Acta No. 39 de la sesión del día 21 de julio de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 84

una cascada de renunciaciones, pero de nuevo, la voz de un integrante más sosegado avivó el espíritu patriótico y logró que los miembros que tenían la intención de dimitir aplazaran su decisión hasta tanto no se obtuviera respuesta por parte del gobierno. Se referían a la reacción a una nota de protesta enviada a propósito de los inconformismos suscitados por su ausencia de los representantes del presidente en las sesiones y los compromisos no honrados.



1819
 Bolívar y aquella gente
 Que sigue sus pasos dar
 Con gusto su sangre
 Ardiente hasta triunfar en el Puente
 Glorioso de Boyacá

1919
 Y hoy con dolor observamos
 Que aun cuando vamos acaso
 Hacia el progreso, tardamos
 En llegar, porque marchamos
 Como se ve, paso a paso

En la caricatura se evidencia que el pesimismo es una forma de tramitar la ausencia de grandes obras o actividades para ejecutar en la conmemoración. La ausencia de un guion celebratorio tenía este tipo de consecuencias.
 "Ayer y Hoy" En: Bogotá Cómico. Bogotá, agosto 7 de 1919, s.p.

No se sabe a ciencia cierta qué ocurrió o de quien fue la idea, pero ante las múltiples dificultades los miembros de la Junta decidieron recurrir a los buenos oficios de las mujeres de la ciudad, específicamente aquellas que trabajaban en asuntos de caridad cristiana. No era nuevo ese tipo de participación en las fiestas cívicas, ya había ocurrido en 1910, las mujeres habían estado a cargo de algunos desfiles, concentraciones patrióticas y ayuda a habitantes pobres de ciertos barrios. En realidad, era una actividad que realizaban desde hacía años y afloraba en los días de júbilo patriótico. Pues bien, el 7 de agosto de 1919 esa actividad que tradicionalmente había sido subalterna se convirtió en el eje de los festejos y en cierto modo salvó la conmemoración.

En el libro de memorias escrito y publicado por Raimundo Rivas el protagonismo es de las mujeres y de las actividades que están a su cargo. Cada uno de los diez días de conmemoración incluye al menos una actividad que es liderada por las damas. Los días 1 y 2 de agosto las actividades se centraron en “obsequiar a los niños pobres de la ciudad con vestidos, juguetes, fruta y dulces”, y allí se encontraban por supuesto con algún canónigo, pero sobre todo con mujeres religiosas, como la madre María Luisa en el antiguo convento de Las Aguas, pero también con mujeres que no hacían parte del clero como Conchita Ortiz Restrepo, Genara Cote en San Victorino, Elvira Corral de Restrepo, María Calderón de Nieto Caballero, Sofía Reyes de Valenzuela y varias otras en diversos barrios pobres de la ciudad³⁶⁷.

El día 3 de agosto se exaltó el papel del padre Campoamor en un barrio en el extremo sur de la ciudad, pero sobre todo, se insistía en la inmensa ayuda y el valor del trabajo de las mujeres. En el evento realizado en el barrio San Javier, regentado por el mencionado sacerdote, el orador de turno delgado por la Junta Organizadora del Centenario hacía un llamado al reconocimiento del papel del trabajo de las mujeres en este tipo de iniciativas; en su discurso sostenía:

aquí podrían comprobar que el tiempo que ellos creen que las señoras de Bogotá invierten en cosas efímeras y en una envidiable holgazanería, es un tiempo que está destinado, en el rincón tibio del hogar o en el templo austero del taller de niñas pobres, a

³⁶⁷ Ver: Rivas Raimundo, Guerra Joaquín & Cortázar, Roberto. Centenario de Boyacá..., pp. 9 - 11

elaborar vestidos para los hermanos en desgracia; a allegar fondos para dar alivio a los infortunados. Donde quiera que el dolor hincó su garra, allí la caridad de nuestras excelsas mujeres está dando testimonio de amor a la humanidad desvalida y doliente³⁶⁸.

Actos de este tipo se repitieron una y otra vez hasta el cierre de los festejos el 10 de agosto. Cada día se incluyó una actividad de caridad o ayuda a los más pobres y en cada una de ellas las mujeres tuvieron un papel central. Por esa razón, el día 8 de agosto, justo un día después de la conmemoración del Centenario de la Batalla de Boyacá, la Junta Organizadora se reunió con el objetivo expreso de aprobar una proposición y nombrar una comisión que llevaría el mensaje a sus destinatarias. El mensaje aprobado por la sesión en pleno decía:

La Junta Nacional de Festejos de la Batalla de Boyacá tiene especial complacencia en dejar constancia en el acta de este día de que el brillante resultado que han tenido los festejos patrios cuya organización le encomendó el gobierno, es debido en parte muy considerable, a la inteligente, hábil y eficaz cooperación de los Comités de Señoras, quienes en los números que la Junta encomendó a su cuidado han atendido en su desarrollo con gran acierto a la apoteosis de los Padres de la Patria, al alivio y alegría de las clases desvalidas y al regocijo de las altas clases sociales³⁶⁹.



³⁶⁸ “Discurso del señor Noel Ramírez en el Barrio Villa Javier – agosto 3 de 1919”. En: Rivas Raimundo, Guerra Joaquín & Cortázar, Roberto. Centenario de Boyacá..., p. 15

³⁶⁹ Acta No. 49 de la sesión del día 8 de agosto de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 106



Fotografías en las que se evidencia la activa participación de las mujeres. “Aspectos de la procesión cívica”. En: Rivas Raimundo, Guerra Joaquín & Cortázar, Roberto. Centenario de Boyacá..., pp. 278 -281

Por otra parte, la falta de recursos y el apoyo brindado por las mujeres gracias a su trabajo en temas de caridad y asistencia social tuvo como consecuencia practica que la celebración de 1919 se descentralizó en el espacio urbano. No se realizaron muchas

actividades en el llamado Parque de la Independencia, allí sólo se aprovechó un Pabellón que aún no había caído demolido, el de Bellas Artes, para realizar una exposición de artes plásticas, en la que también se resaltó el papel de dos mujeres artistas María Antonia Cuervo y Magdalena Montaña. Se incluyeron, como era obvio, la Plaza de Bolívar y la Catedral, también varios desfiles, algunos por la carrera 7^a, pero si nos guiamos por el recuento de las actividades diarias es claro que en esta ocasión la ciudad toda resultó involucrada, el eje trazado en 1910 estaba presente, pero no tuvo la misma sólida presencia que entonces.

Fue así en parte porque las personas pobres, protagonistas por casualidad de la celebración, estaban por toda la ciudad, pero también porque los ciudadanos exigieron ser integrados a los festejos. Lo hicieron a partir de solicitudes explícitas como la de los habitantes del vecino barrio de Chapinero, quienes en una misiva solicitaban que les incluyeran en los “festejos populares”, tal como se había hecho con otros barrios. Los obreros y artesanos de la capital que vivían en el barrio Las Cruces, que nueve años antes habían sido defenestrados de las actividades conmemorativas, también solicitaron se les incluyera en la programación, para tal efecto sugerían “corridos de toros, fuegos pirotécnicos, las valiosas cucañas, las carreras charras, y en fin, todo aquello que al aire libre, y en completa alegría, pueda regocijar al pueblo(sic)”³⁷⁰.

En otros casos los vecinos preferían contar con obras más duraderas, como los habitantes del viejo barrio de Egipto. Allí la Junta de Vecinos se reunió y les solicitó a los organizadores de los festejos cívicos por el centenario que “emplearan el dinero en la construcción de una carretera que parta de la carrera 3^a hasta el Paseo Bolívar; que se debe prescindir de festejos que por su naturaleza no dejan nada provechoso”³⁷¹. La solicitud de obras de infraestructura seguramente se sustentaba en el despliegue constructivo visto en la conmemoración de 1910, pero las expectativas de los vecinos se vieron frustradas y la Junta Organizadora del Centenario les programó “festejos

³⁷⁰ Acta No. 29 de la sesión del día 2 de julio de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 65

³⁷¹ Acta No. 29 de la sesión del día 2 de julio de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 64

Espacios Urbanos en la Conmemoración del Centenario de la Batalla de Boyacá en Bogotá



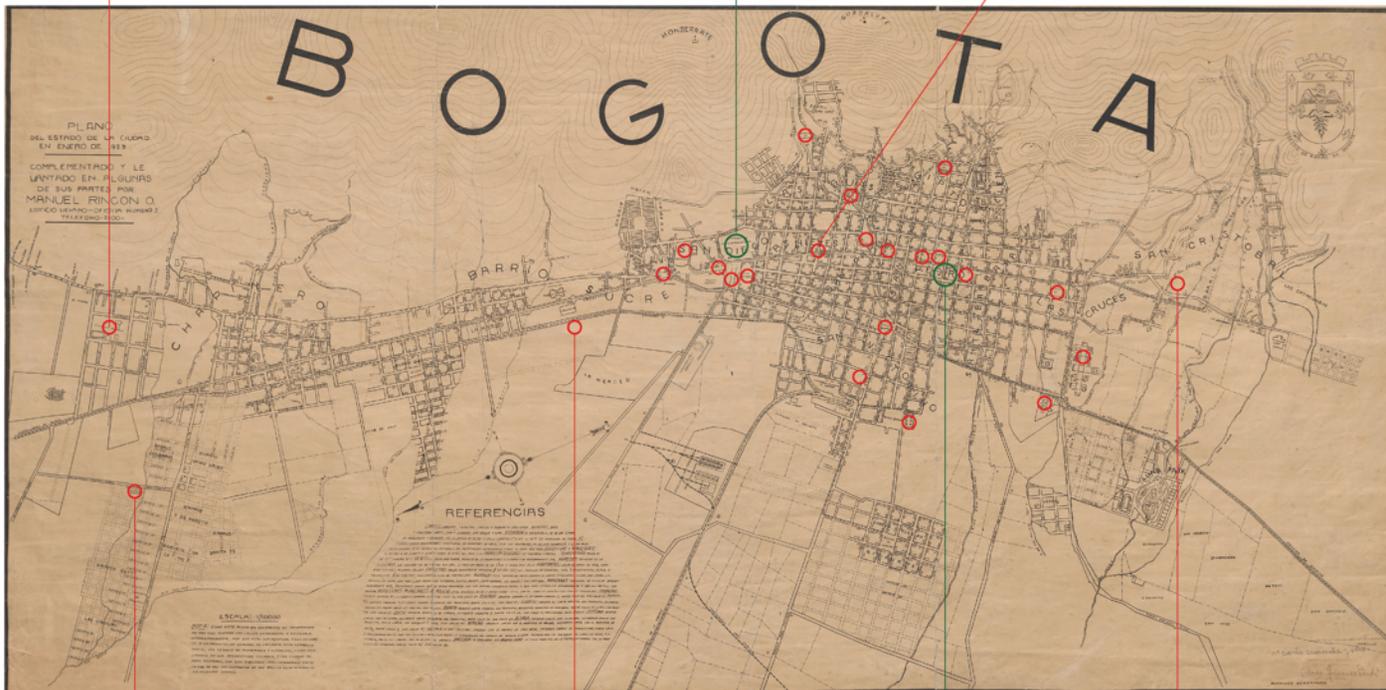
Gimnasio Moderno



Exposición de Arte
Parque de la Independencia



Edificio de la Academia Colombiana
de la Lengua



Convenciones

○ 2 o 3 eventos programados

○ Un evento programado



Asilo de niños



Hipódromo de la Magdalena



Repartición de vestidos



Barrio Villa Javier

populares” el día 6 y 8 de agosto. Era, en todo caso, una suerte de toma de conciencia ciudadana que indicaría, entre muchas otras cosas, que amplios sectores de la ciudad no estaban dispuestos, al menos no sin una voz de protesta, a ser excluidos de la conmemoración.

Como tampoco debían excluirse a los habitantes del territorio nacional, esos que la capital buscaba controlar. Si la caridad había servido para impulsar las festividades en Bogotá, pensaron los organizadores, seguro servía también para legitimar el papel de esta ciudad en el resto del país. Las “damas bogotanas” enviaron juguetes y vestidos a la lejana localidad de “la Goagira” (se refiere seguramente a la Guajira en el norte del país) “queriendo con este acto patriótico afianzar el lazo que une a Bogotá con las más apartadas regiones del territorio de Colombia y enviar el saludo cariñoso de la ciudad capital a los niños, nuestros compatriotas, **que viven y se civilizan en el extremo de la República**”³⁷².

Los vecinos de Egipto no fueron los únicos cuyas expectativas se frustraron, varias otras actividades dadas como seguras tampoco se llevaron a cabo; no hubo desfile de carros alegóricos, ni sede para el Museo Nacional en la carrera 6 con calle 11. No se construyó el edificio para la Escuela de Bellas Artes en el Parque de la Independencia, tampoco se realizaron los juegos florales; el presupuesto no alcanzó para un arco del triunfo, ni tampoco para una columna “al estilo de las que hacen en algunas ciudades de Europa”. Hubo que cancelar la cascada simulada en el Parque de la Independencia y también la ampliación de la plaza de Bolívar. No hubo compañía de ópera, ni italiana ni española, y tampoco alcanzó a contratarse su remplazo: un circo de fieras³⁷³. Fue una celebración mucho más local, menos vistosa, aunque más pertinaz y recursiva. Quizás, a pesar de su modestia, el centenario de la Batalla de Boyacá de más pistas sobre el alcance del proyecto de nación colombiana de lo que daría esas otras conmemoraciones en las que siempre se ha buscado descubrir qué tanto se acercan a cánones europeos o

³⁷² Rivas Raimundo, Guerra Joaquín & Cortázar, Roberto. Centenario de Boyacá..., p. 12 (el resaltado es mío)

³⁷³ Ver: Acta No. 2 de la sesión del 21 de febrero de 1919 y Acta No. 3 de la sesión del día 4 de marzo de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folios 3 - 9

norteamericanos. A lo mejor en la modestia se pueda entender mejor el actuar de los bogotanos de comienzos del siglo XX. En todo caso, parece inmerecido el destierro al que ha sido sometido este evento en la historiografía colombiana.

En Lima el circuito celebratorio se mantuvo intacto en la conmemoración de la Batalla de Ayacucho en 1924. No hubo un solo escenario que cambiara la estructura del poder diseñada para 1921. De hecho, hubo pocas obras urbanas o arquitectónicas destinadas de manera específica a celebrar este nuevo centenario. Hubo sí, varios monumentos, muchos bailes y banquetes, obras urbanas que venían en desarrollo y que en virtud de un mal disimulado oportunismo se integraron a la fiesta, pero obras grandes, planeadas, emprendidas y ejecutadas con miras a conmemorar específicamente esta fecha quizá solamente una: el Hotel Bolívar.



“Hotel Bolívar. Estado de los trabajos a principios de agosto”. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, agosto de 1924, p. 14

Ese proyecto fue promovido con la intención manifiesta de albergar a las comitivas extranjeras que concurrirían a los actos conmemorativos de diciembre de 1924, su

financiación fue completamente soportada por el capital privado y la iniciativa surgió del empresario Augusto Wise y otros hombres de negocios, quienes convocaron al arquitecto Rafael Marquina y la empresa constructora Ted Ley & Co., para que en un lote de 4000 m² y en tan solo quince meses³⁷⁴ levantaran el edificio y dejaran listos dos pisos (de los tres proyectados) para ser inaugurados el 6 de diciembre de 1924. En la prensa se comentaba que la intención era que “el gerente del hotel sea un europeo que tenga 10 años de práctica en los Estados Unidos. El personal en su mayoría será contratado en el extranjero”³⁷⁵. Cosa que en efecto sucedió, en un extenso reportaje del diario El Comercio publicado cerca a la fecha de la inauguración, se reseñaba que el manager contratado era el señor E. Ischopp quién había trabajado en el “hotel Bellevue Au Lac” en Suiza y en el “Grand Central Hotel de Panamá”, además, se mencionaba que “con él han venido los dos primeros cocineros y veintiséis camareras, todos suizos”³⁷⁶.

Los creyentes en los milagros del capital privado reafirmaron su fe cuando vieron que un elegante edificio aparecía en muy poco tiempo en los contornos de la Plaza San Martín. Aunque algunos académicos calculan el tiempo del proceso de construcción en quince meses en la prensa de la época se insistía que el edificio había sido levantado en menos de siete, y se preguntaban esos mismos entusiastas sino sería uno de los edificios más rápidamente construidos en el continente; exhortaban, entonces, a que se comprobara esta percepción “valdría la pena -decían en ese arranque de pasión- que los contratistas y constructores Sres. Fred T. Ley & Cia., hicieran la investigación necesaria que les permita comprobar si efectivamente, como nosotros creemos, esta obra constituye un record suramericano”³⁷⁷. Porque además todo debía ser grandioso, o parecerlo, todo debía rivalizar con otras infraestructuras, procesos o dinámicas en el mundo, en eso consistía su cosmopolitismo y en esa superficialidad se concentraron.

³⁷⁴ Jiménez, Luis & Santivállez, Miguel. Rafael Marquina: Arquitecto. Universidad Nacional de Ingeniería – Facultad de Arquitectura, urbanismo y artes, Lima, 2004, p. 78

³⁷⁵ “El gran Hotel Bolívar”. En: Revista Ciudad y campo y caminos. 7 de Julio de 1924, Lima, p. 13

³⁷⁶ “La obra del Gran Hotel Bolívar. Antes del Centenario quedará concluido en parte”. En: El Comercio. Lima, Domingo 23 de noviembre de 1924, p. 9

³⁷⁷ “La construcción del Hotel Bolívar”. En: Revista Ciudad y campo y caminos. 7 de Julio de 1924, Lima, p. 13



-Desgraciadamente, para el Centenario
este Hotel Bolívar no estará concluido
pues sus pisos altos quedarán vacíos
-Hombre, me parece
que a muchos políticos les pasa lo mismo.

Variedades. Revista Semanal Ilustrada. Lima, 15 de septiembre de 1924, Núm. 872, Año XX.

Un buen ejemplo de ello fue la zona del Monumento Dos de Mayo. El lugar tenía una larga historia de descuido, se decía que “el más hermoso de los monumentos” se encontraba en medio del “más descuidado de los arrabales, rodeado de misérrimas construcciones y de avenidas tristes y polvorientas (...) los extranjeros que nos visitaban se asombraban de tamaño descuido”³⁷⁸. Pero, gracias a “uno de aquellos hombres, raro entre nosotros -

³⁷⁸ “La infatigable cooperación del señor Víctor Larco Herrera al progreso de la ciudad”. En: Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, 22 de noviembre de 1924, Año XX, Núm. 873, p. 2901

escribía en tono adulator el periodista- que observan y trabajan cuando la mayoría habla sin ver y charla, resolvió suprimir aquella ignominia”³⁷⁹. Se trataba de Víctor Larco Herrera, un empresario e intelectual miembro de la élite Limeña, aunque era oriundo de Trujillo. Conocido además por su afición a las piezas arqueológicas, una afición tan profusa que le alcanzó para fundar un museo. Pues bien, el señor Larco decidió lanzarse a una aventura inmobiliaria en los alrededores del Monumento 2 de mayo, zona de confluencia de varias vías, dos de ellas de la mayor relevancia, la Avenida Nicolás de Piérola que conectaba con el Monumento a San Martín y la Avenida Alfonso Ugarte que conectaba con el monumento a Bolognesi.

En la prensa se decía que era una iniciativa para conmemorar el Centenario de la Batalla de Ayacucho, pero la verdad es que cualquier cosa que pasaba en la ciudad por esos días se le colgaban ese honor, parecía más bien la típica iniciativa empresarial con algún cariz patriótico. Y aunque a medida que se acerca diciembre de 1924 era claro que este proyecto no estaría listo, el periodista se consolaba porque al menos “los distinguidos huéspedes que en estos días vengan a Lima, no tendrán que censurarnos como los de 1921”, ya los edificios viejos habían caído.

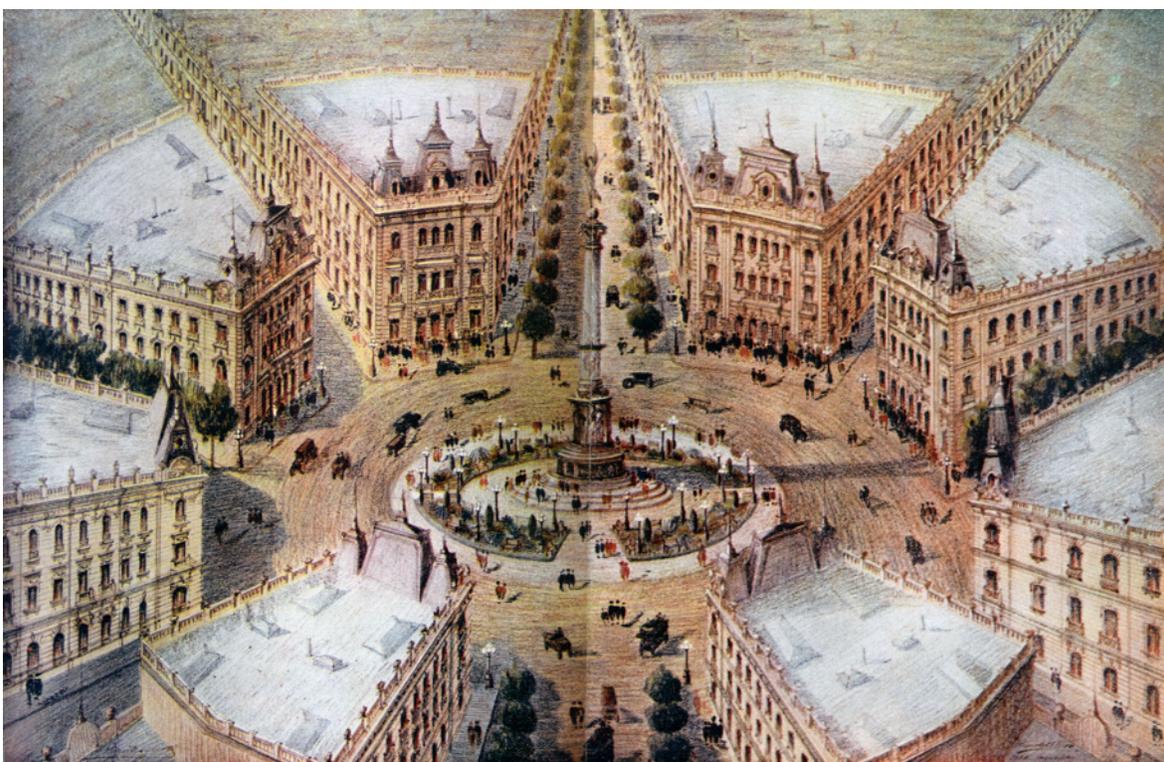
Cuando el año siguiente el contorno del *round point* en el que se encontraba el monumento ya estaba terminado con decorosos edificios, el entusiasmo era exultante porque la ciudad contaba “con una plaza estupenda en la que la gracia dará mano a la suntuosidad y la estética al confort”. La descripción del diseño recalcaba además la enorme satisfacción de encontrar un espacio urbano que habían anhelado tener:

ocho grandes avenidas que vienen a incidir en la Columna de la Victoria que es el centro de todas (...) ofrecerá en su absoluta extensión un frente arquitectónico de puro estilo Renacimiento francés, aunque de variada presentación. Los edificios que formarán el frente de las ocho avenidas se están construyendo con un gusto artístico naturalmente superior (...) La gigantesca empresa abarca un área total de 100.000 metros cuadrados de los cuales se han cedido para calles y ampliaciones, vale decir para quinta esencia la belleza de la obra, más de 30.000³⁸⁰.

³⁷⁹ La infatigable cooperación del señor Víctor Larco Herrera”..., p. 2901

³⁸⁰ “El embellecimiento de la Plaza 2 de Mayo”. En: Mundial. Revista Semana Ilustrada, Lima 13 de noviembre de 1925, No. 283, s.p.

Pero en el largo y extenso reportaje no había una sola referencia a la conmemoración del Centenario de Ayacucho ¿cómo es que una obra de estas dimensiones que se había celebrado como parte de la conmemoración ahora ya terminada no se vinculaba con su supuesto destino original? Simplemente porque la inclusión de esta iniciativa había sido meramente circunstancial, daba lo mismo que se tratara de un barrio nuevo, una vía que se refaccionaba, una tubería que se instalaba, un hospital que se llevaba construyendo décadas, la conmemoración lo envolvía todo, durante esos días festivos todo pasaba a ser parte del Centenario de Ayacucho. Pero pasado el júbilo la vida seguía y, a menos que hubiera un potente propósito de convertir ese escenario urbano en eje fundamental de la vida cívica limeña, los espacios se integraban sin pena ni gloria al tejido urbano.



“La Transformación de la Plaza 2 de Mayo”. En: Mundial. Revista Semanal Ilustrada. Lima, noviembre 13 de 1925, no. 283, s.p.

No eran obras intrascendentes, simplemente no hacían parte de la construcción de un eje simbólico del poder de la urbe, entre otras cosas porque la fecha no significaba mucho para la ciudad capital. Se aprovechaba, eso sí, para alimentar los aires de grandeza de la ciudad frente al país y la región. Con un sincero convencimiento los periodistas y otros líderes consideraban que una plaza como esta los ponía en el mundo, los investía de una cierta aura de cosmopolitismo. En el reportaje se incluían fotografías de la Plaza de la Bastilla y de la Estrella en París, la de San Marcos en Roma, el Madison Square en New York, la del Kaiser Francisco José en Berlín, Trafalgar Square en Londres, “Swachrzenberg” en Viena y la del Congreso en Buenos Aires y concluían “todas estas plazas presentan maravillosas proporciones, monumentos de sabor artístico invaluable, pero cualquiera de ellas parece y resulta desmedrada en comparación de conjunto con la nuestra del 2 DE MAYO”³⁸¹. Era, claro, una manifestación de cierto sentimiento de inferioridad, de todo lo que se aspiraba a ser, pero era también la prueba incontrovertible de que en efecto ese anhelo podría ser alcanzado, de que no era una quimera inverosímil.

La Conmemoración de la Batalla de Ayacucho se encontró con el frenético ritmo constructor de los años veintes, un ritmo sospechoso, dinámico y sobre todo impulsado por el crédito. Algunas voces, las que más se beneficiaban de él, lo celebraban porque “el progreso no puede edificarse sino sobre las ruinas del pasado”³⁸² y para los organizadores de los festejos fue una feliz coincidencia porque les permitió integrar más obras a una conmemoración, que entre otras cosas, era objeto de temores por la acción de ciertos grupos políticos que amenazaban con llevar al país a una “situación bochornosa” y a una “muestra de incultura cívica y de falta patriotismo” debido a “espíritus estrechos y mezquinos que esquivan su colaboración y desean el fracaso solo por el torpe móvil de restarle éxitos al presidente”³⁸³, una campaña de descrédito que además se extendió al continente reportándose declaraciones en varios países.

³⁸¹ “El embellecimiento de la Plaza 2 de Mayo”. En: Mundial. Revista Semana Ilustrada, Lima 13 de noviembre de 1925, No. 283, s.p. (mayúscula sostenida en el original)

³⁸² “La Lima que veo venir”. En: Ciudad y Campo y caminos. Lima, agosto de 1924, p. 13

³⁸³ “Editorial” Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, 15 de noviembre de 1924, Año XX, Núm 874, p. 2830

Espacios Urbanos en la conmemoración del Centenario de la Batalla de Ayacucho Lima



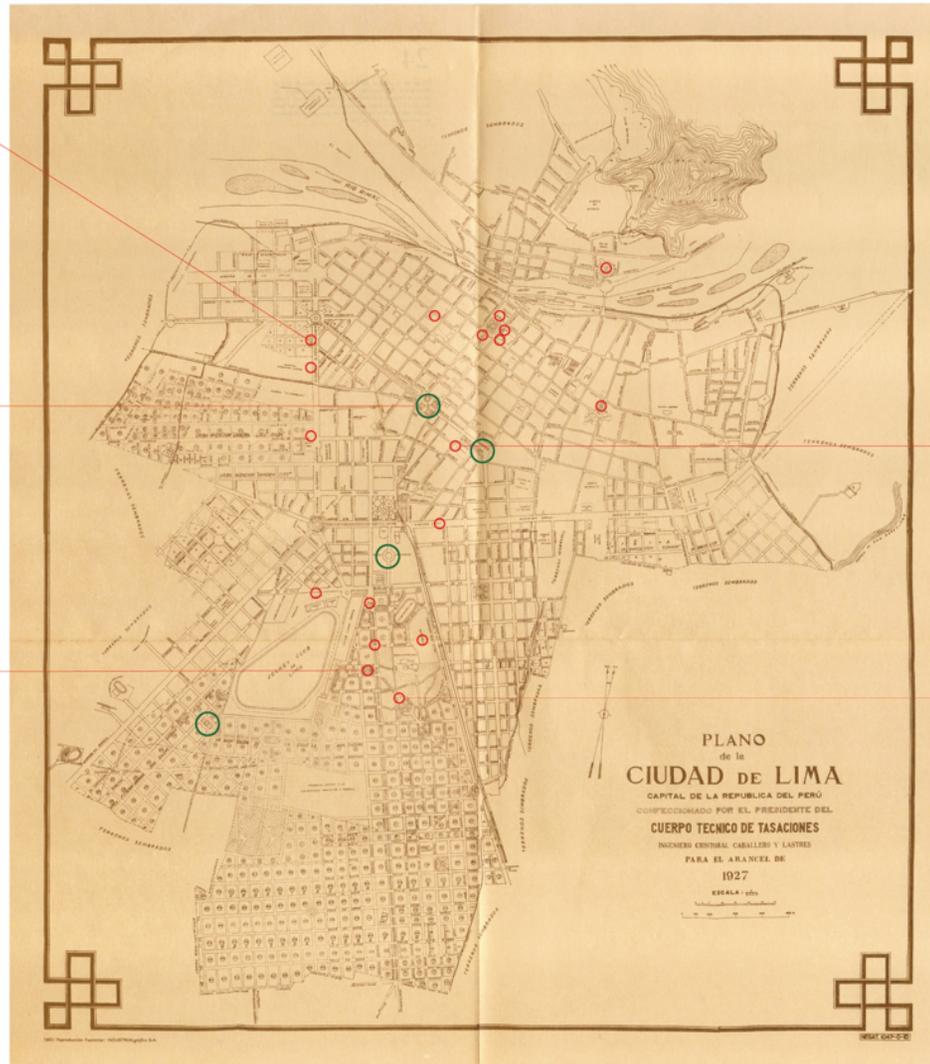
Inauguración del Museo de Arqueología



Hotel Bolívar



Maqueta de la Fuente de los Atlantes ubicada en la Avenida Leguía



Contrucción propia a partir de la información de Orrego, Juan. ¡Y Llegó El Centenario!..., pp. 93 - 96



Panteón de los próceres



Plaza Sucre

- Espacios con 3 o más eventos programados
- Espacios con 1 evento programado

Hubo en cambio propuestas que no se realizaron en la fecha del centenario y que parecía una omisión imperdonable dado el discurso que sustentaba las conmemoraciones. Se trataba de ese “cosmopolitismo conservador” (si se permite la expresión), que celebraba a España, defendía el espíritu intelectual del continente y el lazo que unía con la antigua metrópoli imperial. Había estado presente, como vimos, en la conmemoración de 1921, con el Arco Morisco que obsequió la representación diplomática española a la ciudad y con la retribución de Leguía quien entregó una sede para la embajada. En 1924 no hubo, o por lo menos no se registró oficialmente, un acto especial de reafirmación del vínculo con lo que solían llamar “la madre patria”.

Pero pronto apareció la propuesta para resarcir el olvido. Se trataba de una iniciativa publicada en uno de los primeros números de la revista Ciudad y Campo y Caminos, la cual consistía en adecuar la “plaza de San Francisco” para convertirle en la Plaza España, porque como decía uno de los lectores “era una campaña de verdadero ‘limeñismo’ que en el fondo quiere decir ‘vida española’”³⁸⁴. La propuesta consiguió el apoyo de hombres influyentes, entre ellos, Federico Elguera, recordado alcalde de Lima entre 1901 y 1908, y Víctor Pezet y Miró Quesada. Se esperaba de ese espacio público urbano que se convirtiera en un símbolo duradero de “cariño recíproco, eficaz y eminentemente fraterno (...) un faro luminoso de compenetración espiritual”³⁸⁵, pero además se decía que el lugar era perfecto porque “nada hay en Lima tan español, o como se dice, tan colonial”:

Ya desatado el entusiasmo la imaginación comenzó a volar, el señor Enrique Swayne propuso que fuera de “estilo sevillano” y otro ciudadano secundando la idea reconocía que “no podía faltarle una pila característica, azulejos en profusión, naranjos, etc.”. Y aprovechando el arranque emotivo entonces abrieron una discusión audaz sobre el monumento que debía estar en esa plaza imaginaria. Los más conservadores se inclinaron por un homenaje al fundador de la ciudad: Francisco Pizarro; otros con una visión más crítica creían que el que debería estar allí era Ricardo Palma, el mejor exponente de las letras peruanas. Otros presentaron propuestas menos obvias, como la

³⁸⁴ “La Plaza San Francisco o España”. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, agosto de 1925, pp. 33 - 34

³⁸⁵ “La Plaza España”. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, Mayo de 1925, p. 4

de incluir a “Francisco Solano, santo español y patrón de Lima, rodeado de los símbolos adecuados que personifiquen las virtudes de los conquistadores”³⁸⁶.

Al final no hubo ni plaza “sevillana”, ni monumento, tampoco cambio de nombre, pero lo que es interesante recalcar es que el discurso intelectual que soportó la conmemoración del primer centenario, así como la estructura urbana de esa celebración había quedado establecida y permanecía aún vigente. El mapa de las actividades en el marco de los festejos por los cien años de la Batalla de Ayacucho siguió ese guion inicial ya trazado y así se mantuvo por un tiempo. La inauguración de varios edificios simbólicos como el Hospital arzobispo Loayza, el Museo de Cultura Peruana, el panteón de los Próceres o el palacio Arzobispal en lo fundamental no desafiaron esa estructura. Las bases de un simbolismo urbano que ejercía como escenario fundamental de la nacionalidad peruana habían sido echadas y aún hoy se experimentan los ecos de esa apuesta.

Cuando se mira desde la distancia se constata que uno de los aspectos centrales en la construcción de lugares de memoria (y de la memoria del poder en particular) tiene dos aristas básicas, la instauración de un componente material (edificio, arquitectónico, artístico) y la refrendación del mismo de manera sostenida en el tiempo. Este planteamiento que es de una verdadera sencillez contribuiría a explicar cómo ciertos espacios perdieron su estatus de origen y cómo otros permanecen hasta hoy. Y es fundamentalmente el encuentro entre el monumento y el ritual, en el que actúan esas dos dimensiones “una que pareciera estática y permanente y la otra en una dimensión dinámica y temporal”³⁸⁷.

La dimensión estática tendría como fin “detener el tiempo, bloquear el trabajo del olvido, fijar un estado de cosas, inmortalizar la muerte, materializar lo inmaterial para encerrar el máximo de sentido en el mínimo de signos”; mientras que la dimensión temporal entretanto está obligada a una “actitud de metamorfosis, a un incesante resurgimiento de

³⁸⁶ “La Plaza San Francisco o España”..., pp. 33 - 34

³⁸⁷ Kanekar, Aarati. Celebration of place: processional rituals and urban form. Submitted to the Department of Architecture in partial fulfillment of requirements for Degree of Master of Science in Architecture Studies. Massachusetts Institute of Technology, June, 1992, p. 12

sus significaciones y la obsolescencia impredecible de sus ramificaciones”³⁸⁸. Al final, en este movimiento dialéctico reside el “éxito” de un lugar destinado para la memoria, de modo que cuando la metamorfosis fracasa porque no logra conectar con el aire de los nuevos tiempos, el monumento, el edificio, el espacio urbano dedicado a la conmemoración pierde fuerza, su importancia se desvanece. En contraste, si la adaptación a las circunstancias cambiantes es exitosa el monumento se convierte en parte de la estructura de la ciudad, en una “permanencia”³⁸⁹.

En sentido estricto esta puesta en escena encontró unos actores, una audiencia, un escenario y un guion, éste último además construido con esmero sobre bases culturales durante mucho tiempo. Pero “para mantener la atención, los guiones deben lograr la concentración del significado cultural”, para conseguir el éxito de comunicar y transmitir códigos convincentemente se dependía de la simplificación del mensaje y la repetición³⁹⁰. Esos aspectos habían sido centrales en el ritual de sociedades arcaicas y seguían teniendo un papel fundamental en estas sociedades más complejas. De la pericia, inversión e interés puesta en consolidar estos espacios es que se puede entender que los escenarios urbanos inaugurados para las conmemoraciones de los centenarios hayan hecho un tránsito que podría ser de sonoro éxito o de estruendoso fracaso.

El caso de Bogotá parecía pertenecer al segundo grupo. No habían pasado diez años y gran parte de la arquitectura, el mobiliario y otras obras habían sido desmontadas del Parque de la Independencia construido para la conmemoración de 1910. Todo ello se unió a una pérdida quizá más grande, la pérdida de relevancia política la cual fue evidente cuando no se consiguió que una nueva celebración lo refrendara como el lugar que contenía a Colombia desde la capital. En 1919 apenas si estuvo presente en la conmemoración y es un indicador claro de la dificultad que habían tenido sus impulsores

³⁸⁸ Nora, Pierre. *Les Lieux de mémoire*. Montevideo, Ed. Trilce, 2008, p. 33

³⁸⁹ Para Rossi por ejemplo rito, mito y monumento son tres elementos que se entrelazan y cumplen una función importante dentro de la estructura urbana “creo que la naturaleza del rito y su naturaleza colectiva, su carácter esencial de elemento conservador del mito constituye una clave para la comprensión de los monumentos y, para nosotros, de valor de la fundación de la ciudad y de la transmisión de las ideas en la realidad urbana” ver: Rossi, Aldo. *La Arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gili, Barcelona, 1982, p. 66

³⁹⁰ Alexander, Jeffrey *Pragmática cultural un nuevo modelo de performance social*. En: *Revista Colombiana de Sociología*, No. 24, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, p. 34

para integrarlo como parte de la vida cívica de la ciudad, no como parque sino como escenario patriótico. Es probable que esas dificultades hayan permanecido y al final contribuyeran a la desaparición parcial de él a mediados del siglo XX.

En Quito, el Palacio y el Parque de la Exposición sucumbieron aún más rápido, pues resultó evidente que no era tarea fácil que la infraestructura de un espacio expositivo transmutara a espacio litúrgico de la nación. A ello se le sumó que las edificaciones pronto mostraron los riesgos de construir con afán y ya al final de la segunda década del siglo XX el interés había cambiado de dirección y a muy pocos les importaba la suerte que corriera ese escenario. El nuevo esfuerzo tuvo mejor destino, los parques de la Alameda, pero especialmente el del Ejido, contaron con suerte y con un eje de crecimiento urbano que ratificaba su papel preminente en la vida de la ciudad y sus ciudadanos. En Lima el caso fue más exitoso aún, seguramente porque la implantación de la plaza y la construcción de las avenidas no sólo fue apoteósica, sino porque rápidamente fue reafirmada y consolidada. Unos códigos mejor comunicados, una dinámica urbana mejor leída y un mismo criterio en las dos conmemoraciones echaron las bases y consolidaron un poder expresado en la construcción de la ciudad que aún permanece.

Notas de cierre

Las conmemoraciones de los centenarios se movían, como hemos dicho ya en varias oportunidades, en tres planos, uno global, uno regional y uno local. En ocasiones esos indicadores son difíciles de percibir, pero en otros momentos saltan a la vista con una claridad luminosa. La arquitectura usada en los pabellones, la organización misma de una exhibición de obras de artes o productos industriales, el diseño y construcción de ciertos espacios para democracias en vía de consolidación, todo ello parecía ser un conjunto de recursos, una caja de herramientas típica de los sistemas políticos occidentales que andaban terminando de adecuar los detalles para consolidar definitivamente los estados nacionales.

Pero no era tan claro que el tratamiento de esos asuntos globales se encontrara directamente vinculados con los desafíos que debían sortear las sociedades latinoamericanas en esos años de crecimiento y cambio. Tanto en Lima como en Bogotá y Quito aquella seducción del negocio del suelo urbano, el ensanchamiento de ciudades y el comercio de lotes por urbanizadores privados parecía tener un barniz particular que caracterizaba al continente, más aún si se le sumaba el esfuerzo que implicaba hacer coincidir ese proceso con la urgente búsqueda de símbolos urbanos de carácter nacional que hasta ese momento o no existían o eran insuficientes. Las luchas por la elección del lugar, el interés marcado (y por momentos beligerante) en la definición de los espacios de conmemoración, el “cosmopolitismo conservador” marcado por un vínculo complejo con el legado español, eran rasgos que se percibían por todo el continente y cuyo tratamiento tuvo sorprendentes similitudes que se extendieron a lo largo y ancho de América Latina.

Por su parte, los contenidos de las exposiciones, los discursos ideológico e intelectuales que las respaldaban, las dificultades y el modo en que fueron sorteadas, las estrategias en la consolidación y refrendación simbólica de esos espacios urbanos aparecidos a propósito de las celebraciones del centenario, todos ellos fueron asuntos que tomaron un fuerte tinte local. El éxito residió en que lo respaldaba un discurso profundo, probado y legitimado que no necesitaba ser enunciado cada tanto para hacerlo valer. Para encontrarlo había que estar más atento, pero allí estaba, se podía hallar en cada sentencia que defendía la “cultura” como la piedra angular en la construcción de la nación y de la identidad por encima de los adelantos técnicos, las curiosidades tecnológicas o el avance material. Surgía, también, en las sedes para un museo arqueológico o para una academia de la lengua o de historia, en la inclusión de eruditos en los programas de las festividades o en la Juntas organizadoras de los festejos. Los retos de cada capital no eran menores ni desmerecían de su conflictiva y contradictoria admiración por las corrientes globales. Este capítulo ha buscado resaltar de manera puntual esos diversos planos, profundizar en cada uno de ellos y sugerir la forma compleja y diversa en que fueron integrados para que un proceso que había comenzado décadas antes pudiera, por fin, consolidarse en el marco de una celebración.

Esa enorme tarea de afirmación había tenido una contraparte, si la legitimidad intelectual, había sido un esfuerzo de poetas, escritores, historiadores, arqueólogos, filólogos, en fin, representantes de la ciudad letrada, el componente material había corrido por cuenta de ingenieros, pero en particular, de un nuevo personaje, para estos años todavía una especie de rareza: el arquitecto urbanista. Eran profesionales admirados y con frecuencia convocados a tratar asuntos urbanos pero su campo de trabajo resultaba aún difuso. ¿Cómo se fue configurando el escenario profesional de estos hombres encargados de conciliar arte y técnica hasta llevar a la arquitectura y urbanismo a tener un papel fundamental en la concepción de un proyecto de lo nacional defendido desde las ciudades? ¿De qué manera las ideas y el repertorio intelectual de ese campo en ciernes de la arquitectura y el urbanismo debió enfrentar esa triple implicación de lo global, lo regional y lo local? Las respuestas a estas preguntas hacen parte de la reflexión de capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

Discursos aficionados de gente profesional

Conversaciones e intercambios entre ingenieros, arquitectos y urbanistas

“And I am nothing of a builder
But here I dreamt I was an architect”

The Decembrist

Complejos y reduccionismo

Cada cierre de una conmemoración dejaba algunas cosas claras y muchas dudas. Era claro que la ciudad capital, al menos transitoriamente, había consolidado un rol inapelable como “centro” de la nación; era claro, también, que las fiestas habían terminado pero que los desafíos continuaban; era claro que los escenarios urbanos para la celebración de la patria eran urgentes, pero más importante aún, había certeza de que era posible construirlos. Había dudas sobre la configuración material de lo nacional, sobre cómo representarlo y cómo escenificarle en las ciudades capitales. Por otra parte, los ingenieros y arquitectos habían dejado claro, ellos también, la relevancia de su trabajo, la centralidad de sus reflexiones y la dimensión de su tarea.

Este capítulo aborda la manera como los arquitectos, ingenieros y artistas buscaron ser dignos de esa misión. Una labor que implicó un gran esfuerzo personal, solidaridad de gremio³⁹¹, y por supuesto, muchos conflictos y enfrentamientos; pero fue un reto asumido con mucha altivez, por momentos incluso con petulancia. Este análisis, eso sí, se aleja de aquellas miradas que han visto de manera irremediable la circulación de ideas por el continente como producto de un recibimiento “periférico”. La apuesta de este capítulo contrasta con ese enfoque en el estudio del pasado, que aún goza de cierta

³⁹¹ Aquí gremio se entiende en su acepción más general como: conjunto de personas que tiene el mismo oficio o profesión, que persiguen objetivos comunes y pueden o no estar organizados.

vitalidad, en el cual se entiende la región latinoamericana, y en particular la zona andina, como un escenario de atraso y subordinación. Ese punto de vista, que tantos adeptos ha cosechado desde que fue impulsado a la sombra de la teoría de la dependencia en la década de los sesenta, no resulta útil para entender el proceso que se presenta en este acápite. Algunos de los componentes de ese tipo de análisis académicos se encuentran en la crítica que hace la historiadora de la arquitectura Johana Lozoya a esos enfoques. Según su punto de vista:

(...) las narrativas de la dependencia cultural argumentan la hegemonía del imaginario culto del centro sobre las periferias, la *transculturalidad* de las ideas, la mimesis cultural, la pérdida de la verdadera identidad, y finalmente la invisibilidad. La mirada de la ciudad dependiente es la de las ciudades en orfandad identitaria (histórica, tecnológica, cultural)³⁹².

En esa visión dependentista los profesionales locales, los intelectuales, los políticos, los empresarios, en fin, la sociedad en su conjunto, se caracteriza por carecer de agencia. Por esa razón ese tipo de abordajes históricos se concentran en entender el modo en que “llegaron las influencias”, o se interesan en descubrir de dónde venían los conocimientos, o cuál fue el diseño del que se copiaron, cómo se trasplantaron modelos europeos o quiénes fueron las “luminarias extranjeras”. Este capítulo cuestiona ese esquema, no por capricho, sino porque un análisis de las fuentes permite contar otra historia, no una radicalmente diferente, pero sí una que podría decirse complementa el relato. Porque, como ya se dijo, los intelectuales, los escritores, los ingenieros, los arquitectos, los médicos, en fin, el cuerpo de profesionales que hacía parte de esta generación entendía la dimensión del desafío y con esa misma temeridad lo abordó. Siguiendo las palabras de Lozoya:

¿Qué utilidad podrían tener para el pensamiento arquitectónico de la región a principios del siglo XX argumentos tales como derrota cultural, dependencia y carencia de modernidad? Desde mi punto de vista, **prácticamente ninguna**. El nacionalismo gremial de

³⁹² Lozoya, Johana. La (ir)responsable óptica de la ciudad dependiente. En: Bitácora 26. Urbanismo + Diseño Industrial + Paisaje + Arte. México, noviembre 2013 – marzo 2014, p. 79

principios del siglo XX se identifica a sí mismo como la frontera más occidental de la cultura moderna³⁹³

Es sobre ese gremio, sobre sus actitudes insolentes y audaces, que trata este capítulo. Sobre un largo recorrido que iniciaba con el llamado a la conformación de una comunidad de intelectuales preocupados por el espacio y el territorio; si esa comunidad no existía ellos mismos se daban a la tarea de crearla, o se la imaginaban, pero era fundamental hacer parte de un proyecto más amplio que aglutinara intelectuales con intereses similares.

Los mecanismos aquí jugaron un papel trascendental, eran las publicaciones especializadas, los artículos en la prensa, las conferencias, los congresos y las revistas de divulgación, junto con la universidad, escenarios en que se intercambiaban ideas y se discutían con apasionamiento nuevos postulados sobre arquitectura y urbanismo. Era, claro está, un fenómeno global, pues donde se mirara por esos años “los arquitectos líderes buscaron formar la ciudad tanto física como discursivamente, reconocían que participar en la construcción discursiva de la ciudad era a menudo un requisito para contribuir a la construcción física de la misma”³⁹⁴; en el caso de los países andinos el reto era por partida doble, no sólo construir un discurso autorizado sobre el tema sino avanzar en la configuración de un campo disciplinar autónomo.

Esa exploración los llevó por varios caminos que incluía la divulgación de ese discurso a una audiencia más amplia, la búsqueda de posiciones de relevancia dentro de la administración del estado, la intervención en asuntos de interés nacional y el acercamiento tan estrecho como se pudiera con la élite en el poder. Esto ocurría porque como intelectuales ellos “también producían, eran conciencias que elaboraban mensajes, y, sobre todo, diseñan los modelos de las ideologías públicas”³⁹⁵. No eran unos meros

³⁹³ Lozoya, Johana. Ciudades Sitiadas. Cien años a través de una metáfora arquitectónica. Centenarios Tusquets Editores, México D.F., 2010, p. 24 (La negrilla es mía)

³⁹⁴ Stewart, J. Public Speaking in the city. Debating and shaping the urban experience. Palgrave MacMillan, Hampshire, UK, 2009, p. 65

³⁹⁵ Monsivais Carlos. Prólogo La ciudad letrada: la lucidez crítica y las vicisitudes de un término. En: Rama, Ángel. La ciudad letrada. Santiago, Tajarar Editores, p. 10

ejecutores de tareas institucionales, ellos mismos tenían “una peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes, y, sobre todo, como diseñadores de modelos culturales” y esa capacidad los convertía en jugadores muy relevantes en medio de las dinámicas sociales de esos años, tal como sentencia Ángel Rama: “no solo servían a un poder, sino que también eran dueños de un poder”³⁹⁶.

Por otra parte, era solo en las capitales donde este tipo de discusiones se podía dar. No era que en otras ciudades no hubiese intereses e iniciativas alrededor del saber arquitectónico y urbanístico, obviamente las había. Pero era solo en las ciudades capitales donde esa discusión se conectaba de forma directa con tareas más grandes de consolidación del Estado y prefiguración de elementos nacionalistas. Por ejemplo, en Quito el director de la escuela de Bellas Artes en su discurso inaugural reconocía que “en el Ecuador y particularmente en Quito, la juventud, siente e interpreta el arte y por consiguiente la belleza”, allí se evidencia la confianza construida alrededor de la capital como trinchera de una lucha cultural, y continúa el director diciendo “podrá el Ecuador, por la posición geográfica que ocupa, no estar en algunos aspectos a la altura en que se hallan otras repúblicas hispanoamericanas, pero en cuanto a bellas artes, el Ecuador y **sobre todo Quito**, ocupa un puesto altamente honroso”³⁹⁷. Más contundente era Gualberto Pérez, quien en un recuento de la historia de la arquitectura quiteña afirmaba sin sutilezas “en las demás ciudades de la república, el arte de construir ha sido, en toda época, el reflejo del de la capital”³⁹⁸.

Era pues un coctel explosivo, en el que se encontraban al mismo tiempo la consolidación de la capital, la conmemoración centenaria con el respectivo empuje del nacionalismo, el crecimiento de las ciudades, la estabilidad económica y los afanes de los arquitectos por conseguir y defender un lugar de preminencia en la poco flexible jerarquía social de la época. Se abordará entonces la interpretación de ese proyecto desde cinco aristas; una

³⁹⁶ Rama, Ángel. La ciudad letrada..., pp. 62 - 63

³⁹⁷ Borja, César. “Discurso pronunciado por el director de la Escuela de Bellas Artes en el Acto de Exposición y reparto de premios del año escolar 1907 - 1908”. En: Revista de Escuela de Bellas Artes. Publicación eventual. Quito, 10 de agosto de 1908 Año III, Núm. 7, p. 114

³⁹⁸ Pérez, Gualberto. “Historia de la Arquitectura en la república del Ecuador”. En: La Gaceta de América. Quito, Octubre - Diciembre de 1921, Año I, Núm. 3, p. 17

que busca mostrar los enfrentamientos con los extranjeros y su saber, abordaje poco explorado en relación con el desarrollo del pensamiento arquitectónico y urbanístico de la época; la segunda se concentra en entender cómo los ingenieros-arquitectos buscaron fortalecer la comunidad intelectual a través de redes y escenarios de discusión de saberes internacionales vinculándolos a los problemas que se encontraban en sus propias tierras. El tercero busca reflexionar sobre cómo intervinieron en la consolidación de lo nacional a través de la propuesta de estilos y representación del “alma de esa nación”. El cuarto se concentra en entender la forma que tomó la batalla emprendida por la autonomía del campo de la arquitectura a partir de la lucha por la fundación de escuelas. Y el capítulo lo cierra una reflexión sobre el rol social de los arquitectos en este periodo y la relevancia de su papel como hombres públicos.

Ni sumisos ni indiferentes. El juego de posibilidades entre locales y extranjeros

Los ardores nacionalistas que se habían intensificado con la conmemoración de los centenarios tenían diversas tonalidades. En ocasiones se manifestaban en el reconocimiento de símbolos, en otros momentos se formaban a partir del orgullo por un monumento o un edificio que se convertía en emblema de la nación y en otras ocasiones tomaban la forma de enfrentamiento con el extranjero. Esta última cara era la menos visible, pues el extranjero era al mismo tiempo atracción y sospecha, seducción, pero también resquemor.

Justamente por esto, ese matiz del furor nacionalista que toma la apariencia de enfrentamiento con lo foráneo es difícil encontrarlo expuesto de manera manifiesta. Eventualmente alcanzaba la superficie del mundo social en jornadas festivas y de conmemoración de la nación, pero comúnmente era un sentimiento más bien oculto, una prevención que buscaba no hacerse pública y, si era necesario hacerla notoria, se intentaba que no tomara la forma de un conflicto abierto.

En este texto se ha insistido varias veces que para muchos historiadores³⁹⁹ los arquitectos e ingenieros locales parecían ser unos seres pasivos que aguardaban con mansa resignación las innovaciones que se producían en países ricos de economías desarrolladas. Esa perspectiva presenta a los profesionales latinoamericanos como unos “idiotas culturales sin juicio” -según la célebre frase del sociólogo norteamericano Garfinkel-, quiénes acomodados en una suerte de “dependencia” económica y espiritual estaban presos de una pereza mental mientras aguardaban la llegada de ideas y técnicas, las cuales -se decía- eran asumidas acríticamente, mal entendidas y a destiempo. El juicio parecía ser definitivo, parafraseando a Hegel: estas naciones estaban por fuera de la historia. Según esa visión, en América Latina durante estos años es posible hallar “predominantemente un estancamiento local”⁴⁰⁰ frente a un dinámico mundo exterior y, por ejemplo, en el caso de Lima – sostienen los defensores de este enfoque- esto se manifestó “en la orientación hacia nuevos modelos de dominación europea, el ideal era importar el edificio europeo casi en su totalidad, ‘la más importante exigencia de los diseñadores era poder suministrar en lo posible una original y elegante construcción europea’”⁴⁰¹.

Pero una mirada más sosegada parece mostrar otras cosas. Cuando se recurre a las fuentes el investigador se encuentra que ese recibimiento no era tan acrítico, esa actitud no era tan pasiva y la reflexión creativa no era prerrogativa de unos pocos iluminados extranjeros. La devota admiración por otros territorios y sociedades no era irrestricta - así fuesen europeos- y de ello quedan testimonios en comunicaciones, conferencias, folletos, obras y en la prensa. Por ejemplo, en 1920 en Lima se publicaron una serie de

³⁹⁹ Esa posición se puede encontrar en Latinoamérica Las Ciudades y las Ideas. Y desde entonces en un sin número de trabajos podríamos nombrar aquí el texto de Needell, Jeffrey. Belle époque tropical. Sociedad y cultura de élite en Río de Janeiro a fines del siglo XIX y principios del XX; Almandoz, Arturo. Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960. En: IBEROAMERICANA. América Latina - España - Portugal, 7(27), 59-78; también es la visión de Saldarriaga, Alberto. Bogotá Siglo XX Urbanismo, Arquitectura y Vida Urbana Departamento Administrativo de Planeación Distrital, Bogotá D.C., 2006; una posición similar sobre las clases altas quiteñas Kingman, Eduardo. La ciudad y los otros. Quito 1860 - 1940. Higienismo, ornato y policía. FLACSO Sede Ecuador - FONSA - Universitat Rovira i Virgili, Quito, 2008. Por solo nombrar unos pocos casos emblemáticos.

⁴⁰⁰ Caldas, Patricia. Pintesquismo limeño en Santa Beatriz. La utopía de trasplantar los estilos arquitectónicos del “viejo mundo” a la vivienda limeña 1920 - 1930. Editorial Universidad Nacional de Ingeniería - Instituto de Investigación FAUA. Lima, 2012, p. 27

⁴⁰¹ Caldas Torres, Patricia. Pintesquismo limeño en Santa Beatriz..., p. 27

INSTANTANEAS

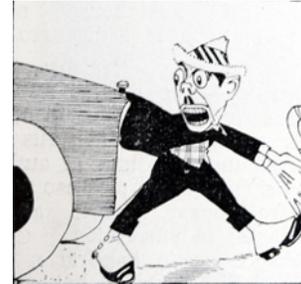
UN LIMEÑO EN PARÍS, O COMO SE PINTA LA HISTORIA



Querido amigo fulano: hace dos meses que vivo en la Ciudad Luz y no puedes figurarte el cúmulo de impresiones que



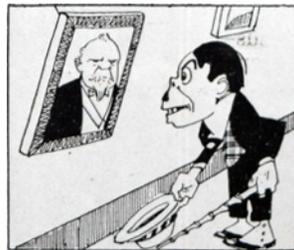
Mi residencia está en el barrio Latino, tengo un departamento de un pensionado, que es una delicia.



(...) mi vida pues, es una constante renovación de alegría e impresiones felices en esta urbe bendita.



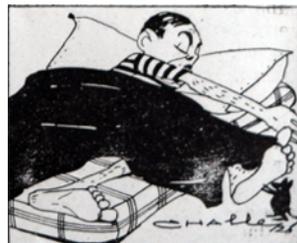
Esclavo de mi bohemia, frecuento las mansiones de los noctámbulos y me extasio viviendo la vida de los Verlaines



He tenido el gran honor de asistir a una exposición donde se hallaba el presidente de la República a quien salude galantemente. Con sus aeradecimientos respectivos para



Asisto a los teatros en donde se da cita el París galante. ¡No te puedes imaginar lo que es una función en la gran Opera donde estoy abonado!



En fin, mis noches son encantadoras, las paso entre bailes y saraos haciendo honor al champagne y con el deseo de que esta vida perdure por los sietos de los sietos amén.

Extractos tomados de: Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, enero 31 de 1920. Año XVI, No. 622, s.p.

caricaturas en las que se mostraba la vida de un limeño en París, en ella existe una disonancia entre el texto y lo que muestra la imagen, mientras que en el primero se describe el glamour y la excitación del cliché construido alrededor de la vida cotidiana en la capital francesa, la imagen revela un discurrir menos fascinante y unas situaciones más bien decepcionantes en las que está ausente el encanto que se supone recorre las calles de la afamada ciudad. Como veremos, este abordaje no era una rareza, sino que se conecta con una corriente cada vez más fuerte entre la élite y la intelectualidad latinoamericana, por lo menos la de estos tres países, en la que en ocasiones lo propio se construía en función de un enfrentamiento con lo foráneo.

También ocurrió en Quito durante la conmemoración del centenario de la Batalla de Pichincha, allí uno de los participantes en la Exposición Industrial del Centenario, la destilería -irónicamente llamada- Hispano Francesa, imprimió un pequeño folleto que distribuyó entre los asistentes. El documento se titulaba: “los diez mandamientos que debe aprender todo buen patriota” y algunos de los preceptos enumerados eran los siguientes:

I. No seas mal ciudadano desprestigiando los productos de tu país II. Acepta todo lo que sea de tu casa III. Habla con altivez de todo lo que es de tu pueblo y de lo que se produce en él. IV. No consientas que ni propios ni extraños desprecien lo que se produce en tu país V. Advierte a tus amigos que la única manera de triunfar, es consumiendo con placer lo que se produce en tu Nación. VI. Consumiendo lo que tu país produce, lo enriqueces y das trabajo a muchos brazos. VII. **Advierte siempre que la palabra EXTRANJERO no es sinónimo de bueno...**⁴⁰²

Este tipo de visiones críticas que tomaban cuerpo en arengas nacionalistas eran cada vez más comunes y se convertían en un manifiesto, en una convocatoria a la acción. Es verdad que el prestigio de la academia europea de arquitectura era enorme, eso en ocasiones ofrecía oportunidades al europeo recién llegado, pero cuando se enfrentaba a la realidad local se encontraban escenarios hostiles o desafiantes, como el que afrontó el francés

⁴⁰² Los Diez Mandamientos que debe aprender todo buen patriota. Exposición Industrial del Centenario de la Gran Batalla de Pichincha. 24 de mayo 1822 – 1922. Destilería Hispano Francesa, Guayaquil, 1922. (Mayúscula en el original – El resaltado es mío)

Gastone Lelarge en Bogotá, quien en su correspondencia se queja “de la xenofobia y el chauvinismo de los colombianos y de las dificultades que encontraba para ejercer su profesión por el sólo hecho de ser extranjero y a pesar de haber residido en el país por largos años”⁴⁰³.

No entendía él, no lo podía entender, que más allá de un parroquialismo anticivilizatorio o de una desconfianza provinciana, estaba en medio de un fuerte proceso de reivindicación de lo propio, de un crecimiento lento pero sostenido del interés de las élites locales por la consolidación no sólo de sus naciones, que presentían, a pesar de todo, fuertes y consolidadas, sino también del arte, la técnica y la arquitectura que suponían un componente fundamental de ese proyecto. Estos enfrentamientos se fueron haciendo más evidentes en la medida en que los profesionales, de uno u otro lado, se encontraban en oficinas gubernamentales, en cargos directivos o en concursos para el diseño de alguna obra pública. No eran solamente conflictos mal tramitados, eran indicadores de la forma que iban tomando esas luchas por la consolidación de un oficio en camino de convertirse en un campo independiente.

Los enfrentamientos estaban a la orden del día, muchas veces con mal disimulado desprecio. Se percibía en el volátil ambiente de defensa del avance de la arquitectura y la ingeniería local en Colombia. Se afirmaba en un documento cualquiera que los ingenieros locales “son bastante hábiles, intuitivos y hasta de buen gusto cuando **no se amaneran a la europea**”, elogios que se extendían a los albañiles de quienes se aseguraba “tienen talento a la vez que trabajan, y resultan más diestros a la larga, **que los virtuosos importados**” por esa razón se insistía “contratemos pues un ingeniero Colombiano y pondremos un aviso que diga: se necesitan obreros colombianos para la construcción de un edificio”⁴⁰⁴. Una visión que también alcanzó a los peruanos, quienes a pesar del enorme contingente de arquitectos extranjeros que trabajaban en la capital,

⁴⁰³ Arango, Silvia. Historia de la Arquitectura en Colombia. Centro Editorial y Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1993, p. 135

⁴⁰⁴ Mejía, Alonso. Memoria de la Gran exposición Industrial y Artística de Pereira, de la Gran Exposición Nacional de Bogotá y del Primer Congreso Industrial y Agrícola de Colombia. Citado en: González, Luis, Del alarife al arquitecto..., p. 116 (el resaltado es mío)

reivindicaban la necesidad de enfrentar “el desbarajuste de los estilos europeos mal realizados por los practicones llegados a nuestras playas decididos a hacer mucho y malo”⁴⁰⁵



- Vecino: ¿desde cuándo no llega el agua a este segundo piso?
- Desde que la Foundation trabaja afanosamente para proporcionarnos más agua
Caricatura crítica en contra de los trabajos civiles de la compañía norteamericana The Foundation Company.
Don Nadie. Semanario Popular ilustrado. Lima, diciembre 6 de 1923, p. 28

Era también parte del diario discurrir en la administración pública, como el caso del señor Carlos L. Stockelberg en Quito. El concejo de la ciudad en febrero de 1911 decidió nombrarlo en el cargo de Ingeniero Municipal. La propuesta generó el rechazo por parte del Procurador Municipal Adolfo Pérez, su posición estaba basada en el hecho de que, según él, en uno de los artículos de la constitución se mencionaba que “los extranjeros, no nacionalizados en el Ecuador, no pueden tener empleo alguno público”⁴⁰⁶. A pesar de este impedimento, los concejales insistían en la necesidad de contratar al señor Stockelberg pues afirmaban que “la municipalidad siempre se ha lamentado por las malas obras públicas construidas en tiempos anteriores, debido a los escasos conocimientos, o

⁴⁰⁵ Orientaciones sobre Arquitectura. El Estilo Colonial. En: Revista Ciudad, campos y caminos. Lima, agosto de 1926, p. 30

⁴⁰⁶ Gaceta Municipal del cantón de Quito. Enero 28 de 1911, No. 52, p. 468

por lo menos a la falta de interés y de cumplimiento de los deberes de quienes han ejercido el cargo”⁴⁰⁷.

A pesar de la oposición del procurador y gracias a una argucia jurídica, los concejales votaron para elegir al señor Stockleberg en el cargo. Su contratación fue inmediata pero el asunto estaba lejos de resolverse, pocas semanas después nuevos inconvenientes aparecieron. En esta ocasión el tesorero municipal se negaba a pagar el sueldo al señor Stockelberg, argumentaba de nuevo que por su condición de extranjero. A pesar de que este inconveniente fue solucionado, el ingeniero cayó en el mismo desinterés que habían tenido sus antecesores y el 1º abril de 1911, apenas dos meses después de ser contratado, decide solicitar una licencia por un par de semanas⁴⁰⁸, pero nunca regresó a su trabajo⁴⁰⁹.

Aunque no se desarrolló como una confrontación abierta, la exposición agrícola e industrial de 1910 realizada en Bogotá con motivo de la celebración de la independencia se puede entender dentro de estas lógicas de reivindicación de lo propio. Para este evento los ganadores de las obras a realizarse en el Parque de la Independencia fueron todos colombianos, una decisión con la que se buscaba reconocer:

las capacidades de los arquitectos locales, al convocarlos y otorgarles la responsabilidad de las obras (...), sin recurrir a los extranjeros, como había sido usual en las obras institucionales dentro del país y en los proyectos de los pabellones nacionales en los eventos de Chicago en 1893 o de París en 1900⁴¹⁰.

Un gesto de tremenda profundidad si se tiene en cuenta la enorme relevancia que esta conmemoración tuvo para el país y para la ciudad capital. Pero además una oportunidad evidente pues esta arquitectura efímera “no necesitaba cualificación ni la responsabilidad que exigían aquellas otras” profesionales. Este tipo de participaciones en los eventos de gran trascendencia para el país eran escenario “de práctica y experimentación para

⁴⁰⁷ Gaceta Municipal del cantón de Quito. Enero 28 de 1911, No. 52, p. 468

⁴⁰⁸ Gaceta Municipal del catón de Quito. Abril 1 de 1911, No. 61 p. 538

⁴⁰⁹ Gaceta Municipal del catón de Quito. Abril 29 de 1911, No. 65 p. 577

⁴¹⁰ González, Luis Fernando, Del alarife al arquitecto..., p. 91

artesanos, maestros y arquitectos empíricos o no, a la espera del momento de convertirlas en obras permanentes de mayor escala e importancia urbana”⁴¹¹.

Acciones como esta fomentaban la desazón de los afectados y hería sensibilidades que andaban a flor de piel. En Quito, también por los años de la conmemoración del centenario de 1909, el arquitecto extranjero contratado por el gobierno para encargarse de las obras más importantes generó inconformismo en el gremio. Aunque no necesariamente por su condición de extranjero (pues extranjero era también quien lo criticaba) sino por el tipo de enfoque para la ejecución de las obras, pues se señalaba que no era necesario recurrir a lo extranjero para celebrar lo nacional. Las obras objeto de escarnio eran “una cúpula esférica, un ventanón, una cubierta de zink, un salón principal, una cascada de agua, un teatrillo de café concert”, todas ellas construcciones que requerían destreza y talento artístico. Pero, según el punto de vista del crítico, las expectativas se vieron frustradas y lo explicaba en los siguientes términos:

En suma; seamos serios. Un indio cualquiera, aquí, en donde el pueblo tiene un conocimiento especial de formas, de colores, y de fantasía ¿no habría imaginado algo mejor? Al menos se hubiera expuesto una manifestación del genio nacional en lugar de una deforme parodia extranjera. Es preferible un hermoso indio vestido con su espléndido traje tradicional que una señora de sangre dudosa, envuelta con inapropiada indumentaria de París⁴¹².

En Lima, la inauguración de la opción de arquitectura en la escuela de ingeniería en 1910, también sacó a flote estos enfrentamientos y reflexiones sobre lo nacional y su vínculo conflictivo con lo foráneo. Los ingenieros peruanos ya por estos años cuestionaban con argumentos fundados la supuesta infalibilidad del conocimiento de los extranjeros y para muchos de ellos era claro que la obra de ciertos profesionales, a pesar de su condición de europeos, podría ser mala. En el documento de creación de la opción de arquitectura en la importante escuela limeña de ingenieros se señalaba:

⁴¹¹ González, Luis Fernando, *Del alarife al arquitecto...*, p. 125

⁴¹² Radiconcini, Giacomo. "Asunto exposición". En: *El Imparcial*, Quito, Ecuador. Lunes 21 de diciembre de 1908, Año II, Núm. 48, Primera Página

La falta de arquitectos nacionales diplomados, ha dado por resultado que se arroguen ese título, **individuos ignorantes en la generalidad, que nos vienen de afuera**, sin diploma de ninguna especie y que a pesar de todo, merced á su audacia y á la dificultad de pronunciar sus apellidos tienen en sus manos la construcción de la mayor parte de los edificios particulares, pudiendo desde luego apreciarse con suma facilidad la multitud de errores que cometen o más bien dicho, verdaderos atentados contra la higiene y el arte de las construcciones⁴¹³.

Pero la discusión del programa de arquitectura no se restringía a una cruda crítica de quiénes habían ejercido el oficio en la ciudad. De hecho, se convirtió en una sesuda reflexión sobre el tipo de enseñanza, y se reconocía que “para poder establecer un programa que sirva de base para el establecimiento de la sección de arquitectura en nuestra Escuela de Ingenieros no es posible seguir ninguno de los establecidos en las escuelas europeas”⁴¹⁴. La razón que se aducía era que en esas escuelas la formación estaba más ligada a las bellas artes y por tanto tenía que recurrir de común al ingeniero para poder desarrollar ciertos proyectos, es decir, no había una síntesis resolutive entre arte y técnica. El autor del artículo, el ingeniero y arquitecto Santiago Basurco, incluye referencias a escuelas y universidades en París, Roma e Indiana en Estados Unidos, con el único fin de ilustrar cómo la sección de Escuela de Ingenieros en Lima debía diferenciarse de esos modelos extranjeros ante la imposibilidad de adaptarlos al contexto local peruano.

En Bogotá, por ejemplo, los ingenieros, y por extensión los arquitectos, decidieron cerrar filas luego de que el gobierno adoptó una medida lesiva a sus intereses. Ellos consideraron un insulto que se supeditara la entrega de contratos de obras públicas a la presencia de un ingeniero o arquitecto extranjero. Más humillante aún, argumentaban en las páginas de su revista, era que durante los rigores de la crisis fueron los técnicos nacionales quiénes habían asumido tareas en los “más apartados y desprovistos lugares del país con una asignación modestísima”, pero ahora que la venturosa riqueza corría por las arcas estatales, los ingenieros nacionales veían con decepción que “se prefiere sin

⁴¹³ “La nueva sección de arquitectos y constructores en la Escuela de Ingenieros” En: informaciones i Memorias. Boletín de la Sociedad de Ingenieros. Lima, octubre de 1910, Vol. XII, No. 10, p. 522 (La negrilla es mía)

⁴¹⁴ “La nueva sección de arquitectos y constructores en la Escuela de Ingenieros” En: informaciones i Memorias. Boletín de la Sociedad de Ingenieros. Lima, octubre de 1910, Vol. XII, No. 10, p. 523

discusión al constructor-contratista extranjero y se le entrega los dineros de la nación por millones, se le remunera debidamente y se le recompensa con comisiones generosas, todo lo cual se le niega a los ingeniero colombianos”⁴¹⁵.

De señalamiento atento se pasó a reclamo apasionado. El autor del artículo conminaba al gobierno al cierre de la Escuela Nacional de Ingeniería, a la clausura de la Facultad de la Universidad Nacional, pues si ni el propio gobierno confiaba en los profesionales que formaba para entregarles la dirección de obras, ello significaba que el gasto en esos centros de instrucción era nada menos que un “despilfarro”. Y empujaba el argumento un poco más allá, o el gobierno reconocía la idoneidad de los profesionales que formaba, a través de un trato igualitario con el profesional extranjero, o simplemente debía declarar que los egresados de estas escuelas no tenían la capacidad, caso en el cual los alumnos deberían ser “indemnizados por el engaño, con todos sus perjuicios, al entretenerlos seis años consecutivos, los mejores de su juventud, en una escuela profesional sostenida con este objeto”⁴¹⁶.

Pero para confirmar que no se trataba de una aversión infundada, narraban las diferencias a las que se tenía que someter el técnico colombiano frente al extranjero “y la diversidad de situaciones que se encuentran para trabajar el uno y el otro”. Mientras el local debía sortear enormes obstáculos para acceder al presupuesto, superar la enorme desconfianza para la ejecución de los dineros, asumir limitaciones para adquirir maquinaria o herramienta, recibía una baja retribución en salario y no podía cobrar viáticos o comisiones. En contraste, el extranjero no sólo no debía preocuparse por ninguno de estos aspectos, sino que además “con él son distintos los procedimientos que se señalan para aprobarle sus estudios y sus cuentas de gasto”⁴¹⁷.

Las malquerencias podían pasar de las páginas de las publicaciones periódicas a los pasillos y las oficinas del Ministerio de Obras Públicas, una entidad que se había

⁴¹⁵ “El Ingeniero colombiano y el ingeniero extranjero. Crisis profesional”. En: Anales de Ingeniería. Órgano de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. Bogotá, diciembre de 1925, Vol. XXXIII, No. 393, p. 350

⁴¹⁶ “El Ingeniero colombiano y el ingeniero extranjero. Crisis profesional”..., p. 352

⁴¹⁷ “El Ingeniero colombiano y el ingeniero extranjero. Crisis profesional” ..., p. 354

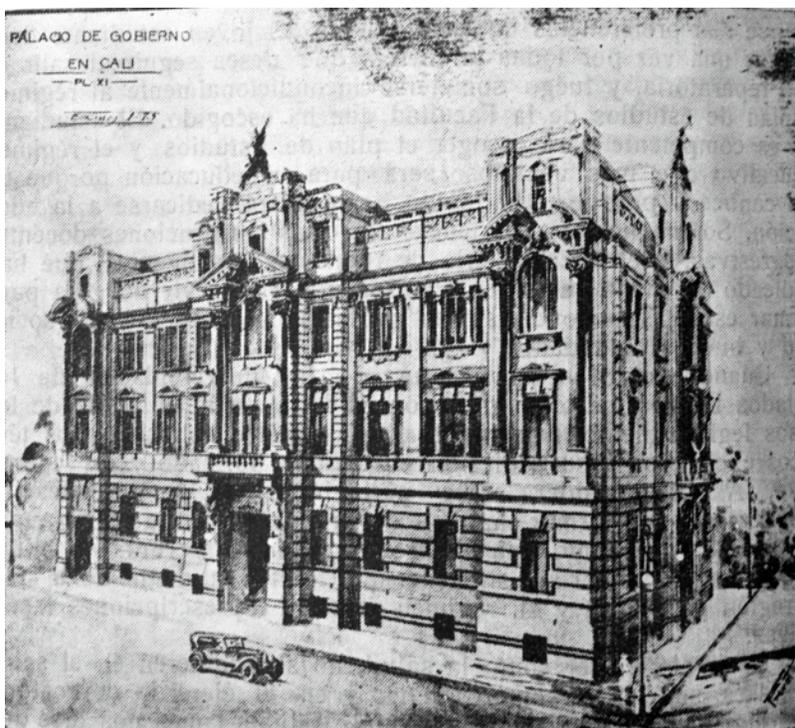
convertido en el primer centro de trabajo, formación e innovación de la arquitectura y la ingeniería, una hoguera de vanidades. Allí había rencillas cotidianas alimentadas por egos intratables, como la que involucró al arquitecto bogotano Arturo Jaramillo y a su par belga Joseph Martens. Éste último acusa en una carta a Jaramillo de querer mandar directamente sobre su equipo de dibujantes y por ello solicita al ministro que si Jaramillo o cualquier otro arquitecto de la oficina requiere de los servicios de “sus dibujantes”, haga la solicitud directamente a él sin acudir de forma autónoma a los trabajadores. Este tema sobre la disposición de los equipos de profesionales había sido justamente uno de los asuntos de los que se ocupaba el editorial en contra de los extranjeros de la revista Anales de Ingeniería que acabamos de citar.

Pero un detalle de la carta es aún más revelador del clima de enfrentamiento que se vivía por esos días. En el párrafo con el que Martens abre la misiva, se menciona que a su llegada al ministerio en 1925 Jaramillo estaba diseñando la “Estación de Chiquinquirá”. Pero según lo confiesa el propio autor de la carta, el ministro le pidió un diseño al arquitecto belga para la misma Estación de Chiquinquirá, con tan mala suerte para Jaramillo que ésta última propuesta al final fue la elegida. No lo menciona abiertamente, pero la narración del suceso pareciera sugerir que el enfrentamiento con Jaramillo se deriva de un enojo del conocido arquitecto bogotano ante esta derrota infligida por el recién llegado⁴¹⁸ y que la legitimidad del poder del propio Martens estaba vinculada a este suceso en el que habría quedado demostrada su calidad profesional.

El mismo arquitecto Joseph Martens se vio involucrado en otra controversia, quizá más profunda y con efectos más duraderos. En 1926 la propia revista Anales de Ingeniería incluyó una pequeña nota de última hora titulada “Un triunfo sobre los técnicos extranjeros”. En tono victorioso se reseñaba que los ingenieros Rafael Borrero Vergara y Francisco Ospina Bernal habían resultado ganadores en el concurso para los planos y diseño del Palacio Nacional de Cali. En el artículo se resaltaba que eran “hijos de la Facultad Bogotana” y miembros del gremio nacional. Pero más relevante aún -decía la

⁴¹⁸ Comunicación personal del arquitecto Joseph Martens dirigida al Ministro de Obras Públicas. Bogotá septiembre 9 de 1926. Archivo General de la Nación, Fondo MOP, Correspondencia 1926, folio 137

propia revista- es que entre los concursantes “se contaba nada menos que Mr. Martens, arquitecto belga de fama”, la nota finalizaba insistiendo que “ese triunfo es un nuevo *mentis* a quienes no quieren reconocer en nuestros ingenieros sino unas medianías”⁴¹⁹.



Proyecto para el Palacio Nacional de Cali de Rafael Borrero y Francisco Ospina. Anales de Ingeniería. Bogotá, septiembre de 1926, Vol. XXXIV, No. 402, p. 314

La eufórica celebración del gremio nacional no duró mucho. La revista no había terminado de llegar a los suscriptores cuando ya el arquitecto Martens estaba sentado en su escritorio redactando una carta en su máquina de escribir. El destinatario era el gobernador del Valle y en ella Martens denunciaba, de manera vehemente, una serie de irregularidades que según él habían viciado el concurso. Mencionaba que se habían aceptado propuestas luego de la fecha límite. Afirmaba que el jurado se había tomado ocho días más de los inicialmente estipulados para dar su veredicto; denunciaba, también, que en las reglas del concurso se mencionaba que los calificadores serían cinco, pero al final solo concurrieron cuatro.

⁴¹⁹ “Un triunfo sobre los técnicos extranjeros. El Palacio de Gobierno de Cali”, En: Anales de Ingeniería. Bogotá, septiembre de 1926, Vol. XXXIV, No. 402, p. 314

Hacía, además, señalamientos sobre el trabajo de los Señores Ospina y Borrero, asegurando que tenía algunos planos de la firma y su opinión era que “estos señores no sabían ni dibujar correctamente e ignoran por completo las menores reglas de la arquitectura”. Lanzaba también un manto de duda sobre los jurados y exigía conocer los planos y las calificaciones otorgadas “tal como se hacía en Europa”. Cerraba la misiva diciendo que “en estas condiciones no puedo aceptar la calificación hecha por el jurado (...) el jurado ha caído en un error y no ha podido dar una decisión leal y exenta de presión”⁴²⁰. El belga fue amonestado por el ministro quien recibió una queja del gobernador, tanto por los términos de la carta en general como por los agravios lanzados en contra de los profesionales locales. A pesar de todo, la lucha de Martens dio frutos y el diseño del Palacio Nacional de Cali le fue otorgado a él.

En una nueva arremetida publicada luego de este impase en los Anales de Ingeniería, se reiteraron las quejas en relación con la desventaja que tenían los ingenieros y arquitectos locales frente a los extranjeros, pero además se hizo referencia a un aspecto hasta ese momento no señalado: el carácter patriótico de estas reivindicaciones. Según el diagnóstico hecho por el articulista, las injusticias que habían reseñado en contra de los colombianos, auspiciadas además por el propio gobierno, conllevaría a una “depresión del patriotismo” que al acentuarse haría que el ingeniero-arquitecto “de elemento patriótico y consciente, se torne en plástico y servil instrumento de la influencia dominante e imperialista de afuera”⁴²¹. Esto resultaba de un peligro evidente pues conectaba con una discusión en boga en estos momentos relacionada con el papel de la ingeniería, pero sobre todo de la arquitectura, en la construcción de una identidad nacional.

Esa era la otra cara de este enfrentamiento, si por un lado los extranjeros eran una competencia para el desempeño de la profesión, por otra parte, la ausencia de un campo

⁴²⁰ Comunicación personal del arquitecto Joseph Martens dirigida al Gobernador del Departamento del Valle. Bogotá septiembre 29 de 1926. Archivo General de la Nación, Fondo MOP, Correspondencia 1926, folio 147

⁴²¹ “La necesidad de una reacción en el gremio de ingenieros”. En: Anales de Ingeniería. Bogotá, abril de 1927, vol. XXXV, no. 409, p. 258

de la arquitectura fuertemente instituido inhibía la posibilidad de expresar en el territorio y en el espacio construido esos valores profundos en los que se suponía estaba asentada la nación.

Más adelante en este mismo capítulo ampliaremos la discusión sobre “los estilos nacionales” y la manera como el asunto fue ocupando la agenda pública de ingenieros y arquitectos. Aquí basta mencionar que esta iniciativa estuvo muy ligada a un enfrentamiento con el saber y la práctica de arquitectos que llegaban de otros países en busca de prestigio y fortuna (la cual muchas veces consiguieron). Esa búsqueda animó una reacción local que pretendió no sólo revolucionar el pensamiento arquitectónico sino aglutinar a la población en torno a proyectos que los representase. Reivindicar la arquitectura nacional era, ante todo, como afirmaba el artista Pizano en Bogotá, un acto

UN ENEMIGO DEL ECUADOR



Carlo Libero Valente escultor italiano que ha recibido toda clase de favores en el Ecuador y que ha correspondido con la más negra ingratitude, sirviendo de ESPIA al Perú en la actual emergencia. Publicamos su retrato para que sea conocido en el país y fuera de él este ser digno del desprecio universal.

La Ilustración ecuatoriana. Revista quincenal de ciencias, artes y letras. Quito, junio 1 de 1910, s.p.

de reconocimiento que permitiera superar la estrecha visión imperante en el país en la que “un extranjero de ínfima clase tiene sobre todos los colombianos y en todos los campos de la vida, por una increíble ceguedad, la ventaja de ser extranjero”⁴²². Fueron enfrentamientos que incluían frases ambiguas e inconformismos ocultos, provocaciones soterradas y desprecios personales, aunque en ocasiones podían desembocar en furias colectivas como aquella de la que fue objeto Carlo Libero Valente, escultor y ornamentador italiano que trabajó en las obras del centenario de 1909 en Quito, despedido del país como un ingrato traidor “digno del desprecio universal”.

⁴²² Pizano, Roberto. “Restauración de la Arquitectura Colonial”. En: Revista El Gráfico. Bogotá, septiembre 16 de 1922, Año XII, No. 615, p. 235 (Negrilla añadida)

Redes internacionales de incidencia local

El mito es que Haussman fue una especie de influencia todopoderosa, allí donde hubo una vía que remataba en una rotonda la respuesta simplista entendía que era una evidencia innegable del urbanismo francés de Napoleón tercero y el prefecto de París⁴²³. Ese enfoque que se pretende perspicaz, no da más pruebas de la supuesta influencia de Haussmann que el plano de las vías diagonales y los dibujos de la perspectiva creada por una nueva vía urbana. “Para este periodo -dice una investigadora- las renovaciones urbanas de muchas ciudades latinoamericanas tenían como objetivo lograr una versión local del modelo de urbanización de Haussmann para París”⁴²⁴. ¿Renovación? En sentido estricto ni Lima (que es el objeto de análisis de Esquivel), ni Quito o Bogotá fueron renovadas, las propuestas eran de ensanchamiento y desarrollo de territorios circundantes.

Pero, por otro lado, ni esta autora, ni el conjunto de los que han visto a Haussmann como un fantasma por toda la América Latina, logran constatar que en efecto ese era el “modelo” que se buscaba “replicar”. Un hecho curioso, pues durante estos años no había miedo de enunciar que se quería un “tranvía como el de New York”, una “plaza como la de Sevilla”, un hotel de “estilo suizo”. En Bogotá, Quito y Lima son muy escasas, por no decir inexistentes, las referencias explícitas a la intervención del París de Haussmann como “modelo” a seguir en ensanches, adecuaciones o transformaciones urbanas de entornos locales en este periodo. En cambio, sí hay referencias explícitas y puntuales al urbanista norteamericano Nelson P. Lewis y al austriaco Camilo Sitte en el caso del Plano

⁴²³ Todavía en el año 2017 el conocido sociólogo sueco y profesor de la Universidad de Cambridge Göran Therborn escribía: “Durante el segundo imperio de mediados del siglo XIX y bajo el poder y diseño del prefecto imperial del Sena, Haussman, París construyó un diseño espacial en gran parte nuevo de bulevares largos y anchos alineados con una arquitectura homogénea y largas líneas horizontales de balcones de hierro forjado, todo lo cual atestigua un rico poder autoritario no restringido por ningún parlamento ni por ningún derecho de propiedad. Este París se convirtió (...) **en un modelo transcontinental que se vio particularmente en América Latina**”. Therborn, Göran. *Cities of Power. The urban, the national, the popular, the global*. Print by Verso, London & New York, 2017, p. 46 (el resaltado es mío) Otro ejemplo: “desde las últimas décadas del siglo XIX (y en algunos casos desde antes) las ciudades latinoamericanas fueron transformadas bajo la égida de prefectos hausmannianos (...) en escenarios visuales para la celebración de las glorias pasadas y del supuesto futuro que supuestamente esperaba a la nación” Andermann, Jens & González-Stephan, Beatriz. *Galerías del progreso...*, pp. 8 – 9

⁴²⁴ Esquivel, Jessica. *La Renovación urbana de la periferia de la ciudad de (1870-1878) El aporte de Enrique Meiggs al desarrollo Inmobiliario de la Urbe limeña...*, p. 116

Bogotá Futuro⁴²⁵; en Lima, por su parte Ricardo Tizón i Bueno, en un texto de 1916, resalta que el plan de extensión de Lima de la década del 70 del siglo XIX, se debía exclusivamente a la agudeza del Ingeniero Norteamericano Enrique Meiggs⁴²⁶ y en ese mismo documento la única ciudad que nombra como modelo a seguir (y eso en relación al manejo de las estadísticas) es Buenos Aires.

De hecho, en una carta enviada por Tizón i Bueno a su amigo Alberto Alexander, ambos insignes urbanistas peruanos, el primero le comentaba al segundo que ni siquiera en Francia existe la tal influencia Hausmaniana, por lo menos no como referente y le narra a su amigo los términos de una conferencia dada por el urbanista Roberto Souza en cuya “disertación se refiere preferentemente a París, y critica duramente los errores cometidos en relación con su ensanche y embellecimiento. Setenta años de inercia que dice [Souza] han sido los trascurridos desde la época del barón de Haussmann” y más adelante Tizón i Bueno menciona que el mayor avance sería crear “la ciudad-capital a semejanza de Buenos Aires”⁴²⁷

Con más frecuencia de lo que se ha creído ocurrió que los intentos de organización urbanística de las ciudades no provenían de Europa, o no únicamente, y en ocasiones eran propuestas tomadas de manera indirecta. Eran visiones con un trasegar más accidentado, más reformado y más reinterpretado de lo que hasta ahora hemos querido ver. El propio Ricardo Tizón i Bueno en 1907 dictaba una conferencia seminal sobre el ensanche de Lima; luego de hacer la Introducción de rigor y enunciar votos por una pronta introducción de la ciencia del urbanismo en el contexto peruano menciona las bondades que se derivan para las ciudades de contar con un “plano detallado y exacto de la población y que abarque los terrenos urbanizables de su rededor, fácil será estudiar y trazar sobre él el plan de ensanche del área urbana y reforma de la actual”. El referente

⁴²⁵ Ver: Goossens, Maarten. Ideas para la planeación de la ciudad futura. Bogotá 1917 – 1925. En: Bitácora Urbano territorial. No. 28, Bogotá, enero de 2018.

⁴²⁶ Tizón i Bueno, Ricardo. El plano de Lima. Apuntaciones Históricas i Estadísticas. Imprenta del Centro editorial, Lima, 1916.

⁴²⁷ “Notas de Urbanismo. El urbanismo en Diez Mandamientos” Carta enviada por Ricardo Tizón i Bueno al Ingeniero Alberto Alexander. París, diciembre de 1929. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, Enero de 1930, p. 33

del ingeniero para explicar las bondades de esta herramienta no era el París Hausmanniano, tampoco el Barcelona de Cerdá, ni el Ringstrasse de Sitte y Wagner para la capital imperial austriaca. Fueron las reformas edilicias de la ciudad de Buenos Aires explicadas por “don Carlos María Moral” presentados en algún congreso latinoamericano las que daban sustento a la propuesta presentadas en la conferencia⁴²⁸.

Lo mismo ocurría con la presentación que el alcalde de Lima Federico Elguera hacía de la proyectada Avenida 28 de Julio en 1906. En la memoria de la municipalidad se presentaba el trazado de una vía que rompería el sector central de la ciudad para unir el palacio de gobierno con una futura plaza y un soñado palacio legislativo. El alcalde refería dos formas de intervención del centro de la ciudad, un modelo que él consideraba apropiado, del cual escribía: “Lima debe, como lo ha realizado Buenos Aires, operar su transformación inmediata abriendo nuevas vías de comunicación por el centro de las manzanas viejas, logrando así, a la vez que su embellecimiento, su verdadera higienización”. El otro modo de intervención, considerado por él menos apropiado era también latinoamericano, decía el alcalde “en algunas ciudades como Santiago de Chile, opera el ensanche paulatina e indefinidamente, obligando a los propietarios, cuando buenamente reedifican sus fachadas, a levantarlas siguiendo la nueva línea determinada por el Municipio” esta vía de intervención la consideraba “opuesta al espíritu de la época”⁴²⁹

En Colombia el plano Bogotá Futuro tenía más cercanía con el plan para Washington de Pierre Charles L’Enfant que con el proyecto de Haussman para París. La cercanía se explicaba, entre otras cosas, por la activa celebración que se llevó a cabo en diciembre de 1900 del Centenario de la ciudad capital de los Estados Unidos de América, que animó un “debate entre arquitectos norteamericanos en busca de soluciones para la decepción urbana, estética y urbanística que era Washington, una ciudad <<no digna de la

⁴²⁸ Tizon i Bueno, Ricardo. Ensanche de Lima. En: Memoria N. 11, sábado 28 de diciembre de 1907, Sociedad de Ingenieros de Perú,

⁴²⁹ Elguera, Federico. La Avenida 28 de Julio. En: Memoria de la Municipalidad de Lima, 1906. Editorial Librería e Imprenta Gil, Lima, 1906, p. VIII

nación>>⁴³⁰. Posteriormente el Plan McMillan redactado en el Senado de los Estados Unidos en 1902 buscó intervenir el *National Mall* y el sistema de parques de la ciudad, al final “hacia 1910 la capital estaba emergiendo para encarnar un nacionalismo renovado: progresivo, cosmopolita e imperial, posterior a 1898, a la depresión y post-reconstrucción”⁴³¹.

Ese fue el ambiente con que se encontró el urbanista colombiano Ricardo Olano cuando visitó esa ciudad en 1902 y, si bien, “al observar el plano de Washington tuvo la idea de proyectar el plano de Medellín Futuro, cuya propuesta se presentó entre 1907 y 1908”⁴³², es muy probable que la discusión en caliente de 1903 haya tenido más impacto sobre sus ideas para las ciudades colombianas que la propuesta de L’Enfant presentada con más de un siglo de anterioridad. En cualquier caso, eran debates serios, informados y en el cual sus promotores habían puesto las esperanzas para organizar el crecimiento urbano que por esta época ya aventajaba la acción de los gobiernos capitalinos.

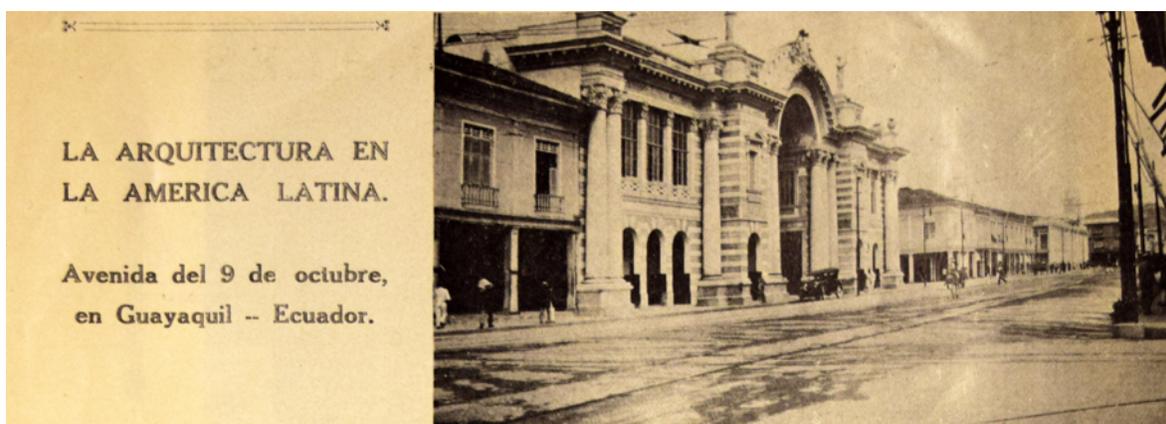
Hubo referencias diversas, recursos técnicos y teóricos múltiples, conocimientos provenientes de los más disímiles ámbitos geográficos; llegaban lo mismo de Viena que de Londres, de París que de Detroit, de México que de Montevideo o Buenos Aires. Las motivaciones también atendían a distintos intereses, en algunos casos se trataba de mejorar la perspectiva de negocio, habida cuenta del creciente y dinámico ritmo de construcción de vivienda privada o de edificaciones y espacios públicos; en otros imperaba la búsqueda de ganancias simbólicas que permitiera alcanzar reconocimiento en un medio no muy conocido, pero con muchas disputas. En ocasiones tomaba la forma de un verdadero “amor al arte”, actos en apariencia desinteresados traídos a la escena pública por la simple motivación de contribuir al conocimiento y discusión sobre los asuntos de la ciudad y la arquitectura.

⁴³⁰ Tenorio-Trillo, Mauricio. *I speak of the city...*, p. 48

⁴³¹ Tenorio-Trillo, Mauricio. *I speak of the city...*, p. 43

⁴³² Alba, José Miguel. *El Plano de Bogotá Futuro. Primer intento de modernización urbana*. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Vol. 40, No. 2, Jul. – Dic., 2013, p. 184

Esa plasticidad en las fuentes de pensamiento era perceptible por ejemplo en las publicaciones, en las conferencias y en los tratados que circulaban por esos años. Se encontraba en la revista Renacimiento, un periódico bimensual fundado en Bogotá por Arturo Jaramillo y Alberto Manrique Martín, que se autodefinía como una publicación de arquitectura, ingeniería e industria. Reunían allí notas variopintas como artículos sobre arquitectura árabe, equipamientos latinoamericanos como el teatro Cervantes en Buenos Aires, exposiciones de arquitectura realizadas en New York, arquitectura de Guayaquil o una explicación de la ciudad lineal de Soria y Mata. Como era de esperarse, el objeto fundamental de la revista se equiparaba al fin último de la profesión misma “poder ser útil a la sociedad en que [se] vive, ya sea por interés propio de honra o de dinero, y algunas veces por altruismo”.⁴³³



Sección fotográfica de arquitectura en América Latina publicada en: Renacimiento. Periódico bimensual. Arquitectura, Ingeniería e Industria. Bogotá, septiembre 18 de 1922, p. 10

En esa publicación muchos artículos trataban sobre problemas prácticos del desarrollo urbano de Bogotá y del país, de su arquitectura, de la situación de los caminos, de las medidas higienistas, del uso de materiales novedosos o el desarrollo de la infraestructura. Pero cuando se referían a notas extranjeras con frecuencia los apuntes al final tenían una perspectiva de aplicación local. El artículo referido al mencionado proyecto de ciudad lineal para Madrid concluye del siguiente modo:

⁴³³ “Editorial”. En: Renacimiento. Periódico bimensual. Arquitectura, ingeniería e industria. Número 10, Año I. Bogotá, Colombia, septiembre 1 de 1922

La formación completa de este plan de ideas en los alrededores de la ciudad, v. gr. de Chapinero a Usaquén, por la Carretera Central del Norte, más ampliada, por la línea del ferrocarril del Norte en 10 o más kilómetros, por la de la Sabana, o, finalmente de circunvalación por el Paseo Bolívar, solucionaría efectivamente, los problemas anotados, de carácter social, economía e higiene pública⁴³⁴.

La propuesta de la ciudad lineal había sido esbozada en 1892, pero es cierto que las primeras concreciones comenzaron a tomar forma en 1905 y es sólo hasta 1912 que éstas obtienen cierto reconocimiento internacional, especialmente en París. En la siguiente década todavía las ideas están dando vueltas por Europa, como se ve en el proyecto de Hilario González del Castillo para Bruselas en 1934 o la propuesta de George Levy-Benoit para París en 1927. Habían llegado también a Chile, con el promotor Carlos Carvajal y sus proyectos de 1924 y 1929⁴³⁵. Es decir, en esos años Manrique Martín está discutiendo algunas ideas para la planificación de Bogotá en el mismo momento en que éstas recorren el mundo, no es una visión trasnochada y ciertamente está muy distante del lejano París de 1860.

Pero no eran sólo ideas, eran también los conocimientos técnicos. Los hermanos Durini conscientes de la relevancia de innovar si querían sobresalir y mantener a flote su negocio en el Ecuador y específicamente en Quito se embarcaban con frecuencia en ese tipo de labores. Tenían plena conciencia de las lógicas de la economía de mercado aplicadas al mundo de la arquitectura y la construcción. En 1910, por ejemplo, comenzaban a promocionar la técnica Kahn, un método de construcción que ellos mismos aseguraban era “mejor que el cemento armado” y además “será garantía absoluta contra temblores”. En la promoción de la mentada técnica, Pedro Durini les advertía a sus clientes que “el sistema que pienso adoptar no será barato, al contrario, será caro pero bueno”⁴³⁶.

⁴³⁴ Manrique, Alberto. La primera ciudad lineal española. En: Renacimiento. Periódico bimensual. Arquitectura, ingeniería e industria. Número 12, Año I Bogotá, Colombia, septiembre 18 de 1922, p. 2

⁴³⁵ Ver: AA.VV. “Arturo Soria y Mata”. En: Constructores de la ciudad contemporánea. Aproximación disciplinaria a través de los textos..., pp. 857

⁴³⁶ Comunicación personal de Pedro Durini a José Joaquín Rodríguez. Quito, Julio de 1910. Fondo Durini Museo de la Ciudad, Quito, folio 465

La técnica había sido patentada apenas seis años antes por Julius Kahn, fundador de la *Trussed Concrete Steel*, y se comercializaba a buen ritmo desde Detroit Estados Unidos. Era una alternativa técnica para los constructores pues permitía edificar más rápido, a menor precio y con mejores resultados. El negocio, en el caso de los Durini, además incluía la representación exclusiva de la compañía norteamericana en el Ecuador y Costa Rica⁴³⁷. El método desarrollado en Estados Unidos tomó forma justamente en esa primera década del siglo XX, aún en 1906 la Universidad de Wisconsin realizaba las últimas pruebas de resistencia y otros cálculos⁴³⁸, solo tres años después de esas revisiones científicas los Durini estaban buscando llevarla al Ecuador.

La innovación estaba marcada por actualización de conocimientos y ciertamente por la búsqueda de lucro, nuevas formas constructivas, nuevos materiales o nuevas técnicas que podían traducirse en mejores ingresos. Pero eran empresas arriesgadas, no siempre se conseguían los objetivos esperados y el resultado podía ser frustrante. Fue el caso de Manrique Martín en Bogotá, quien puso en juego su nombre y prestigio cuando se arriesgó a utilizar una nueva técnica de fundido de concreto en la construcción del Hotel Granada, el experimento salió mal e implicó un retraso de tiempo y un golpe al presupuesto de la obra⁴³⁹, pero eran riesgos que estaban dispuestos a aceptar, ahí residía su éxito y su reputación.

Estas apuestas técnicas fomentaban los intercambios fluidos y dinámicos con el norte global, pero no menos relevantes eran los que se promovían en la región. Tan activo era el contacto entre los latinoamericanos que en 1920 hubo la necesidad de convocar un congreso panamericano de arquitectos para discutir los asuntos que más preocupaban al gremio. En ese primer certamen realizado en Montevideo se trataron cuatro temas fundamentales: ensanche de ciudades, reglamentación de la profesión, materiales de

⁴³⁷ Comunicación personal de Pedro Durini a The Trussed Concrete Steel Co. Detroit Estado Unidos de América. Quito, 19 de Julio de 1910. Copiador Fondo Durini Museo de la Ciudad, Quito, folio 470

⁴³⁸ Sedlar, Frank. *Engineering Industrial Architecture, The Trusted Concrete Steel Company and Albert Kahn*. April 23, 2013. Recuperado de: <https://bit.ly/3yVn50>

⁴³⁹ Ver: Prieto, Leopoldo. Retrato de un ingeniero devenido en arquitecto. En: AA.VV. Alberto Manrique Martín. *Serie Homenajes/Arquitectos en Bogotá*. Editorial Universidad Nacional de Colombia – Instituto Distrital de Patrimonio Cultural – Sociedad Colombiana de Arquitectos, Bogotá, 2017, p. 42

construcción propios de cada país y vivienda. Pero el objetivo fundamental era superar “la distancia, el desconocimiento y la propia indiferencia que separan a los arquitectos del continente” para aplicar conocimientos a un ámbito de análisis espacial concreto “nuestras grandes capitales que, así como ofrecen campo ilimitado por sus riquezas a las múltiples actividades humanas y a las exigencias del trabajo, deben ofrecerlo también a las manifestaciones superiores de su belleza”⁴⁴⁰.

Los ocho representantes de Colombia en este primer encuentro y los siete del Ecuador seguramente se sorprendieron al encontrar que varios de los puntos propuestos en este congreso eran asuntos que habían discutido, a veces apasionadamente, en sus propios países. Y seguramente se emocionaron mucho más cuando en la segunda versión del congreso, realizado en Santiago de Chile en 1923 (donde ya hubo representación peruana pero no ecuatoriana), se insistía en el asunto del ensanche urbano y planificación del crecimiento, conservación de monumentos, generación de edificio públicos y monumentos por concursos, vivienda, enfoque de la enseñanza de la arquitectura, propiedad intelectual de las obras, creación de museos de materiales y formación del obrero técnico⁴⁴¹.

La emoción radicaba en que la exposición y discusión de ideas compartidas ponía en clave internacional asuntos que habían comenzado a ser de interés doméstico desde hacía años. Por ejemplo, los enfrentamientos y discordias con los arquitectos extranjeros de seguro habían aquejado a profesionales de varios países, por ello en el congreso de Santiago se incluía una recomendación en el tema II sobre edificios y monumentos públicos, las cuales parecían calcadas de las reivindicaciones que hacían los ingenieros y arquitectos en su relación laboral con los extranjeros. Al respecto el grupo de profesionales en pleno del congreso recomendaba “que los edificios y monumentos públicos debían hacerse por concurso entre los arquitectos con diploma nacional, con el

⁴⁴⁰ “1^{er} Congreso Pan- Americano de Arquitectos”. En: *Arquitectura*, No. XXXVII, octubre de 1920, Montevideo, p. 73

⁴⁴¹ Ver: “2^{do} Congreso Pan- Americano de Arquitectos, reunidos en Santiago de Chile”. En: *Arquitectura*, No. CXV, Junio de 1927, Montevideo, p. 128

objeto de obtener edificios con la arquitectura más propia para cada país y para estimular en el libre ejercicio de la profesión a los elementos egresados de sus escuelas”⁴⁴².

Otros temas, de seguro avivados por la cercanía de los centenarios, se ocupaban de entender cuál sería la mejor forma de representar, captar y darle forma material al espíritu nacional. Ahí estaba el tema II, en el congreso de Santiago, sobre la necesidad de conservar y defender la arquitectura que conectaba con el pasado. O el tema VII, que deliberó acerca de la creación de museos de materiales; asunto fundamental en las cavilaciones de esta generación, pues este tipo de instituciones impulsaban “una arquitectura formada a base del estudio razonado de los materiales propios de cada país y de las necesidades de sus habitantes”⁴⁴³.

El impacto preciso que estos congresos tuvieron en el devenir de la profesión y en la práctica misma de la arquitectura es un balance que aún está por hacerse, pero indiferencia no hubo; rápidamente las conclusiones eran socializadas por los delegados nacionales entre sus colegas. Se hacía de manera literal a través de la publicación de las memorias del evento en las revistas y periódicos del gremio, como en el caso de Bogotá, en donde las conclusiones del primer congreso fueron incluidas en la Revista Renacimiento⁴⁴⁴ y las del Segundo Congreso en los Anales de Ingeniería⁴⁴⁵.

En otros casos las recomendaciones de estos congresos eran incluidas en iniciativas concretas de proyectos específicos. Fue el caso de la reforma de la enseñanza de la arquitectura en la escuela de ingenieros del Perú. La presentación de la iniciativa ocurrió en una conferencia dictada por ingenieros-arquitectos bien conocidos en el país. En ella se resaltaba que los elementos centrales de las propuestas de transformación de la

⁴⁴² “2^{do} Congreso Pan- Americano de Arquitectos, reunidos en Santiago de Chile”. En: Arquitectura, No. CXV, Junio de 1927, Montevideo, p. 130

⁴⁴³ “2^{do} Congreso Pan- Americano de Arquitectos, reunidos en Santiago de Chile”. En: Arquitectura, No. CXV, Junio de 1927, Montevideo, p. 132

⁴⁴⁴ “Conclusiones aprobadas por el Congreso Panamericano de Arquitectura en la República Oriental del Uruguay”. En: Renacimiento. Periódico bimensual. Arquitectura, ingeniería e industria. Número 10, Año I. Bogotá, Colombia, septiembre 1 de 1922, p. 3 - 4

⁴⁴⁵ “Congreso Panamericano de Arquitectos”. En: Anales de Ingeniería. Órgano de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. Bogotá, febrero – marzo 1924, Vol. XXXI, Nos. 371 y 372, pp. 230 - 238

escuela se hacían “conforme a las conclusiones de los Congresos Panamericanos de Arquitectos”⁴⁴⁶. Y en efecto así era, entre los varios aspectos abordados en ese documento, se mencionaba la necesidad de mantener los estudios de Química y Física, pero no teóricos sino prácticos para entender las propiedades y mejorar el conocimiento de los materiales peruanos. Se incluía un punto relacionado con la legislación de la práctica de la arquitectura y también se hacían votos por la creación de cursos de urbanismo, todos ellos aspectos tratados en los tres congresos realizados en la década del veinte.

No se sabe muy bien cómo se definían los temas a discutirse en los congresos, pero con frecuencia los representantes delegatarios de las naciones latinoamericanas arribaban con un acervo de lecciones aprendidas. Ya Theodore Elmore había impulsado la conformación de un museo de materiales en la Universidad Nacional de Ingeniería en Lima antes de su muerte, que ocurrió en 1920⁴⁴⁷ y evidentemente antes de las jornadas de 1923 en Santiago en cuyas actas se consignó esta propuesta. En 1917 en Bogotá se había reunido un grupo de técnicos de alto nivel en el Primer Congreso de Mejoras Nacionales a discutir, entre muchos temas, sobre *city planning*, embellecimiento, ensanche de ciudades y saneamiento. En una segunda versión de ese Congreso de Mejoras Nacionales, realizado en 1921, entre el enorme cúmulo de ponencias, se incluyeron temas como la fundación de una escuela de arquitectura y ornato de ciudades⁴⁴⁸, todos estos asuntos incluidos posteriormente en las jornadas panamericanas.

Estos congresos panamericanos fueron exitosos porque sus organizadores entendieron la época que vivían, leyeron las preocupaciones más sentidas y aprovecharon los conocimientos locales para convertirlos en programas continentales. Las redes

⁴⁴⁶ Harth-Terré, Emilio, Goytisolo, Alberto & Machiavelo, Morales. Proyecto de reforma y ampliación de la enseñanza de la arquitectura en la Escuela de Ingenieros. Lima, Noviembre de 1930, Imprenta Segrestan - Trujillo, p. 4

⁴⁴⁷ Ver: Gutiérrez, Ramón & Seminario, Patricia. Elmore (1851 – 1920). Su contribución a la arquitectura peruana. Universidad Nacional de Ingeniería (Proyecto Historia UNI), Lima, 2001, p. 77

⁴⁴⁸ Véase: Primer congreso de Mejoras Nacionales. Reunido en Bogotá del 12 al 20 de octubre de 1917. Bogotá, Imprenta Nacional, 1917. Véase también: Segundo Congreso de Mejoras Nacionales. Reunido en Bogotá del 4 al 14 de julio de 1920. Bogotá, imprenta nacional, 1921.

construidas previamente tuvieron también un influjo en el desarrollo de los encuentros. Y es que a pesar de que la imagen usual de los países andinos en esta época es la de islotes retrotraídos sobre sí mismos, la verdad es que previo al encuentro seminal de 1920, ya existían vigorosos intercambios intelectuales entre los profesionales de las distintas naciones de esa región. Tizón i Bueno había contactado a sus colegas colombianos para proponer un intercambio: notas peruanas en las revistas de Colombia y notas colombianas en las publicaciones del Perú. Elmore había trabajado en Ecuador, mientras que el quiteño Gualberto Pérez había hecho lo mismo en Colombia.

En Bogotá el propio Tizón i Bueno era reconocido como socio honorario de la Sociedad Colombiana de Ingenieros y por esos mismos años Raúl María Pereyra había dejado Quito para instalarse en Lima. Las revistas de arquitectura limeña incluían fotografías y referencias a construcciones de Buenos Aires, las publicadas en Bogotá presentaban conferencias sobre el papel social del ingeniero traídas de Chile o trataban reflexiones de la arquitectura del pasado americano que habían sido divulgadas en periódicos uruguayos. Las noticias de sucesos de arquitectura en Europa llegaban a Bogotá vía la Habana y en las revistas limeñas se analizaba los avances urbanos de Quito a partir de la electricidad. El propio Santiago Basurco había pasado una década en Ecuador y tuvo tiempo de publicar una carta geográfica de ese país antes de regresar a Lima. Era un abigarrado mundo de intercambio regional que los organizadores de los congresos percibieron e impulsaron, un universo que ya existía, que reflexionaba y reivindicaba como asuntos de primer orden la arquitectura y el urbanismo de las ciudades latinoamericanas, eran temas puestos en la agenda pública y que en las reuniones de los arquitectos del continente adquiriría una nueva dimensión.

Pero el tema central, el gran asunto de discusión pública que emparentaba como ningún otro a los congresos panamericanos de arquitectos con el poder y las discusiones políticas en cada uno de los países era el debate sobre “los estilos nacionales”, la búsqueda de una arquitectura propia. En el congreso del 1920 el arquitecto Román Berro se arriesgó a plantear el tema en una extensa ponencia, en ella reconocía que era inconveniente definir una arquitectura “americana” habida cuenta de la enorme

diversidad que se agrupaba en ese extenso continente, pero insistía con firmeza sobre la necesidad de construir una propuesta de arquitectura autónoma, propia y local. La Arquitectura Americana -decía- “para ser realmente bella, para no ser una copia simiesca, sin alma y sin carácter, de los estilos extranjeros, ha de ser una interpretación racional de las condiciones particulares en que se plantea para las diversas comarcas el problema de la construcción” ¿cómo hacerlo? El propio Berro se aventura a hacer un diagnóstico y plantear unos puntos de acción iniciales.

En su ponencia el arquitecto Berro comenzaba por señalar que en América el balance en los diversos ámbitos constitutivos de las naciones es desigual luego de corridos cien años desde la independencia. Mientras que la independencia política estaba completamente alcanzada, la independencia científica e intelectual, expresada en manifestaciones como la literatura, había tenido un avance potente y se encontraban firmemente afianzadas en el contexto mundial. En el campo económico el escenario era menos halagador, se necesitaban aún esfuerzos decididos para romper con el lazo de dependencia que conectaba con las naciones industrializadas. Pero en el fondo de esta jerarquía estaba la arquitectura que yacía “bajo el dominio del yugo extranjero” porque se había dedicado a “copiar servilmente” sin tener en cuenta las necesidades de los pueblos locales.

Berro entonces proponía crear una arquitectura basada en la verdad, que para él significaba ante todo evitar el esnobismo de la moda, el plagio simple de lo colonial o los recursos simplistas al pasado, especialmente al pasado prehispánico pues -se preguntaba- “¿qué puede haber de común entre nosotros y esas manifestaciones primitivas de un arte indígena, concebidas por otras razas para otros estados rudimentarios de civilización, para otras épocas ya remotas?”. Propugnaba por una arquitectura que evitara las fantasías futuristas “que no concede patente de belleza más que a las cosas que son totalmente extrañas y opuestas a las existentes”⁴⁴⁹.

⁴⁴⁹ Berro, Román. ¿Es posible la formación de una Arquitectura Americana? Trabajo presentado al primer congreso Pan-Americano de Arquitectos celebrado en Montevideo del 1 al 7 de marzo de 1920. En: *Arquitectura*. Órgano oficial de la Sociedad de Arquitectos, Diciembre de 1921, No. XLIX, Montevideo, p. 147

Hecho el balance ahora tocaba el turno a las propuestas. El arquitecto uruguayo las reunía en tres puntos fundamentales, en primer lugar, el estudio y uso de los materiales de cada región “tomemos -decía- los materiales que nuestro suelo o nuestro medio nos proporciona (...) pero no cometamos la torpeza de falsificarlos con burdos artificios”. En segundo lugar, alentaba que la arquitectura respondiera a las necesidades propias de cada nación y a una lectura de la época en la que se vivía, en la que el confort y la higiene guiarán los proyectos que veían la luz. Finalmente, proponía que el clima se integrara como un componente central de la proyección arquitectónica, de manera que esa característica vital de los territorios estimulara la armonía entre las obras del hombre y las de la naturaleza.

Al final su ponencia se cerraba con dos precisiones que resultaban inapelables. La primera insistía en que el fomento de un modelo propio, de una forma de arquitectura local, era urgente, entre otras cosas, para superar la fase de la copia frívola o de referencia caprichosa de modelos importados. Pero eso no significa que la arquitectura practicada en las Américas estuviera en un nivel inferior, ni que los arquitectos fueran unos creadores en estado de incapacidad. La meta era superar un estado lamentable que afectaba a la humanidad en su conjunto no solo a quiénes habitaban las ciudades latinoamericanas. Sostenía que promover nuevas orientaciones y nuevos ideales desde América tenía como fin “completar con facetas no conocidas el diamante del progreso que la humanidad va tallando lentamente con el esfuerzo incesante de las generaciones”⁴⁵⁰. La falta de un campo de la arquitectura claro y seriamente definido construido desde este continente, en opinión del uruguayo, es una deuda con la historia misma del mundo y con la corriente del progreso, no un estado de inferioridad frente a otros territorios.

La otra gran conclusión, con la que cierra la ponencia, sugiere que el valor constitutivo más relevante de los pueblos es el alma nacional y mantener esa “personalidad es la epopeya de los pueblos”. El “alma nacional” es el fin último de las sociedades

⁴⁵⁰ Berro, Román. ¿Es posible la formación de una Arquitectura Americana? Trabajo presentado al primer congreso Pan-Americano..., p. 148

latinoamericanas, la razón que explicaba las expectativas y padecimientos colectivos, el devenir dichoso o las pruebas dolorosas que en conjunto el destino le había deparado a cada pueblo. Sí eso era así entonces se preguntaba retóricamente: “¿dónde podría afirmarse esa personalidad con mayor fuerza, con más perdurable vida, con mejor elocuencia, que en la arquitectura?”⁴⁵¹. Esa conclusión, que era al mismo tiempo recomendación, renovó el ímpetu de las discusiones sobre la arquitectura local en el continente, pero en particular en Bogotá, Lima y Quito, haciendo caer el énfasis en dos asuntos de tratamiento inaplazable: los estilos nacionales y las escuelas de formación.

Estilos nacionales y anhelos de originalidad

Como ya se dijo, los Congresos Panamericanos de Arquitectos no inauguraron discusiones, ni los temas allí propuestos eran en estricto sentido nuevos. En estas primeras reuniones se identificaron preocupaciones regionales y fueron llevadas a un escenario de discusión académica internacional, reafirmando con este gesto los procesos que ya habían tomado curso en los diferentes países con algunos años de anterioridad o que eran asuntos de palpitante actualidad.

El llamado que hacía el primer profesor de la asignatura de arquitectura en la inauguración de la Escuela de Bellas Artes en Quito justamente ejemplifica ese fenómeno. En el temprano año de 1906 Giacomo Radiconcini declaraba en su intervención inicial que la arquitectura de América, y obvio la ecuatoriana, “no debería ser postiza, ni lucir con luz refleja sino que (...) reuniéndose y estudiando toda tradición y energía local, valiéndose además de la experiencia ajena, debe marchar por las más abreviadas vías hacia una perfección propia y genial”⁴⁵². Ese llamado a la originalidad emparentaba el campo artístico con las exigencias del poder político que buscaba ese tipo de manifestaciones originales e identitarias desde hacía tiempo. Era, además, una exigencia que haría trabajar de la mano arquitectos y políticos por varios años.

⁴⁵¹ Berro, Román. ¿Es posible la formación de una Arquitectura Americana? Trabajo presentado al primer congreso Pan-Americano..., p. 149

⁴⁵² Radiconcini, Giacomo. “Arquitectura moderna en la Escuela de Bellas Artes”. En: Revista de la Escuela de Bellas Artes. Quito, 25 de junio de 1908, Año III, Núm. 6, pp. 98 - 103

Una década después del discurso del profesor italiano radicado en Quito, en un texto conjunto presentado en unas jornadas previas al Segundo Congreso Científico Panamericano, los directores de las entidades y escuelas más importantes del arte ecuatoriano (Dirección general de Bellas Artes, Escuela Nacional de Bellas Artes y Conservatorio Nacional de Música), hacían una serie de recomendaciones partiendo de un diagnóstico hecho por ellos sobre el arte en las Américas, específicamente en la América Hispana.

En el documento científico, que en realidad parecía más un manifiesto, se afirmaba que “hasta ahora el arte americano en todas sus manifestaciones ha sido, no una derivación natural del arte europeo, sino una dependencia tal que ha borrado toda huella del arte de los aborígenes o impedido la formación de un arte propio”. Y a renglón seguido mencionaban las urgentes medidas que se debían emprender para corregir lo que veían como un equívoco “se necesita que el artista viva y se sature del ambiente de América y desarrolle los temas que éste le brinda al amparo de la naturaleza americana”, tarea tan necesaria como afanosa porque a través de este método “daría lugar a la creación y desarrollo nuevas formas de expresión y, por consiguiente, de un nuevo arte legítimamente propio de nuestra América”⁴⁵³.

Era una invitación, o a veces un reclamo con mensaje de urgencia, que conminaba a los intelectuales todos, pero sobre todo a los ingenieros-arquitectos, a pensar un arte (y la arquitectura era por esos días una forma de arte, especialmente en el Ecuador) de carácter nacional, probado así por la inapelable ciencia de la historia, según la cual: “todo pueblo para alcanzar alto grado de civilización tuvo su arte propio”⁴⁵⁴. Y ese era el más grande de los desafíos porque como hemos advertido a lo largo de este documento, lo nacional era lo moderno y lo tradicional, era diversidad e imposición homogeneizadora,

⁴⁵³ Traversi, Pedro, Navarro, José & Durán Sixto. “Las bellas artes en la instrucción pública de América”. En: Estudio presentado ante el segundo Congreso Científico Panamericano. Washington D.C., diciembre 27, 1915 – enero 8, 1916. Imprenta del Gobierno, 1917, p. 3

⁴⁵⁴ Agrelo, Emilio. La Arquitectura del Porvenir. En: Ciudad y campo y caminos. Lima. Marzo de 1926, pp. 6 – 7

era elitista pero con miras a congregar, estaba conectado con el mundo y al mismo tiempo enraizado profundamente en lo local.

Algunos pensaban que el camino para superar esa debilidad se encontraba en el tipo de formación que recibían los arquitectos locales, pues poco o nada sabían sobre su historia y su entorno cultural. En la ya referida propuesta para la reforma a la enseñanza de la arquitectura en la Escuela de Ingenieros del Perú se pensó que este equívoco debía ser superado a través de la inclusión de un curso de Arqueología y Arte Peruano y Arquitectura Colonial. La omisión de este tipo de enseñanza hasta ese momento resultaba incomprensible a ojos de los reformadores, pues para ellos Lima, en el periodo colonial, había sido el punto más importante de la corte española, por tal razón en esa ciudad “las manifestaciones artísticas se hicieron más evidentes por la riqueza de su sociedad y el lujo de sus gobernantes”, una razón suficiente para que los profesionales accedieran a los conocimientos respectivos que les permitiera “llenar de esta manera una laguna de enseñanza de nuestra arquitectura”⁴⁵⁵ y proponer proyectos sustentados en un pasado “grandioso” que dieran cuenta del venturoso presente peruano y de su capital.

Fue una discusión profunda que tuvo muchas aristas, pero la más emblemática corrió por cuenta de la búsqueda de un estilo nacional, pues era urgente darle forma concreta a esos valores abstractos que de tanto en tanto se celebraban en los festejos patrióticos. En el Perú se hacía la invitación a cimentar el arte “sin desperuanizarnos” y se exhortaba a que el “carácter de la raza” se imprimiera en la arquitectura para hacer de ella algo “verdaderamente original, propio y bello”. Alcanzar ese objetivo era un asunto prioritario y quizá no muy difícil, afirmaban los entusiastas, pues con un poco de empeño podrían darse los primeros pasos en esa vía. Lo central de ese objetivo es que la búsqueda debía ser tan autónoma como la construcción de nación misma, pues:

⁴⁵⁵ Harth-Terré, Emilio, Goytisolo, Alberto & Machiavelo, Morales. Proyecto de reforma y ampliación de la enseñanza de la arquitectura en la Escuela de Ingenieros. Lima, Noviembre de 1930, Imprenta Segrestan Trujillo, p. 36

¿Quién con más ventaja para comprender nuestro medio, que nosotros mismos? No trasplantes ni sigamos copiando a los extraños. Tenemos un campo original, rico, feraz ante los ojos: solo hace falta, repetimos, voluntad para penetrar en él y cultivarlo⁴⁵⁶.

Siempre hubo alternativas que buscaban conciliar las diversas y complejas aristas que integraban el discurso sobre la nación. En Lima, la llegada al poder del presidente Augusto Leguía en 1919 impulsó esa búsqueda, esta vez atravesada por una necesidad que ciertos intelectuales habían instalado en la agenda pública, a saber, la inclusión de las comunidades indígenas (indigenismo) en el papel de la construcción del Estado y la nación peruana. La presidencia de Leguía llenó de optimismo a estos intelectuales y a la propia población indígena, gracias a la redacción de una nueva constitución tan pronto como el presidente se hizo al poder. En esa nueva carta constitucional se otorgaba reconocimiento jurídico a las comunidades y se conminaba al Estado peruano a la protección de la “raza indígena”; entre las varias medidas tomadas se reconocían los derechos de estas poblaciones, se promovía la creación de instituciones que les protegieran y se hacía un llamado a la atención de sus demandas históricas⁴⁵⁷. El paso del tiempo frustró las esperanzas de unos y aplacó los temores de otros, pero alcanzó a dejar en el ambiente la tarea de reconocer, reivindicar e integrar el pasado indígena a ese imaginario compartido de los peruanos.

Es en ese contexto que se entiende el fuerte empeño del escultor y arquitecto español Manuel Piqueras Cotoí por impulsar de manera decidida el “Neoperuano”, un estilo o “una de las tantas formas en las que se ha buscado representar o materializar lo nacional (lo nuestro) dotando de atributos específicos a un objeto o producto artístico para hacerlo propio (‘peruanizarlo’)”⁴⁵⁸. Se trató de la búsqueda de una síntesis armoniosa de esas disputas en boga sobre el pasado de la nación, ese pasado que se expresaba a través de formas pre-hispánicas y modelos arquitectónicos del periodo colonial. Se trataba de encontrar “una fórmula de unión entre ambos estilos que, sin romper su pureza, los

⁴⁵⁶ “De arquitectura”. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, Marzo de 1925, p. 17

⁴⁵⁷ Sobre la contradictoria posición del gobierno de Leguía en relación con los indígenas durante el oncenio ver: Gonza, Américo. Discurso y política en el Oncenio de Leguía. En: Espiral. Revista de geografía y ciencias sociales. Vol. 2, Núm. 3, 2020, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 69 - 75

⁴⁵⁸ Ramón-Joffré, Gabriel. El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional..., p. 21

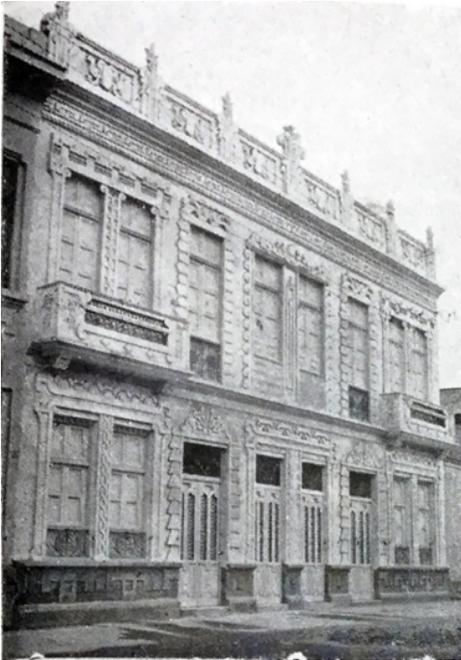
armonizase y confundiese en un todo artístico y sugerente”, era en último término un “estilo en el que se unen de manera feliz incaico y estilo colonial”⁴⁵⁹. La propuesta llegaba no por una genialidad de Piqueras, o no solo por eso, sino por un ambiente intelectual, científico, político y social que demandaba reformas y que extrañaba la presencia de lo indígena dentro de los relatos que se construían sobre la nacionalidad peruana.

Era un enfoque estético que llevaba algún tiempo explorándose en el país, o al menos eso deja ver el proyecto de una casa que Rafael Marquina diseña para el señor Falconi en la Avenida del Sol en Chosica. Una obra que es reseñada como un “intento valiente originalísimo” que incluía motivos indígenas en el diseño de su fachada, en ella se evocaba alguna figura de la “Piedra de Chavín”, adornadas con motivos de esta cultura prehispánica y que se definida como “compleja y llena de simbolismos”, en palabras del autor del texto periodístico:

otro intento de decoración arquitectural, basado en un tema arqueológico nacional y que bien merece el aplauso franco de cuantos se interesan por el adelanto del país. En medio del descastamiento (sic), del sajonismo que nos invade es realmente consolador ver quienes saben resistir al contagio y apartándose de la general vulgaridad, buscar entre lo propio líneas y conceptos de inspiración (...) Somos los únicos en Sud-América que podemos darnos semejante lujo y no sabemos mostrarnos a la altura de la situación, dado el empeño que ponemos en lanzarnos a la copia de todo lo extranjero⁴⁶⁰.

⁴⁵⁹ “La hora actual. Piqueras Cotelí y el estilo Neoperuano”. En: El Comercio. Lima, sábado 22 de noviembre de 1924, primera página.

⁴⁶⁰ “De Arquitectura” En: Revista Variedades. Lima, Junio de 1914, p. 809



Casa del Señor Falconi con motivos arqueológicos. Arquitecto Rafael Marquina, 1913, p 809

Ese llamado a reivindicar lo propio a través de una mirada al pasado no eran propuestas ingenuas, no se trataba de “copiar” formas constructivas o recursos estilísticos de épocas pasadas. Quizá por esa razón el proyecto de Piqueras tuvo un impacto profundo, aunque no tan perdurable, en la discusión sobre la arquitectura peruana de los años veinte, porque era un feliz encuentro entre el pasado más remoto de la nación, ya imposible de ignorar dado el conocimiento de estas culturas fomentado por el avance de la arqueología, con el celebrado acercamiento a la cultura hispana que repuntó por estos años y “así, de estilos un tanto petrificados y muertos, obtiene un nuevo estilo viviente y seductor”⁴⁶¹. Un objetivo alcanzado gracias a que el genio del escultor y arquitecto español consiguió “coordinar los dispersos elementos arquitectónicos, de nuestras superposiciones culturales, con el fin de reunirlos, razonadamente en una estilización expresiva, desvinculada de veleidades y amaneramientos de importación desorientada”⁴⁶².

⁴⁶¹ “La hora actual. Piqueras Cotelí y el estilo Neoperuano”..., primera página.

⁴⁶² “Notas de Arte, La obra de Piqueras Cotelí en Lima”. En: Mundial. Revista semanal ilustrada. Lima, 28 de julio de 1927, Núm. 872, s.p.

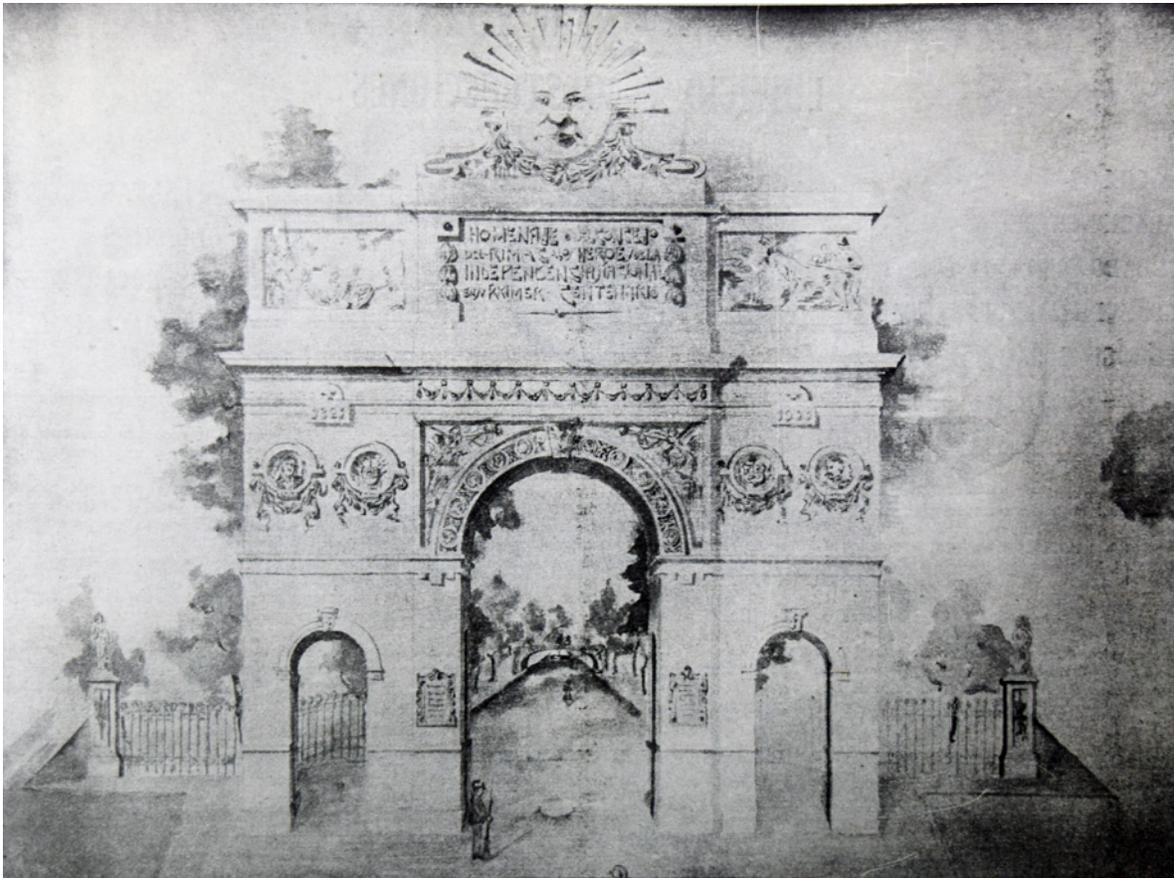


Salón Ayacucho Palacio Nacional, 1924. Manuel Piqueras Coto. Tomado de: <https://bit.ly/3yZ88ZY>

Mientras que para Piqueras Coto era “claro que los fundamentos históricos, sociales y culturales del estilo Neoperuano como expresión de aquello que él consideraba arquitectura netamente peruana se sostenía en la idea de unión y el mestizaje de las culturas”⁴⁶³, resaltando la coexistencia y mutuo influjo de lo europeo colonial con lo prehispánico, existieron, así mismo, otras posiciones, como la surgida a propósito de la Casa del Inca diseñada por José Sabogal ubicada en el parque de la Reserva, la cual recibió grandes elogios por la crítica arquitectónica local pues este proyecto demostraba que la arquitectura peruana “no era más una sucursal arquitectónica de Europa” y se consideraba el parque en su conjunto “un original trabajo escultórico de personajes propios del país, como un homenaje a la raza”⁴⁶⁴.

⁴⁶³ Ludeña, W. Manuel Piqueras Coto. Urbanista en el Perú o la invención de una tradición. En: Tres buenos tigres. P. 84

⁴⁶⁴ Martucelli, E. Arquitectura para una ciudad fragmentada..., p. 103



Arco del centenario construido por el Concejo del Rimac. Si bien no es una obra que representa el Neoperuano, los motivos prehispánicos (el sol inca) son muestra del intento, un tanto ingenuo y superficial, por responder a las exigencias del contexto en relación con las reivindicaciones nacionalista. Tomado de: Revista Mundial. Lima, julio 28 de 1921, Año III, No. 115, s.p.

Con el mismo interés que Piqueras Cotolí animaba en Lima la búsqueda de un arte y arquitectura local a través del Neoperuano, en los otros países de la región, incluyendo el propio Perú, despuntaba un nuevo estilo que parecía responder a las interpelaciones de un arte local y que tendría una vida más larga, se trató del llamado “estilo neocolonial”. Éste se presentaba como un “arte [que] nos toca más de cerca, como americanos, que los estilos europeos importados y tratados sin buscar siquiera una adaptación a nuestros usos”⁴⁶⁵. Se contraponía a Europa porque el Neocolonial aunque emparentado con una forma de expresión que evocaba a España, era ante todo una creación americana. Sí España, como se vio, era un punto fundamental en el discurso de construcción del pasado

⁴⁶⁵ “Orientaciones sobre Arquitectura. El estilo Colonial”. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, agosto de 1926, p. 30

compartido de esa comunidad política, era apenas natural que su influjo se articulara con la arquitectura y el arte, pero el estilo que surgía era un ejercicio propio de las naciones libres de este continente, no una adaptación ligera de imposiciones trasatlánticas.

Era un estilo salvador, casi terapéutico, que llegaba para proteger a las capitales de los mal andados pasos por un *art nouveau* sin alma que en Lima se despreciaba en los años veinte como “una arquitectura de pastiche alemán, hecha de barro y de yeso, una especie de sarcófago triste y sin carácter que amenazaba convertir en poco tiempo a Lima en una pieza de confitería polvorienta e incolora”. Pero esa arquitectura de entre siglos había quedado atrás y en contraste las reivindicaciones nacionales abrían las puertas a unas reconfortantes ideas que buscaban la arquitectura propia con un regreso “natural” a “buscar en las fuentes místicas de sus antiguos monumentos caudal de nuevas inspiraciones”⁴⁶⁶.

Eran los vientos de cambio los que con frecuencia levantaban el inconformismo de los defensores de la tradición. Porque había que pensar en la tradición; los anhelos estaban en el presente y en el futuro, pero el motor, se decía, era el pasado. Por eso algunos se quejaban de la manera como cambiaban las ciudades, porque era una transformación ambiciosa pero sin contenido que debía ser rechazada, se condenaba que los limeños:

(...) pensaron -desde luego sin método- en lo que tenían que ser y olvidaron lo que Lima había sido. Este culpable olvido abrió las puertas a todas las incongruencias, Lima ha perdido en gran parte su carácter antiguo y la transformación que ella se efectúa la presenta como una urbe despreocupada de sus tradiciones⁴⁶⁷

Una pérdida que espantaba, sin el pasado como orientador el resultado había sido acoger – se insistía- “cuanta fruslerías y pastiches” se le ofertaban. Cada construcción entonces que miraba de nuevo al pasado era un bálsamo en el cual se podía refugiar los que defendían la virtud de ese Perú perdido. Cada arquitecto de renombre que experimentaba con una vuelta al pasado era encomiado como si de un héroe se tratara.

⁴⁶⁶ El Renacimiento de la Arquitectura Colonial en Lima. En: Revista Mundial. Lima, 5 de mayo de 1922, Año III, Núm. 103, s.p.

⁴⁶⁷ “El día. Aspectos Urbanos”. En: El Comercio. Lima, domingo 13 de julio de 1924, p. 6

Así ocurrió también en Colombia y Ecuador, en ambos países se planteó la exploración de un estilo que representara esas naciones en relación con España. El artista colombiano Eduardo Pizano en un artículo elogioso sobre una vivienda diseñada por el arquitecto Pablo de la Cruz abordaba el asunto:

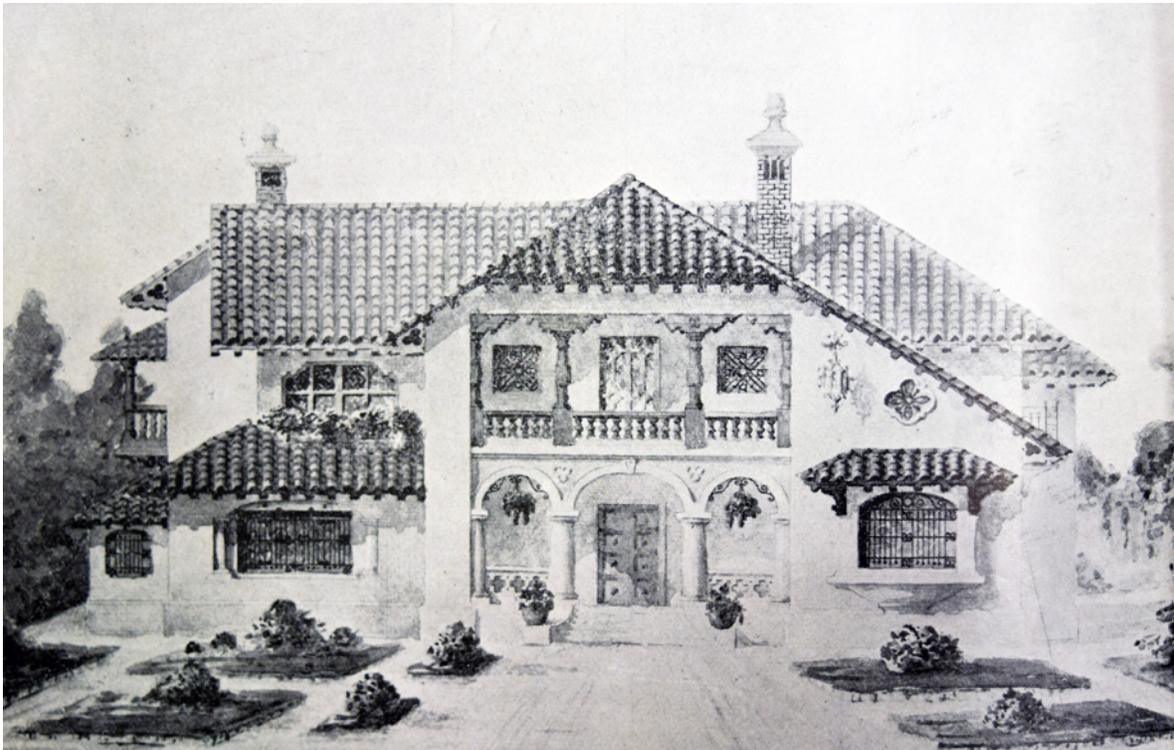
(...) nueva y sin embargo está ya llena de tradiciones y recuerdos; es ajena y sin embargo nos es familiar, inspira confianza, abunda en reposo y comodidad y es la casa colombiana y bogotana por excelencia. **Nuestros abuelos españoles trajeron los primeros elementos, pero modificados conforme a ciertas condiciones, al clima, a las necesidades de hoy; es un estilo colonial modernizado**, perfeccionado, pero evocador y amable”⁴⁶⁸.

El neocolonial se insertaba en una corriente de artistas que se veían a sí mismos como una suerte de vanguardia innovadora, los arquitectos “se sentían anti-académicos y con el sentimiento de libertad que produce el zafarse de un canon limitante”⁴⁶⁹. Tenían además plena conciencia del reto creador que enfrentaban era claro, para ellos, que debían amoldar sus proyectos a las exigencias de la época, a los avances tecnológicos, en fin, a lo que implicaba vivir en los años veinte y por fin darle “a la arquitectura corriente ese carácter de nacionalismo a que se aspira en todos los demás órdenes de la actividad social”⁴⁷⁰. Desde ese punto de vista era una respuesta integral que conseguía conectar las demandas de ámbitos tan diversos como el artístico, el político y el social.

⁴⁶⁸ Pizano, Roberto. “Restauración de la Arquitectura Colonial”. En: Revista El Gráfico. Bogotá, septiembre 16 de 1924, Año XII, No. 615, p. 235 (La negrilla es mía)

⁴⁶⁹ Arango, Silvia. Colonialismos y Españolismos, todos son modernismos. II Bienal Iberoamericana realizada en Santiago, Chile, 2000. (Recuperado de: <https://bit.ly/3AfQfoz>)

⁴⁷⁰ “Orientaciones sobre Arquitectura. El estilo Colonial”. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, agosto de 1926, p. 30



Casa para el señor Alberto Samper. Arquitecto Pablo de la Cruz. En: Revista El Gráfico. Bogotá, septiembre 16 de 1924, Año XII, No. 615, p. 234

Ciertamente a medida que el neocolonial tomaba forma y conseguía más adeptos, sus promotores se volvían más radicales, como serían radicales también los seguidores del movimiento moderno unas décadas después; y ciertamente era una forma irónica de realzar el pasado pues no pocas veces para volver a él había que destruir la arquitectura de ese pasado mismo. Era el argumento defendido por el arquitecto Emilio Hartht-h quien abogaba por una destrucción generalizada de los edificios que rodeaban la Plaza de Armas y hacía votos para que del palacio de gobierno y de los portales de la municipalidad de Lima “no quedara piedra sobre piedra”.

La anhelada destrucción del pasado no era sino una estrategia para reconstruirlo de vuelta: un pasado renovado -si se permite la expresión-. Decía el arquitecto Harth-Terré “... y ya que no queda ningún edificio ni monumento histórico que conservar, conservemos la tradición del sitio. Que un hermoso proyecto que se realice transforme la Plaza de Armas en una magnífica plaza: **si se quiere que las líneas arquitecturales,**

evoquen en la época presente, el elegante, rico o histórico pasado colonial”⁴⁷¹. Y así se hizo un tiempo después y así se entendió el llamado a esta creación en todo el continente. Era un camino que ya conocían, lo habían recorrido los gramáticos y filólogos en Bogotá, los artistas e historiadores en Quito y los intelectuales limeños, todo ellos se sentían portadores de una tradición española que se había renovado con su propio trabajo, una tradición que en sus propios territorios se había vuelto más compleja, relevante y estructurada que la tradición española misma, así pensaban ellos y así lo hicieron los arquitectos, con la misma lógica y con las mismas ambiciones emprendieron la tarea y alcanzaron la meta, tal como afirma la historiadora Arango “en contravía de la suposición automática, la arquitectura [neocolonial] de las antiguas colonias latinoamericanas influyó, en este aspecto, a la arquitectura española”⁴⁷².

El Neocolonial parecía ser una respuesta más plausible, más cercana a las necesidades de una élite angustiada por lo nacional, más acorde con los factores reales de poder. Esa es la razón por la que tuvo una vida más longeva que la que tuvo el Neoperuano o el Art Nouveau. Ese estilo permitía innovar recurriendo a la tradición, era más fácil vincularlo con corrientes intelectuales que las arquitecturas pre-colombinas imposible de legarles el papel como “norte de orientación espiritual de nuestra arquitectura [pues] las arquitecturas pre-colombinas son tan exóticas en nuestro medio como podría serlo, por ejemplo, la egipcia”⁴⁷³.

⁴⁷¹ Harth-Terré, Emilio. *Éstetica urbana. Notas sobre su necesaria aplicación en Lima*. Librería Francesa Científica y Casa editorial E. Rosay, Lima, 1926, pp. 106 – 108. (El resaltado es mío)

⁴⁷² Arango, Silvia. *Colonialismos y Españolismos, todos son modernismos*, p. 2

⁴⁷³ “Orientaciones sobre Arquitectura. El estilo Colonial”. En: *Ciudad y campo y caminos*. Lima, agosto de 1926, p. 30



Casa para quinta por Julio Carrizosa. En: Renacimiento. Periódico bimensual. Arquitectura, Ingeniería e Industria. Bogotá, octubre 2 de 1922, año I., No. 13, p. 2

Al final el neocolonial se convirtió en una verdadera influencia que dejó profundas huellas en el ámbito urbano latinoamericano. En ello tuvo mucho que ver el fervor con el que fue defendido por ingenieros y arquitectos, era una respuesta aceptable a las demandas de gobiernos y clientes nacionales, pero también una respuesta práctica a los llamamientos de los congresos panamericanos de arquitectos. Y en este aspecto vale la pena insistir en el carácter propiamente americano que se concedía a esta nueva forma de arquitectura. Se decía en una revista limeña al respecto:

(...) la tendencia que orienta nuestra arquitectura hacia el arte colonial es, pues, más bien de corte americanista que una tendencia nacionalista o simplemente de tradicionalismo propio. Hemos seguido en este terreno las huellas de países que conservan esa tradición de arte, Perú, Argentina, México y Estados Unidos de Norteamérica, maestro de esta escuela con sus obras en los antiguos estados de Arizona y Nuevo México de tradición española⁴⁷⁴.

⁴⁷⁴ "Orientaciones sobre Arquitectura. El estilo Colonial". En: Ciudad y campo y caminos. Lima, agosto de 1926, p. 30

Era una vuelta al pasado, pero desligada de una posible asociación a la condición de siervos, era un homenaje a España pero sin españoles, era una reivindicación del espíritu hispano pero desde la Américas, era en último término, una creación original y propia, es decir, fundamentalmente Americana.

Enseñar arquitectura en épocas de patriotismos

Mientras los jóvenes gremios de arquitectos se embarcaban en la búsqueda de estilos nacionales, se enfrentaban con la competencia y defendían lo local, había otra dimensión de esta cruzada, igual o por momentos más relevante, vinculada con el papel de las instituciones en el fortalecimiento de una disciplina que daba sus primeros pasos. En ese nuevo frente el Estado tuvo un papel preponderante porque era desde allí que se tomaba la iniciativa, ya fuera para formar, premiar, legislar o encargar proyectos. La configuración de la arquitectura como una disciplina autónoma le debe mucho a esa relación con el Estado. Pero también, según el historiador González, el punto más importante de la autonomía de un campo de la arquitectura llegó con la implantación de una normatividad específica para su enseñanza, pues afirma él “se trata de un proceso histórico que va de su absoluta dependencia o subordinación a su autonomía formal académica”⁴⁷⁵.

Las tres ciudades capitales eran sede de las escuelas en las que se impartían los conocimientos que permitían a un ingeniero o a un artista adquirir las destrezas para desempeñarse como arquitecto. Si bien, solo hasta los años treinta y cuarenta se fundaron las primeras facultades desligadas de la ingeniería (las capitales siempre fueron las primeras en contar con estas escuelas autónomas), conseguir fundarlas hizo parte de una historia accidentada de avances y retrocesos que puede ser rastreada desde mediados de siglo XIX y a lo largo de toda la segunda mitad de esa centuria. Por ejemplo, los primeros intentos para la enseñanza sistemática de la arquitectura en Lima datan de 1860, cuando se estableció un sistema de “ayudantías” en el Cuerpo de Ingenieros y Arquitectos del Estado, en esos años los estudiantes trabajaban con un arquitecto

⁴⁷⁵ González Escobar. Del alarife al arquitecto..., p. 26

profesional, los primeros tres años con uno de segunda clase y dos años más con uno de primera clase, luego de esos cinco años recibían un título como Arquitecto Civil⁴⁷⁶.

En Bogotá la llegada del británico Thomas Reed sirvió como excusa para comenzar a impartir clases de arquitectura y vincular jóvenes aprendices en la formación del difícil arte⁴⁷⁷. Otro tanto ocurrió en Quito que en 1847 también promovía la formación de jóvenes aprendices en talleres de enseñanza de dibujo y rudimentos de arquitectura, en este caso guiados por Juan Pablo Sanz⁴⁷⁸. Las fechas sirven como indicador del inicio de una historia diacrónica de la enseñanza de arquitectura en los tres países, pero es muy probable que si se mira más atrás en el tiempo se puedan encontrar más ejemplos de iniciativas de formación promovidas desde los grupos en el poder o desde la práctica misma ejecutada por alarifes y artesanos.

Pero es a partir de esos años que se puede seguir la historia de la arquitectura como un devenir de avances y retrocesos, que se movía al vaivén de las necesidades y demandas de sociedades urbanas que crecían tanto en habitantes como en área. Ese recorrido accidentado a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX encontró en las primeras décadas del nuevo siglo un ambiente propicio, en el que los conocimientos y práctica de los arquitectos parecían ahora imprescindibles en los planes de los gobernantes, en los intereses de intelectuales y en las veleidades de grupos adinerados. Gracias a ese contexto los arquitectos hacían reivindicaciones más ambiciosas y con un tono más altanero.

Las demandas eran de la más diversa índole, algunas resaltaban por su urgencia: la autonomía de la arquitectura era una de ellas. Todos los arquitectos locales con un grado en un centro universitario nacional se habían formado en Escuelas de Bellas Artes o en Facultades de Ingeniería. Quienes se formaron fuera del país sí habían conseguido el

⁴⁷⁶ Álvarez, Syra. La formación en arquitectura en el Perú. Antecedentes, inicios y desarrollo hasta 1955. Editorial Universidad Nacional de Ingeniería – proyecto Historia UNI, Lima, 2006.

⁴⁷⁷ La historia detallada de este proceso se encuentra en: González, Luis Fernando. Del alarife al arquitecto..., pp. 411 – 568

⁴⁷⁸ Compte, Florencio. Modernos sin modernidad. Arquitectura de Guayaquil 1930 – 1948. En: cuaderno 81. Centro de Estudios en Diseño y comunicación. 2020, p. 127

título de arquitectos, pero eran casos excepcionales. Sin importar su lugar de formación, tanto unos como otros sumaban sus voces para exigir la atención de una demanda impostergable, la fundación de escuelas de arquitectura sin la condición de subalternidad con otras disciplinas.

Las razones para esta exigencia eran de la más variada índole, podían estar asociadas a la señalada necesidad de búsqueda de lo propio, como lo argumentaba el profesor Radiconcini en Quito, para quien la fundación de una escuela de arquitectos en el país era impostergable para “evitar los consabidos periodos de importación y de imitación que siempre fueron hervideros y causa de mil daños económicos e intelectuales”⁴⁷⁹. En Bogotá se afirmaba que el fortalecimiento de la arquitectura y la necesaria fundación de una nueva escuela debía orientarse a fomentar “el desarrollo del sentimiento de lo bello en el país”, porque solo el arquitecto tenía la capacidad de orientar la ornamentación y estructura de los edificios públicos “a los principios del arte”. Lo interesante es que no sólo se proponía la creación de una Escuela Nacional de Arquitectura, sino que además se recomendaba como camino “natural” para fomentar en la población nociones básicas de estética y acercamiento a la arquitectura la enseñanza del dibujo en todas las escuelas primarias y secundarias del país⁴⁸⁰.

Como en las discusiones sobre urbanismo, también en la arquitectura la preocupación por lo bello y por la dimensión estética era asunto de primer orden. Mientras que los profesionales formados en escuelas de ingeniería se sentían más confiados de sus conocimientos técnicos que de sus sensibilidades artísticas, eran los hijos de las facultades de ingeniería los que ahora buscaban independencia, y ésta al parecer la iban a encontrar en el acercamiento a los conceptos de belleza, en un vínculo más estrecho con la dimensión estética. No se trataba de menospreciar el saber técnico adquirido en años de trabajo bajo las orientaciones de la ingeniería se buscaba perfeccionar esa formación con el despertar de un espíritu que les acercara a lo bello.

⁴⁷⁹ Radiconcini, Giacomo. “Arquitectura Moderna en la Escuela de Bellas Artes”. En: Revista de Escuela de Bellas Artes. Quito, junio 25 de 1908, p. 107

⁴⁸⁰ Ver: “De Arquitectura”. En: Anales de Ingeniería. Órgano de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. Bogotá, diciembre 1918 – enero 1919, Vol. XXVI, Nos. 309 y 310, pp. 190 - 191

En el texto de 1910 escrito por Santiago Basurco, a propósito del inicio de la formación de arquitectos en la escuela de ingenieros del Perú, él reivindicaba que los estudiantes de la opción de arquitectura tuvieran una férrea formación en asuntos técnicos, se mostraba de acuerdo con el título de ingeniero-arquitecto, aunque reconocía que efectivamente la formación en asuntos estéticos y artísticos era uno de los grandes vacíos en los conocimientos que hasta ese momento habían recibido ingenieros que se encargaban de la arquitectura del país.

Y así fue al inicio, los programas de formación incluían un modelo mixto entre arte y técnica ya fuera en una Escuela de Bellas Artes como la de Quito en donde las clases de dibujo arquitectónico se cruzaban con las enseñanzas impartidas sobre dibujo de planos y dibujos topográficos; o en escuelas propiamente de ingeniería, como en Bogotá, en la que los tres años iniciales de la formación de los arquitectos eran compartidos con los estudiantes de ingeniería civil. Lo mismo ocurrió en Lima en donde los estudiantes alternaban sus clases de dibujo arquitectónico y materiales con asignaturas sobre hidráulica urbana, electricidad, máquinas eléctricas y mecánica racional.

Ese vínculo tan estrecho entre ambas disciplinas ya en la segunda y tercera década del siglo XX era del todo incómodo, quizá porque no era cercanía sino subordinación y el análisis o cultivo de lo bello era una forma de entender el mundo que la visión del ingeniero, con ese pragmatismo irremplazable, no comprendía. La relación en todo caso era más penosa cuanto más era el prestigio que los arquitectos conseguían, ellos mismos convertidos en una especie de sacerdotes, pues Dios había decidido que era el arte el medio que “ha puesto en nuestras manos para exteriorizar las semejanzas con él”, y era la arquitectura, ¿cómo no?, la más grande porque -afirmaban- “de todas [las artes] se vale, de todas necesita, a todas domina, dirige y encausa. No solo se contenta en sus

admirables producciones con el apoyo del arte, sino que requiere también de la ciencia sus autorizados consejos y leyes inquebrantables”⁴⁸¹.

Esa enorme responsabilidad no hacía más que resaltar la necesidad de una escuela de formación propia porque los intereses de cada disciplina eran divergentes. El colombiano Pablo de la Cruz, uno de esos pioneros que se había formado en una escuela de arquitectura en Chile, condenaba como anomalía que la formación de “los ciudadanos que mañana han de ser árbitros de la estética urbana” ocurriera en una escuela de ingenieros, por la razón inapelable de que “la arquitectura y la ingeniería son dos ciencias distintas”⁴⁸². Y ese era el meollo de todo el asunto, eran dos temas distintos, aunque por mucho tiempo se hubiesen tratado como la misma cosa. Así se concluía en conferencias, en encuentros o en artículos de divulgación periodística. Como el publicado en Lima en 1924 por el arquitecto e intelectual Héctor Velarde, quien en una de sus obras, a medio camino entre ficción y ensayo, pone en boca de uno de sus personajes algunas palabras en las que abordaba ese “novedoso” tema y cuya digresión iniciaba con una sentencia tajante “tratemos únicamente de exponer los deberes de un arquitecto y de un ingeniero. Los primeros satisfacen el espíritu, los otros, las necesidades materiales”⁴⁸³.

Todas estas acciones allanaron el camino para alimentar los argumentos que esgrimían algunos sobre la necesidad de contar con arquitectos para el desarrollo de las obras públicas y las construcciones privadas en la ciudad. La expectativa era que los profesionales formados en la disciplina dieran una nueva cara a los entornos urbanos, que construyeran espacios decorosos y cuyos tratamientos permitieran atender las necesidades culturales de las naciones. Porque lo que había mortificaba: “qué de cosas se ven por nuestras calles -escribía un crítico bogotano-, qué falta de unidad y de acuerdo demuestran las fachadas, qué acumulamiento de adornos sin juicio ni discernimiento

⁴⁸¹ Ver: “De Arquitectura. Superioridad de la arquitectura entre las artes. Su importancia”. En: Anales de Ingeniería. Órgano de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. Bogotá, diciembre 1918 – enero 1919, Vol. XXVI, Nos. 309 y 310, p. 131

⁴⁸² Ver: “Reformas. En la dirección de Obras Públicas Nacionales, y necesidad de la fundación de una Escuela de Arquitectura en la capital de la República”. En: Segundo Congreso de Mejoras Nacionales Reunido en Bogotá del 4 al 14 de Julio de 1920, Bogotá, Imprenta Nacional, 1921, p. 106

⁴⁸³ Velarde, Héctor. “Ingeniería y arquitectura según Kikift”. En Ciudad y campo y caminos. Lima, marzo de 1925, p. 18

alguno (...) qué faltas de estética imperdonables”⁴⁸⁴. Por eso se hacía un llamado para que esas ciudades que crecían y las arquitecturas que acompañaban ese paisaje urbano fueran producto de manos expertas. Eran votos que también se hacían en Lima, en un diario peruano se instaba a que esa forma de intervención en las ciudades se popularizara, se leía en una editorial:

(...) ya es llegada la hora de que en el Perú, y sobre todo en Lima, la edificación corra a cargo, exclusivamente de arquitectos, cesando el dominio artístico de aquellos tan simpáticos como improvisados maestros de obra, que por tantos años nos han impuesto (...) su lamentable gusto bajoportino.

Eran los defensores de ese juicio tan crítico como poderoso, el juicio del gusto, quiénes alentaban cualquier iniciativa que desde el Estado, desde las universidades o desde las sociedades profesionales, se hiciera para fortalecer la arquitectura local. Esa tarea pasaba por llegar a un público más amplio, por impulsar el reconocimiento social de esa nueva profesión que tanta expectativa despertaba en especialistas. Se encontraba en actividades tan diversas como las conferencias públicas, los artículos periodísticos o los premios.

Esto últimos se fueron convirtiendo en un escenario privilegiado de legitimación del saber. En ellos se revelaba el enorme potencial que tenía el espacio urbano como escenificación de poder y concreción de valores abstractos en proyectos concretos. En Quito, por ejemplo, el Concejo reconocía la necesidad de instituir un premio para “celebrar los aniversarios de los días en que los pueblos proclamaron su independencia”, éste tendría varias categorías, premiaría deportes, avances agrícolas, a los artesanos, los avances industriales y finalmente una categoría denominada “ornato”. El premio de ornato consistía “en una tarjeta de oro adjudicada al propietario que hubiese hecho construir en la ciudad la mejor casa o edificio atendidas las condiciones de comodidad,

⁴⁸⁴ “De Arquitectura. Superioridad de la arquitectura entre las artes. Su importancia”. En: Anales de Ingeniería..., p. 134

solidez y ornato”⁴⁸⁵, en esa primera versión el galardonado fue el Sr. Vicente Baca por una casa suya construida en la calle Guayaquil con plano del arquitecto Francisco Schmidt.

Luego de ese año el premio al ornato continuó otorgándose sin falta desde entonces y a medida que pasaba el tiempo, si bien el propietario del predio era el ganador de la medalla, las miradas se las robaba el arquitecto que había diseñado la edificación; eran entonces en esos primeros años Francisco Durini, Antonio Russo, Luis Donoso o Gualberto Pérez los nombres de los que se hablaba en los círculos de poder y académicos, a pesar de que los galardonados habían sido sus clientes.

La séptima versión del premio realizada en 1920 da cuenta de ese estatus paulatinamente conseguido. En esa ocasión, pasada la sesión en la cual se habían otorgado los premios, el concejal Bustamante “llamó la atención del Concejo hacia un descuido al prescindir de los arquitectos Russo Hermanos en el otorgamiento del premio de “Ornato” que concedió el Concejo al Sr. Enrique Gangotena por su edificio de la Plaza de Bolívar el cual fue construido precisamente por aquellos señores”. Los propios concejales reconocían que el premio respondía a la necesidad de “estimular el esfuerzo de los arquitectos sean ellos nacionales o extranjeros, [dicho esto] se concede a los arquitectos Russo Hermanos un diploma de honor que acredite el reconocimiento por la magnífica dirección y construcción por ellos realizada”⁴⁸⁶. Un acto de desagravio que era además indicador del prestigio y relevancia que los arquitectos habían conseguido luego de tantas luchas.

⁴⁸⁵ “Ordenanza por la cual se crean premios” – mayo 13 de 1913. En: Gaceta Municipal. Quito, mayo 21 de 1913. Año IV, Núm. 14, p. 145

⁴⁸⁶ Acta sesión del 5 de Julio de 1920. Gaceta Municipal. Quito, Archivo Municipal, folio 196



Edificio para el Sr. Enrique Gangotena. Russo Hermanos Arquitectos. El Ecuador en el centenario de la independencia de Guayaquil, 9 de octubre de 1920, Jurado, Aviles J.J. Editor New York, De Laisne & Carranza Duane Street.

Los privados también lanzaban sus propios concursos, también ellos sabían que un grupo de hombres defensores de la estética parecían ir en ascenso y por eso había que apoyarlos. En Bogotá la compañía de cemento más grande de la ciudad, Cementos Samper, cuyos dueños habían obsequiado un pequeño kiosco para la celebración del centenario en el ya lejano año de 1910, crearon un premio con el nombre del director de la empresa que entregó ese Kiosco, Alberto Samper. El premio constaba de la nada despreciable suma de mil pesos y se entregaría a la mejor obra de cemento construida cada año en el país⁴⁸⁷, era al mismo tiempo la celebración del genio artístico y el fomento de las innovaciones técnicas. No se tiene noticia del tiempo que duró la iniciativa, pero es un indicador del entusiasmo que generaba la arquitectura y el empeño que se ponía en popularizar las obras que estos profesionales hacían.

⁴⁸⁷ "Premio Alberto Samper. Su proyecto de reglamentación". En: Propaganda Nacional. Revista Mensual Ilustrada. Bogotá, febrero de 1927. Talleres de edición Colombia, p. 139

La otra modalidad eran los concursos para el diseño o construcción de edificios y equipamientos convocados lo mismo por entidades públicas o entes privados. En ambos casos era motivo de celebración debido a que “la emulación que se despierta entre varios contendores que aspiran a un mismo premio, es saludable al espíritu, porque despierta ocultas energías que pueden llevar a conseguir el triunfo”⁴⁸⁸. Unas energías que se volvían tanto más atractivas en la medida que los condecorados eran receptores de un enorme prestigio que los convertía en profesionales solicitados entre sus clientes y en voces autorizadas ante sus colegas.

El otro escenario de búsqueda o consolidación de prestigio era la prensa escrita, pero no hablamos de la participación de los profesionales en ella con algún artículo de opinión firmado por un ingeniero-arquitecto, sino del registro entusiasta que hacían los periodistas de obras y proyectos que se proponían o que efectivamente se construían en las ciudades; avances que los hacía sentir, ahora sí, en una nueva era. El discurso de la arquitectura se tomaba las páginas de periódicos y revistas, en donde cada edificio público, cada sede bancaria, cada nueva instalación o equipamiento era recibido con júbilo y convertido en una muestra indudable de “progreso”.

⁴⁸⁸ “Concurso de arquitectos”. En: Anales de Ingeniería. Órgano de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. Bogotá, marzo y abril de 1915, Núms. 265 y 266, p. 282

El premio á la Compañía de Seguros "El Porvenir"

Se alza en la Avenida Piérola un lujoso y elegante edificio que acaba de premiar la Honorable Municipalidad por considerarlo el me-

Malachowski y del constructor don Julio Pérez Santillán y su dueño es la compañía de seguros sobre la vida "El Porvenir", institución nacio-



Señor Pedro D. Gallagher, presidente del Directorio.



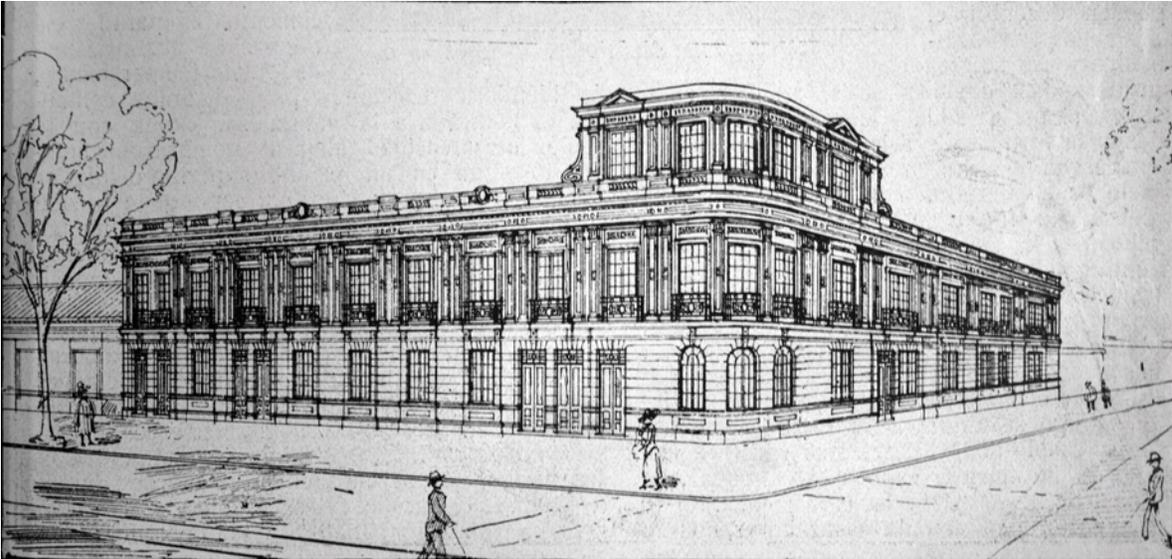
Señor doctor Javier Prado, vice-presidente

yor de los construídos en el año. La finca es obra del arquitecto señor Ricardo de Jaxa

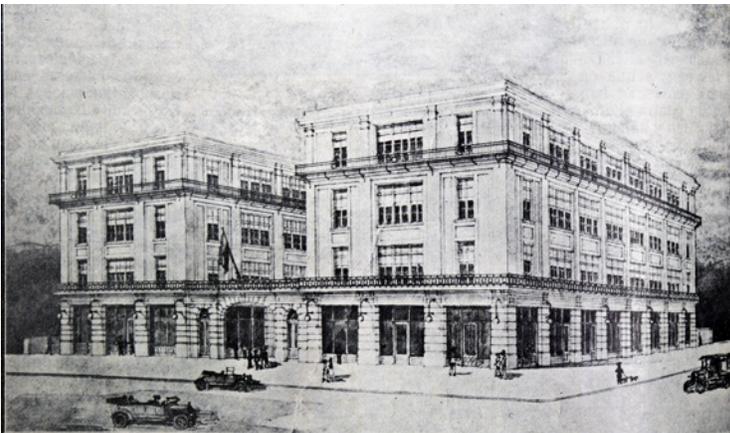
nal que se viene distinguiendo por sus contribuciones á la marcha del país y al embelleci-



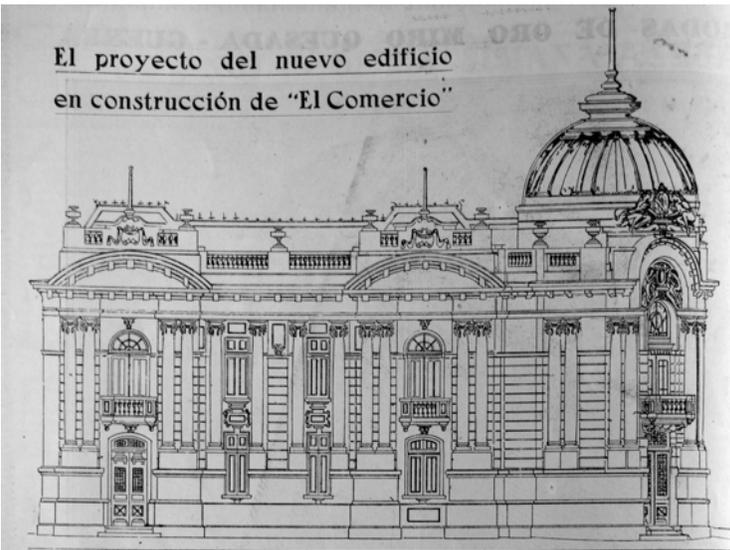
La hermosa finca que ha construído la Compañía de Seguros sobre la Vida "El Porvenir" en la Avenida Piérola y que ha sidopremiada por la Municipalidad. En los círculos el señor Malachowski, arquitecto de la obra, y el constructor Pérez Santillán.



Proyecto de edificio en construcción en la esquina de la calle 25 con carrera. 7ª. Arquitecto Sr. Farrington. En: Revista El Gráfico. Bogotá, abril 7 de 1923, Año XIII, No. 638.



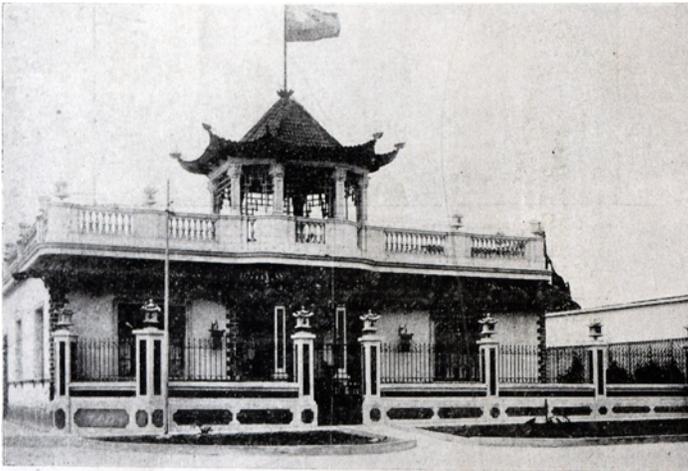
Proyecto del arquitecto Robert M. Farrington, para el edificio que construyen actualmente los señores Pedro A. López y Cia. En: Revista El Gráfico. Bogotá, junio 29 de 1918, Año VIII, No. 418-419.



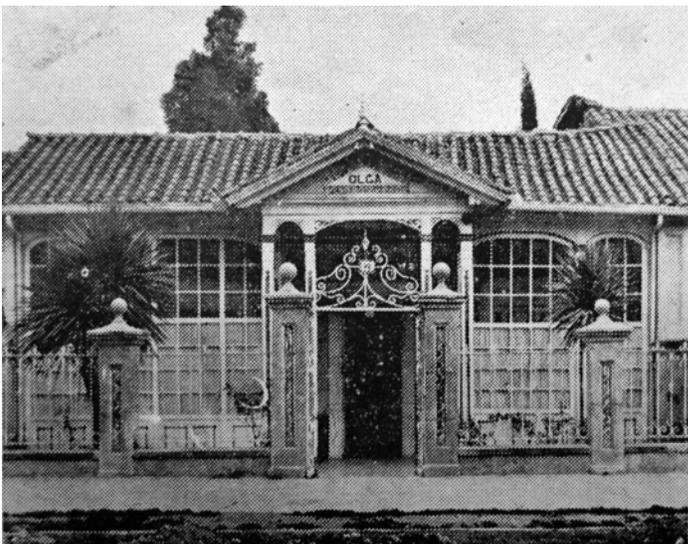
Revista Mundial. Lima, marzo 24 de 1921. Año II, Núm. 48



“La Circaciana. Quinta de D. Manuel Jijón Larrea”. La ilustración ecuatoriana. Revista quincenal de Ciencias, Artes y Letras. Quito, mayo 5 de 1909, Año I, Núm. 6, p. 43



Curiosa residencia. Arquitectura con motivos chinos del señor Francisco R.K. León. En: Ciudad, Campos y caminos. Lima, agosto de 1928, p. 37



Residencias en Chapinero. Olga, propiedad de don Roberto Cuéllar. En: Chapinero. Revista Quincenal Ilustrada. Bogotá, marzo 1 de 1928, año 1, No. 7.



Compañía de Crédito Agrícola e Industrial. En: Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha, Quito, mayo 24 de 1922, s.p.



Compañía de Prestamos y Construcciones. En: Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha, Quito, mayo 24 de 1922, s.p.

Junto a la publicidad estaba también la reflexión académica, que exigía mayor rigor y era al fin y al cabo otro espacio, tan importante como la obra misma, en el que se legitimaba el saber de los arquitectos. Las plumas de quienes se consideraban sus genuinos voceros se pusieron a prueba en textos, tratados, ensayos teóricos, conferencias ampliadas, en fin, toda una producción de conocimiento que buscaba ir más allá de los enfrentamientos auspiciados al calor de las circunstancias coyunturales. Se aprovechó el aumento en la circulación de publicaciones de todo tipo -no sólo las periódicas- y en ellas se dejó constancia de las posiciones, debates y recomendaciones en relación con la arquitectura y los órdenes relacionados con la ciudad.

Uno de los pioneros no sólo en la región sino en toda la América Latina fue Theodore Elmore, quien en 1876 publicó sus Apuntes sobre Lecciones de Arquitectura, un primer tratado sobre la materia que, a decir del historiador de la arquitectura Wiliey Ludeña, se constituía en prueba de que eran tiempos de “redescubrimiento de lo propio, la invención de lo nuevo y la apertura de un genuino espacio de intercambio. Luego de siglos de

hegemonía del discurso colonial, el pensamiento arquitectónico latinoamericano empezó en este periodo a concretar ese desafío de producir sus referentes”. Y lo hacían con cautela, como el propio Ludeña lo explicaría en ese texto, aún muy apegados a las insinuaciones de la tratadística europea, pero que en el fondo con el solo hecho de escribirlos, editarlos y publicarlos “o de construirlos como una narrativa propia y envuelta de nuestra peculiar realidad, constituye un primer y extraordinario esfuerzo intelectual”⁴⁸⁹.

En Quito y Bogotá no se tiene noticia de un texto equivalente, en ambas ciudades hubo una cierta producción intelectual que eventualmente se publicaba en periódicos y otros impresos, pero los tratados de arquitectura eran los clásicos (Vitruvio, Vignola y Palladio) conocidos desde hacía muchos años. En Colombia se fueron introduciendo otros textos desde mediados del siglo XIX, esos sí de factura europea integralmente. Fue el caso de las publicaciones de:

Juan-Nicolas-Louis-Durand (*Précis des leçons d'architecture*) o como el del francés Léonce Reynaud (*Traité D'architecture*, editado por primera vez en 1850) [y] otros trabajos más generalistas como la obra de André Lefèvre *Las Maravillas de la Arquitectura*, o las partes dedicadas a la arquitectura en la Enciclopedia Británica o *El Instructor de Londres*, conocido también como el *Repertorio de historia, bellas letras y artes*⁴⁹⁰.

No es fácil determinar cuál fue la recepción de estos trabajos y cuál fue su papel en la formación y desarrollo de obras de arquitectura, pero cuando el siglo XX ya había iniciado, el vínculo con Europa se ve menos estrecho, las publicaciones en las que se tratan temas de arquitectura y urbanismo no sólo son más numerosas, sino que apuestan cada vez más a entender y proponer salidas para las ciudades donde son escritos. Porque además eran publicaciones urgentes, tal como lo advertía el pequeño manual de nociones de arquitectura publicado en Quito en 1903, en cuya primera página se leía “damos a la estampa las presentes *Nociones de Arquitectura*, a modo de ensayo, hasta que sea

⁴⁸⁹ Ludeña, Wiley. Prólogo. Teodoro Elmore y Lecciones de Arquitectura. Racionalidad, arquitectura e invención de un nuevo campo disciplinar en el Perú. En: Colección Clásicos Peruanos. Arquitectura y Pensamiento I. Apuntes sobre las Lecciones de Arquitectura por Teodore Elmore. Edición Facsimilar, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2014, p. XVIII

⁴⁹⁰ González, Luis Fernando, *Del alarife al arquitecto...*, p. 231

posible publicarlo con las figuras correspondientes a cada orden arquitectónico⁴⁹¹. Un manual sobre referencia de estilos arquitectónicos e historia de la arquitectura, pero sin las imágenes que los ejemplificaran, un oxímoron, pero así había que hacerlo y así se enseñaba la arquitectura, sin imágenes, las circunstancias así lo demandaban.

En cualquier caso, los textos eran más críticos, a veces recogían enseñanzas de los maestros europeos pero su principal preocupación se centraba en dar una respuesta a los problemas locales. Ese fue el espíritu que guio publicaciones como *el Ensanche de Lima* de Ricardo Tizón i Bueno publicado en 1907; *los Principios Generales que deben servir de base a los proyectos de nuevas poblaciones* autoría de Ladislao Hidalgo publicado en 1913 también en la capital peruana; la colección de artículos reunidos bajo el título *Lima en 1907*, en el que se hacía un balance elogioso de las obras que se habían hecho en la ciudad y se recomendaban obras que deberían tenerse en cuenta para promover el desarrollo de la capital; o el texto *Cómo debe estudiarse un plan de transformación urbana* publicado en 1927 por Benito Carrasco.

También en la capital peruana se publicaron textos fundamentales como *Los Problemas urbanos de Lima y su futuro* del ingeniero y arquitecto Alberto Alexander; *Estética Urbana. Notas sobre su necesaria aplicación en Lima* de Emilio Harth Terré que vio la luz en 1926 y el *Plano de Lima. Apuntaciones históricas y urbanísticas* una reflexión publicada por Ricardo Tizón i Bueno en 1916. Todo esto sin contar la consabida publicación de asuntos de interés central en periódicos y revistas en donde usualmente se presentaban textos que tenían que ver con higiene, crisis habitacional y vivienda obrera, propuestas de ornato e incluso la prefiguración del futuro de la ciudad en innumerables artículos en los que se anticipaban imágenes del porvenir de la capital del Perú.

En Bogotá y Quito también fueron comunes este tipo de publicaciones. En el caso de la capital colombiana los ya mencionados Congresos de Mejoras Nacionales son el mejor indicador de lo que pasaba por esos años en relación con las discusiones sobre

⁴⁹¹ Nociones de Arquitectura. Arregladas por los hermanos de las escuelas cristianas. Quito, Tipografía salesiana, 1903, p. 23

urbanismo y organización de ciudades, en el primer congreso se incluyeron ponencias sobre *Mejoras Públicas en la Ciudad de Bogotá* texto que se publicaba sin firma; una extensa exposición titulada *Ingeniería sanitaria. Saneamiento de poblaciones* cuyas reflexiones estaban emparentadas con el discurso del higienismo y que había sido escrito por Carlos de Narváez; una ponencia sobre *Planos de Ensanche y Ornato de Ciudades* presentada por Enrique Olarte; un texto más publicado por Enrique Uribe Ramírez, quien pocos años después sería el autor del Plano Bogotá Futuro, y cuyo tema en esta ocasión versaba sobre la *Organización de las obras públicas municipales*; y, finalmente, un texto titulado *Estudios sobre el City Planning* presentado por Ricardo Olano quien a su vez oficiaba como presidente de ese evento realizado en 1917.

La segunda versión del Congreso se realizó en 1920, y al parecer fue tan productiva como la primera, aquí de nuevo se presentaron varios trabajos que daban cuenta de los temas que más preocupaban a los profesionales del país en relación con el desarrollo, crecimiento y adecuación de las ciudades. Relevantes fueron las propuestas presentadas por Lorenzo Cuéllar en su ponencia titulada *Sobre iniciación y creación de una Sociedad Nacional de Mejoras Públicas*; así como la propuesta de un proyecto de ley sobre *Desarrollo de ciudades, urbanización de predios y construcciones urbanas*. Y la ya mencionada ponencia sobre *creación de una Facultad de Arquitectura* escrita por Pablo de la Cruz o la presentación de Alberto Manrique Martín realizada sobre un informe a propósito del modo en que la ciudad de Buenos Aires había afrontado el problema de los barrios para la clase trabajadora. En 1920 también apareció el texto de Jorge W. Price *Principios esenciales en la arquitectura – en tres partes. Principios esenciales, Arquitectura eclesiástica, nociones de materiales y de construcción*.

Los Congresos de Mejoras Nacionales se convirtieron en el antecedente inmediato de la propuesta en 1923 del Plano Bogotá Futuro, realizado, como ya se dijo, por Enrique Uribe Ramírez, y cuya memoria se convertía en sí mismas en un documento de reflexión sobre principios de planeación urbana empleados en un caso particular. En ocasiones incluso, haciendo traducciones libres, mezclando posiciones o él mismo incluyendo frases o

palabras que no se encontraban en las obras originales que se suponía él traducía⁴⁹². La revista *Renacimiento* publicada durante un corto periodo entre septiembre de 1922 y los primeros meses de 1923 fue también un importante escenario de divulgación de temas urbanos, allí se abordaron asunto como el de los Pozos Sépticos, algunos ensayos sobre el progreso de las ciudades, temas referidos al alcantarillado y la visualización de “futuras ciudades modernas”. Fue en 1924 en que se publicó el muy conocido texto *Arquitectura de Bogotá* escrito por Alfredo Ortega, en el que se hacía un recorrido cronológico por la historia de la arquitectura de la ciudad y se acababa con una amplia reseña sobre el estilo neocolonial.

La Revista *Chapinero* publicada en 1927, cuyo título hacía referencia a un barrio de clases adineradas en el norte de Bogotá, era también un punto de encuentro en el que con frecuencia se publicaban notas y artículos de hombres reconocidos en el estudio de la planeación y ordenamiento de las ciudades en el medio local. Allí aparecieron textos del conocido urbanista Ricardo Olano, también de Benito Carrasco, éste último escribía sobre planes de embellecimiento, reformas y planes de transformación urbana; o Guillermo Herrera Carrizosa quien escribía sobre la necesidad de un plan de urbanización habida cuenta del fracaso del Plano Bogotá Futuro.

Las páginas de esa revista, además, eran acompañadas de textos de autores internacionales, como Gil Fillol quien divagaba sobre la Ciudad Satélite⁴⁹³, o Camilo Sitte y un texto sobre la vegetación de las Grandes Ciudades; o el propio LeCorbusier de quien se publicaban un pequeño texto sobre *El Civismo*. Casi nada de lo publicado en esta

⁴⁹² Ver: Uribe, E. Bogotá Futuro. In: Revista técnica de obras públicas de Cundinamarca. No. 1 Vol. 2 pp. 1 – 34. Sobre las ligerezas en la traducción de Uribe Ramírez ver: Goossens, M. Ideas para la planeación de la ciudad futura. Bogotá, 1917 – 1925. En: Revista Bitácora Urbano Territorial. Vol. 28, No. 1, 2018, Universidad Nacional de Colombia, pp. 61 - 70

⁴⁹³ Ese mismo año en Lima el ingeniero Alberto Alexander definía así el Urbanismo “conjunto de doctrinas y de conocimientos aplicables a la fundación, extensión y mejoramiento de las ciudades” y adicionaba que “constituye en nuestros días, en el mundo del arte y de la ciencia una especialización de la ingeniería” en el caso del ingeniero su propuesta comenzaba reconociendo el papel de las vías, obviando el plano general y permitiendo el crecimiento a partir de “**poblaciones satélites**”⁴⁹³ En: Alexander, Alberto. “los problemas urbanos de Lima y su futuro. Conferencia sustentada en la sociedad de ingenieros del Perú”. En: Ciudad y campo y caminos. Lima, noviembre de 1927, no. 35, año IV, p. 38

revista era una discusión profunda sobre esos temas, eran estrategias de divulgación, pero aquí resulta relevante porque demuestra cómo a partir de la legitimidad que ya para finales de la década del 20 tiene el discurso del urbanismo, las clases altas de la ciudad construyen una forma de defender cierto tipo de ciudad, la que ellos habitan, con los argumentos que le asisten de una disciplina ya casi consolidada.

En el caso de Quito el ejemplo más emblemático fue la publicación, apenas arrancando el siglo XX, de la Revista de la Escuela de Bellas Artes. Allí se hacían reflexiones generales y abstractas sobre el papel de los artistas en la sociedad, como por ejemplo los artículos publicados sobre *El Carácter del Artista* o *la Ciencia y el Arte*. La mayoría de las veces se discutía sobre artes plásticas, pintura, grabado, escultura que ocupaban una parte importante de los intereses de la publicación. Pero en esa revista apareció el texto inicial *Arquitectura Moderna* escrito por el profesor Radiconcini en el que se prefiguraba un programa para la disciplina en el Ecuador. El mismo profesor publicó otro texto titulado *El Primer Curso de Arquitectura en la Escuela de Bellas Artes* en el que hace énfasis en el perfil del aspirante y su campo de desempeño en la sociedad. Poco después, en 1909, apareció un artículo titulado *Consideraciones sobre la Arquitectura* en el cual se hacía un recorrido por la historia de estilos arquitectónicos y se concluía con los retos que le esperaban a la arquitectura de Quito y la ecuatoriana. En ocasiones en estas páginas se presentaban los proyectos arquitectónicos de los estudiantes sobresalientes de la escuela.

Como el periodo colonial y el entorno construido en clave histórica era tan relevante para los quiteños, los textos sobre historia de arquitectura local eran mucho más comunes en esta ciudad que en las otras dos capitales. El tema se abordaba de modo profesional, por ejemplo, en los escritos de José Gabriel Navarro en los que se hacía una férrea defensa de esa tradición, e incluso el entusiasmo contagiaba a otros autores como se percibe en la exposición hecha en el texto *Historia de la Arquitectura en la República del Ecuador*, publicado en 1921 en la Gaceta de América y firmado por Gualberto Pérez, en donde hace un balance de los diversos periodos por los que había atravesado la capital ecuatoriana desde el periodo prehispánico hasta el colonial, mientras que el republicano

lo aborda a partir de una periodización que seguía los paños de gobierno de varios presidentes del país.

Las publicaciones y en general la defensa del saber arquitectónico fue un fenómeno que creció conforme los años fueron pasando, al echar un vistazo del desarrollo intelectual y reflexivo de la arquitectura en las tres primeras décadas del siglo se puede constatar que promover y defender la independencia de la arquitectura fue una tarea que demandó tiempo y energía pero que paulatinamente fue ganando adeptos y convenciendo escépticos, esos primeros treinta años echaron las bases de la formación de arquitectos en los tres países y con la enseñanza se instaló la expectativa viable de un campo de la arquitectura plenamente autónomo.

Respetables e interesados: apuntes sobre la vida pública de los arquitectos

La relevancia y profundidad de la misión en la que estaban embarcados los ingenieros-arquitectos, como hemos insistido, creció con los retos que imponía los derroteros políticos. Hemos visto cómo las élites requerían y buscaron el favor de los profesionales para vincularlos a los objetivos que ellos mismos habían trazado para las naciones. En este último apartado analizaremos una última dimensión, esa en la que los ingenieros-arquitectos buscaron el favor de las élites políticas, en parte para reafirmar su condición de clase o su deseo de acceso a la misma y en parte porque en esos círculos se jugaba como en ningún otro la legitimidad que hacía falta para hacer de su opinión una que fuera autorizada. Lo que no lograban con conocimientos y discurso lo conseguían con relaciones sociales.

Y es que, por más trabajos escritos, por más revistas especializadas, por más congresos y conferencias, un vínculo estrecho con quiénes estaban a cargo de la conducción del país era no sólo garantía de éxito económico, sino que posibilita el aumento de relevancia dentro de la disciplina que iba en camino de consolidación. La amistad con el presidente de turno podía impulsar una carrera y en virtud de esa misma amistad podía irse al traste, como le ocurrió a Malachowski en Lima con la llegada de Leguía quien frustró el proyecto para la plaza San Martín del ruso en favor del arquitecto protegido del presidente, el

español Manuel Piqueras Cotoí. Aunque, valga decirlo, muchos ingenieros-arquitectos eran conscientes de esas dificultades y alcanzaron a desarrollar una capacidad de adaptación camaleónica, como el caso de Alberto Manrique en Bogotá, que atendía lo mismo a liberales que conservadores, a católicos que a judíos o que diseñaba en neocolonial, art-deco o moderno según la exigencia del cliente.

Los ingenieros-arquitectos se esforzaron mucho para alcanzar posiciones de poder o mantener aquel que habían conseguido. Para eso, su discurso sobre la arquitectura o la ciudad debía trascender el mero conocimiento técnico y atender aspectos de carácter económico, político o sociológico. Como señala Stewart, a comienzos del siglo XX los arquitectos buscaban por todos los medios hacer parte de la construcción discursiva de la ciudad, menciona ella que luego de la Primera Guerra Mundial las asociaciones de arquitectura alemanas consideraron que las “cuestiones de naturaleza técnica y arquitectónica eran menos importantes que una discusión del estatus de la profesión y de los aspectos políticos y económicos” la razón fundamental de este audaz cambio de enfoque radicaba en que se percibía como una tarea más importante “cumplir los retos que imponía el clima de cambio sociopolítico y hacer que las opiniones de las asociaciones (de arquitectos) contaran en tales materias”⁴⁹⁴.

Como señala la misma autora “la vida urbana se describe desde el punto de vista de los individuos, cuya identidad está circunscrita por la red de círculos sociales a los que ellos pertenecen”⁴⁹⁵. En el caso de los arquitectos esta condición era especialmente valorada, pues al carecer de una institución formal que centralizara las preocupaciones de los miembros del gremio, estas participaciones en distintos círculos se convertían en un medio para legitimar sus puntos de vista. Había un interés muy grande en que sus opiniones en estos temas contaran, porque de esa forma podían participar en el debate de lo público a través del cual el discurso arquitectónico y el discurso político podían fluir juntos.

⁴⁹⁴ Stewart, J. Public Speaking in the city..., p. 65

⁴⁹⁵ Stewart, J. Public Speaking in the city..., p. 64

En las tres ciudades objeto de nuestro estudio, las asociaciones profesionales ya existían y quizá se inspiraban en las asociaciones gremiales muy populares en el siglo XIX. No existían en todo caso las asociaciones de arquitectos, o no eran tan fuertes, y tal vez por eso mismo los arquitectos en ciernes utilizaban distintas estrategias para que sus puntos de vista fueran investidos de alguna legitimidad. Era el caso de Alberto Manrique Martín en Bogotá quien no sólo había hecho lo posible por hacer parte de la administración pública como Ingeniero Municipal, Miembro del Concejo de Bogotá, y director de Obras Públicas en el Ministerio del ramo, sino que también era miembro integrante del Club Rotario, de la Sociedad de Mejoras y Ornato y de la Sociedad Colombiana de Ingenieros.

También en Bogotá, Arturo Jaramillo, colega de Manrique, respondía a un patrón similar. Él mismo fungía como diseñador de proyectos, participó con sus diseños de los pabellones de la exposición en la conmemoración de 1910 y fue miembro de la Junta del Centenario de la Batalla de Boyacá de 1919. Según las actas de esta última Junta su participación fue constante, no sólo en las reuniones en pleno de ella misma sino también en las comisiones incidentales que se organizaron para tratar temas menores relacionadas con los festejos, como el de una posible contratación de un circo de fieras⁴⁹⁶. Pero más allá de eso era la voz autorizada en relación con las posibles obras artísticas o urbanas que se pudieran realizar.

Pero Jaramillo no estaba allí sólo por un deber patriótico, como seguramente lo asumía, o porque daba prestigio, como evidentemente ocurría, sino también porque su voz concedora, su opinión autorizada le daba poder de decidir sobre lo que se debía, o no, hacer. En una de las tantas reuniones de esa comisión llegó un diseño de Alberto Manrique Martín para construir un arco del triunfo o una columna y darle algo de respetabilidad a una celebración que se presentía en exceso discreta. En esa sesión

⁴⁹⁶ Acta No. 5 de la sesión del día 10 de marzo de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 12. Ver: Gobierno de Colombia. Servicio Oficial. Ver también: Copiador de Correspondencia Junta de festejos del 20 de Julio y 7 de agosto de 1919. Folio 87, Bogotá, Julio 21 de 1919. Archivo General de la Nación - Fondo Ministerio de Gobierno. (El compañero de Jaramillo para la negociación con el cirquero fue Enrique Olaya Herrera, en ese momento ex ministro, dos años después embajador de Colombia en Washington USA y en 1930 presidente de la República de Colombia)

Jaramillo agradece la propuesta de su amigo, pero según su opinión de experto no había lugar en la ciudad que diera a un arco “**la perspectiva** que era indispensable a esa clase de monumentos” y el de columna simplemente “no lo encontraba apropiado”; pero proponía algo mejor “la construcción del edificio para el museo nacional”, un edificio que al final no se realizó, “y el inicio de la construcción de la escuela de bellas artes”⁴⁹⁷, éste último si se contrató y los diseños le fueron dados, por las casualidades de la vida, al propio Jaramillo. Casi como una ironía fue el propio Manrique, empleado en ese momento del Ministerio, el que debió comunicarle a su amigo y futuro socio que había sido designado para el diseño de la sede de esa escuela de bellas artes⁴⁹⁸, el proyecto al final tampoco se realizó.

En Quito y Lima ocurría algo similar, los ingenieros-arquitectos, eran al mismo tiempo docentes universitarios, empleados públicos, diseñadores de obras civiles, arquitectos de viviendas privadas, miembros de clubes sociales, escritores o miembros de organizaciones de acción benéfica. El entusiasmo iba en alza cuando uno de los integrantes del gremio alcanzaba una posición de reconocimiento. Ya fuera un nuevo nombramiento, como el de ingeniero municipal a Emilio Hartt-Terré que se recibía como una designación “digna de aplauso y del más franco elogio”⁴⁹⁹; o el de la participación del arquitecto Enrique Mogrovejo en las fiestas del centenario peruanas en 1921. La notoriedad les obligaba a asumir algunas tareas con tinte de dramatismo patriótico, como la participación en la Guerra del Pacífico de Teodoro Elmore o el caso del quiteño Gualberto Pérez quién prestó sus servicios como parte del equipo negociador en la comisión delimitadora con Colombia. Además, éste último fue perseguido político, causa por la que lo encarcelaron y posteriormente fue prófugo razón por la cual debió salir del país en condición de exiliado⁵⁰⁰.

⁴⁹⁷ Acta No. 3 de la sesión del día 4 de marzo de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 8

⁴⁹⁸ Comunicación oficial de Alberto Manrique dirigida a Arturo Jaramillo. Bogotá, Julio 14 de 1919. Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio de Obras Públicas – Legajo 1949, folio 270

⁴⁹⁹ “Ingeniero Municipal” En: Revista Mundial. Lima, enero 11 de 1924.

⁵⁰⁰ Andrade Coello, Alejandro. “Don Gualberto Pérez”. En: Museo Histórico. Quito, Agosto de 1951, pp. 117 - 121



“Enrique Mogrovejo. Su actividad estuvo íntimamente vinculada a las fiestas de nuestro centenario. Con su entusiasmo fervoroso subsanó todos los obstáculos que se presentaban para la presentación de las construcciones indispensables para las últimas fiestas julias”. En: Revista Mundial. Lima, enero 1 de 1922, Año II. Núm. 85, s.p,

En Quito, la trayectoria y fama de los arquitectos italianos Lorenzo y Francisco Durini no se logró solamente por la calidad y belleza de sus trabajos arquitectónicos y escultóricos. La integración completa y el éxito en los negocios de los mencionados arquitectos no hubiese sido posible, por una parte, sin el talento de Francisco Durini para combinar su formación académica y trayectoria personal con los deseos del espíritu nacional del paisaje cultural de Quito. Pero, por otro lado, quizá tan importante como ese talento fue el vínculo familiar que estableció con una prestigiosa familia de la ciudad quienes llenaron de encargos al nuevo pariente; el Pasaje Royal, un hermoso espacio comercial de Quito a comienzos del siglo refleja estos dos aspectos

No solo brindó a la élite la oportunidad de realizar un cosmopolitismo *a lo intaliano*, sino que también reflejó los lazos personales de Francisco, ya que el sitio pertenecía a la familia Palacios, quienes resultaron ser los suegros del arquitecto. Los trabajos posteriores continuaron cosechando las recompensas de las conexiones personales⁵⁰¹.

⁵⁰¹ Capello, E. City at the center of the world..., p. 117

La experiencia de los Durini en Quito permite entender por qué el talento era tan importante como las conexiones. Los arquitectos de este periodo sabían que el prestigio individual y el gremial dependía en gran medida de un buen desempeño en lo técnico y unas buenas relaciones con miembros de la élite política y económica. La ciudadanía italiana para los Durini no significó un éxito inmediato, ellos tuvieron que aprender del contexto, con frecuencia ceder ante los caprichos de los clientes, pero sobre todo ser reconocidos como miembros legítimos de la clase alta quiteña.

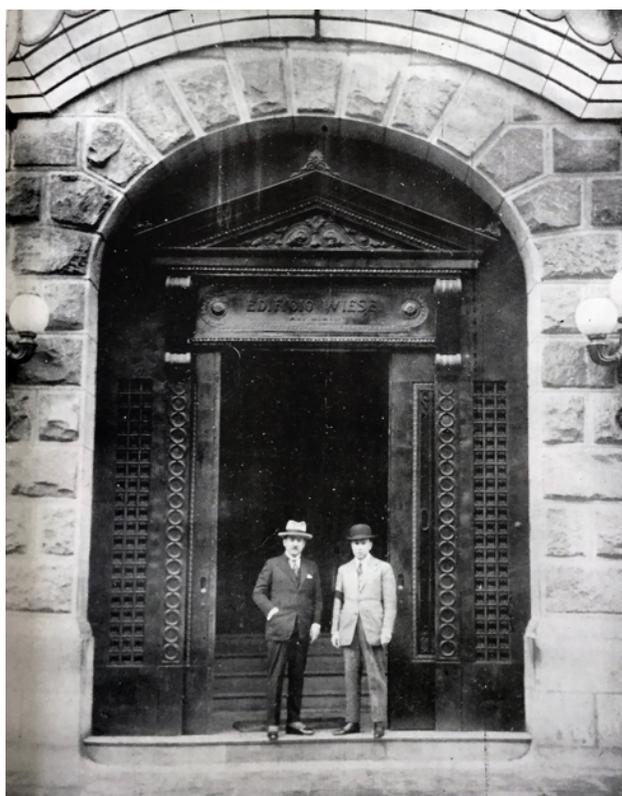


Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha
Pasaje Royal
J. D. Laso - Quito
Propiedad de los Sres. Vásquez Gómez, Sáenz y Durini

Pasaje Royal, Quito. En: Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha, Quito, mayo 24 de 1922, s.p.

Por eso era tan relevante participar en la conmemoración de los Centenarios, como intentó hacerlo Pedro Durini en 1909 sin éxito, pero Francisco Durini no perdió la

oportunidad en 1922 de dejar su impronta en el espacio urbano de la capital ecuatoriana. Así le ocurrió a Alberto Manrique Martín en Colombia, quien en 1910 era apenas un estudiante universitario y se integró a la conmemoración como mejor pudo a través de una propuesta juvenil que apenas tuvo repercusión, lo intentó de nuevo en 1919 y aunque su proyecto de arco conmemorativo fue desechado por el concepto dado por su amigo Arturo Jaramillo, él mismo decidió participar en la exposición de bellas artes con un “plano acotado y en relieve del Campo de Boyacá, levantado sobre el terreno”⁵⁰².



Los señores Fernando y Augusto Wise posando orgullosos para una revista especializada en la puerta de un edificio de su propiedad: el Hotel Bolívar. En: Revista Ciudad y campo y caminos. Lima, julio de 1925, No. 8, portada.

El ingeniero limeño Santiago Basurco, otro que peleó en la guerra del pacífico, no solo trazaba planos de la ciudad de Lima, fue también presidente del Cuerpo técnico de Tasaciones y profesor de la escuela de ingenieros. Era cercano a Nicolás de Piérola y cuando éste decidió hacer el tránsito de presidente a empresario de una de las

⁵⁰² Rivas Raimundo, Guerra Joaquín & Cortázar, Roberto. Centenario de Boyacá..., p. 38

actividades más lucrativa de esos años, la urbanización de terrenos, fue el ingeniero Basurco el que lo acompañó en la aventura de la Compañía La Colmena, con la que buscaban cambiar la cara de la ciudad porque los edificios de Lima “en lo que mira a la comodidad i belleza son verdaderamente deplorable, dando tristísima idea de nuestro adelanto”⁵⁰³. También era consultor gubernamental para el tema de la agrimensura y en 1908 junto con el médico Leonidas Avendaño presenta un informe, luego convertido en clásico, sobre las casas de vecindad donde resalta “cómo todas las enfermedades evitables, endémicas o no, hacían grandes estragos en los callejones, solares, casas de vecindad y lugares análogos porque allí encontraban su ambiente sujetos debilitados por el alcoholismo, la miseria, la ignorancia, la desidia”⁵⁰⁴.

En Bogotá, un enfrentamiento entre el arquitecto extranjero Gaston Lelarge y el colombiano Pablo de la Cruz, daba cuenta de la manera como las relaciones sociales eran fundamentales para acceder a posiciones de poder. En 1921 el francés fue remplazado por De la Cruz en el cargo de arquitecto consultor en la Dirección de Obras Públicas Nacionales, ese remplazo había sido promovido aprovechando un cambio de ministro, y el nombre específico había sido escogido porque “el secretario del ministro de Obras Públicas, Jorge de la Cruz, y el secretario del Ministerio de Instrucción Pública, Juan de la Cruz Duarte [familiares de Pablo de la Cruz], al parecer favorecieron el nombramiento del joven arquitecto” generando resquemor del denostado Lelarge. Pero el propio arquitecto francés “había recibido el respaldo de su suegro, el expresidente Guillermo Quintero Calderón, para la obtención del mismo puesto”⁵⁰⁵.

En fin, el vínculo que hemos expuesto de arquitectos y urbanistas con otros profesionales y con círculos de poder político tuvo dos resultados relevantes. A nivel meramente

⁵⁰³ Beingolea, José. Ricardo Malachowski Kuliszcz. Elementos de teoría de la arquitectura, y la epistemología del diseño académico. Prólogo a: Malachowski, Ricardo de Jaxa. Lecciones de Elementos y Teoría de la Arquitectura (Edición Facsimilar). Editorial Universidad Nacional de Ingeniería – Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Lima, 2015, p. 23

⁵⁰⁴ Basadre, Jorge, Historia de la República del Perú. Tomo 12 (1822-1933), Editorial El Comercio, Lima, p. 137

⁵⁰⁵ Ramírez Nieto, Jorge. La vida y obra de Pablo de la Cruz. En: AA.VV. Pablo de la Cruz – Serie Homenaje Arquitectos en Bogotá. Editorial Universidad Nacional de Colombia – Instituto Distrital de Patrimonio Cultural - Sociedad Colombiana de Arquitectos, Bogotá, 2019, p. 42

individual, aumentó la posibilidad de que se le ofreciera un encargo para construir un edificio o un equipamiento público, es decir, de que sus ideas y concepciones se materializaran en las ciudades. Pero, por otra parte, legitimó los puntos de vista y los discursos sobre el espacio urbano que estos profesionales defendían. Al final, la consecuencia fue que el nuevo enfoque sobre la ciudad tenía la posibilidad de consolidarse sólo en la medida que tuviera un respaldo efectivo del poder. Ya fuera a través de lazos familiares, de vínculos profesionales estrechos, de amiguismos, compadrazgos o coincidencias intelectuales, las ideas y voces autorizadas necesitaban cultivar con paciencia una red de contactos que pudiera activarse para conseguir implantar visiones autorizadas en el contexto que acabamos de exponer.

Notas de cierre

En los años treinta y cuarenta del siglo XX los habitantes de Perú, Ecuador y Colombia por igual fueron testigos de la aparición de las primeras escuelas de arquitectura cuyo modelo, además, se extendió a otras regiones y ciudades de esos países relativamente rápido. Hasta hace no mucho tiempo, la historia oficial de la disciplina comenzaba con ese hito fundacional, muy relevante sin duda, pero que relegaba a un injusto olvido una historia rica, llena de matices, contradicciones y mucha voluntad; esta historia de común era un capítulo más o menos intrascendente al que le daban el genérico nombre de “antecedentes”. Esa posición, por fortuna, ha ido cambiando con el tiempo y los análisis contemporáneos se han ido ocupando cada vez más de esa generación de profesionales que creyó firmemente en las bondades de la arquitectura y el urbanismo y asumió la tarea con franca obstinación.

El foco puesto en el papel que cumplieron las instituciones, educativas o de administración pública que formalizaban este saber no es gratuito, gracias a esos actos se podía incidir de manera contundente en el devenir de las ciudades todas, aunque en especial de las capitales. Pero en realidad ese hito no es fundacional, desde un punto de vista más amplio es un puerto de llegada de una historia que dependió mucho del

esfuerzo hecho por los profesionales que actuaron en las primeras décadas de un siglo en el que además se conmemoraba los cien años de vida independiente.

Este capítulo buscó mostrar cómo ese empeño estuvo atravesado por un sin número de conflictos, por ideas geniales que morían pronto y por otras que se volvieron imperecederas, por experiencias truncadas, por búsquedas colectivas y enfrentamientos personales, por petulancias que se trasmutaban en solidaridades, por sonoros éxitos y vergonzosos fracasos, por nacionalismos exacerbados que se mezclaban con cosmopolitismos obligatorios y por un esfuerzo descomunal por construir ideas que respondieran a las exigencias de las sociedades en las que vivían.

No sabemos si las expectativas fueron cumplidas, la intención de este escrito tampoco era hacer un juicio al respecto. En cualquier caso, el análisis de ese pasado permite cuestionar esa visión que acude a un retrato maniqueo de un mundo rico y desarrollado que impone sus formas de ver, sentir y pensar a uno pobre y atrasado. Había matices en esos intentos de imposición, en ocasiones las reacciones fueron tímidas, pero otras veces la defensa de postulados locales se hacía con virulencia. En ello influyó el que muchos ingenieros, artistas y arquitectos no estaban dispuestos a asumir un papel subordinado, no sólo por una actitud ética, sino porque ese modelo no hacía parte de su visión de la vida o de su horizonte de sentido. Esa forma de actuar ha sido interpretada por unos como propia de hombres aventajados mientras que para otros hacía parte de una clara desconexión, de un parroquialismo irredimible en la que vivían aquellos profesionales. Más allá de la interpretación, lo cierto es que ellos se arriesgaron, confrontaron, contradijeron y crearon desde sus entornos, con su propia voz y sus agendas particulares, llegaron a convertir sus propias ciudades en laboratorios de experimentación ¿qué tan profundo fue ese actuar? Habrá que seguir trabajando para poder hacer un balance más ponderado y justo sobre ese accionar.

Al final, esa ciudad que prefiguraron y esa arquitectura que defendieron fue entendida como un componente central en la búsqueda de una nueva sociedad o en la consolidación de la que se estaba configurando. La nueva sociedad urbana tendría

normas, códigos y pautas, tal como el espacio urbano ¿Cómo se prefiguraba ese nuevo ciudadano que nacería al calor de estos debates y de aquellas actuaciones? ¿qué tipo de habitante era digno de esa ciudad? ¿cómo pensaban que esos espacios, y que la ciudad capital en particular, contribuirían a formar y promover un nuevo tipo de vínculo que no pusiera en cuestión ciertos privilegios pero que contribuyera a reafirmar un proyecto de ciudadanía funcional al ser nacional? Estos interrogantes se abordarán una corta nota final en la siguiente sección que cierra esta investigación.

Epílogo

Un nuevo ciudadano para una nueva ciudad

“Ser humano significa ser urbano”

Documental “La palabra exacta”
Muchachos a lo bien - 1994

Durante estos años parecía no haber panfleto, declaración, discurso, artículo periodístico, columna de opinión o sesudo trabajo académico donde no se respirara una suerte de esperanza férrea en el porvenir. Por cada pesimista que llegaba a aguar la fiesta había nueve dispuestos a responder para acallar al impertinente. Una sociedad establecida se regocijaba ante los resultados de un proyecto que, a ojos de sus impulsores, rendía sus frutos. Pero como no hay alegrías sin tristezas, ni éxitos sin fracasos, el paisaje optimista se distorsionaba de manera irremediable cuando aparecían sucesos que atacaban la coherencia del guion, sucesos que ni los defensores acérrimos de la fe en el progreso podían negar; las fiestas y costumbres populares hacían parte de esa categoría.

Si un esfuerzo enorme había dado a la ciudad una nueva cara, si gracias a ese empeño se había conseguido un barniz de cosmopolitismo superficial pero duradero, ahora era necesario “cultivar” un habitante urbano digno de esa ciudad, uno cuyos comportamientos no riñeran con la imagen que tanto había costado construir, así fuera una imagen que solo tuviera asidero en la mente de quienes la prefiguraban. Un primer escenario de ese esfuerzo se expresó en la reflexión sobre el papel que se les otorgaba a las fiestas populares en la celebración, porque lo popular ya no tenía lugar en el espacio sagrado del ritual de lo público, el centro no toleraba ciertos modos de diversión que debían irse ahora a “los barrios y las márgenes, donde pasan a refugiarse las formas ceremoniales desechadas en el espacio céntrico por bárbaras”⁵⁰⁶. Los nuevos valores definían ya una forma de ser del individuo de este entorno puro y purificador, era un ciudadano con unas características precisas:

⁵⁰⁶ Andermann, Jens & González, Beatriz. Introducción. En: Galerías del progreso..., p. 15

(...) debía ser una persona de comportamiento y conducta moderada; de contextura física fuerte, saludable, con voluntad, con capacidad de decisión y con gran apego al trabajo. Atributos que fueron asociados a la raza blanca y que distaban de las características que se podían observar en la sociedad peruana y limeña de fines de siglo, compuesta por diversos grupos étnicos⁵⁰⁷.

Porque mientras la civilización era esa quimera deseable, la barbarie era una certeza incómoda, una compañera indecorosa, constante e inevitable; por lo general achacada a los más pobres, los habitantes míseros de siempre pero también los que llegaban por miles. La celebración, como se ha dicho en diversos análisis, era al tiempo una reafirmación de las jerarquías, pero también un intento de subsanar ese estado de atraso, era un dispositivo civilizatorio que ayudaría a la transformación de comportamientos, al menos eso se creía, y se pensaba que debía acompañar al sistema educativo en esa tarea urgente e impostergable.

Los primeros impulsos, como siempre, habían surgido en el siglo XIX. Por ejemplo, en 1858 en Bogotá se hacían votos para que ciertas actividades fueran proscritas de los programas de las conmemoraciones, en especial “los toros y los juegos de azar”, condenados como “la continuación de costumbres inmorales españolas [y manifestación] de una población degradada i envilecida por los vicios”⁵⁰⁸. Este llamado inicial estuvo secundado por una serie de acciones que paulatinamente fueron instalando un programa de celebraciones definido por las nociones de civilización y progreso que servía como antídoto a la omnipresente sensación de barbarie e incultura. Se comenzaron a realizar desde entonces “ejercicios gimnásticos, mongolfieras, fuegos artificiales, equitación, juegos de manos de juglares, discursos patrióticos de oradores en las plazas, exhibiciones industriales y obras públicas”⁵⁰⁹. Fue una renovación que trajo a escena una “fiesta purificada”, según la expresión del historiador Colón, que lenta pero consistentemente va consiguiendo instalarse en la mente de gobernantes y que se convertiría por un tiempo en un conjunto de acciones estandarizadas para conmemoraciones patrióticas.

⁵⁰⁷ Muñoz, Fanny. *Diversiones públicas 1890 – 1920. La experiencia de la modernidad...*, p. 58

⁵⁰⁸ *Las fiestas i la civilización bogotana*. Bogotá, Imprenta de F. T. Amaya, 1858. Citado en: Colón, Luis Carlos. *Representar la nación en el espacio urbano...*, p. 316

⁵⁰⁹ Colón, Luis Carlos. *Representar la nación en el espacio urbano...*, p. 317

Esas acciones se fueron perfeccionando a medida que el siglo XIX avanzaba y, quizá por eso, cuando las fechas de los centenarios llegaron había certeza de cuáles serían las actividades que se realizarían, de cómo sería el guion y cuál sería la orientación de las actividades conmemorativas. Con ese mismo convencimiento se condenaban las actividades que traicionaban esa orientación, como ocurrió en Quito en donde los activistas del partido de gobierno acusaban a la iglesia de pervertir el carácter culto que deberían tener las celebraciones en la ciudad. Las quejas surgían porque, al parecer, algunas oscuras fuerzas se empeñaban en fomentar las fiestas de priostazgos de indios⁵¹⁰, que merecían ser condenadas porque eran “fiestas que tan mal parada dejan nuestra cultura social”.

La denuncia registraba que “desde las tres de la mañana, en la Parroquia del Sagrario, de esta capital, una ruidosa fiesta, en la que desempeñan papel principal, el aguardiente, la chicha, los ángeles femeninos descalzos, los morteretes o camaretas, etc.”; por efecto casi maligno de estas actividades la ciudad quedaba convertida en escenario de barbarie y malograba los esfuerzos gubernamentales por promover actividades “cultas”. Como la ofensa era al conjunto de la sociedad el castigo debía ser severo, se reclamaba en las páginas editoriales que “los curas urbanos que las promueven deberían ir a prisión”⁵¹¹.

Los carnavales también comenzaban a ser objeto de esa sospecha, sí antes habían sido espacios en el que la vida corriente entraba en estado de reposo para dar rienda suelta al desempacho y la algarabía, ahora estaban en la órbita de un ojo escrutador que levantaba comentarios de reprobación, como el que apareció en la editorial de una revista limeña en donde se argumentaba que el carnaval de esa ciudad trascurría “sin una nota que diga de la evolución de la cultura en el pueblo”, porque en él seguían teniendo protagonismo “los baldazos de agua, los sacos de harina y las batallas de flores”. Para superar esa forma “primaria” de festejo, el editorialista recomendaba acudir a las fuerzas del orden, haciendo un llamado para que “las autoridades de policía [cooperen] de forma

⁵¹⁰ Apadrinamiento de una fiesta religiosa católica de carácter popular.

⁵¹¹ “Las fiestas y los priostes”. En: El Imparcial. Quito, diciembre 22 de 1908, primera página.

eficaz a que desaparezcan, si no totalmente, en parte, las formas salvajes de juego entre nosotros y procurar que se vea revestida de cierta discreta decencia, que no en vano llevamos cerca de cien años de vida independiente”⁵¹². Un argumento de nacionalismo que por estos días sonaba a reproche incontrovertible.

Este tipo de argucias argumentativas eran comunes y se echaba mano de ellas con frecuencia con el fin de que la condena fuera irrefutable. En uno de estos años de expectativa por el centenario apareció un reportaje sobre un carnaval recién finalizado. En él, un periodista escribía el consabido rechazo a las diversas actividades que habían entretenido a los habitantes de la ciudad por esos días, los argumentos eran los de siempre: incultura, desorden, desenfreno y barbarie como aspectos consustanciales a los festejos y sus participantes. Pero se agregaba un asunto, el autor del artículo aseguraba que la costumbre carnavalesca de lanzar agua sobre “los transeúntes masculinos de [las calles] Plateros y Mercaderes” era una actividad “grotesca y afeminada”, reprochable, además, porque tal costumbre de visos homosexuales había llegado al país en medio de la ocupación chilena. Así se presentaba el razonamiento en las páginas de la publicación:

Allá por los enlutados días de la ocupación de nuestros vecinos del Sur, Lima solía vivir a puertas cerradas y fúnebres y nuestras madres viudas se aislaban espartanamente para compartir lo menos posible el mismo aire que respiraba el vencedor. Pero como la naturaleza y el tiempo son eternos, los mismos siempre y serenamente impasibles, el traidor del tiempo traía para nuestros implacables enemigos las mismas fiestas que nos habían obsequiado antes de nuestros amargos descalabros. Entre esas fiestas, llegaba, no hay que decirlo, el cascabelero carnaval...

Solo que, esquivo el sexo que le da encanto y sabor único a la jugosa fiesta, los guerreros despechados de la ocupación no tenían con quién desbordar sus ímpetus joviales y ante la eterna clausura de los clásicos portones limeños (que por entonces se gastaban en madera sólida para puertas), ante el altivo desdén de nuestras acibaradas familias, ante el aislamiento con que les brindaban, hubieron de decidirse a jugar entre ellos, a mojarse entre ellos, a bañarse entre ellos. Y así lo hicieron⁵¹³.

⁵¹² “Las fiestas de carnaval en Lima, Callao y Balnearios”. En: Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, febrero 16 de 1918, Año XIV, No. 520, p. 154

⁵¹³ “El carnaval en Lima”. Variedades. Variedades. Revista semanal ilustrada. Lima, febrero 12 de 1910, Año VI, No. 102, pp. 198 - 199

No sólo las actividades del carnaval eran una afrenta desmedida a la moral cristiana que condenaba con firmeza los devaneos eróticos entre personas del mismo sexo que afloraban en este juego festivo, sino que además, era casi que una traición a la patria divertirse como lo habían hecho los invasores unas décadas antes.

Pero si de incultos se trataba, las corridas de toros alcanzaban la órbita de los censores de la moral limeña, no por la corrida en sí misma, que de hecho se concebía como una tradición noble y un espectáculo de fino arte, sino por el comportamiento de “maleantes que suelen alterar el orden y ofender la cultura en que debe desarrollarse todo espectáculo público”. Las recriminaciones se hacían por actitudes como arrojar objetos o por bochornosas escenas de ebriedad, pero en particular el editorial condena con vehemencia “ese vocabulario de taberna y a esas actitudes descompuestas (...) una forma salvaje de traducir una opinión”. Los insultos y los gestos que amargaban al autor del texto eran de tal gravedad que de seguir ese tipo de actitudes, se sugería, debería acabarse con el espectáculo de la lidia y comentaba que “la policía está en el deber de vigilar y castigar severamente la actitud de estos espectadores” y se conminaba a que el prefecto de policía “imparta órdenes terminantes y eficaces, a fin de afrontar resueltamente situaciones que ponen al espectáculo taurino más al margen aún de lo que por sí mismo está, del sentimiento humano”⁵¹⁴.

Un ciudadano lector del periódico envió una carta al siguiente día recordándole al director del diario que “lastimosamente” este tipo de actitudes no eran asunto exclusivo de las corridas de toros sino también eran escenas comunes en teatros, en las plazas y en algunas calles. Lo que más aterraba al ciudadano indignado era que esos comportamientos no ocurrían “en barrios apartados y entre la gente de humilde condición social, sino también entre muchos de los señoritos estacionados en las puertas del *palais* y otros establecimientos centrales”⁵¹⁵.

⁵¹⁴ “La conducta del público y la policía”. En: El Comercio. Lima Jueves 20 de enero de 1921, primera página.

⁵¹⁵ “Carta de un lector al artículo el Público y la Policía”. En: El Comercio. Lima viernes 21 de enero de 1921, primera página.

Esa especie de epidemia de mala educación debía ser atendida, y es muy probable que las fiestas del centenario, con una potencia y un poder nunca antes develado, actuaran como catalizadoras de ese objetivo fundamental. Quizá por eso los organizadores de estas jornadas de celebración cuidaban con tanto celo el repertorio de actividades que podían o no ser incluidas en los días de conmemoración. A la junta organizadora del centenario de la Batalla de Boyacá, en Bogotá, llegó una solicitud de los habitantes de barrio Las Cruces, una localidad pobre ubicada al sur de la ciudad, quienes solicitaba ser incluidos en la agenda festiva, pero especialmente pedían que se considerara la inclusión de una fiesta de toros, la respuesta de la comisión fue tajante, tal como se lee en el acta de la sesión:

Todos los miembros expusieron sus ideas tendientes a que se deben hacer festejos populares en todos los barrios **pero en ningún caso las fiestas de toros que solicitan**, pues se debe tratar por cuantos medios estén al alcance evitar revivir este espectáculo que no deja sino malos resultados⁵¹⁶.

Pero los vecinos de la Cruces perseveraban en su petición, aseguraban que “no tenían pensando [darle a su proyecto] un carácter belicoso sino rodearle de la mayor corrección” y declaraban que “no habrá lugar a ningún caso desagradable”; la prenda de garantía de estas afirmaciones se sustentaba en la conformación de un servicio de policía integrado por los propios habitantes del barrio para asegurar el orden, junto con el respaldo del párroco y del inspector de la zona. Detallaban que la celebración sí tenía un carácter patriótico y presentaron como prueba la preparación de un número que consistía en la invitación diaria de cuatro diferentes delegaciones de los departamentos del país para proyectar un enfoque nacional de las fiestas patrióticas.

Los vecinos del barrio decidieron presionar un poco más, le recordaban a los miembros de la Junta Organizadora que Rafael Núñez y Rafael Reyes (dos de los más importantes expresidentes de Colombia) habían realizado festejos para “el pueblo” en conmemoraciones similares. Y para que no quedaran dudas de la solidez de sus

⁵¹⁶ Acta No. 27 de la sesión del día 26 de junio de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 60 (La negrilla es mía)

argumentos les recordaban a los señores de la Junta que diez años antes, en la conmemoración del centenario de 1810, a pesar de que el sector de Las Cruces fue despreciado, las fiestas populares en ese sector contaron con la presencia de “grandes personajes del comercio, la banca y la política [quienes] abandonaron la alcurnia de los saraos, las pomposas representaciones de ópera y las exigentes reuniones en sus deslumbrantes salones, para participar con la democracia, en nuestras entusiastas y sencillas diversiones”⁵¹⁷. Al parecer las razones expuestas resultaron persuasivas, pues la Junta decidió otorgarles un presupuesto, aun cuando las actividades organizadas por los vecinos de este barrio no hicieron parte de la programación oficial de la conmemoración. Además, en el acta de la reunión se omitió de manera escrupulosa la referencia a una fiesta de toros intercambiándola por la más indeterminada expresión de “fiestas populares”⁵¹⁸.

La fiesta popular estaba tan presente como la cívica, pero eficazmente marginada del programa oficial y de los registros periodísticos, pero allí estaba, con sus reclamos y sus pasiones, con su anhelo de vinculación a la conmemoración de la patria, así fuera en los márgenes, porque entonces, como ahora, se creía que esas poblaciones pobres (muchas veces compuestas por indios) “estaban fuera de la ciudad, que llegaban de lejos y nunca forman parte de ella. O la noción, no menos frecuente de que Quito estaba formada por dos ciudades, la civilizada y la bárbara”⁵¹⁹ o Bogotá, o Lima, daba igual, en este aspecto las prevenciones eran las mismas y las estrategias de segregación similares.

Sin embargo, por más fronteras que se levantaran había espacios, escenarios y ocasiones donde el encuentro era inevitable y los centenarios hacían parte de ese momento de acercamiento que, como ya se dijo, eran entre otras cosas intentos por disciplinar la memoria y el comportamiento. Perceptible en elementos aparentemente banales, como el vestido, una pieza fundamental para atender las ceremonias y actos programados en

⁵¹⁷ Acta No. 29 de la sesión del día 2 de julio de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 65 - 67

⁵¹⁸ Acta No. 29 de la sesión del día 2 de julio de 1919. En: Archivo General de la Nación - Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919, folio 65 - 67

⁵¹⁹ Kingman, Eduardo. La ciudad y los otros Quito 1860 - 1940..., p. 327

ese nuevo escenario de poder construido para la ocasión. Y como el vestido se convertía un aspecto determinante, el comercio ofreció alternativas. En Lima, por ejemplo, se anunciaban ofertas entusiastamente en la primera página de los periódicos: “últimos días de descuento de 30%”, se leía en la primera página del diario El Comercio, en el que se ofertaban diversas mercancías “acabadas de recibir con el motivo de las fiestas del Centenario”⁵²⁰. Sombreros, camisas, corbatas, guantes, calzado, perfumería, en fin, un enorme surtido que iba perfilando el tipo de decoro con el que se debería asumir la participación en aquellos festejos, pues, tal como mencionaba un manual de urbanidad ecuatoriano publicado para la ocasión “una persona cuidadosa y bien educada se distingue por el aseo en los vestidos, y el buen gusto, conforme a la situación de su fortuna”⁵²¹.

En ocasiones, el júbilo patriótico y el impulso nacionalista servía para intentar aumentar las ventas, como una empresa de prendas masculinas, también en Lima, que ofrecía sus productos en anuncios de este tipo: “sea Ud. Patriota. Compre cuellos y camisas Anchor, son nacionales”⁵²²; o los accesorios ofrecidos por la Casa Welsch, en especial los relojes “Longines Centenario” que tenían labrado “un San Martín y escudo nacional en plata y oro”⁵²³. El nuevo ciudadano no debía reñir con esa nueva ciudad, cosmopolita y con maneras contemporáneas de vivir dispuesta para el consumo, por eso un aspecto central de estas fiestas era la mercadería que se transmutaba en elemento patriótico conmemorativo.

Quizá uno de los más emblemáticos, por lo que significaba para esa ciudad que crecía obstinadamente, era el automóvil; tan emblemático como ningún otro artículo de esa urbe que parecía no parar de crecer. El automóvil era quizá el artefacto que mejor resumía los valores de esas ciudades, presuntuosas y mercantilistas, de un hombre que puede desplazarse a cualquier lado en cualquier momento en poco tiempo. Pues bien, ese artefacto estaba presente en las fiestas, ya fuera en desfiles alegóricos -como se intentó

⁵²⁰ El Comercio. Lima, miércoles 20 de julio de 1921, primera página

⁵²¹ “Urbanidad y cultura social”. Quito, c.a. 1910, s.e., p. 9

⁵²² El Comercio. Lima, miércoles 20 de julio de 1921, primera página

⁵²³ El Comercio. Lima, miércoles 20 de julio de 1921, p. 3

en Bogotá-, ya como pura exposición presuntuosa, como se reseñó en Quito; o incluso como parte de la publicidad misma del evento en la que al monumento del antiguo héroe que montaba con destreza un caballo se superponía el hombre urbano sofisticado que conducía un automóvil, ambos producto de esa ciudad de celebración compartiendo dos sentimientos fundamentales, la certeza del pasado glorioso y el anhelo del porvenir promisorio.



El Comercio. Lima, julio de 1921, p. 3

Ese tipo de imágenes se aprovechaban de los nuevos monumentos para promocionar en conjunto valores de la economía de mercado, escenarios urbanos y ánimos patrióticos. Pero, por otro lado, los monumentos también fueron una estrategia para vincularse a la fiesta, para hacer parte de la nación y de la capital, así fuera a través de imágenes incómodas, en escenarios periféricos y con discursos inoportunos. Fu el caso del

monumento de Policarpa Salavarrieta inaugurado en 1910 en el barrio La Aguas de Bogotá y el monumento a Manco Capac inaugurado en 1926 en el barrio La Victoria de Lima.

Este último una verdadera rareza en las calles de la capital peruana, hasta ese momento no existía en la capital un monumento en el que se conmemorara a la población indígena o ese pasado prehispánico. La década del veinte vio instalarse el primero, aunque “manteniendo las fronteras espaciales y raciales propias del oncenio”⁵²⁴. El barrio elegido para emplazar el monumento fue el de La Victoria, sería un obsequio del gobierno japonés a los peruanos ubicado en una zona relativamente menor, en términos de las jerarquías urbanas construidas por esos años. La primera piedra del monumento se puso en 1922, pero solo fue hasta 1926 que el monumento fue inaugurado, no alcanzó a la celebración del centenario de 1924.

Tan pronto como fue inaugurada se iniciaron las críticas en abierta oposición a la presencia de este monumento en la capital. Las más agudas provenían del escritor indigenista Juan Guillermo Samanaez para quien en primer lugar el Inca no estaba entre los suyos, pues los indígenas limeños, según el crítico, no hablaban ya la lengua y además eran “capitolinos” lo que hacía suponer que se sentían “superiores a los otros hermanos moradores en la sierra”⁵²⁵. Debido a esto no había, decía el intelectual, una relación estrecha entre la representación indígena y el territorio urbano de la capital, una relación que si existía entre otros héroes de la república (Bolognesi y San Martín) con Lima. No veía razón para ubicar un monumento de estas características en una zona tan central y además el gesto mismo del monumento, señalando con el dedo en actitud de adoctrinamiento, era inútil pues no había pobladores para hacerlo afirmaba el escritor.

Además, para Samanaez, una ciudad española y ahora republicana no tenía un escenario que sirviera de contexto para un inca de modo que “en síntesis el crítico sugería que

⁵²⁴ Ramón – Joffré, Gabriel. El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional..., p. 84

⁵²⁵ El Comercio. Abril 5 de 1926, pp. 3 -4. Citado en: Ramón – Joffré, Gabriel. El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional..., p. 84

manco Capac debería estar en Cuzco, lo cual – en buena cuenta- excluía a cualquier inca de Lima, y en todo caso, lo remitía al flamante museo de arqueología⁵²⁶. Hubo algunas reacciones que buscaron defender con argumentos serios la presencia del monumento en las calles de la capital peruana (los principales argumentos los expuso -comenta Ramón Joffré- Dora Mayer), pero en cualquier caso, más allá de las defensas y las justificaciones el recelo frente a las intenciones de los japoneses, los temores y desprecios hacia lo que representaba el monumento terminó segregándolo en una plaza cerca de una zona de prostitución, contiguo a zonas de grupos marginados pero que también inauguraba una discusión sobre el modo en que grupos subalternos buscaban integrarse al relato de lo nacional en las capitales.

En Bogotá los sectores pobres también intentaron vincularse a la conmemoración que celebraba la nación desde la ciudad capital, también lo hicieron a través de un monumento y la temática fue, también, un asidero de controversias y críticas. La estatua a Policarpa Salavarrieta presentada en la conmemoración del centenario en 1910 era una provocación, o al menos un desafío incómodo al guion que con esmero los organizadores habían construido. Tanto por su ubicación, en un barrio obrero en el límite oriental de la ciudad, como por su temática, un fusilamiento por parte de las tropas reales, por el género de su protagonista, una mujer, como también por el material, cemento y por la posición en la que aparecía el personaje representado, sentada⁵²⁷.

La plazuela frente a la iglesia de Las Aguas, en el barrio del mismo nombre, era un sector marginal dentro del circuito celebratorio establecido para la capital colombiana en la conmemoración de 1910, era tan evidente su carácter secundario que ninguna autoridad se acercó a acompañar la ceremonia de inauguración del monumento. Adicionalmente, como menciona la historiadora Vanegas, el momento inmortalizado por el artista -justo antes del fusilamiento de la heroína- era un relato que arruinaba el guion de la celebración, o un componente de él, que no veía en España el enemigo que subyugaba

⁵²⁶ Ramón – Joffré, Gabriel. *El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional...*, p. 85

⁵²⁷ Los argumentos sobre este tema y un análisis detallado de estos elementos se encuentran en: Vanegas, Carolina. *Disputas monumentales. Escultura y política en el Centenario de la Independencia (Bogotá, 1910)*. Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2019, pp. 216 -247

sino el antepasado que legaba. En ninguno de los tres países se inauguró un monumento que hiciera referencia explícita a un conflicto en armas o al sacrificio humano de los tantos que dieron la vida en la independencia, las circunstancias exigían matizar esos sucesos con otros discursos.

En estos dos casos, como en otros tantos que hemos citado en este capítulo y los anteriores, siempre hubo un interés por vincularse a la fiesta; los memoriales, las actas, cartas y solicitudes hablan siempre de un anhelo de ser parte de los festejos, ya fuera en la conformación de una comisión, o como miembro de una junta organizadora, acaso atendiendo algún preparativo, como artista de ocasión, como anfitrión de un gran evento, o de uno modesto -daba igual-, lo primordial era ser parte de un júbilo que se pretendía colectivo porque debía alcanzar a los habitantes del país, pero particularmente, a quienes vivían en la capital. Hubo intentos para tratar de hacerle frente a esta imposición andina -Bogotá y Quito- o costera -Lima-, pero el proyecto en este punto era tan sofisticado que esos ensayos contrahegemónicos desde otras regiones resultaron infructuosos, al menos en ese momento⁵²⁸. Si se mide por ese efecto, la conmemoración consiguió lo que sus impulsores habían buscado, un motivo a partir del cual la chispa del patriotismo convocara a todos los ciudadanos, los de la nación claro, pero en especial los de la capital.

No es claro qué tanto promovió la conmemoración un cambio en las formas de comportamiento de los ciudadanos. No la conmemoración en sí, que fue episódica y fugaz, sino el discurso que la sustentaba. Como tantos han mostrado, la disciplina sobre los cuerpos, los modales, el control del tiempo libre, el omnipresente enfoque higienista y la paulatina implantación de la cultura física eran temas de actualidad en estos años, de seguro tuvieron un vínculo más cercano de lo que hasta ahora se ha visto con ese movimiento dialectico entre lo nacional y lo capitalino, que se preocupó por la

⁵²⁸ Sobre el tema hay varios y buenos trabajos: Román, Raúl. Celebraciones centenarias. La construcción de una memoria nacional en Colombia. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia (Sede Caribe), 2018, especialmente el capítulo 6. Otro buen texto sobre el tema es Caro, Iván. La historia como pretexto. El pasado y el presente en la conmemoración del centenario de 1924 en Ayacucho. Y el capítulo de Martín, Guillemette. El centenario de la independencia peruana en la ciudad de Arequipa. Ambos textos en: Loayza, Alex (editor) La independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2016.

consolidación del “alma” que congregaba a una comunidad política en torno a la conmemoración de una efeméride.

Y es que la conmemoración con sus afanes y apuestas, con sus construcciones y diseños de poder, recalca que eran nuevos tiempos para una sociedad centenaria. La fastuosidad de un mundo urbano en el que se concretaba un proyecto largamente concebido y diseñado había servido para establecer un marco de la celebración, había lanzado una puesta en escena, había impulsado discusiones artísticas, entonces ¿por qué no un cambio en dirección hacia los comportamientos que se consideraban deseables? Mucho se ha hablado de ese tema, y quizá en otros lo han hecho con mucha más profundidad, aquí quizá solo basta con mencionar que durante un tiempo pareció haber una esperanza en que la herencia de la conmemoración llevaría a concebir un modelo de intervención sobre lo urbano que demostraría su eficacia en la construcción de un nuevo ciudadano.

La ciudad, sus adelantos y sus progresos, debía convertirse en ese artefacto que promovería cambios prácticos en la vida de sus habitantes. Un editorialista de un periódico quiteño celebraba que el país “ya tenía ferrocarril” que era “el primer paso práctico dado en la senda del progreso”, y esperaba que se levantaran “en nuestras ciudades, la industria, las fábricas y las manufacturas con que nuestro pueblo encuentre útil y abundante trabajo”⁵²⁹, porque para él el trabajo era la mejor forma de conseguir “buenos ciudadanos (...) y el engrandecimiento (sic) de la patria” pues la virtud del trabajo contribuía a combatir “la holgazanería, plaga capital y origen de tantos vicios que por desgracia tenemos ya en el seno de nuestros pueblos. (...) El juego, la embriaguez, la monomanía de las fiestas religiosas, el espíritu de rapiña en el pueblo, la prostitución de las mujeres y tantas otras calamidades”⁵³⁰. Una visión que pone el acento en el desarrollo de la infraestructura, en el cambio material como base de un deseable cambio social, ese mismo enfoque era el que defendían algunos reformadores que con nostalgia prematura recordaban las conmemoraciones patrióticas recién terminadas.

⁵²⁹ “Deberes cívicos”. El Imparcial, Quito, 20 de julio de 1908, primera página.

⁵³⁰ “Deberes cívicos”. El Imparcial, Quito, 20 de julio de 1908, primera página.

Y es que las fiestas del centenario más allá de los enrevesados discursos intelectuales tenían un resultado práctico que mostraba la existencia de parques y plazas, exposiciones, vías, pabellones, bustos y monumentos, y también, claro está, la expectativa de la instauración de un nuevo modo de ser urbano que le diera a las festividades, y al comportamiento ciudadano visto con sospecha, la oportunidad de ser “culto”. Así lo imaginaban los impulsores del proyecto y con esa misma ingenuidad creían ver resultados evidentes.

En Lima el carnaval celebrado en febrero de 1922, el primero en llevarse a cabo luego de las fiestas del centenario, fue recibido con un inusitado entusiasmo. En una crónica publicada en una revista local se felicitaba a los miembros de la Municipalidad porque “con sus recursos e iniciativas logró hacer efectivo el anhelo de la colectividad ofreciéndonos en el primer año del segundo lustro [en realidad quería decir del segundo siglo] de nuestra vida republicana unas fiestas carnavalescas dignas de la proverbial cultura limeña”⁵³¹. La medida de tiempo utilizada para hacer referencia al momento en que ocurre este “nuevo carnaval”, es decir, el primer año de la segunda centuria de vida republicana demuestra el papel fundamental que ocupó esta celebración como referente de nuevos tiempos y nuevas conmemoraciones. En el artículo se elogiaba, también, a los dueños del diario El Comercio, a Odone Razzeto presidente de la Comisión de Fiestas y a los concejales porque gracias a ellos “la ciudad ha tenido tres días de alegría sana y elevada. La belleza ha puesto sobre la ciudad su ropaje brillante y azul. Muerto ya el **africanismo** de nuestros combates de agua y de harina, de anilinas y polvos asquerosos Momo se ha vuelto delicado, amable y alegre como una estrofa de Darío”⁵³².

En el artículo no se precisa en qué ha consistido el cambio y cuáles son las actividades que han remplazado esas otras que se condenaban por salvajes, pero dos años después, a pocos meses de la celebración del centenario por la Batalla de Ayacucho se celebra el cambio que dio vida “al carnaval moderno” porque gracias a esa innovación la festividad

⁵³¹ “La transformación de los carnavales”. En: Revista Mundial. Lima, 3 de marzo de 1922, s.p.

⁵³² “La transformación de los carnavales” ..., s.p. (La negrilla es mía)

“había sido sacada en apenas tres años del caos” y se había transformado de “zafio carnaval criollo de aguas sucias y de pinturas repugnantes por el carnaval de hoy hecho a base de flores, de exaltación de la belleza femenina, de perfumes delicados, de lluvias doradas y multicolores”⁵³³. No es claro cuánto duró ese entusiasmo, pero lo que interesa reseñar en este punto es que la llegada de la conmemoración del centenario que replanteó la forma como se ocupaba la ciudad y los escenarios en los cuales se llevaba a cabo la fiesta permeó otros ámbitos de lo público con la expectativa sobre una transformación radical en las formas de comportamiento y en la supuesta llegada de un nuevo modo de ser ciudadano.

Como afirmaba el Ministro ecuatoriano Modesto Larrea Jijón en una intervención en el Concejo capitalino: “la misión educativa [del municipio] será de doble efecto: material y moral” en el primer caso, como ya se ha dicho, porque la “ciudad de Quito conserva tesoros de arte y de historia que han sobrevivido a pesar de la avasalladora carrera del tiempo” y en el segundo caso porque era necesario acompañar ese impulso material con una “labor cultural que debía extenderse a los hábitos, costumbres y a la higiene”⁵³⁴. Era el discurso del centenario, de una generación completa que se apegaba al guion de la idea de progreso y que anhelaba ser la avanzada que a hombros de la triada: intelectualidad – espacio urbano – comportamiento ciudadano, permitiera darle forma a un mundo nuevo.

Al final, los impulsores del proyecto descansaban tranquilos, unos pocos años después todavía el impulso de las conmemoraciones servía como combustible para justificar transformaciones y nuevos planes para las ciudades capitales. Ese ímpetu, como es apenas obvio, no permanecería inmutable, en algunos casos trascendería, en otros se adaptaría y en otros tantos desaparecería. Pero la determinación con que se echó a andar esa empresa mostró una inmensa fe en la capacidad de las ciudades para producir una nueva sociedad. La nueva sociedad urbana efectivamente surgió, aunque quizá no como se lo habría imaginado aquella élite que con tanto entusiasmo se embarcó en esa

⁵³³ “Nuestro homenaje a los mantenedores del carnaval”. En: Revista Mundial, año IV, No. 199, Lima, 7 de marzo de 1924, s.p.

⁵³⁴ “Sesión de inauguración del Concejo Municipal en 14 de setiembre de 1925”. En: Gaceta Municipal, Quito, septiembre 14 de 1925, p. 111

empresa, porque lo sabrían amargamente en cada caso un proyecto nacional necesitaría algo más que mentes brillantes para poder alcanzarlo.

Lo efímero y lo duradero. Las ciudades capitales y el proyecto cultural de nación

Desde el inicio mismo de este trabajo se ha creído que las conmemoraciones que tanto esfuerzo costaron a las sociedades latinoamericanas fueron un escenario en el cual se puso a prueba una estructura intelectual que había costado mucho esfuerzo crear. Entre 1909 y 1924 se probó que esa estructura estaba lo suficientemente consolidada como para promover a partir de ella una plataforma que sustentara la realización de las conmemoraciones, esas celebraciones parecían la última etapa de un siglo XIX accidentado, caótico, inestable y violento pero que al fin permitía a estas naciones, a pesar de todo, dar un parte de victoria.

Ahí estaba, como prueba sustancial de ese gloria, la existencia misma de las naciones, ahí estaba el orgullo en sus logros culturales, también estaba la inserción tímida y en ocasiones exitosa de las jóvenes economías en los mercados mundiales, la estructura jurídica, los himnos y las banderas, el sistema educativo, la religión, la lengua, en fin cada uno de los indicadores que señalaban que a pesar del rigor de los tiempos había colombianos, ecuatorianos y peruanos dispuestos a habitar y defender un territorio. Pero, sobre todo, ahí estaban las ciudades capitales, las sedes de ese poder inmaterial pero fundamental, la piedra angular sobre la que se construiría un proyecto ambicioso y delirante. Era en las capitales, y sólo en ellas, desde donde se podría dar forma acabada a ese enorme objetivo que era la construcción de una nación.

Gracias al discurso creado sobre lengua, arte y sedes imperiales hubo manera de justificar un punto en esa enorme geografía que representara esa invención. Las élites de la mano con los intelectuales lograron construir un discurso estructurado, serio y lo suficientemente coherente para unirlo al proyecto estatal que una y otra vez se sometía a la prueba de ensayo y error. Esa tarea no podía ser realizada por manos ingenuas, ni podía ser fruto del azar, y no lo fue. Las mejores mentes, los estudiosos más aplicados, la intelectualidad más notable se ocupó de un desafío que se apoyó en el poder político.

Era a partir de esa suerte de misticismo basado en un soporte intelectual que se pretendía guiar la nación, porque el fundamento cultural de ellas -se pensó- residía en las capitales; éstas eran los “faros” -una expresión no pocas veces usada- que guiarían al resto de la comunidad política, era en ellas en donde el país todo, con sus diversidades y contradicciones, con sus vanidades y con sus deshonras, podría encontrarse; en ellas los ciudadanos podían imaginarse la nación completa porque en ella residía el “alma” del territorio estatal.

La dimensión material que soportaría ese proyecto fue justamente la misión que concentró la atención de gobernantes y profesionales por los años que se conmemoraba el centenario; había que investir de autoridad y misticismo el Estado-nación, por eso el ímpetu y esfuerzo con que emprendieron la tarea y por eso el afán por participar en ella. La segunda parte de esta tesis (capítulos III, IV y V) mostró las paradojas, los límites y las dificultades al tratar de materializar ese proyecto. Hubo éxitos, claro está, por eso el júbilo y la arrogancia con que reportaban los resultados de esas empresas en las que se embarcaban, por eso las celebraciones a rabiar en cada inauguración, por eso la megalomanía en las reseñas sobre los más recientes elementos urbanos.

Pero como se vio, compañera constante de la altanería era la frustración. Grandes planes urbanos jamás ejecutados, edificios nunca terminados y templos cívicos construidos que no alcanzaron a instaurarse como parte del circuito de poder. Todo ello era prueba de que materializar las producciones intelectuales sería difícil y transferir con coherencia el proyecto intelectual al espacio urbano requeriría más tiempo del que hasta entonces se creía, quizá un tiempo tan largo como el que se demoraron perfeccionando el proyecto cultural sobre el que se asentaba.

Esas apuestas fueron de una sorprendente similitud en las tres naciones y en América Latina. El papel central de la capital y las disputas simbólicas en la búsqueda o consolidación de su legitimidad era un asunto que ocupaba la agenda de todos en el continente y con la misma tenacidad se embarcaron en esa labor en los más diversos

contextos. Exposiciones, parques feriales, nuevos ejes urbanos para celebrar la nación, grandes inversiones en infraestructura, la disposición de un discurso a partir de monumentos y templos cívicos que contaran la historia oficial de los países ocurría lo mismo en Bogotá que en Quito, en Lima que en Buenos Aires, en la Ciudad de México que en Río de Janeiro. En las visitas de enviados especiales a las conmemoraciones o en la realización de eventos académicos quedó reseñada la consciencia de este desafío común.

Ese lazo de unión al final siempre debió conciliarse con asuntos locales, debió traducirse y adaptarse a una audiencia específica. Hubo que construir un discurso y perfeccionarlo, uno que hablara y tuviera asidero en quienes habitaban el territorio capitalino y en el país que pretendían administrar. Hubo, también, preocupación por las formas espaciales, por el tipo de arte, por el modo de representación, por los recursos para la construcción de lo simbólico, por el urbanismo y por las apuestas arquitectónicas y allí también experimentaron, a veces reportando triunfos otras tantas atrapados en amargas decepciones. Pero eran temas tratados con rigor y apasionamiento, con visión crítica (como se dice ahora), expuestos como asuntos fundamentales de la agenda pública.

Y claro, estaban las corrientes globales, ese otro plano que parecía permearlo todo, con su vocación de omnipotencia, o así al menos lo ha entendido cierta historiografía sobre las ciudades. Visiones, formas de hacer y de pensar que llegaban de lugares alejados, especialmente de Europa y Estados Unidos y que irrumpían sin condescendencia, porque así era ese mundo imperial, lo reclamaba todo para sí porque presumía que todo le pertenecía. Pero una mirada cuidadosa mostró que no era omnipotente, más a menudo de lo que hasta ahora se ha querido reconocer esos intentos de coacción eran sometidos a negociación, a una suerte de adaptación o eran enfrentados de manera abierta y soterrada. De esa dinámica también dio cuenta esta investigación.

A lo largo de esta disertación siempre encontramos esos tres planos interrelacionados. Lo global, lo regional y lo local eran fuerzas presentes en muchos lugares, pero sus particularidades en las ciudades capitales le daban un carácter especial. Ya fuera

conflictivo o admirado, en cualquier caso, no se puede entender esa dialéctica bajo la premisa de un anhelo acrítico de los locales o una imposición todopoderosa de los extranjeros, fue un proceso con muchos matices los cuales he querido presentar en este texto.

Las conmemoraciones centenarias fueron una inmejorable oportunidad para entender cómo operaban estos planos en el marco de la consolidación de un discurso que legitimaban el poder capitalino. Porque los centenarios eran punto de llegada, como ya se dijo, pero también fueron catalizadores, algunas discusiones se volvieron más urgentes y otras tantas inéditas se instalaron como un asunto central durante muchas décadas.

Con todo, a pesar de las sorprendentes similitudes en las promesas, en las metas y realizaciones, los resultados fueron bien diversos, porque claro, eran corrientes ideológicas e intelectuales no un recetario infalible de aplicación simplificada. A veces los espacios construidos como centros simbólicos del poder se instauraban en el imaginario nacional, en otros casos sucumbieron a un olvido prematuro. En Lima, por ejemplo, durante las protestas de noviembre de 2020 la Plaza San Martín siempre estuvo como telón de fondo de las luchas ciudadanas, el héroe de la independencia instalado allí en 1921 guiaba a una generación que alguien llamó del Bicentenario, la memoria del prócer celebrada cien años antes aún está viva.

En cambio, en el estallido social de mayo de 2021 en Colombia los jóvenes manifestantes se encontraron, casi que por casualidad, con la estatua ecuestre de Simón Bolívar olvidada en un conjunto monumental menor, ocho kilómetros al norte de su ubicación original. Esa estatua que en su inauguración había ocupado un lugar de honor en el viejo Parque de la Independencia de 1910, en el 2021 fue quemada e intentó ser derribada por los jóvenes; ni siquiera rezagos de admiración despertaba los restos de una conmemoración lejana. Al final, la estatua fue desmontada por las autoridades en una fría madrugada bogotana para evitar que fuera destruida y la enviaron a una bodega con la esperanza de volver a instalarla en el espacio público cuando la tormenta cesara.

En Quito durante las protestas ciudadanas de 2022 los manifestantes se dieron cita en el Parque del Ejido, como tantas otras veces en tantas otras movilizaciones, para tratar de llegar desde allí a la Plaza Grande. El eje conmemorativo de 1922 aún está vigente y se reaviva con las explosiones de júbilo o de rabia que cada tanto convoca a las calles de la capital a la ciudadanía ecuatoriana. En contraste el viejo Palacio de la Exposición y la Plaza de la Recoleta han quedado rezagados a un irremediable olvido.

Aún hoy los recorridos y los monumentos, los puntos de reunión y los escenarios de llegada, los recuerdos y los olvidos, la ciudad y su arquitectura muestran ecos de ese viejo proyecto de élite de entre-siglos. Que todavía tengamos que vérnosla con esa memoria impuesta hace más de cien años es muestra de una cierta eficacia duradera. Ya sea como cuestionamiento o como reafirmación el debate abierto por la generación del centenario nos llega hasta hoy como una voz que aún no se ha apagado, y que probablemente nunca lo haga, porque como reza la cita de la primera página de esta investigación: “eso es lo bueno del pasado: que suele continuar”.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos y Bibliotecas

BOGOTÁ

Biblioteca Virtual Banco de la República de Colombia

Archivo General de la Nación

- Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores – Diplomática y Consular
- Fondo Ministerio de Obras Públicas
- Fondo Ministerio de Gobierno
- Libro de actas de la Junta del Centenario de 1919

Biblioteca Luis Ángel Arango

- Sala de Libros Raros y Manuscritos
- Sala de investigadores
- Hemeroteca

Archivo de Bogotá

Biblioteca Nacional de Colombia

Exposición: El Atlas Geográfico del Perú de 1865 – Mariano Felipe Paz Soldán Historiador y Geógrafo Peruano. Septiembre 26 a octubre 27 de 2019, Bogotá, Museo Mercedes Sierra Pérez “El Chicó”.

QUITO

Archivo y Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Archivo Metropolitano de Historia de Quito

- Fondo Correspondencia
- Archivo del Concejo Cantonal de Quito

Biblioteca del Ministerio de Cultura (Antigua Biblioteca del Banco Central del Ecuador)

Biblioteca Ecuatoriana Aurelio espinosa Polit

Fondo Durini – Museo de la Ciudad

LIMA

Archivo y biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Biblioteca Facultad de Arquitectura Universidad Nacional de Ingeniería

Biblioteca Nacional del Perú

- Libros raros
- Hemeroteca

Archivo y biblioteca del Instituto Riva Agüero

Biblioteca Histórica del palacio Municipal

Archivo General de la Nación de Perú

BERLIN

Biblioteca y archivo de la Universidad Libre de Berlín

Instituto de Estudios Latinoamericanos de Berlín (Das Lateinamerika-Institut der Freien Universität)

Ibero-Amerikanisches Institut (IAI, Instituto Ibero-Americano)

PRENSA

Bogotá

Diario El Tiempo

Diario El Espectador

Anales de Ingeniería. Órgano de la Sociedad Colombiana de Ingenieros

Bogotá Cómic

El Gráfico. Semanario Ilustrado

El Nuevo Tiempo

Gaceta Republicana

Propaganda Nacional. Revista Mensual Ilustrada

Renacimiento. Periódico bimensual. Arquitectura, ingeniería e industria

Revista Chapinero

Revista Credencial Historia

Revista del Centenario

Revista del Centenario. Órgano de la Comisión Nacional

Lima

Diario El Comercio

Informaciones y Memorias, boletín de la sociedad de ingenieros del Perú

La Semana. Semanario independiente, político y de actualidades

Memoria

Perricholi

Revista Ciudad y campo y caminos

Revista El Arquitecto Peruano

Revista Mundial

Variedades. Revista Semanal Ilustrada

Memoria. Órgano de la Sociedad de Ingenieros del Perú

Quito

Diario La Ley

Gaceta Municipal

La Ilustración ecuatoriana

La Gaceta de América

Patria. Revista Ilustrada

Revista Caricatura

Revista Ilustrada del Centenario

Revista de Escuela de Bellas Artes. Publicación eventual

El Imparcial

INFORMES Y REPORTES

Barrera, Isaac. Relación de las fiestas del Primer Centenario de la batalla de Pichincha. 1822 – 1922. Talleres Tipográficos, Quito, 1922.

Catálogo General de los Premios Conferidos por el jurado de la Exposición a los concurrentes al certamen nacional. Inaugurado en la capital de la República del Ecuador el 10 de agosto de 1909. Con motivo del Centenario de la Independencia Sud-Americana. Imprenta y Encuadernaciones Nacionales, Quito, 1910

El Perú en el Primer Centenario de su Independencia – Peru in the first Centenary of Independence. Edición española a inglesa. Sociéte de Publicité Sud-Americane Monte Domec & Cie Ltd. Buenos Aires.

El censo de Lima y del Callao. En: Anuario Nacional 1922. Gran guía General de la República, International Publicity Company Editores, 1922.

Estatutos de la Compañía de Prestamos y Construcciones. Quito, Talleres del Comercio, 1913

Exposición Industrial del Centenario de la Gran Batalla de Pichincha. 24 de mayo 1822 – 1922. Destilería Hispano Francesa, Guayaquil, 1922.

Fiesta Patrias. Relación de los Festejos del 20 de Julio y 7 de Agosto de 1907 en la Capital de la República. Con la descripción completa del Concurso Agrícola, industrial e hípico. Edición Oficial, Imprenta Nacional, Bogotá 1907.

Fundación Augusto B. Leguía. Lima 1919 – 1930. La Lima de Leguía (Edición facsimilar con introducción de Enriqueta B. Leguía). Lima, 2007. (El folleto original se publicó en 1935)

Gonza, Américo. Discurso y política en el Oncenio de Leguía. En: Espiral. Revista de geografía y ciencias sociales. Vol. 2, Núm. 3, 2020, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 69 - 75

Harth-Terré, Emilio. Éstetica urbana. Notas sobre su necesaria aplicación en Lima. Librería Francesa Científica y Casa editorial E. Rosay, Lima, 1926.

Harth-Terré, Emilio, Goytisolo, Alberto & Machiavelo, Morales. Proyecto de reforma y ampliación de la enseñanza de la arquitectura en la Escuela de Ingenieros. Lima, Imprenta Segrestan – Trujillo, Noviembre de 1930.

Informe que la Junta de Embellecimiento de Quito somete al Concejo Municipal, acerca de las labores por ella realizadas desde 1919 hasta que cesó sus funciones en 1925. Imprenta Municipal, Quito, 1926.

Nociones de Arquitectura. Arregladas por los hermanos de las escuelas cristianas. Quito, Tipografía salesiana, 1903.

Memoria de la Municipalidad de Lima. Librería e Imprenta Gil, Lima, 1906

Montero y Tirado, Manuel. Informe del Comisario especial del Perú en la Exposición de Quito. En: Boletín de la Dirección de Fomento, Lima, Diciembre de 1909.

Primer congreso de Mejoras Nacionales. Reunido en Bogotá del 12 al 20 de octubre de 1917. Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.

Reglamento de la Junta del centenario de la Batalla de Pichincha, Quito, Imprenta Nacional, 1920

Reglamento Oficial para la Exposición Nacional de 1909. Quito, Imprenta Nacional, 1909.

Rivas Raimundo, Guerra Joaquín & Cortázar, Roberto. Centenario de Boyacá, 1819 – 1919, Escuela Tipográfica Salesiana, 1920.

Segundo Congreso de Mejoras Nacionales. Reunido en Bogotá del 4 al 14 de julio de 1920. Bogotá, imprenta nacional, 1921.

Traversi, Pedro, Navarro, José & Durán Sixto. “Las bellas artes en la instrucción pública de América”. En: Estudio presentado ante el segundo Congreso Científico Panamericano. Washington D.C., diciembre 27, 1915 – enero 8, 1916. Imprenta del Gobierno, 1917

Tizón i Bueno, Ricardo. El plano de Lima. Apuntaciones Históricas i Estadísticas. Imprenta del Centro editorial, Lima, 1916.

Uribe, E. Bogotá Futuro. In: Revista técnica de obras públicas de Cundinamarca. No. 1 Vol. 2 pp. 1 – 34, 1922

FUENTES SECUNDARIAS

Alba, José Miguel. El Plano de Bogotá Futuro. Primer intento de modernización urbana. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. Vol. 40, No. 2, Jul. – Dic., 2013.

Albarracín, Andrés. Bogotá y la representación de la nación. Del radicalismo liberal a la hegemonía conservadora. Tesis para optar al título de Magister en Historia y Teoría de arte, la arquitectura y la ciudad. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2015.

Alexander, Jeffrey Pragmática cultural un nuevo modelo de performance social. En: Revista Colombiana de Sociología, No. 24, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005.

Almandoz, Arturo. Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2013.

- Urbanization and Urbanism in Latin America: From Haussmann to CIAM (Editor) Planning Latin America's Capital Cities. 1850 – 1950, Rotuledge, London, 2002.

- Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960. En: IBEROAMERICANA. América Latina - España - Portugal, 7(27), 59-78.

Álvarez, Syra. La formación en arquitectura en el Perú. Antecedentes, inicios y desarrollo hasta 1955. Editorial Universidad Nacional de Ingeniería – proyecto Historia UNI, Lima, 2006.

Andermann, Jens & González-Stephan, Beatriz. Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina. Beatriz Vierterbo Editorial, 2006.

Andrade Coello, Alejandro. “Don Gualberto Pérez”. En: Museo Histórico. Quito, Agosto de 1951.

Anderson, Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2007.

Arango, Silvia. Ciudad y Arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina Moderna. México D.F., Fondo De Cultura Económica – CONACULTA, 2012.

- Colonialismos y Españolismos, todos son modernismos. II Bienal Iberoamericana realizada en Santiago, Chile, 2000. (Recuperado de: <https://bit.ly/3AfQf0z>)
- Historia de la Arquitectura en Colombia. Centro Editorial y Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1993.

Appelbaum, Nancy. Dibujar la Nación. La Comisión Corográfica en la Colombia del siglo XIX. Bogotá, Editorial Fondo de Cultura Económica – Universidad de los Andes, 2017

Aristizábal, Diana. Poder y distinción colonial: las fiestas del Virrey Presente y el rey Ausente. Nueva Granada 1770 – 1800. Bogotá, editorial universidad del Rosario, 2011.

AA.VV. Grandes Forjadores del Perú. Lima, editorial Lexus, 2008.

AA.VV. “La historia es una disciplina muy afortunada nos ponemos mejor a medida que envejecemos”. Conversatorio realizado en el marco del encuentro Historia Urbana 2014 – Asuntos de historia urbana de la ciudad latinoamericana. En: Revista Ciudad Paz-ando, Bogotá, Vol. 7, Núm. 2, 2014.

Ayala, Enrique. Historia de la Revolución liberal Ecuatoriana. Quito, Corporación Editora Nacional – Taller de Estudios Históricos, 2002.

- Ecuador del Siglo XIX. Estado Nacional, Ejercito, Iglesia y Municipio. Quito, Corporación Editora Nacional – Universidad Andina Simón Bolívar, 2011.

Basadre, Jorge. Historia de la república del Perú. 1822 1933 Editorial Universitaria, Lima, 1970. Tomo XII.

Beingolea, José. Ricardo Malachowski Kulisicz. Elementos de teoría de la arquitectura, y la epistemología del diseño académico. Prólogo a: Malachowski, Ricardo de Jaxa. Lecciones de Elementos y Teoría de la Arquitectura (Edición Facsimilar). Editorial Universidad Nacional de Ingeniería – Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Lima, 2015.

Benevolo, Leonardo. Orígenes del Urbanismo Moderno. Barcelona, Blume Ediciones, 1981.

Bermúdez, José & Escovar, Alberto. Bogotá o la ciudad de la luz en tiempos del Centenario: las transformaciones urbanas y los augurios del progreso. En: Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural, Vol. 19, Núm. 2, 2006, pp. 184 - 199

Bourdieu, Pierre. Efectos de lugar. En: AA.VV. La miseria del mundo. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Braun, Herbert. Colombia entre el recuerdo y el olvido. Aves de corral, toallas, whisky... y algo más. En: Revista Número, Separata Especial, Bogotá, abril de 2004.

Burke, Peter. History of events and the revival of narrative. En: Burke, Peter (Editor) New perspectives on historical writing. Cambridge, UK, Polity Press, 1991.

Bustos Guillermo. El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870 – 1950. , Quito, Universidad Andina Simón Bolívar – Fondo de Cultura Económica, 2017.

Caldas, Francisco J. de. Geografía Neogranadina. Citado en: Múnera, Alfonso. Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo xix colombiano. Editorial Planeta, 2005.

Calle, Juan. Diccionario de la Legislación Municipal del Perú. Impresores Torres Aguirre, Lima , 1906.

Capello, Ernesto. City at the center of the world. Space, History and Modernity in Quito. Pittsburg, PE., University of Pittsburg Press, 2011

- Mapas, geodesia y estudio geográfico en la constitución del imaginario nacional del Ecuador., siglo XVIII a XX. En: Schuter, Sven (Editor) La nación expuesta. Cultura visual y procesos de formación de la Nación en América Latina. Bogotá, Editorial Universidad del Rosario, 2014.
- Hispanismo casero: la invención del Quito Hispano. En: Revista Ecuatoriana de Historia, No. 20, Corporación editora Nacional, 2004.

- The City as Anachronism. Remembering Quito in the Liberal Epoch. Thesis presented to the faculty of the Graduate School of the University of Texas Austin in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree of Master Arts. The University of Texas at Austin, May 2001

Carcelen, Ximena; Compte, Florencio & Del Pino, Inés. Ecuador en el Centenario de la Independencia. En: Apuntes. Revista de estudios sobre patrimonio cultural. Vol. 19, No. 2, 2006.

Caldas, Patricia. Pintoresquismo limeño en santa Beatriz. La utopía de trasplantar los estilos arquitectónicos del “viejo mundo” a la vivienda limeña 1920 – 1930. Editorial Universidad Nacional de Ingeniería – Instituto de Investigación FAUA. Lima, 2012.

Carrión, Fernando. Quito, Crisis y Política Urbana, Quito, editorial El Conejo, 1987.

Castro-Gómez, Santiago. Señales en el cielo, espejos en la tierra: la Exhibición del Centenario y los laberintos de la interpelación. En: Restrepo, Eduardo & Castro-Gómez Santiago (Editores). Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnológicas de gobierno en los siglos XIX y XX. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2008.

Cendales, Claudia. La vida privada de los parques y jardines públicos. Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2020.

Centeno, Miguel. Ciudades, Estado y construcción de nación en América Latina. Bogotá, editorial Universidad Nacional de Colombia, 2014.

Clark, A. Kim, The Redemptive work. Railway and Nation in Ecuador., 1895 – 1930, Wilmington, DE, SR Books, 2001.

Colón, Luis. La ciudad de luz. Bogotá y la exposición agrícola e industrial de 1910. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá – Instituto Distrital de Cultura y Turismo – Museo de Bogotá, 2005.

- Representar la nación en el espacio urbano: Bogotá y los festejos del centenario de la Independencia. En: Gutman, Margarita & Molinos, Rita (editoras). Construir centenarios latinoamericanos en la era de la globalización. Ediciones Infinito, OLA, The New School University. Buenos Aires, 2012.

Colón, Luis C. & Mejía, Germán. Atlas histórico de barrios de Bogotá. 1884 – 1954. Universidad Nacional de Colombia – Alcaldía de Bogotá, 2019

Compte, Florencio. Modernos sin modernidad. Arquitectura de Guayaquil 1930 – 1948. En: cuaderno 81. Centro de Estudios en Diseño y comunicación. 2020

Contreras, Carlos. El centralismo peruano en perspectiva histórica. Documento de trabajo No. 127. Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Lima, 2002.

Conrad, Sebastian. Historia Global. Una nueva visión para el mundo actual. Barcelona, Editorial Planeta, 2017.

Cuellar, Marcela & Mejía, Germán. Atlas histórico de Bogotá. Cartografía 1791 – 2007. Bogotá, Planeta – Alcaldía Mayor de Bogotá, 2007

Deas, Malcom. Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombiana. Bogotá, Taurus, 2019

Del Águila, Alicia. La Vida Política. En: Contreras, Carlos (Director) & González, Osmar (Coordinador), América Latina en la Historia Contemporánea, Perú la apertura al mundo 1880 – 1930. Madrid, Taurus – Fundación Mafpre, 2015.

Del Castillo, Juan Carlos. Bogotá. El tránsito a la ciudad moderna, Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2003.

Del Castillo, Lina. La invención republicana del legado colonial. Ciencia y geografía de la vanguardia política colombiana en el siglo XIX. Bogotá, Universidad de los Andes – banco de la República, 2018.

Del Molino, Ricardo: “Las Atenas Hispanoamericanas. Antigüedad, progreso y reforma social en las ciudades de América Latina (Siglo XVI a XIX)”. En: Veleia, No. 36, año 2019, pp. 95-109 (Tomado de: <https://doi.org/10.1387/veleia.20718>)

Del Pino, Inés. Espacio urbano en la historia de Quito: territorio, traza y espacio ciudadano. Tesis para optar al grado de Doctora en Arte y Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá) – Facultad de Artes, Mayo 2017.

Delgado, Juan. Los Hermanos Paz Soldán: nación y territorialidad del Perú en la segunda mitad del siglo XIX. Tesis para optar al grado académico de Magister en Sociología con Mención en Estudios Políticos. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 2019.

Deler, Jean Paul. Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930. En: Maiguashca, Juan (Editor) Historia y Región en el Ecuador 1830 – 1930. Quito, Biblioteca de Ciencias Sociales Volumen 30, Proyecto Flacso-Cerlac – Corporación Editora Nacional, 1994.

Dosse, Fraçoise. El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix. En: Historia y grafía. No. 41, México D.F., julio – diciembre, 2013.

Earl, Rebecca. ‘Padres de la Patria’ and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America. En: Journal of Latin American Studies, Cambridge University Press, 2002, Vol. 34, pp. 775-805

- Monumentos y museos: la nacionalización del pasado pre-colombino durante el siglo XIX. En: González-Stephan, Beatriz & Andermann, Jens. Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina. Beatriz Viterbo Editorial, Rosario, 2006

Eliade, Mircea. El mito del eterno retorno (recurso electrónico - recuperado de: <https://bit.ly/3wm7rYc>)

- Lo sagrado y lo profano. Barcelona, Guadarrama – Punto Omega, 1981

Escovar, Alberto; Mariño, Margarita & Peña, César. Atlas Histórico de Bogotá 1538 – 1910. Editorial Planeta - Corporación La Candelaria, Bogotá 2004.

Esquivel, Jessica. La renovación urbana de la periferia de la ciudad de 1870 a 1878. El aporte de Enrique Meiggs al desarrollo inmobiliario de la urbe limeña. Tesis de Investigación para optar al grado académico de Magister en Arquitectura con mención en Renovación Urbana. Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, Julio de 2009

- La urbanización al sureste de Lima a lo largo de la Avenida Leguía y las malas prácticas de los desarrolladores inmobiliarios entre los años 1919 y 1930. En: Anuario de Espacios Urbanos. Historia, cultura y diseño. México, D.F., Núm. 25, 2018

Esvernit Cobes, Natàlia *La incipiente provincia. Incorporación del Oriente ecuatoriano al Estado nacional (1830-1895)*. Barcelona, 2005, TDX-Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona. URL: <http://www.tesisenred.net/handle/10803/704>

- Esvertit, Natàlia. Los imaginarios tradicionales sobre el oriente ecuatoriano. En: Revista de Indias, 2001, Vol. LXI, No. 223

Ewen, Shane. What is urban history? Cambridge UK, Polity Press, 2016.

Farfán, John. Una ciudad al occidente. Ejidos, urbanizaciones y barrios obreros en Bogotá. Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia – Universidad del Rosario, 2020.

Fernández, José. Capital simbólico, dominación y legitimidad. Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu. En: Papers – revista de Sociología. Vol. 98, No. 1, 2013.

- La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica. En: Cuadernos de trabajo social, Vol. 18, 2005.

Flores, Alberto. Obras completas. Lima, Fundación Andina Editorial, 1994.

Foucault, Michel. Espacio, saber y poder. (Entrevista con Paul Rabinow). En: El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida. Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, 2012.

García, Pilar. En el corazón de las tinieblas... Del Putumayo, 1890 – 1930. Fronteras, caucho, mano de obra indígena y misiones católicas en la nacionalización de la Amazonía. En: Revista de Indias, 2001, vol. LXI, no. 223

García, William. Plaza Central de Mercado de Bogotá. Las variaciones de un paradigma, 1849 – 1953. Pontificia Universidad Javeriana - Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2017

Geertz, Clifford. Conocimiento local. Ensayo sobre interpretación de las culturas. Buenos Aires, ediciones Paidós, 1994.

Giedion, Sigfried. Space, Time and Architecture. The growth of a new tradition. Cambridge, Harvard University Press, 1967.

Gómez, Yuri. Lima en concreto una historia en transformación. Obras públicas, modernización urbana y segregación espacial (1821-1968). Lima, Universidad de Ciencias y Artes de América Latina, 2019.

González-Stephan, Beatriz. Showcases of Consumption: Historical Panoramas and Universal Expositions. En: Castro-Klarén, Sara & Chasteen, John (Editors). Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America. Woodrow Wilson Center Press – The Johns Hopkins University Press, Washington D.C. – Baltimore, 2003.

Goossens, Maarten. Ideas para la planeación de la ciudad futura. Bogotá 1917 – 1925. En: Bitácora Urbano territorial. No. 28, Bogotá, enero de 2018.

Gottmann, Jean. Capital cities. En: Ekistics, Marzo – Abril, 1993

Guevara, Carlos. Ciudad, Poder y Resistencia. Modernización Urbana de Quito. 1895 – 1932. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar – Corporación Editora Nacional, 2015

Gunther, Juan, Planos de Lima. Selección, introducción y notas. Lima, Editorial Municipalidad de Lima Metropolitana, 1983.

Gunther Doering, Juan & Lohmann, Guillermo. Lima. Colecciones Mapfre, Madrid, 1992.

Gutiérrez, Eugenio. Historia de Bogotá, siglo XIX. Bogotá, Villegas Editores – Alcaldía de Bogotá, 2007, T. II.

Gutiérrez, Ramón & Seminario, Patricia. Elmore (1851 – 1920). Su contribución a la arquitectura peruana. Universidad Nacional de Ingeniería (Proyecto Historia UNI), Lima, 2001.

Guzmán, Jimmy. Génesis de la metrópoli moderna en la ciudad latinoamericana – años 50. Entre la idea de un proyecto modernos y los procesos de modernización. Los casos de Lima, Caracas y Bogotá. Tesis para optar al título de Magister en Urbanismo – Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Artes, Bogotá D.C., 2011

Hall, Peter. The changing role of capital cities: six types of capital cities. En: Taylor, J., Lengellé, J. & Andrew, C. (Editors). Capital Cities – Les Capitels. Perspectives Internationales – International Perspectives. Ottawa, Carleton University Press, 1993.

Hamann, Johanna. Leguía, el Centenario y sus monumentos. Lima: 1919 – 1930. Lima, Editorial PUCP, 2015.

Harley, J. B., La Nueva Naturaleza de los mapas. Fondo de Cultura Económica, 2005.

Hobsbawm, Eric & Terence, Ranger. La invención de la tradición. Barcelona, Crítica, 2012

Jaramillo, Jaime. Nación y región en los orígenes del Estado Nacional en Colombia. En: Revista de la Universidad Nacional (1944 - 1992), Volumen 1, Número 4-5, p. 8-17, 1985.

Jiménez, Andrés. Ciencia, lengua y cultura nacional. La transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867 – 1911. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2018.

Jiménez, Luis & Santivállez, Miguel. Rafael Marquina: Arquitecto. Universidad Nacional de Ingeniería – Facultad de Arquitectura, urbanismo y artes, Lima, 2004.

Kanekar, Aarati. Celebration of place: processional rituals and urban form. Submitted to the Department of Architecture in partial fulfillment of requirements for Degree of Master of Science in Architecture Studies. Massachusetts Institute of Technology, June, 1992.

Kennedy, Alexandra. Elites y la nación en obras. Visualidades y arquitectura del Ecuador 1840 – 1930. Cuenca, Universidad de Cuenca, 2016.

Kenny, Nicolas & Madgin, Rebecca. 'Every Time I Describe a City': Urban History as Comparative and Transnational Practice. En: Kenny, Nicolas & Madgin, Rebecca (Editors) Beyond Cities Borders. Comparative and Transnational Approaches to Urban History. Farnham, Ashgate, 2015

Kingman, Eduardo. La ciudad y los otros: Quito 1860 – 1940. Higienismo, ornato y policía. Quito, FLACSO – FONSAL – Universitat Rovira i Virgili, 2008.

Larson, Brooke. *Trials of nation Making. Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810 – 1910*. New York, Cambridge University Press, 2004.

Larson, Erik. *El diablo en la ciudad blanca*. Ebook, 2003.

Lasso, Marixa. *Historias perdidas del Canal de Panamá. La historia del Canal de Panamá contada por los panameños*. Bogotá, Editorial Planeta, 2021.

Loayza, Alex (editor) *La independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2016.

Londoño, Rocío. “Estética, civismo y regulación urbana: la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá (1899 – 1939). En: Jaramillo, Rubén (Editor) *La hegemonía conservadora*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, pp. 381 – 437

López Molina, Héctor. “Ciudadela Larrea” En: *Los Ladrillos de Quito – Enciclopedia de arquitectura patrimonial quiteña*. Recuperado de: <https://bit.ly/3D9P8GP>

Loveman, Mara. *The modern state and the primitive accumulation of symbolic power*. En: *American Journal of Sociology*, Vol. 110, No. 6 (May 2005)

Lozoya, Johana. *La (ir)responsable óptica de la ciudad dependiente*. En: *Bitácora 26. Urbanismo + Diseño Industrial + Paisaje + Arte*. México, noviembre 2013 – marzo 2014.

- *Ciudades Sitiadas. Cien años a través de una metáfora arquitectónica*. Centenarios Tusquets Editores, México D.F., 2010.

Ludeña, Wiley. *Lima, Historia y Urbanismo en Cifras 1821 – 1970*. Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento – Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, 2004.

- *Prólogo. Teodoro Elmore y Lecciones de Arquitectura. Racionalidad, arquitectura e invención de un nuevo campo disciplinar en el Perú*. En: *Colección Clásicos Peruanos. Arquitectura y Pensamiento I. Apuntes sobre las Lecciones de Arquitectura por Theodore Elmore*. Edición Facsimilar, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2014

Luque, José. (Coordinador) *Constructores de la ciudad contemporánea. Aproximación disciplinaria a través de los textos*. Departamento de Urbanismo de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad de Navarra – CIE Inversiones Editoriales, Madrid, 2004.

Maiguashca, Juan. *El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830 – 1895*. Maiguashca, Juan (Editor) *Historia y Región en el Ecuador 1830 – 1930*. Quito, Biblioteca de Ciencias Sociales Volumen 30, Proyecto Flacso-Cerlac – Corporación Editora Nacional, 1994.

Macera, Pablo. Prólogo. En: Ludeña, Wiley. Lima, Historia y Urbanismo en Cifras 1821 – 1970. Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento – Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, 2004.

Martínez, Enrique. Quinta Sión. Los judíos y la conformación del espacio urbano en Bogotá. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2018.

Martínez Frederic. El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845 – 1900. Bogotá, Banco de la República / Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.

- Frédéric Martínez (2000) en ¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la exposición del Centenario, 1851-1910. SÁNCHEZ, Gonzalo; WILLS, María Emma (Comp.). Museo, memoria y nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro. Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 2000.

Martucelli, Elio. Arquitectura para una ciudad fragmentada. Ideas, proyectos y edificios en la Lima del siglo XX. Lima, Editorial Universidad Ricardo Palma, 2017.

- Lima: capital de la patria nueva. El doble centenario de la independencia del Perú. En: Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural, Vol. 19, Núm. 2, 2006, pp. 256 - 273

Mc Evoy, Carmén. La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1817 – 1919). Lima, Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2017.

Mejía, Germán. *La Aventura Urbana de América Latina*. Madrid, Fundación Mapfre y Santillana Editores, 2013.

- Los Años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820 – 1910. Bogotá, CEJA, 2000.

Méndez, Cecilia. De indio a Serrano: nociones de raza y geografía en el Perú (siglos SXVII y XXI) En: *Histórica*, No. XXXVI, 2011.

Mesa, Darío, la vida política después de Panamá. En: *Manual de Historia de Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980, T. III.

Minkenberg, Michael. Power and Architecture: The construction of Capitals, the Politics of Space, and the Space of the Politics. En: Minkenberg, Michael (Editor) *Power and Architecture. The construction of capitals and the politics of the space*. New York – Oxford, Berghahn Books, 2014.

Monnet, Jérôme. The symbolism of the place: a geography of relationships between space, power and identity. En: *Cybergeo: European Journal of Geography, Politique, Culture, Représentations*, document 562, mis en ligne le 30 octobre 2011.

Montenegro, Augusto. La "Atenas Suramericana". Búsqueda de los orígenes de la denominación dada a Bogotá. En: *Memoria y Sociedad – Vol 7 No 14*, Abril de 2003.

Monteverde, Luis. Proyectos estatales y privados para erigir un monumento público al General José de San Martín en Lima y Callao (1822 – 1821). Tesis para optar al título profesional de licenciado en arte. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima – Perú, 2014.

Monsiváis Carlos. Prólogo La ciudad letrada: la lucidez crítica y las vicisitudes de un término. En: Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago, Tajarar Editores, 2004.

Montoya, Urpi. Hispanismo e indigenismo: o dualismo cultural no pensamento social peruano (1900 – 1930). Uma revisão necessária. *Revista de Antropología*, Vol 41 no. 1 Sao Paulo, 1998.

Moretti, Franco. *Atlas de la novela europea 1800 – 1900*. Trama Editorial, Madrid, 2001.

Morris, A.E.J. *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la revolución industrial*. Barcelona, Gustavo Gili, 1979.

Mosse, George L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas hasta el Tercer Reich*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007.

Municipalidad de Miraflores. *Miraflores, 150 años de historia*. Lima, 2007, s.e.
Mumford, Lewis. *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Barcelona, Editorial Pepitas de Calabaza, 2014.

Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo xix colombiano*. Editorial Planeta, 2005.

Nora, Pierre. *Les Lieux de mémoire*. Montevideo, Ed. Trilce, 2008.

Ortíz, Alfonso, Abram, Matthias & Segovia, José. Damero, Quito, editorial FONSAL, 2007.

- (Coordinador). *Guía de Arquitectura de la Ciudad de Quito Tomo II*. Quito – Sevilla, Junta de Andalucía – Municipio del Distrito Metropolitano de Quito – Embajada de España, 2004.

Orrego, José Luis. *Y llegó el centenario. Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía*. Lima, Titanium Editores, 2014.

Ortemberg, Pablo. Los Centenarios de 1921 y 1924, desde Lima hacia el mundo: ciudad capital, experiencias compartidas y política regional. En: Loayza, Alex (editor) La independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2016.

- Rituales de poder en Lima (1735 . 1828) De la monarquía a la república. Lima, Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014

Parker, David. Civilizing the city of kings: Hygiene and Housing in Lima, Peru. En: Pineo, Ronn & Baer, James (Editors) Cities of Hope. People, protest , and progress in Urbanizing Latin America. Boulder, Westview Press, 1998.

Pearce, Jenny & Velasco, Juan. Élités, poder y principios de dominación en Colombia (1991 – 2022). Orígenes, perfiles y recuento histórico. Instituto colombo-alemán para la paz, Latin America and Caribbean Centre, 2022. (Documento digital recuperado de: <https://bit.ly/3pCXguz>)

Pereira, Alexander. Cachacos y guaches: la plebe en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Vol. 38, Núm. 1, 2011, pp. 79 – 108

Pérez, Hésper. Poder y nación en los orígenes del estado nacional europeo. Bogotá, Serie Cuadernos de Trabajo – Universidad Nacional de Colombia, 1997.

Ponce, Amparo. La Mariscal. Historia de un Barrio Moderno en Quito en el Siglo XX. Quito, Instituto Metropolitano de Patrimonio, 2011.

Prieto, Leopoldo. Retrato de un ingeniero devenido en arquitecto. En: AA.VV. Alberto Manrique Martín. Serie Homenajes/Arquitectos en Bogotá. Editorial Universidad Nacional de Colombia – Instituto Distrital de Patrimonio Cultural – Sociedad Colombiana de Arquitectos, Bogotá, 2017.

Quiñones, Leticia. El Perú en la vitrina. El progreso material a través de las exposiciones (1851 – 1893). Lima, Universidad Nacional de Ingeniería, 2007.

Quiroz, Alfonso. Historia de la corrupción en el Perú. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2013.

Rama, Ángel. La ciudad letrada. Santiago, Tajamar Editores, 2004.

Ramírez, Jorge. La vida y obra de Pablo de la Cruz. En: AA.VV. Pablo de la Cruz – Serie Homenaje Arquitectos en Bogotá. Editorial Universidad Nacional de Colombia – Instituto Distrital de Patrimonio Cultural - Sociedad Colombiana de Arquitectos, Bogotá, 2019.

Ramón-Joffré, Gabriel. El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional y paisaje urbano en Lima. 1910-1940. Lima, Municipalidad de Lima – Sequilao Editores, 2014.

Rapoport, Amos. On the nature of capitals and their physical expression. En: Taylor, J., Lengellé, J. & Andrew, C. (Editors). Capital Cities – Les Capitels. Perspectives Internationales – International Perspectives. Ottawa, Carleton University Press, 1993.

Rénique, José. Imaginar la nación. Viajes en busca del verdadero Perú (1881 – 1932). Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2016.

Restrepo, Olga. Un imaginario de la Nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. No. 26, 1999.

Rey, Pilar. Bogotá 1890 – 1910: población y transformaciones urbanas. En: Territorios, 23 / Bogotá, 2010.

Rincón, Carlos “Athens of South America”. En: Harvard Review of Latin America, special issue “Colombia, Beyond Armed Actors: A look at Civil Society” Spring 2003, no page. Tomado de: <https://revista.drclas.harvard.edu/book/bogotá-english-version>

- Íconos y mitos culturales en la invención de la nación colombiana. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014.

Rojas, Miguel. La Plaza Mayor. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002.

Román, Raúl. Celebraciones centenarias. La construcción de una memoria nacional en Colombia. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia (Sede Caribe), 2018.

Romero, José Luis. *Latinoamérica las ciudades y las ideas*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999.

Rossi, Aldo. La Arquitectura de la ciudad. Gustavo Gili, Barcelona, 1982.

Ruiz Zevallos, Augusto. Población y sociedad. En: Perú. La Apertura al mundo. Tomo IV historia del Perú, Taurus – Fundación Mapfre. Madrid, 2015.

Saldarriaga, Alberto. Bogotá Siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana. Bogotá, Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2006.

Samper, José María. Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas colombianas (hispano-americanas). Bogotá, Editorial Centro, 1861.

Schuster, Sven & Vargas, Sebastián. El Centenario revisitado: Un viajero alemán en las fiestas patrias de Colombia (1910)». Historia y Memoria, nº 23, 2021.

Sedlar, Frank. Engineering Industrial Architecture, The Trusted Concrete Steel Company and Albert Kahn. April 23, 2013. Recuperado de: <https://bit.ly/3yJvN50>

Sennett, Richard. Construir y habitar. Ética para la ciudad. Barcelona, Editorial Anagrama, 2019.

Sevilla Pérez, Ana María. El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva espacial. Flacso- Ecuador, Quito, 2013

Silva, Renán. Cuestiones disputadas. Ensayos sobre Marx, Freud, Foucault, Bourdieu y Bloch. Bogotá, Editorial Universidad de los Andes, 2016.

Stewart, J. Public Speaking in the city. Debating and shaping the urban experience. Palgrave MacMillan, Hampshire, UK, 2009.

Stiglich, Matteo. City Unplanning. The Techno-Political Economy of Privately-Financed Highways in Lima. Submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy under the Executive Committee of the Graduate Schools of Arts and Sciences, New York, Columbia University, 2019.

St. John, Ronald. Las relaciones Ecuador y Perú. Una perspectiva histórica. En: Adrián Bonilla (Editor) Ecuador – Perú Horizontes de la negociación y el conflicto. Quito, Flacso – Ecuador.

Taylor, Anne Christine. El oriente ecuatoriano en el siglo XIX: el otro litoral, En: Magiahuasca, Juan (Editor) Historia y Región en el Ecuador 1830 – 1930. Quito, Biblioteca de Ciencias Sociales Volumen 30, Proyecto Flacso-Cerlac – Copropiación Editora Nacional, 1994, p. 299 (La negrilla es mía)

Therborn, Göran. Cities of Power. The urban, the national, the popular, the global. Verso editorial, London – New York, 2017.

Temple, Nicholas. Renovatio Urbis. Architecture, Urbanism and Ceremony in the Rome of Julius II. London and New York, Routledge, 2012.

Tenorio-trillo, Mauricio. I speak of the city. Mexico City at the turn of the twentieth century. Chicago, The university of Chicago Press, 2012.

- Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880 – 1930. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1998.

Torrejón, Luis Alberto. Lima 1912: Estudio de social de un motín urbano. Tesis para optar al título de Licenciado en Historia. Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Lima, 2006.

Toynbee, Arnold. Ciudades en marcha. Madrid, Alianza Emece editorial, Madrid, 1971.

Uribe, Adriana. Las Nieves mil ochocientos noventa y tres. Tesis presentada como requisito para optar al título de: Magister en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad. Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2020.

Vale, Lawrence. Architecture, Power, and National Identity. Abingdon, Routledge, 2008.

Vallejo, Fernando. Almas en Pena, Chapolas Negras. Una biografía de José Asunción Silva. Bogotá, editorial Punto de Lectura, 2006.

Vanegas, Carolina. Disputas monumentales. Escultura y política en el Centenario de la Independencia (Bogotá, 1910). Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2019.

Vásquez, Beatriz. Arquitectura del hierro en el siglo XIX y primera mitad del siglo XX. En: Construyendo el Perú. Aportes de Ingenieros y arquitectos. Lima, Universidad Nacional de Ingeniería – Proyecto Historia – UNI, 2001.

Vásquez, María. El Palacio de la Exposición Nacional de 1909. Quito, Fondo de Salvamento Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2009.